



de

BARBARA  
DELINSKY  
Mientras  
dormías

Lectulandia

¿Cómo se sabe el momento en que una vida ha acabado?

Robin Snows está en la cima de su carrera como corredora de élite cuando su corazón se detiene de forma inexplicable. Entra en coma y van desapareciendo las esperanzas de que se recupere. Su familia deberá enfrentarse a la decisión más difícil de sus vidas, que es también la más dolorosa. En mitad de esta vorágine de emociones, la hermana menor, Molly, dejará de estar a la sombra de Robin y se convertirá en su portavoz ante la familia. ¿Tendrán el coraje para hacer lo correcto?

Barbara Delinsky

# Mientras dormías

ePub r1.0

Titivillus 07.12.2023

Título original: *While My Sister Sleeps*  
Barbara Delinsky, 2009  
Traducción: Isabel Merino Sánchez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.1

## Índice de contenido

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Sobre la autora

Notas

Para Andrew y Julie, siempre.

## Capítulo 1

Había días en que Molly Snow quería a su hermana, pero este no era uno de ellos. Se había levantado al alba para ser la aguadora de Robin, solo para enterarse de que esta había cambiado de parecer y había decidido dejar su carrera larga de entrenamiento para la tarde, dando por sentado que Molly se adaptaría.

¿Y por qué no? Robin era una atleta de talla mundial; corría el maratón y ya tenía doce premios en su haber, unas estadísticas increíbles y una posibilidad sería de participar en las Olimpiadas. Estaba acostumbrada a que los demás cambiaran sus planes para complacerla. Era la estrella.

Molesta por millonésima vez, Molly se negó a acompañarla al final de la tarde y, aunque Robin la siguió de la habitación al baño y del baño a la habitación, no cedió. A Robin no le habría costado nada correr por la mañana, pero su hermana quería desayunar con un amigo. Como si a Molly no le hubiera gustado hacer lo mismo. Pero no podía, porque tenía un día desbordante de trabajo. Debía estar en Snow Hill a las siete para ocuparse del invernadero antes de que llegaran los clientes, tenía que hacer las compras, comprobar las existencias y las ventas, encargar las plantas para las Navidades y, además de sus propias tareas, sustituir a sus padres, que estaban de viaje. Esto significaba ocuparse de cualquier asunto que se presentara y, lo peor de todo, presidir una reunión de la junta directiva, lo cual no era precisamente su idea de la diversión.

A su madre no le gustaría que hubiera dejado colgada a Robin, pero creía que ya la estaban utilizando demasiado para que aquello le preocupara.

El lado bueno era que si Robin salía a correr al final de la tarde, estaría fuera cuando Molly volviera a casa. Así que, con el sol bronceándole la cara a través de las ventanas abiertas, se relajó mientras volvía en coche a casa, desde Snow Hill. Recogió el correo del buzón junto a la carretera, sin preguntarse por qué su hermana nunca lo hacía, y giró para entrar en el camino, haciendo crujir la grava. Las rosas eran de un suave color melocotón



y su fragancia resultaba aún más preciosa por el corto tiempo que les quedaba de vida. Más allá, estaban las hortensias que había plantado, de un maravilloso color azul, gracias a la adición de un poco de aluminio, un rociado de posos de café y montones de atención y cariño.

Aparcó debajo del roble de los pantanos que daba sombra a la casa que Robin y ella tenían alquilada desde hacía dos años, pero que estaban a punto de perder; abrió la puerta trasera del *jeep* y empezó a descargarlo. Casi había llegado a la casa, manteniendo en equilibrio un filodendro de hojas recortadas, que estaba mustio, un cesto con calabazas y una caja portagatos, cuando sonó el móvil.

Casi podía oírlo: «Siento haberte chillado esta mañana, Molly, pero ¿dónde estás ahora? No me arranca el coche; estoy en medio de la nada y estoy hecha polvo».

Molly estaba cambiando las diversas cosas de posición para poder sacar la llave, cuando el teléfono volvió a sonar. Sonó por tercera vez mientras se inclinaba para dejar la carga en el suelo, justo por dentro de la puerta. Fue entonces cuando empezó a sentirse culpable. Unos segundos antes de que saltara el buzón de voz, sacó el móvil de los vaqueros y lo abrió.

—¿Dónde estás? —preguntó, pero la voz que contestó no era la de Robin.

—¿Hablo con Molly?

—Sí.

—Soy la enfermera jefe del Dickenson May Memorial. Su hermana ha sufrido un accidente. Está en Urgencias. ¿Podría venir?

—¿Un accidente de coche? —preguntó Molly, alarmada.

—Un accidente mientras corría.

Molly inclinó la cabeza. Otra vez. «Oh, Robin», pensó, mientras miraba en el interior de la cesta, más preocupada por la gatita de color ámbar, acurrucada dentro, que por su hermana. Robin era de una temeridad crónica. Afirmaba que la recompensa lo valía, pero ¿y el precio? Un brazo roto, un hombro dislocado, esguinces de tobillo, fascitis, neuroma... cualquier cosa que a uno se le ocurra, ella la había tenido. En cambio, esta gatita era una víctima inocente.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, distraída, mientras emitía ruiditos para convencer a la gata de que saliera de la caja.

—El médico se lo explicará. ¿Vive usted lejos de aquí?

No, no vivía lejos, pero la experiencia le había enseñado que tendría que esperar bastante tiempo a que hicieran radiografías y más tiempo todavía para una IRM. Metió la mano dentro de la caja y sacó con cuidado a la gata.

—Estoy a unos diez minutos. ¿Cómo es de grave?

—No puedo decírselo. Pero necesitamos que venga.

La gatita temblaba, asustada. La habían encontrado encerrada en un cobertizo, con otros diez gatos. El veterinario calculaba que aún no tendría dos años.

—Mi hermana lleva su teléfono —dijo Molly, sabiendo que si podía hablar directamente con Robin, averiguaría algo más—. ¿Hay cobertura?

—No. Lo siento. El número de sus padres está aquí, junto con el suyo, en la etiqueta de la zapatilla. ¿Los llamará usted o debo hacerlo yo?

Si la enfermera tenía la zapatilla en la mano, eso quería decir que no estaba en el pie de Robin. ¿El tendón de Aquiles roto? Eso sería malo. Preocupada a su pesar, Molly dijo:

—Están fuera. —Probó a bromear—. Soy una chica mayor. Lo soportaré. ¿Puede darme alguna idea?

Pero la enfermera se mostró inmune a su encanto.

—El médico se lo explicará. Venga, por favor.

¿Acaso tenía elección?

Resignada, Molly cogió a la gata en brazos y la llevó a su habitación, en la parte trasera de la casa. Después de dejarla entre los pliegues del edredón, colocó arena y comida cerca, y luego se sentó en el borde de la cama. Sabía que era una tontería llevar un animal allí, cuando tenían que mudarse dentro de una semana, pero su madre se negaba a dejar que hubiera otro gato más en el vivero y este necesitaba un hogar. El veterinario se la había quedado durante unos días, pero no le había ido bien con los demás animales. No solo estaba mal nutrida, sino que tenía aspecto de haber perdido más de una pelea. Tenía el cuerpecito en tensión, como si esperara otro golpe.

—No te haré daño —le susurró Molly en un tono tranquilizador, y, tras crearle un espacio donde pudiera acurrucarse cómodamente, volvió al vestíbulo.

Roció con unas gotas de agua el filodendro demasiada, demasiado pronto por lo que solo atravesaría la tierra, sin impregnarla, luego lo llevó a la buhardilla y lo puso fuera de la luz directa. La planta también necesitaba mucha atención y mucho cariño. Pero más tarde.

Primero, una ducha. Tendría que ser rápida: Podía posponer lo del hospital hasta cierto punto. Pero, en septiembre, en el invernadero hacía calor y, después de una entrega importante de plantas de otoño, se había pasado una gran parte de la tarde abriendo cajones, trasladando macetas, reorganizando las plantas expuestas y sudando.

La ducha le aclaró las ideas. Cuando volvió a la habitación para vestirse, no encontró a la gata. Llamándola en voz baja, miró debajo de la cama, en el armario abierto, detrás de unas cajas apiladas. Comprobó que no estuviera en la habitación de Robin, en el cuarto de estar, incluso dentro de la cesta de calabazas... otra cosa más que habría que embalar, pero satisfacía una necesidad estética y podía ocultar fácilmente un gato pequeño.

Habría seguido buscando, si no hubiera empezado a remorderle la conciencia. Robin estaba en buenas manos en el hospital, pero con sus padres en algún lugar entre Atlanta y Manchester, y su propio nombre que aparecía en primer lugar en aquella etiqueta, Molly tenía que ponerse en marcha.

Dejó que su larga cabellera se rizara al irse secando, y se puso unos vaqueros y una camiseta limpios. Luego se subió al coche, con el móvil sobre el regazo, segura de que Robin llamaría. Se mostraría fuerte y medio avergonzada... a menos que fuera el tendón de Aquiles, que significaría cirugía y meses sin correr. Si era así, estaban metidos en un buen lío. Una Robin desgraciada era una tortura, y el accidente no podía haber ocurrido en peor momento. Su carrera de veinticuatro kilómetros era una preparación para el maratón de Nueva York. Si conseguía clasificarse entre las diez primeras mujeres estadounidenses, tendría garantizado un puesto en las pruebas Olímpicas de la primavera.

El teléfono no sonó. Molly no estaba segura de si eso era bueno o malo, pero no le pareció que tuviera ningún sentido dejar un mensaje a su madre, antes de saber algo más. Kathryn y Robin eran uña y carne. Si Robin tenía un uñero, Kathryn sentiría el mismo dolor.

Era muy bonito que te quisieran así, refunfuñó Molly, y, a renglón seguido, sintió remordimientos. Robin había trabajado mucho para llegar donde estaba. Y el día de la carrera, Molly estaba tan orgullosa de ella como los demás.

Solo que era como si correr monopolizara la vida de todos.

Del resentimiento al remordimiento y vuelta al resentimiento resultaba un ciclo tan inacabable y aburrido que Molly se alegró de llegar al hospital. El Dickenson-May estaba situado en una colina, con vistas sobre el río Connecticut, justo al norte de la ciudad. El lugar habría sido encantador de no ser por las razones que llevaban a la gente allí.

Entró apresuradamente, dio su nombre a la empleada del mostrador de Urgencias y añadió:

—Mi hermana está aquí.

Se acercó una enfermera y le indicó con un gesto un cubículo al final del pasillo, donde Molly esperaba ver a Robin, sonriéndole desde una camilla. Sin embargo, lo que vio fue médicos y máquinas y lo que oyó no fue el avergonzado: «Oh, Molly, lo he vuelto a hacer», de su hermana, sino el murmullo de unas voces apagadas y el rítmico bip-bip de las máquinas. Molly vio unos pies descalzos y encallecidos, los de Robin, sin duda alguna, pero ninguna otra parte del cuerpo de su hermana. Por vez primera, sintió aprensión.

Uno de los médicos se acercó. Era un hombre alto, que llevaba unas gafas grandes, con una montura negra.

—¿Es usted su hermana?

—Sí. —En el espacio que él había debajo libre, vio por un momento la cabeza de Robin: El pelo corto, revuelto, como siempre; pero tenía los ojos cerrados y llevaba un tubo sujeto a la boca. Alarmada, Molly susurró—: ¿Qué ha pasado?

—Su hermana ha tenido un ataque al corazón.

—¿Un *qué*? —exclamó Molly retrocediendo.

—Otro corredor la encontró inconsciente en la carretera. Sabía lo suficiente para iniciar la RCP.

—¿*Inconsciente*? Pero ha vuelto en sí, ¿no? —No debía estar inconsciente. Quizá tuviera los ojos cerrados de puro agotamiento. Correr catorce kilómetros agotaba a cualquiera.

—No, todavía no ha recuperado el conocimiento —dijo el médico—. Hemos buscado su historial médico, pero en ningún sitio se menciona un problema cardíaco.

—Porque no lo hay —afirmó Molly, quien pasando junto a él, se dirigió hasta la cama—. ¿Robin? —Cuando su hermana no contestó, miró el tubo. No era lo único preocupante.

—El tubo está conectado a un ventilador —explicó el médico—. Estos cables están conectados a unos electrodos para medir el latido del corazón. El brazalete toma la presión sanguínea. La vía intravenosa es para los líquidos y los medicamentos.

¿Tanto, tan pronto? Molly sacudió suavemente a Robin por el hombro.

—Robin, ¿puedes oírme?

Los párpados de Robin siguieron cerrados. Tenía la piel muy pálida.

Molly estaba cada vez más asustada.

—¿Es posible que la atropellara un coche? —preguntó al médico, porque eso tendría más sentido que el que Robin hubiera sufrido un ataque cardíaco a

los treinta y dos años.

—No hay ninguna otra lesión. Cuando hicimos una radiografía para comprobar el tubo de respiración, vimos que había lesiones en el corazón. En estos momentos, el latido es normal.

—Pero ¿por qué sigue inconsciente? ¿Está sedada?

—No. No ha recuperado el conocimiento.

—Entonces es que no se están esforzando lo suficiente —decidió Molly, y sacudió el brazo de su hermana, desesperada—. ¡Robin! ¡Despierta!

Una mano grande detuvo la suya.

—Sospechamos que ha habido daños cerebrales —dijo el médico en voz queda—. No responde. Sus pupilas no reaccionan a la luz. No responde a las órdenes de viva voz. Si se le hace cosquillas en el pie o se le pellizca en la pantorrilla, no se produce ninguna reacción.

—No puede haber sufrido daños cerebrales —dijo Molly, tal vez de manera absurda, pero aquello era absurdo—. Se está entrenando. —Cuando el médico no contestó, se volvió de nuevo hacia su hermana. Las máquinas parpadeaban y soltaban pitidos con la regularidad de... sí, de las máquinas, pero no eran reales—. ¿Corazón o cerebro? ¿Cuál de los dos?

—Los dos. El corazón dejó de bombear sangre. No sabemos cuánto tiempo permaneció inconsciente en la carretera antes de que la encontraran. Alguien sano, de unos treinta años, dispondría de unos diez minutos antes de que la falta de oxígeno causara daños en el cerebro. ¿Sabe a qué hora empezó a correr?

—Pensaba empezar alrededor de las cinco, pero no sé si lo hizo. —«Deberías saberlo, Molly. Lo habrías sabido si la hubieras llevado tú en coche»—. ¿Dónde la encontraron?

El médico consultó sus papeles.

—Justo después de Norwich. Esto la situaría a poco más de ocho kilómetros de aquí.

¿Pero de ida o de vuelta? Significaba una diferencia, si trataban de calcular cuánto tiempo había estado inconsciente. El lugar donde estuviera el coche lo diría, pero Molly no sabía dónde estaba.

—¿Quién la encontró?

—No puedo decirle su nombre, pero probablemente gracias a él su hermana sigue viva.

Molly empezó a sentir que la dominaba el pánico y se llevó la mano a la frente.

—Podría despertarse y estar bien, ¿verdad?

El médico vaciló demasiado.

—Podría. Los próximos dos días son cruciales. ¿Ha llamado a sus padres? Sus padres. Una pesadilla. Miró la hora. Todavía no habrían aterrizado.

—Esto destrozará a mi madre. ¿No pueden hacer algo antes de que los llame?

—Queremos estabilizarla antes de trasladarla.

—¿Trasladarla adónde? —preguntó Molly. Como en una instantánea, vio el depósito de cadáveres. Demasiado *CSI*.

—A la UCI. Allí la observarán de cerca.

La imaginación de Molly había quedado fijada en la otra imagen.

—No va a morir, ¿verdad? —Si Robin moría, sería por culpa suya. Si hubiera estado allí, aquello no habría sucedido. Si no hubiera sido una hermana tan malvada, Robin estaría de vuelta en casa, bebiendo agua y anotando sus tiempos.

—Vayamos paso a paso —dijo el médico—. Primero, la estabilización. Después, es cuestión de esperar. En la etiqueta no aparece ningún marido. ¿Tiene hijos?

—No.

—Bueno, eso es algo.

—No lo es. —Molly estaba desesperada—. No lo comprende. No puedo decir a mi madre que Robin está ahí, tendida de esa manera. —Kathryn la culparía a ella. De inmediato. Incluso antes de saber que de verdad era culpa suya. Siempre había sido así. Molly era cinco años más joven y diez veces más problemática que Robin.

Había tratado de cambiar las cosas. Había crecido ayudando a Kathryn en el invernadero, asumiendo más responsabilidades conforme Snow Hill crecía. Había trabajado en verano, mientras Robin entrenaba y había conseguido el título en horticultura que Kathryn le había asegurado que le resultaría muy útil.

Trabajar en Snow Hill no suponía para ella ninguna penalidad. Molly amaba las plantas. También le gustaba complacer a su madre, lo cual no siempre era fácil, porque Molly era impulsiva. Hablaba sin pensar y, con frecuencia, decía cosas que su madre no quería oír. Y detestaba consentir a Robin. Ese era su peor delito.

¿Y ahora el médico quería que llamara a Kathryn y le dijera que Robin quizá había sufrido *daños cerebrales* porque ella, Molly, no había estado allí, a disposición de su hermana?

Decidió que era pedirle demasiado. Bien mirado, no era la única en la familia.

Mientras el médico esperaba, expectante, sacó el teléfono.

—Quiero que venga mi hermano. Tiene que ayudar.

## Capítulo 2

Christopher Snow estaba sentado a la mesa de la cocina, comiéndose el filete que su esposa le había hecho a la parrilla. Erin estaba sentada a su derecha, y a su izquierda, en la sillita alta, estaba su hija, Chloe.

—¿Está bueno el bistec? —preguntó Erin cuando iba por la mitad.

—Excelente —contestó con seguridad. Erin era una buena cocinera; nunca tenía motivo de queja.

Se sirvió una segunda ración, cogió una mazorca de maíz de la ensalada y la puso en la bandeja de la pequeña.

—Eh —dijo con voz cariñosa—, ¿cómo está mi niña bonita? —Cuando la pequeña sonrió, se derritió.

—Dime —preguntó Erin—, ¿has tenido un buen día?

Asintiendo, se dedicó a la ensalada. El aliño también era estupendo. Hecho en casa.

La niña se esforzaba por coger la mazorca. Christopher estaba muy interesado en la concentración de su hija. Tras unos instantes, le volvió la mano hacia arriba y le puso la resbaladiza mazorca en la palma.

—¿Cómo ha ido la reunión con la gente de Samuel? —preguntó Erin.

Hizo un gesto con la cabeza que significaba «bien» y se sirvió más ensalada.

—¿Han aceptado vuestras condiciones? —insistió ella con tono impaciente. Cuando él no respondió, añadió—: ¿Te importa?

—Claro que me importa. Pero tardarán un tiempo en revisar los números, así que, por el momento, no está en mis manos. ¿Por qué te enfadas?

—Chris, es un proyecto de construcción muy importante para Snow Hill. Te has pasado toda la noche preparando tus argumentos. Quiero saber cómo ha ido.

—Ha ido bien.

—Eso no me dice mucho —comentó Erin—. ¿Te importa explicarte un poco mejor? Quizá no quieres que me entere.



—Erin. —Dejó el tenedor—. Ya hemos hablado de esto. He estado trabajando todo el día. Ahora lo que quiero es olvidarme del trabajo.

—Igual que yo —respondió su esposa—, es solo que mi jornada gira en torno a una niña de ocho meses. Necesito conversación adulta. Si no quieres hablar del trabajo, ¿de qué hablamos?

—¿No podemos disfrutar del silencio y ya está? —preguntó Christopher. Quería a su mujer. Uno de los aspectos que más le gustaban de su relación era que no tenían que estar hablando todo el tiempo. Por lo menos, eso era lo que él pensaba.

Pero ella siguió insistiendo.

—Necesito estímulos.

—¿No quieres a Chloe?

—Pues claro que la quiero. Sabes que la quiero. ¿Por qué siempre me preguntas lo mismo?

Levantó las manos, desconcertado.

—Acabas de decir que no es suficiente. Fuiste tú la que quisiste tener hijos enseguida, Erin. Fuiste tú la que quisiste dejar de trabajar.

—Estaba embarazada. Tenía que dejar el trabajo.

Chris no sabía qué decir. Habían sido los recién casados más envidiados de la ciudad; los dos rubios y de ojos verdes (Chris decía que los suyos eran de color avellana, pero a nadie le importaba esa distinción). Formaban una pareja encantadora.

Pero lo que estaba pasando entre ellos en aquel momento no era tan encantador.

—Pues entonces vuelve a trabajar —dijo, tratando de complacerla.

—¿Quieres que trabaje?

—Si tú quieres.

Ella se lo quedó mirando fijamente, con aquellos intensos ojos verdes.

—¿Y qué hago con Chloe? No quiero dejarla en la guardería.

—De acuerdo. —Detestaba cualquier discusión, pero esa era la peor—. ¿Qué quieres?

—Quiero que mi marido hable conmigo mientras cenamos. Quiero que hable conmigo después de cenar. Quiero que comente las cosas conmigo. No quiero que llegue a casa y lo único que haga sea ver el partido de los Red Sox. Quiero que comparta su día conmigo.

—Soy contable —respondió él con voz tranquila—. Trabajo en la empresa familiar. No hay nada apasionante en lo que hago.

—Yo diría que un nuevo proyecto de construcción es algo apasionante. Pero si tanto lo detestas, déjalo.

—No lo detesto. Me gusta mucho lo que hago. Solo digo que no es un gran tema de conversación. Y esta noche estoy cansado de verdad. — Además, sí que quería ver a los Red Sox. Era un apasionado del equipo de béisbol.

—¿Cansado de mí? ¿Cansado de Chloe? ¿Cansado del matrimonio? Antes hablabas conmigo, Chris. Pero es como si ahora que estamos casados, ahora que tenemos una hija, no pudieras hacer un esfuerzo. Tenemos veintinueve años, pero es como si tuviéramos ochenta. Esto no es lo que yo quería.

Nervioso, se levantó y llevó el plato al fregadero. «Esto no es lo que yo quería» sonaba como si ella quisiera dejarlo. No podía asimilarlo.

Sin saber qué hacer, cogió a la pequeña en brazos, le apoyó la cabecita en el pecho y la mantuvo allí.

—Trato de darte una buena vida, Erin. Trabajo para que tú no tengas que hacerlo. Si por la noche estoy cansado es porque mi cabeza no ha parado en todo el día. Si no hablo, quizá es que yo soy así.

Ella no se dio por vencida.

—Antes no eras así. ¿Qué ha cambiado?

—Nada —respondió él, prudentemente—. Pero la vida es así. Las relaciones evolucionan.

—No es solo la vida —repuso Erin—. Somos nosotros. No puedo soportar en lo que nos estamos convirtiendo.

—Estás alterada. Por favor, cálmate.

—¿Y eso hará que las cosas mejoren? —preguntó, con un aspecto más furioso que antes—. Hoy he hablado con mi madre. Chloe y yo nos vamos a verla.

Sonó el teléfono pero Chris no le hizo caso:

—¿Cuánto tiempo estaréis? —preguntó.

—Un par de semanas. Necesito pensar en todo esto. Tenemos un problema, Chris. No eres tranquilo, eres pasivo. —El teléfono sonó de nuevo—. Te pregunto qué opinas de llevar a Chloe a un grupo de juegos y me devuelves la pregunta. Te pregunto si quieres que invitemos a los Bakers a cenar el sábado y me dices que lo haga, si quiero. Esto no son respuestas —dijo, mientras el teléfono volvía a sonar—. Son evasivas. ¿Sientes algo, Chris?

Incapaz de contestar, cogió el teléfono.

—¿Sí?

—Soy yo —dijo su hermana, con voz aguda—. Tenemos un problema grave.

Dando la espalda a su mujer, bajó la cabeza.

—Ahora no, Molly.

—Robin ha tenido un ataque al corazón.

—Esto, ¿puedo llamarte luego?

—¡Chris, te necesito aquí, ahora! Papá y mamá todavía no saben nada.

—¿No saben qué?

—Que Robin ha tenido un ataque al corazón —gritó Molly—. Se cayó cuando estaba corriendo y sigue inconsciente. Papá y mamá todavía no han aterrizado. No puedo hacer esto sola.

Chris se irguió.

—¿Un ataque al corazón?

Erin se materializó a su lado.

—¿Tu padre? —susurró, cogiendo a Chloe.

Negando con la cabeza, Chris le dio la niña.

—Robin. Dios mío. Se ha exigido demasiado.

—Ven, por favor —pidió Molly.

—¿Dónde estás? —Escuchó un momento y luego colgó.

—¿Un ataque al corazón? —preguntó Erin—. ¿Robin?

—Eso es lo que ha dicho Molly. Puede que esté exagerando. A veces se altera mucho.

—¿Porque muestra sus emociones? —exclamó Erin, pero luego se ablandó—. ¿Dónde están tus padres?

—En un avión, volviendo de Atlanta. Será mejor que vaya.

Hizo una caricia a Chloe en la cabeza y, conciliador, tocó la de Erin. Era en ella en quien pensaba al marcharse. Solo llevaban dos años casados, el último tercio del tiempo con una niña, y trató de comprender lo mucho que había cambiado la vida de su mujer. Pero ¿y la suya? Ella le había preguntado si sentía las cosas. Sentía responsabilidad. En este preciso momento, sentía miedo. Callar era parte de su carácter. Su padre era igual y a él le iba bien.

Molly, en cambio, tendía a ser muy imaginativa. Posiblemente Robin hubiera sufrido una grave lesión, pero un ataque al corazón era exagerar. Podría haberla calmado por teléfono, si no hubiera querido salir de casa. Erin necesitaba tiempo para tranquilizarse.

¿Sentía las cosas? Pues claro que sí. Solo que no se ponía histérico.

Puso el intermitente y entró en la zona del hospital. Apenas había aparcado en la entrada de Urgencias cuando Molly se acercó corriendo, con la

rubia cabellera flotando y los ojos llenos de pánico.

—¿Qué pasa? —preguntó, bajando del coche.

—Nada. Absolutamente nada. ¡No ha vuelto en sí!

Chris se detuvo.

—¿De verdad?

—Ha tenido un ataque al corazón, Chris. Creen que ha sufrido daños cerebrales.

Lo llevó adentro, a través de la sala de espera y hasta un cubículo alejado... y allí estaba Robin, inerte como él nunca la había visto. Se quedó en la puerta, largo rato, mirando el cuerpo de su hermana conectado a las máquinas y al médico que la atendía.

Al final, se acercó.

—Soy su hermano —dijo y se detuvo. No sabía por dónde empezar.

El médico lo hizo por él, repitiendo parte de lo que Molly le había dicho y añadiendo más cosas. Chris escuchaba, tratando de absorber la información. Ante la insistencia del facultativo, Chris habló a Robin, pero ella no reaccionó. Siguió las explicaciones que el médico le daba sobre los diversos aparatos y miró con él la pantalla de rayos X. Sí, veía qué le señalaba, pero todo era demasiado extraño.

Debía de parecer escéptico, porque el médico dijo:

—Es una atleta. La cardiomiopatía hipertrófica, o inflamación del músculo cardíaco, es la principal causa de muerte en los atletas. No sucede con frecuencia, y es más rara en mujeres que en hombres. Pero sucede.

—¿Sin avisar?

—Generalmente sí. En los casos en que hay un historial conocido en la familia, un chequeo con ecocardiograma puede diagnosticarlo, pero muchas víctimas no presentan ningún síntoma. Una vez que esté en la UCI, habrá un especialista de cuidados intensivos que se ocupará de su caso. Trabajaré con un cardiólogo y un neurólogo.

Chris sabía que sus padres querrían lo mejor, pero ¿cómo podía saber él quién era el mejor? Sintiendo impotente, miró su reloj.

—¿A qué hora aterrizan? —preguntó a Molly.

—En cualquier momento.

—¿Vas a llamarlos?

—Los llamarás tú. Yo estoy demasiado nerviosa.

¿Y él no lo estaba? ¿Acaso tenía que estar temblando visiblemente? Se volvió a mirar al médico y preguntó:

—¿Está...? ¿Cómo está... comatosa?

—Sí, pero hay diferentes niveles de coma. —Se ajustó las gafas con el dorso de la mano—. En la mayoría de los niveles, el paciente hace movimientos espontáneos. El hecho de que su hermana no los haga indica el nivel más profundo de coma.

—¿Cómo lo miden? —preguntó Chris. No sabía qué andaba buscando, solo sabía que tenía a Molly pegada al lado, absorbiendo cada palabra y que sus padres harían las mismas preguntas. Los números tenían sentido. Eran un buen punto de partida.

—Un TAC o una IRM mostrará si hay muerte de los tejidos, pero estas pruebas tendrán que esperar hasta que esté más estable.

Chris miró a Molly.

—Prueba a llamar a mamá.

—No puedo —susurró, aterrorizada—. Se suponía que yo tenía que estar con ella. Ha sido culpa mía.

—¿Crees que no le habría pasado si hubieras estado esperando en la carretera, ocho kilómetros más allá? Vuelve a la realidad, Molly. Llama a mamá.

—No me creerán. Tú mismo no me has creído.

Tenía razón, pero él no quería llamar.

—Tú eres mejor con mamá. Sabrás qué decir.

—Tú eres mayor, Chris. Eres el hombre.

Chris sacó el móvil del bolsillo.

—Los hombres son un desastre para cosas así. Bastará que vea que soy yo quien llama. —Con una mirada incisiva, le pasó el teléfono.

Kathryn Snow puso en marcha la BlackBerry en cuanto aterrizó el avión. Odiaba no estar en contacto. Sí, el vivero era un negocio familiar, pero también era la niña de sus ojos. Si había problemas, quería saberlo.

Mientras el avión recorría la pista, a través de la oscuridad, hasta la terminal, descargó los nuevos mensajes y recorrió la lista.

—¿Algo interesante? —preguntó su marido.

—Una nota de Chris; la reunión fue bien. Unas palabras de agradecimiento por la fiesta de la boda de los Collins. Y una nota del periódico, recordándome que esperan el artículo sobre la col rizada en flor antes del fin de semana.

—Está escrito, listo para enviar.

Sonrió, agradecida. Charlie era su jefe de *marketing*, el hombre entre bastidores que tenía un don especial para escribir textos de anuncios, comunicados de prensa y artículos. Con su talante tranquilo, despertaba confianza. Cuando señaló a los productores de televisión que Kathryn era la persona adecuada para hablar de las coronas de otoño, lo creyeron. Le consiguió, sin ayuda de nadie, un puesto permanente en las noticias locales y una columna en una revista del hogar.

Precisamente a esta última se refirió Kathryn.

—Hay que entregar *Grow How* al final de la semana —reflexionó en voz alta—. Saldrá en la edición de enero, que siempre es la más difícil. Molly conoce el invernadero mejor que yo. Le pediré que lo escriba ella. —Volvió a su BlackBerry—. Robin no ha enviado ningún *e-mail*. Me pregunto qué tal le habrá ido la carrera. Estaba preocupada por la rodilla. —Accedió al buzón de voz; sonrió, frunció el ceño y sonrió de nuevo. Acabó de escuchar justo cuando el avión llegó a la puerta de la terminal. Se soltó el cinturón, se metió la BlackBerry en el bolsillo y siguió a Charlie al pasillo—. Mensaje de voz de Robin. Tuvo que coger ella el coche porque Molly se negó a ayudarla. No sé qué le pasa a esa chica.

—¿Se limitó a negarse? ¿Sin ninguna excusa?

—¿Quién sabe? —murmuró Kathryn, pero sonrió—. Sin embargo, hay buenas noticias. Robin ha recibido otra llamada de los de arriba; querían asegurarse de que esté preparada para correr en Nueva York. Cuentan con ella para las pruebas de la primavera. Las Olimpiadas, Charlie —dijo, en voz muy baja, temerosa de atraer la mala suerte, si lo decía en voz alta—. ¿Te lo imaginas?

Él bajó la maleta del compartimiento superior. Kathryn estaba sacando el asa cuando sonó la BlackBerry. En la pantalla apareció el número de Christopher, pero fue Molly la que habló.

—Soy yo, mamá. ¿Dónde estáis?

—Acabamos de aterrizar. Molly, ¿por qué no pudiste ayudar a Robin? Era una carrera importante. Y dime, ¿es que has vuelto a perder tu móvil?

—No. Estoy con Chris en el Dickenson-May. Robin ha tenido un accidente.

La sonrisa de Kathryn murió en sus labios.

—¿Qué clase de accidente?

—Bueno, ya sabes, corriendo. Como no estabais aquí, nos llamaron a nosotros, pero probablemente ella quiera que estéis aquí. ¿Podéis pasaros, de camino a casa?

—¿Qué clase de accidente? —repitió Kathryn. Podía oír una afectada despreocupación. No le gustaba, ni tampoco el hecho de que Chris estuviera en el hospital. Su hijo solía dejar las crisis para los demás.

—Se cayó. Mamá no puedo seguir hablando. Venid directamente. Estamos en Urgencias.

—¿Dónde se ha hecho daño?

—No puedo hablar ahora. Hasta luego.

Se cortó la comunicación. Kathryn miró a Charlie, preocupada.

—Robin ha tenido un accidente. Molly no me ha querido decir qué ha pasado. —Asustada, le tendió la BlackBerry—. Pruébalo tú.

Él le devolvió el teléfono.

—Tú le sacarás más información que yo.

—Entonces llama a Chris —rogó, ofreciéndole la BlackBerry de nuevo.

Pero la fila de pasajeros empezó a moverse y Charlie le indicó que avanzara. Ella esperó solo hasta que estuvieron uno al lado del otro, ya pasada la puerta, antes de decir:

—¿Por qué estaba Chris allí? Robin nunca lo llama cuando hay un problema. Prueba a hablar con él, Charlie, por favor.

Charlie alzó la mano, ganando tiempo hasta que estuvieran en el coche. La BlackBerry no volvió a sonar, y Kathryn se dijo que eso era buena señal, pero no podía relajarse. Estuvo nerviosa durante todo el trayecto, imaginando cosas horribles. En cuanto aparcaron en el hospital, se bajó de un salto del coche. Molly los esperaba justo a la entrada de Urgencias.

—Ha sido una llamada cruel —la riñó Kathryn—. ¿Qué ha pasado?

—Sufrió un colapso en la carretera —dijo Molly, cogiéndole la mano.

—¿Un colapso? ¿Por el calor? ¿Por deshidratación?

Molly no contestó, solo la hizo atravesar el vestíbulo rápidamente. La preocupación de Kathryn crecía a cada paso. Otros corredores sufrían colapsos, pero Robin no. Llevaba la resistencia física en los genes.

Se quedó sin aliento al llegar a la entrada del cubículo. Chris también estaba allí. Pero aquella no podía ser Robin, tendida allí, flácida, sin conocimiento, conectada a unas máquinas; unas máquinas que la mantenían con vida, dijo el médico, después de explicar lo que había sucedido.

Kathryn estaba fuera de sí. Las explicaciones no tenían ningún sentido. Tampoco lo tenían las radiografías. La mano de su hija, que aferraba entre las suyas, estaba inerte, como solo lo estaría la mano de alguien dormido.

Pero Robin no se despertó, ni cuando el médico la llamó por su nombre ni cuando le pellizcó la oreja; hasta Kathryn podía ver que sus pupilas no se

dilataban en respuesta a la luz. Kathryn se dijo que el médico no lo hacía correctamente, pero tampoco ella tuvo mejor suerte cuando lo probó; ni cuando suplicó a Robin que abriera los ojos ni cuando le rogó que le apretara la mano.

El médico seguía hablando. Kathryn ya no comprendía todas esas palabras, pero lo esencial penetró en su mente con un efecto devastador. No se dio cuenta de que estaba llorando, hasta que Charlie le tendió un pañuelo de papel.

Cuando la cara de Robin se desdibujó, vio la suya propia: El mismo pelo oscuro, los mismos ojos castaños, la misma intensidad. Como dos gotas de agua; ninguna tenía las facciones claras ni la manera tranquila de enfrentarse a la vida de los demás miembros de la familia.

Kathryn enfocó la mirada de nuevo. Charlie parecía desolado, Chris, estupefacto y Molly estaba pegada a la pared. ¿Silencio por parte de los tres? ¿Ya estaba? Si nadie más ponía en duda el *statu quo*, le tocaba a ella... pero ¿no había sido siempre así cuando se trataba de Robin?

Desafiante, se enfrentó al médico.

—No es posible que haya daños cerebrales. Usted no conoce a mi hija. Tiene una gran capacidad de recuperación. Siempre se recupera de las lesiones. Si está en coma, se despertará. Ha sido una luchadora desde que nació, desde que la concebimos. —Cogió con fuerza la mano de Robin. Estaban en esto juntas—. ¿Qué van a hacer a continuación?

—Cuando esté estabilizada, la trasladaremos arriba.

—¿Cuál es su estado ahora? ¿No diría que estable?

—Diría crítico.

Kathryn no podía soportar aquella palabra.

—¿Qué hay en la vía intravenosa?

—Fluidos, más medicamentos para estabilizar la presión de la sangre y regular el ritmo cardíaco. Era errático cuando llegó.

—Puede que necesite un marcapasos.

—En estos momentos, la medicación está dando resultado y, además, no podría soportar la cirugía.

—Si la elección está entre cirugía y muerte...

—No lo está. Nadie está dejándola morir, señora Snow. Podemos mantenerla con vida.

—Pero ¿por qué dice que ha sufrido daños en el cerebro? —preguntó Kathryn, retadora—. ¿Solo porque no reacciona? Si ha quedado traumatizada



por un ataque al corazón, ¿eso no explicaría la falta de reacción? ¿Cómo comprueban si hay daños cerebrales?

—Haremos una IRM por la mañana. En estos momentos, no queremos moverla.

—Si hay daños, ¿se pueden reparar?

—No, solo podemos impedir una pérdida mayor.

Irritada, Kathryn se volvió hacia su marido.

—¿Es esto todo lo que pueden hacer? Podemos vivir con una dolencia cardíaca, pero no con daños cerebrales. Quiero una segunda opinión. Además, ¿dónde están los especialistas? Esto es solo Urgencias, por Dios. Puede que estos médicos estén preparados para ocuparse de los traumas, pero si Robin lleva aquí tres horas y no la ha visto un cardiólogo, tenemos que hacer que la trasladen.

Vio cómo Molly lanzaba una mirada angustiada a Charlie, pero este no dijo nada, y Dios sabía que Chris tampoco diría nada. Asustada y sola, Kathryn se dirigió de nuevo al médico.

—No puedo sentarme a esperar. Quiero hacer algo.

—A veces, eso no es posible —respondió él—. En este momento, lo fundamental es poder llevarla a la UCI. Allí, el responsable llamará a los especialistas. Es el protocolo habitual.

—El protocolo habitual no es lo bastante bueno —insistió Kathryn, desesperada por hacer que lo comprendiera—. Robin no es una paciente común. ¿Sabe qué hace con su vida?

Los ojos detrás de las gafas no parpadearon.

—Sí, lo sé. Es difícil no saberlo, si vives aquí. Su nombre aparece con mucha frecuencia en la prensa local.

—No solo en la local. Por eso tiene que recuperarse de esto. Trabaja por todo el país con futuras estrellas de las carreras. Hablamos de adolescentes. No pueden ver esto. No pueden empezar a pensar que la recompensa por entrenar duro y apuntar alto es... es esto. De acuerdo, puede que no haya tenido un caso similar antes, pero si es así, dígalo y haremos que la trasladen.

Kathryn recorrió las caras de la familia en busca de acuerdo, pero Charlie parecía enfermo, Chris estaba paralizado y Molly se limitaba a mirar, suplicante, de su padre a su hermano y de nuevo a su padre.

Inútiles. Los tres.

—No es una acusación personal —dijo finalmente al médico—. Solo me preguntaba si los médicos de Boston o Nueva York tendrían más experiencia en lesiones como estas.

Molly le tocó el codo. Kathryn miró a su hija pequeña al tiempo que la oía murmurar:

—Necesita estar en cuidados intensivos.

—Correcto. Lo que no sé es dónde.

—Aquí. Déjala aquí. Está viva, mamá. Consiguieron que su corazón volviera a latir y siga latiendo. Hacen todo lo que pueden.

Kathryn enarcó una ceja.

—¿Lo sabes seguro? Y tú, ¿dónde estabas, Molly? Si hubieras estado con ella, esto no habría sucedido.

Molly palideció, pero no se retiró.

—No podría haber impedido un ataque al corazón.

—Podrías haber conseguido ayuda antes. Tienes problemas, Molly. Siempre has tenido problemas con Robin.

—Vamos —instó la joven, mirando al personal médico que esperaba en la entrada—. Están esperando para llevarla arriba y los estamos estorbando. Una vez que esté allí, podemos hablar de especialistas, incluso de trasladarla, pero ahora mismo, ¿no deberíamos darle todas las oportunidades posibles?

Molly siguió a los demás hasta la UCI y observó cómo el equipo instalaba a Robin. En un momento dado, contó cinco médicos y tres enfermeras en la habitación, algo que era aterrador y tranquilizante por igual. Ajustaron los monitores y comprobaron los signos vitales, mientras el respirador inhalaba y exhalaba el aire. Cada dos minutos, alguien hablaba en voz alta a Robin, pero ella no respondía.

Kathryn solo se apartaba del lado de la cama cuando un médico o una enfermera necesitaban tener acceso. El resto del tiempo sostenía la mano de Robin, le acariciaba la cara, la instaba a parpadear o a gemir.

Apoyada en la pared, Molly estaba angustiada por la idea de que su madre tenía razón. Si Robin hubiera empezado a respirar antes, no habría sufrido daños cerebrales. Si Molly hubiera estado con ella, su hermana habría empezado a respirar antes.

Pero no era la única que había fallado a Robin. No podía culpar a su madre por haberse puesto histérica en Urgencias, pero ¿dónde estaba su padre? Se suponía que era el que conservaba la calma. ¿En qué estaba pensando al dejar que Kathryn se disparara de aquella manera? Incluso Chris podría haber dicho algo.

Molly decidió que no tenían agallas pero luego cambió de parecer: Eran más listos.

«Tienes problemas. Siempre has tenido problemas con Robin». Sabía que su madre estaba disgustada, pero Molly se sentía lo bastante culpable para que aquellas palabras la desgarraran por dentro. Conforme pasaban los minutos y las máquinas seguían con su bip bip, recordó que, algunas veces, había borrado un mensaje telefónico, había comprado la barrita energética equivocada, había dejado en otro sitio la gorra favorita de Robin para correr. Cada delito podía contrapesarse con algo bueno que Molly había hecho, pero lo bueno desaparecía entre la culpa.

Chris se marchó a medianoche y su padre a la una. Charlie había intentado que Kathryn se fuera con él, pero fue en vano. Molly sospechaba que su madre temía que pasara algo terrible si no estaba allí, haciendo guardia. Kathryn siempre había protegido mucho a Robin.

Con la esperanza de que su propia presencia hiciera algo para compensar a Kathryn por lo que no había hecho antes, aquel mismo día, Molly se quedó más tiempo. Sin embargo, hacia las dos de la madrugada, se estaba quedando dormida en la silla.

—¿Estás segura de que no quieres que te lleve a casa? —preguntó a su madre.

Kathryn apenas levantó la mirada.

—No puedo marcharme —dijo, y rápidamente, lo cual indicaba que no cesaba de darle vueltas a aquello, añadió—: ¿Por qué no estabas con ella, Molly?

—Estaba en Snow Hill —intentó explicar Molly—. La reunión de la junta directiva, ¿recuerdas? No sabía cuánto duraría. ¿Cómo podía comprometerme con Robin? —También estaba el asunto de la gata. Pero poner a una gata por delante de su hermana era patético.

Kathryn no preguntó cuánto había durado la reunión. Ni siquiera preguntó cómo había ido. Tan solo podía pensar en la actitud negligente de Molly frente a Robin; Snow Hill ya no importaba.

Y Molly era culpable. Aquel pensamiento la venció, antes de romper, finalmente, el silencio y preguntar:

—¿Puedo traerte algo, mamá? ¿Un café?

—No, pero puedes sustituirme en el trabajo.

Sobresaltada, Molly soltó aire.

—No puedo ir a trabajar con Robin en este estado.

—Tienes que hacerlo. Te necesito allí.

—¿No puedo hacer nada aquí?

—Aquí no hay nada que hacer y en Snow Hill hay mucho trabajo.

—¿Y papá? ¿O Chris?

—No. Tú.

«No me quiere aquí», pensó Molly con una creciente sensación de desolación. Pero estaba demasiado cansada para pedir clemencia, demasiado exhausta incluso para llorar. Después de pedir a Kathryn que la llamara si había algún cambio, se marchó.

## Capítulo 3

La casa de Molly daba al sur, de modo que todo el año el sol entraba en la buhardilla, mientras que el bosque de detrás del jardín trasero proporcionaba sombra a los dormitorios y perfumaba el aire con olor a pino. Molly la había encontrado por pura casualidad, cuando su propietario, que dejaba New Hampshire para ir a Florida, fue al vivero buscando hogar para una docena de plantas. Ahora el mismo propietario quería renovarla y venderla, así que echaba a la calle a Robin y a Molly.

Molly pensaba que la anticuada cocina era perfecta. Le encantaba lo desgastado de las anchas tablas de madera del suelo y las ventanas, que se abrían con bisagras. Aunque Robin se quejaba de que era un sitio lleno de corrientes de aire y de que las habitaciones eran oscuras, en realidad no le importaba donde vivía. La mitad del tiempo no estaba allí; se había ido a Denver, Atlanta, Londres, Los Ángeles. Si no estaba corriendo un maratón, medio maratón o diez kilómetros, se encontraba dirigiendo unas clases prácticas o apareciendo en un acontecimiento benéfico. La mayoría de las cajas que había en el cuarto de estar eran de Molly. Su hermana no tenía muchas cosas para embalar.

Robin se alegraba de mudarse a otro sitio; Molly no, pero haría lo que su hermana quisiera, con tal de que Robin volviera a ser como la de antes.

Esperando la llamada de su madre, se durmió con el teléfono en la mano, pero era un sueño poco profundo. Se despertaba sobresaltada a cada momento, con la angustiada sensación de saber que algo iba mal, aunque no recordaba qué. Pero enseguida revivía el presente y permanecía despierta y asustada. Sin Robin levantándose para ponerse hielo en una parte del cuerpo u otra, la casa estaba extrañamente silenciosa.

A las seis de la mañana, Molly, necesitada de compañía, buscó a la gata. Esta había comido y había usado la arena. Pero no la encontró en ninguna parte, aunque la buscó con más ahínco incluso que la noche anterior. Entonces, dejó pasar el rato, deseando que fuera Robin quien tuviera que

esperarla a ella, para variar. Qué mezquina era. Los daños cerebrales eran muchísimo peores que un esguince de tobillo o de rodilla.

Claro que Robin ya podía haber vuelto en sí; pero ¿a quién llamar? No podía arriesgarse a marcar el número de su madre, no quería despertar a su padre y Chris no servía de gran ayuda. En la UCI solo le darían un informe oficial del estado de su hermana. ¿Estado crítico? No deseaba oír eso.

Así que regó y podó el filodendro de la buhardilla, quitó las hojas muertas a un ficus enfermo, roció un helecho que se iba recuperando, sin dejar de susurrarle tonterías cariñosas a cada planta. Pero llegó un momento en que no se le ocurrió nada que decir, así que se puso unos vaqueros, cogió el coche y se fue al hospital. Preocupada, fue directamente a cuidados intensivos, esperando contra toda esperanza que los ojos de Robin estuvieran abiertos. Cuando vio que no lo estaban, se le cayó el alma a los pies. El respirador suspiraba, las máquinas parpadeaban. Poco había cambiado desde que se marchó la noche anterior.

Kathryn estaba dormida en una silla, junto a la cama, con la cabeza tocando la mano de Robin. Rebulló al acercarse Molly y, aturdida, miró la hora.

—Pensaba que ya estarías en el vivero —dijo con voz cansada.

Molly miraba a su hermana.

—¿Cómo está?

—Igual.

—¿Se ha despertado en algún momento?

—No, pero le he estado hablando —dijo Kathryn—. Sé que me oye. No se mueve, porque sigue traumatizada. Pero estamos en ello, ¿no es verdad, Robin? —Le acarició la cara con el dorso de la mano—. Solo necesitamos un poco más de tiempo.

Molly recordó lo que el médico había dicho sobre la falta de respuesta. No era una buena señal.

—¿Le han hecho la IRM?

—No. El neurólogo no llegará hasta dentro de una hora.

Agradecida de que su madre no protestara a gritos por la espera, Molly se agarró con fuerza a la barra de la cama. «Despierta, Robin», rogó y buscó algún movimiento bajo los párpados de su hermana. Si soñaba, sería una buena señal.

Pero los párpados permanecían inmóviles. O estaba profundamente dormida o verdaderamente en coma. «Venga, vamos, Robin», suplicó con más fuerza.

—La carrera iba bien hasta que se cayó —comentó Kathryn, llevándose la mano de Robin a la barbilla—. Te recuperarás, cariño. —Respiró rápidamente.

Pensando que había visto algo, Molly miró más de cerca.

—Ah, sí, Robin. Por poco me olvido —dijo Kathryn en un tono ligero—. Se supone que tienes que reunirte con las chicas de Concord esta tarde. Tendremos que posponerlo. —Mientras levantaba la vista, se colocó el pelo detrás de la oreja—. Molly, ¿harás esa llamada, por favor? También tenía programado ir a Hanover, el viernes, para hablar con un grupo de sexto curso. Diles que Robin está enferma.

Molly sabía que decir «enferma» era quedarse muy corto. ¿Cómo no estar enferma en un sitio como este, con luces parpadeando, máquinas que no paraban de soltar pitidos y el silbido rítmico del respirador, recordándoles constantemente que la paciente no podía respirar por sí misma? Pero era todavía peor en el vestíbulo, entre teléfonos y alarmas.

Molly había podido descansar un poco, pero Kathryn no lo había hecho.

—Estás agotada, mamá. Necesitas dormir.

—Ya lo haré.

—¿Cuándo? —preguntó, pero Kathryn no contestó—. ¿Y algo para desayunar?

—Una de las enfermeras me ha traído un zumo. Ha dicho que ahora lo más importante es hablar a Robin.

—Yo puedo hablarle —se ofreció Molly, desesperada por ayudar—. ¿Por qué no coges mi coche, vas a casa y te cambias? Robin y yo tenemos mucho de qué hablar. Tengo que saber qué hacer con las cajas de zapatillas de su armario.

Kathryn le lanzó una mirada.

—No las toques.

—¿Sabes lo viejas que son algunas?

—Molly...

Esta no hizo caso de la advertencia. Discutir era volver a la normalidad.

—Tenemos que marcharnos dentro de una semana, mamá. Las zapatillas no pueden quedarse donde están.

—Entonces mételas en cajas y tráelas a casa con todo lo demás. Cuando encontréis otro sitio, las llevaremos allí. Y además, claro, está la cuestión del coche, que estará aparcado junto a la carretera, en algún lugar entre aquí y Norwich. Enviaré a Chris a buscarlo. Todavía no puedo creerme que no la llevaras tú hasta allí.

Molly tampoco podía creerlo, pero eso era ver las cosas a posteriori. Justo en ese momento, Robin no daba muestras de oír la conversación. De repente, a Molly dejó de darle resultado fingir que aquella situación era normal. ¡Estar allí, hablando de zapatillas viejas, cuando la corredora se hallaba conectada a una máquina que mantenía sus constantes vitales!

Con el corazón en la garganta, observó atentamente la cara de Robin. De niñas, muchas veces Molly esperaba que su hermana se despertara, con los ojos pegados a su cara, mientras sus esperanzas crecían o disminuían con cada respiración.

Sin embargo en aquel momento, Molly agradecería cualquier movimiento.

—Si necesitas ayuda para embalarlo todo —ofreció Kathryn—, pídesela a Joaquín. Comprueba sus horarios cuando vayas a Snow Hill.

—Quiero quedarme aquí —insistió Molly.

—No se trata de lo que tú quieras, Molly. Se trata de lo que sea más útil. Tiene que haber alguien en Snow Hill.

—Chris estará allí.

—Chris no sabe comunicarse con la gente. Tú sí.

Molly sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas.

—A mí me van las plantas, mamá. Sé comunicarme con ellas. Y es mi hermana la que está ahí. ¿Cómo voy a poder trabajar?

—Robin querría que trabajaras.

¿Robin querría? Molly luchó por dominar la histeria. Robin no había trabajado una semana de cuarenta horas en su vida. Corría, entrenaba, saludaba, sonreía... todo cuando a ella le conviniera. Tenía un despacho en el vivero y, nominalmente, se encargaba de los eventos especiales, pero su participación activa era mínima. El día de esos eventos, lo más frecuente era que estuviera fuera. Era una atleta, no hacía coronas ni era especialista en bonsáis, como le había dicho a Molly más de una vez.

Pero repetírselo a Kathryn en ese momento sería tan cruel como preguntar en voz alta qué pasaría si Robin no despertaba nunca.

Snow Hill había sido una propiedad familiar desde su creación hacía más de treinta años. Se extendía por más de cuarenta acres de tierra de primera calidad en la zona limítrofe de New Hampshire con Vermont y era famoso por su oferta de árboles, arbustos y plantas. Pero la joya de la corona con paneles solares que acumulaban el calor del verano para usarlo en invierno, un mecanismo para reciclar el agua de lluvia y un control de humedad



controlado por ordenador era el invernadero, dotado de tecnología de vanguardia. Aquellos eran los dominios de Molly.

Incluso después de pasar a ver a Robin, fue la primera en llegar a Snow Hill. El invernadero había sido el hogar infantil de Molly en momentos de tensión y, aunque ya no se acurrucaba en los rincones ni se escondía debajo de los bancos, encontraba que el entorno tenía efectos terapéuticos cuando estaba disgustada. Pese a todos sus avances tecnológicos, seguía siendo un invernadero.

Los gatos la saludaron maullando y frotándose contra sus piernas. Molly contó seis. A todos ellos les rascó la cabeza y la barriga; luego desenrolló las mangueras y empezó a regar las plantas. Mientras los gatos salían disparados en todas direcciones, fue de sección en sección, regando abundantemente aquí, ligeramente allí. Algunas plantas ansiaban beber a diario; otras preferían secarse. Molly adaptaba el riego a cada una de ellas.

Un banco con plantas en macetas, volcadas, indicaba que habían entrado los conejos, a los que seguramente habían ahuyentado los gatos, que eran unos guardianes muy eficaces, aunque no fueran famosos por su pulcritud. Dejando la manguera a un lado, Molly enderezó las plantas, apisonó de nuevo la tierra, quitó las hojas dañadas y luego barrió. Después de hacer desaparecer por el desagüe, con la manguera, la tierra que quedaba, reanudó el riego.

El sol todavía no estaba alto, pero el invernadero estaba lleno de luz. Esa hora temprana, antes de que empezara a hacer calor, era, sin ninguna duda, la mejor para regar. Y Molly disfrutaba de ese momento tanto como de sus plantas. Cuando el agua brillaba bajo los rayos oblicuos del sol y la tierra estaba cada vez más húmeda y fragante, el invernadero se llenaba de paz. Así era siempre.

Ese día necesitaba que lo fuera. No conseguía apartar a Robin de sus pensamientos más de un minuto o dos seguidos. Requería un esfuerzo constante.

Después de volver a enrollar la manguera y guardarla donde ningún cliente pudiera tropezar con ella, recorrió los pasillos. Comprobó unos crisantemos recién llegados para ver que no tuvieran áfidos y recortó, con mucho cuidado, las puntas marrones de varios helechos de Boston. Se metió entre las mesas de plantas de sombra para hablar cariñosamente a las peperomias, los syngonium y los spathiphyllum. No eran plantas llamativas ciertamente no se parecían ni de lejos a las bromelias, pero eran leales y nada exigentes. Con cuidado, comprobó su grado de humedad. El toldo, regulado por un programa de ordenador, se desplegaría más tarde para protegerlas de la

brillante luz del sol que detestaban, pero la época de más calor del verano ya había pasado.

Sus violetas africanas estaban encantadas. Siempre dejaban de florecer como protesta por el calor; por esa razón, Molly tenía menos en julio y en agosto. Acababa de reponer existencias y en ese momento recolocó las macetas para exhibir la floración.

Recogió algunas etiquetas del suelo, tomó nota de una mesa que necesitaba repararse y, por unos momentos, se demoró en medio de lo que consideraba sus dominios. Hallaba consuelo en el aire cálido y húmedo y en el intenso olor de la tierra.

Entonces vio a Chris, que nunca aparecía por allí tan temprano. Estaba bajo el arco que separaba el invernadero de las cajas y no parecía feliz.

Con el corazón palpitándole con fuerza, Molly se acercó a él.

—¿Ha pasado algo?

Él negó con la cabeza.

—¿Has estado en el hospital?

—No, papá está allí. Acabo de hablar con él.

—¿Saben algo más?

—No.

—¿Cómo está mamá?

Chris se encogió de hombros.

A Molly, eso no le bastaba. Necesitaba respuestas. Necesitaba que la tranquilizaran.

—¿Cómo ha podido pasar? —exclamó con un estallido de miedo acumulado—. Robin está totalmente sana. Ya debería haber despertado, ¿no crees? Quiero decir, no pasa nada si está inconsciente un tiempo, pero ¿tanto? ¿Y si no vuelve a despertar, Chris? ¿Y si ha sufrido daños en el cerebro? ¿Y si nunca vuelve en sí?

Chris parecía alterado, pero no dijo nada, y justo cuando Molly estaba a punto de chillar, furiosa, vio que se acercaba Tami Fitzgerald. Tami se encargaba de la tienda de productos de jardinería. Tampoco llegaba nunca tan temprano, pero se acercaba con paso decidido.

Molly no estaba de humor para hablar sobre problemas de entregas. En ese momento no.

Al parecer, tampoco lo estaba Tami.

—Me he enterado de que Robin está en el hospital —dijo, con expresión preocupada—. ¿Cómo está?

En realidad, Molly habría preferido que se tratara de un problema de entregas. Los empleados de Snow Hill eran como de la familia. ¿Qué debía decirles? Al no haberlo consultado con Kathryn o con Charlie, delegó en Chris, pero la cara de su hermano permaneció inexpresiva. Con curiosidad, preguntó a Tami:

—¿Cómo te has enterado?

—Mi cuñado trabaja con el equipo de las ambulancias. Dijo algo del corazón.

Adiós a decir simplemente que Robin estaba «enferma».

De nuevo, Molly esperó que Chris dijera algo, pero él siguió en silencio. Y era necesario que alguien dijera algo.

—No sabemos mucho más —contestó finalmente—. Ha tenido un problema cardíaco. Están haciéndole pruebas.

—Oh, vaya. ¿Es grave?

¿Cómo contestar a eso? Si decía demasiado, Kathryn se enfadaría.

—No lo sé. Estamos esperando a que digan algo.

—¿Me lo dirás cuando lo sepáis? Robin es la última persona a quien imaginaría incluso con un resfriado.

—Es verdad —dijo Molly, mostrando su acuerdo, y añadió—: Estoy segura de que se pondrá bien.

—Me alegro. Robin es sin duda la mejor. Si hay algo que yo pueda hacer, dímelo.

Molly esperó a que Tami desapareciera en la tienda antes de volverse furiosa hacia Chris.

—No sabía qué decir. Podías haberme ayudado.

—Lo has hecho muy bien.

—Pero ¿y si no es verdad? ¿Y si no se pone bien?

Chris metió las manos en los bolsillos.

—Anoche —se apresuró a continuar Molly, que sentía la necesidad de sincerarse—, cuando el hospital llamó, pensé que no era nada. La enfermera me dijo que fuera enseguida, pero yo no quería tener que esperar a Robin, así que, durante un rato, me quedé haciendo cosas en casa. Ella estaba en coma y yo estaba en la ducha, relajándome.

Él parecía afligido, pero permaneció callado.

—Tiene que despertar —exclamó Molly con voz implorante—. Es la columna vertebral de la familia. ¿Qué haría mamá si no despertara? —Cuando Chris se encogió de hombros, estalló—: ¡No ayudas en nada!

—¿Qué quieres que diga? —preguntó—. No tengo las respuestas.

Molly miró el reloj. Había pasado más de una hora desde que abandonó el hospital.

—A lo mejor mamá las tiene. Voy a volver al hospital.

Kathryn estaba entre su marido y el neurólogo, estudiando las imágenes IRM de un cerebro. El médico había dicho que eran de Robin y, sí, se la habían llevado de cuidados intensivos y habían tardado el tiempo necesario en volver. Pero teniendo en cuenta lo que el médico estaba diciendo sobre la sombra y el trazado del tejido muerto, no podían ser de Robin. Los daños eran muy profundos.

Kathryn estaba más asustada de lo que lo había estado en toda su vida, y el brazo con que Charlie la rodeaba le proporcionaba muy poco consuelo. Miró al especialista de cuidados intensivos en busca de alguna aclaración, pero él estaba concentrado en el neurólogo.

«Buscaremos otro especialista», pensó. «Dos especialistas, dos opiniones».

Pero allí estaba el nombre de Robin, claramente escrito en la cinta. Y estaba toda aquella zona oscura mostrando que la sangre no circulaba. En aquello no había ninguna ambigüedad.

El neurólogo siguió hablando. Kathryn trató de escuchar, pero era difícil oírlo por encima del zumbido de su cabeza. Finalmente, dejó de hablar. Pasó un minuto antes de que se diera cuenta de que ahora le tocaba a ella.

—Bien —empezó, esforzándose por pensar—. De acuerdo. ¿Cómo lo tratamos?

—No lo hacemos —contestó el neurólogo, con voz compasiva—. Una vez que el tejido cerebral muere, desaparece.

Lanzando una mirada a Robin, siseó para hacerlo callar. Lo último que su hija necesitaba era que le dijeran que algo había desaparecido. En voz queda, dijo:

—Tiene que haber una manera de recuperarlo.

—Lo siento, pero no la hay, señora Snow. Su hija estuvo sin oxígeno demasiado tiempo.

—Eso fue porque el hombre que la encontró esperó demasiado tiempo antes de empezar la RCP.

—No fue culpa suya —dijo Charlie, bajito.

El especialista en cuidados intensivos intervino.

—Está considerado un Buen Samaritano, y eso significa que está protegido por la ley. Su hija tuvo un ataque cardíaco. Eso es lo que causó los daños cerebrales. Según esta película...

—Ninguna película cuenta la historia completa —lo interrumpió Kathryn—. Sé que Robin está con nosotros. Puede que una IRM no sea la prueba adecuada. O puede que la máquina no funcionara bien. —Se volvió, suplicante, hacia Charlie—. Necesitamos otra máquina, otro hospital, otro lo que sea.

Al conocerlo, Kathryn se enamoró de Charlie por su silencio. El apoyo sereno que le brindaba era el contrapunto perfecto para su propia vida, más ruidosa. No tenía que hablar para transmitir lo que sentía. Sus ojos eran expresivos. En ese momento mostraban una rara tristeza.

—¿Daños cerebrales significa muerte cerebral? —preguntó en un susurro aterrado, pero él no respondió—. ¡Muerte cerebral significa que se ha ido, Charlie! —Cuando él intentó abrazarla con más fuerza, se resistió—. Robin no está clínicamente muerta.

## Capítulo 4

Molly estaba aturdida.

—¿Clínicamente muerta? —preguntó desde la puerta.

Kathryn la miró.

—Díselo, Molly. Diles lo increíble que es tu hermana. Diles lo que piensa hacer el año que viene. Háblales de las Olimpiadas.

Molly se quedó mirando a su hermana. Clínicamente muerta significaba que nunca más despertaría, nunca respiraría por sí misma, nunca más hablaría. Jamás.

Con los ojos llenos de lágrimas, fue junto a su padre. Él le cogió la mano.

—Díselo, Molly —suplicó Kathryn.

—¿Están seguros? —preguntó Molly a Charlie.

—La IRM muestra graves daños cerebrales.

Compartiendo la desesperación de su madre, Molly se volvió hacia el neurólogo.

—¿No pueden hacerle un electrochoque o algo parecido?

—No. Los tejidos muertos no reaccionan.

—Pero ¿y si no está todo muerto? ¿No hay otras pruebas?

—Un EEG, un electroencefalograma —respondió—. Mostrará si hay alguna actividad eléctrica en el cerebro.

Molly no tuvo que preguntar qué significaría si no había ninguna actividad. Supo que su madre pensaba lo mismo cuando dijo rápidamente:

—Es demasiado pronto para esa prueba.

Pero Molly necesitaba alguna razón para seguir teniendo esperanzas.

—¿No quieres saberlo, mamá? Si hay actividad eléctrica, ahí tienes la respuesta.

—Robin no está clínicamente muerta —insistió Kathryn.

—No es un término que nos tomemos a la ligera, señora Snow —dijo el médico—. Utilizamos los criterios de Harvard, que exigen que se hagan dos EEG con un día de diferencia. No se considera que el paciente esté

clínicamente muerto a menos que los dos muestren una ausencia absoluta de actividad eléctrica.

—Es necesario que lo hagamos, mamá —insistió Molly—. Necesitamos saberlo.

—¿Por qué? —preguntó Kathryn, con acritud—. ¿Para que puedan desconectar los aparatos? —Se soltó de Charlie, cogió la mano de Robin y se inclinó hacia ella—. El maratón de Nueva York va a ser algo asombroso. Nos alojaremos en la Península, ¿de acuerdo, tesoro? —Levantando la cara para mirar a los médicos, explicó—: Los maratonianos reducen el entrenamiento la semana antes de la carrera. Pensábamos ir de compras.

El especialista de cuidados intensivos sonrió, comprensivo.

—No es necesario que hagamos el EEG ahora mismo. Hay tiempo. Piénsenlo.

—Nada de EEG —ordenó Kathryn, y nadie se lo discutió.

Unos momentos después, Molly estaba sola con sus padres. Kathryn continuaba hablando con Robin, como si pudiera oírla. Era comprensible: Robin siempre había sido el centro de la actividad familiar. Pese a todas las veces que se había sentido molesta por ello, Molly no podía imaginar que fuera de otra manera.

Era como podar una orquídea que antes era espléndida y no saber si volvería a crecer de nuevo. Algo una vez hermoso... ahora quizá muerto.

Kathryn interrumpió sus pensamientos.

—Necesito que estés en Snow Hill, Molly. Por favor, no discutas conmigo.

De acuerdo. Molly no discutiría. Pero tenía malas noticias.

—De allí vengo. El cuñado de Tami Fitzgerald está en el equipo de la ambulancia. Le ha hablado de Robin. —Ante la mirada de alarma de Kathryn, añadió—: No le dijo mucho. Pero Tami ha preguntado. Solo le he dicho que todo iría bien.

—Bien hecho.

—No será por mucho tiempo, mamá. La noticia se extenderá. Hanover es una ciudad pequeña, y la comunidad de corredores está muy unida. Además, Robin tiene amigos por todo el país, por todo el mundo. Llamarán. —Miró alrededor y vio la bolsa de plástico, en el suelo, junto a la pared. Contenía la ropa de Robin y su riñonera—. ¿Su móvil está ahí?

—Lo tengo yo —dijo Kathryn—. Está desconectado.

Como si eso fuera a solucionar el problema.

—Sus amigos dejarán mensajes. Cuando no conteste, llamarán a casa.  
¿Qué quieres que les diga?

—Diles que ella los llamará.

—Mamá, son sus mejores amigos. No puedo mentirles. Además, podrían ayudar. Podrían venir y hablar con Robin.

—Eso podemos hacerlo nosotros.

—No podemos decirles que no se trata de nada grave. Si Robin ha tenido un ataque masivo al corazón...

—... no es asunto de nadie más que de nosotros —declaró Kathryn—. No quiero que la gente la mire de una manera rara cuando esté recuperada.

Molly no se lo podía creer. De hacer caso a su madre, Robin podría despertar dentro de un par de días y estar bien, perfectamente bien. Pero incluso una lesión cerebral leve dejaba secuelas. En el mejor de los casos, necesitaría rehabilitación.

Molly se volvió hacia su padre.

—Ayúdame, papá.

—¿En qué? —preguntó Kathryn, adelantándose a Charlie.

Molly recorrió la habitación con la mirada. Sus ojos se detuvieron en Robin, que no se había movido ni un milímetro.

—Esto es tan difícil para mí como para ti.

—Tú no eres su madre.

—Es mi hermana. Mi ídolo.

—Cuando eras pequeña —replicó Kathryn—. De eso hace ya mucho tiempo.

«Culpa mía. Es culpa mía», gimió Molly en silencio, sintiéndose todavía peor. Pero ¿cómo hacer algo útil? Apeló de nuevo a su padre:

—No sé qué hacer, papá. Si queréis que esté en Snow Hill, de acuerdo; pero no podemos fingir que esto no es grave. Robin está conectada a unos aparatos de soporte vital.

—Por el momento —afirmó Kathryn con tanta convicción que Molly se habría quedado allí, solo para absorber su confianza.

Con delicadeza, Charlie dijo:

—Si alguien pregunta, cariño, diles que estamos esperando los resultados de las pruebas, pero que agradeceríamos sus oraciones.

—¿Oraciones? —exclamó Kathryn—. ¿Como si fuera cuestión de vida o muerte?

—Las oraciones son para todo tipo de cosas —respondió Charlie, levantando la mirada, cuando entró una enfermera.



—Necesito hacer algunas cosas: Bañar, comprobar los tubos —dijo la mujer—. No tardaré mucho.

Molly salió al pasillo. En cuanto sus padres se unieron a ella, su madre dijo:

—¿Lo veis? No se molestarían con cosas rutinarias como lavarla, si no tuviera sentido. Voy al baño. Enseguida vuelvo.

No había dado ni dos pasos cuando se detuvo. Un hombre se le había acercado y la miraba fijamente. Más o menos de la edad de Robin, vestido con vaqueros, camisa y corbata, parecía lo bastante serio para formar parte del equipo del hospital, pero sus ojos angustiados y la sombra oscura en la mandíbula decían claramente que estaba muy afectado.

—Soy el que la encontró —dijo, con voz torturada.

A Molly el corazón le dio un vuelco. Cuando Kathryn no contestó, se apresuró a acercarse.

—¿El que encontró a Robin en la carretera? —preguntó ansiosamente. Tenían tan pocos datos. Su llegada era un regalo.

—Yo estaba corriendo y, de repente, allí estaba ella.

Parecía desconcertado; Molly se identificaba con ese sentimiento.

—¿Estaba consciente mientras estuvo con ella? ¿Se movía? ¿Dijo algo?

—No. ¿Ha recuperado el conocimiento?

Estaba a punto de decirle la verdad, porque sus ojos lo suplicaban, cuando Kathryn volvió a la vida. Con voz estridente, cargó contra el joven.

—Se necesita desfachatez para preguntarlo después de quedarse allí paralizado. ¿Durante cuánto tiempo permaneció sin hacer nada antes de pedir ayuda?

—Mamá —la amonestó Molly, pero su madre siguió recriminándole.

—¡Mi hija está en coma porque se vio privada de oxígeno demasiado tiempo! ¿No sabía que cada segundo cuenta?

—¡Mamá!

—Empecé la RCP en cuando vi que no tenía pulso —dijo el hombre, en voz baja— y seguí mientras llamaba pidiendo ayuda.

—Usted empezó la RCP —replicó Kathryn, con tono burlón—. ¿Sabe acaso cómo se hace la RCP? Si lo hubiera hecho bien, quizá ahora ella estaría perfectamente.

Horrorizada, Molly cogió a su madre por el brazo.

—Esto es injusto —protestó, porque dejando de lado la lealtad familiar, sentía un vínculo con ese hombre. Kathryn lo culpaba por algo que no había hecho, y Molly se identificaba con él, vaya si se identificaba. Que hubiera

reanimado a Robin era razón suficiente para que sintiera simpatía por él—. ¿Mi hermana emitió algún sonido? —preguntó—. ¿Un gemido, un quejido? —Cualquier indicio de vida anularía la posibilidad de que hubiese sufrido daños cerebrales.

En los ojos del hombre había pesar.

—No. Ningún sonido. Mientras le comprimía el pecho, no dejaba de llamarla por su nombre, pero no parecía oír nada. Lo siento —dijo, volviéndose hacia Kathryn—. Ojalá hubiera podido hacer más.

—Sí, ojalá —replicó Kathryn reanudando su ataque—, pero ahora ya es demasiado tarde, así que ¿qué está haciendo aquí? Estamos tratando de afrontar algo tan espantoso que usted ni siquiera puede comprender. No debería haber venido. —Miró alrededor—. ¡Enfermera!

—¡Mamá! —dijo Molly, horrorizada, tratando de hacerla callar. Rodeó a su madre con el brazo, pero lo sentía mucho más por el Buen Samaritano—. Mi madre está muy alterada —le dijo—. Estoy segura de que hizo lo que pudo.

Pero él ya estaba retrocediendo. En cuanto dio media vuelta y se alejó por el pasillo, Kathryn volvió su ira contra Molly.

—¿Estás segura de que hizo todo lo que pudo? ¿Cómo lo sabes? ¿Y cómo ha llegado hasta aquí?

—Ha cogido el ascensor —dijo Charlie desde detrás de Molly. Habló en voz baja, pero con autoridad. Kathryn se calmó de inmediato. En un momento, recuperó la compostura y se dirigió hacia el baño.

Cuando ya no pudo oírlos, Molly se volvió hacia su padre, dispuesta a condenar el estallido de Kathryn, pero el pesar que vio en su rostro se lo impidió. Con Kathryn tan alterada, era fácil olvidar que Robin también era hija de Charlie.

Dejó de pensar en el Buen Samaritano y de nuevo volvió a centrarse en el estado de Robin.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó, con voz entrecortada.

—Aguantar.

—Respecto a mamá. Está fuera de control. Ese hombre no se merecía lo que le ha dicho. Solo trataba de ayudar, como yo trato de ayudar, pero casi tengo miedo de hablar. Todo lo que digo está mal.

—Tu madre está muy alterada. Eso es todo.

Molly seguía teniendo un peso en el pecho.

—Es más que eso. Me echa la culpa.

—También se la ha echado a ese hombre. Es algo irracional.

—Pero yo me culpo a mí misma. No dejo de pensar que soy yo quien debería estar en esa cama, no Robin.

Él la atrajo hacia sí.

—No. No. Te equivocas.

—Robin es la buena.

—No más que tú. No fue culpa tuya, Molly. Habría tenido el ataque al corazón tanto si la hubieras acompañado como si no, y nadie, y mucho menos Robin, habría querido que la siguieras en el coche, sin perderla de vista ni un instante. En cualquier momento dado, podrías haber estado a quince minutos de distancia.

—O cinco —dijo Molly—, y los daños habrían sido menores. Pero si fuera yo la que estuviera en coma, Robin podría ayudar a mamá. A mí no me deja ayudarla. ¿Qué puedo decir? ¿Cómo puedo actuar?

—Sé tú misma.

—Ese es el problema. Soy yo, no Robin. Y si aciertan respecto al estado de su cerebro —prosiguió Molly, porque su padre era mucho más razonable que su madre y el impacto que le habían producido los aparatos de soporte vital era enorme—, esto no es una cuestión de vida o muerte. Es solo de muerte. —Se le ahogó la voz en llanto—. De cuándo pasará.

—No lo sabemos seguro —señaló, en voz baja—. A veces suceden milagros.

Charlie era un hombre profundamente religioso, que asistía a la iglesia de forma regular, aunque solía ir solo y nunca se quejaba por ello. Aceptaba que lo que era bueno para él no lo era necesariamente para su esposa y sus hijos. Por primera vez en su vida, Molly deseó que fuera de otra manera. Charlie creía en los milagros. Ella también quería creer en ellos.

Él le apretó la mejilla contra su pecho. Su calidez, tan familiar, rompió su compostura. Enterró el rostro en su camisa y lloró por la hermana a la que, alternativamente, quería y odiaba, pero que en ese momento no podía respirar por sí misma.

Murmurando suavemente, su padre la sostenía, abrazándola. Molly estaba apenas recuperando el control cuando oyó los pasos de su madre que volvía. Respiró hondo y se secó las lágrimas con las manos.

Kathryn vio enseguida que Molly había llorado.

—Por favor, no llores, Molly. Si tú lloras, yo también lloraré, pero no quiero que Robin vea que estamos tan afligidas. —Sacó el móvil, que estaba sonando, y lo apagó, sin pensarlo dos veces. La BlackBerry siguió el mismo camino—. No puedo hablar —dijo, quitándole importancia con un ademán—.

No puedo pensar en nada que no sea hacer que Robin mejore. Pero me gustaría adecentarme mientras la enfermera está con ella. Si me sustituyes aquí, Molly, tu padre me llevará a casa. Volveremos enseguida. Entonces, podrás ir a Snow Hill.

Molly quería protestar, pero sabía que era inútil. Así que miró a su padre.

—Alguien tendría que llamar a Chris.

Charlie miró detrás de ella.

—No es necesario. Ahí viene.

Chris había intentado trabajar, pero no lo había conseguido. No dejaba de pensar en lo mal que andaba su vida y, dado que no sabía qué decir a Erin, parecía que el hospital era el sitio adonde ir. Sin embargo, una mirada a sus padres hizo que empezara a dudar. Tenían un aire sombrío.

—¿No hay cambios? —preguntó, cuando estuvo lo bastante cerca.

El silencio fue la respuesta a su pregunta.

—La IRM muestra daños cerebrales.

Kathryn le lanzó una mirada irritada.

—En las IRM no aparece todo.

—Tendrán que hacer un EEG —dijo Chris.

—Mamá quiere esperar.

—Por favor, Molly —dijo Kathryn—, no ayudas.

Cuando Molly abrió la boca para protestar, Charlie intervino.

—No estaba siendo crítica, Kathryn.

—Está precipitando las cosas.

—No. Los médicos propusieron el EEG. Solo está poniendo al día a Chris. —Cogió a Kathryn de la mano y dijo a Chris—: Voy a llevar a tu madre a casa. Volveremos más tarde.

Chris observó cómo se marchaban y en ningún momento vio que Kathryn discutiera, lo cual confirmó lo que ya sabía: Su padre no necesitaba hablar mucho para ser efectivo. Erin tenía que comprenderlo.

—Qué pesadilla —murmuró Molly.

—¿Mamá o Robin?

—Las dos. Estoy de acuerdo con el EEG. Necesitamos que se haga, pero mamá tiene miedo. Chris, la enfermera está con Robin. Si se marcha, ¿querrás entrar? Voy abajo, a tomar un café. ¿Quieres uno?

Chris negó con la cabeza. Cuando se quedó solo, se apoyó en la pared. ¿Cómo no pensar en Robin? Sus primeros recuerdos en la vida eran vagos;

Robin sentándolo en una habitación y construyendo fuertes a su alrededor o vistiéndolo con trajes antiguos. No debía de tener más de tres años. Con más claridad, recordaba haber ido con ella la noche de Halloween. Debía de tener cinco o seis años. A los diez, Robin se lo llevaba para bajar por las pistas negras de esquí. No era ni mucho menos un buen esquiador, pero Robin sí, y con ella todo tenía que ser un desafío.

—Hola —dijo una voz conocida.

Levantó la mirada y vio a Erin; se sintió inmediatamente aliviado. En ese momento deseaba tener a su esposa a su lado; la necesitaba.

—¿Dónde está Chloe? —preguntó.

—Con la señora Johnson. ¿Cómo está Robin?

«Nada bien», respondió con una mirada.

—La IRM muestra daños cerebrales.

—¿Por un ataque al corazón? ¿Cómo ha podido tener un ataque al corazón?

Chris había dejado atrás la fase de incredulidad y sintió una oleada de rabia.

—Se exigió demasiado. Siempre se exigía demasiado. Si había una prueba y alguien podía superarla, tenía que ser ella. Ya tiene todos los récords locales y la mitad de los nacionales. Así que quería ganar en Nueva York, pero fue demasiado lejos. ¿Por qué tenía que conseguir un récord mundial? ¿No le bastaba con ganar?

Erin le puso la mano en el brazo y dijo suavemente:

—Eso ya no importa.

Chris respiró hondo para calmarse.

—¿Cómo lo lleva tu madre? —preguntó Erin.

Él hizo una mueca. «Fatal».

—¿Tu padre es una ayuda?

Esto reanimó a Chris.

—Sí. Sí que lo es. No tiene que decir mucho, pero funciona. Lo acabo de ver. Dice dos palabras y ella se tranquiliza.

—Llevan más de treinta años casados.

Él negó con la cabeza.

—No es el tiempo; es la naturaleza de su relación.

—Chris, yo no soy tu madre. Ella y yo somos totalmente diferentes. Además, ella está fuera de casa todo el tiempo. Lo estaba incluso cuando erais pequeños, y no es que lo critique. La envidio. Puso en marcha Snow Hill

entonces, y fíjate en lo que es ahora. Es una mujer asombrosa. Si yo creara algo así, no me molestaría el silencio por la noche.

—Está muy motivada.

—¿Qué la motiva?

Chris se encogió de hombros. No podía imaginarse a su esposa trabajando fuera de casa; además, era menos complicada que Kathryn.

—Entonces —preguntó; necesitaba saberlo— ¿vas a ir a ver a tu madre?

—Cielos, no —contestó ella, rápidamente—. No con Robin tan mal. — Bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Pero lo que está pasando entre nosotros no desaparecerá, Chris. Tendremos que enfrentarnos a ello en algún momento.

Cuando Molly llegó a Snow Hill, el aparcamiento estaba lleno de coches de clientes. Se deslizó en el interior, subió por la escalera de atrás hasta su despacho y cerró la puerta. Hizo bajar a un gato de su silla y a otro del teclado y luego se sentó y entrelazó las manos.

No quería estar allí, pero su padre se lo había pedido. Y además de aliviar su culpa, deseaba ayudar. Podía luchar contra ello, pero complacer a Kathryn siempre había ocupado uno de los primeros puestos de su lista de prioridades.

En esos momentos, Kathryn quería que trabajara. Así que, obedientemente, conectó el ordenador y sacó su agenda de la semana. Ese día y el siguiente estaban dedicados a los pedidos, pero el jueves se suponía que, después del discurso de su madre en un club de mujeres en Lebanon, iba a hacer una demostración práctica sobre cómo elaborar jardines en recipientes. Estaba claro que no podrían ir. ¿Qué excusa podían dar? Ocurría lo mismo con una demostración de poda en Plymouth. ¿Y la presencia en WMUR, en Manchester, el viernes? Molly odiaba aparecer en televisión, incluso si era Kathryn quien hablaba. La televisión hacía que sus ojos parecieran muy juntos, la nariz demasiado corta y la boca demasiado grande. Había hecho experimentos, recogiendo el pelo, en lugar de llevarlo suelto, poniéndose pantalones, en lugar de vaqueros, vistiendo de azul, en lugar de púrpura o verde. No importaba lo que hiciera: Al lado de Kathryn siempre palidecía.

Ninguna de las dos estaría en condiciones de salir por televisión el viernes, así que su padre tendría que cancelarlo.

Sonó el interfono.

—¿Hay noticias? —preguntó Tami.

—Todavía no —respondió Molly, sintiendo tener que mentirle—. Estamos esperando más pruebas.

—Joaquín me ha preguntado. Estaba preocupado porque no había visto el coche de tu padre ni el de tu madre. Por lo general, cuando han estado fuera, llegan temprano.

Joaquín Peña era el hombre para todo de Snow Hill. No solo se ocupaba del mantenimiento de los edificios y de los terrenos, sino que además, como vivía allí, se encargaba de cualquier urgencia, a cualquier hora.

Joaquín adoraba a Robin.

«Dile que todo irá bien», deseaba decirle Molly, pero la IRM ridiculizaba esa afirmación. Así que se limitó a comentar:

—Papá vendrá más tarde. —Lo cual planteaba la cuestión de qué decirle a Joaquín o a cualquier otro que preguntara por Robin. Pero Charlie era bueno para esta clase de cosas. ¿Acaso no era su hombre de relaciones públicas?

Acabada la llamada, revisó las solicitudes que había recogido en la reunión del día antes. Con la temporada de la plantación de otoño ya en marcha, el encargado de los árboles y arbustos de Snow Hill tenía una lista. El que se ocupaba de las funciones había concertado tres nuevas bodas y dos despedidas de soltera y la tienda al por menor se estaba preparando para la inauguración de la temporada de las coronas, todo lo cual exigía pedidos especiales. Y luego estaba Liz Tocci, la paisajista fija de la empresa y un absoluto dolor de muelas, que insistía a favor de un proveedor que llevaba ciertas plantas Protea Rey de élite pero que, como Molly sabía por experiencia, tenía unos precios exagerados y era poco de fiar.

A Molly le gustaban mucho las Protea Rey. Eran unas de las más bellas flores exóticas. Pero la fama de Snow Hill dependía de lo buenos que eran sus proveedores, y este les había enviado flores en mal estado en una ocasión, las flores equivocadas en otra y finalmente no había entregado un pedido a tiempo. En cada caso, los clientes habían quedado decepcionados. No, había otras plantas exóticas que Liz Tocci podía usar.

Pero ¿no era estúpido preocuparse por Liz cuando Robin estaba en coma?

Decidida a no pensar ni un segundo más en ello, Molly empezó a preparar los pedidos para las ceremonias. Pero no estaba de humor para bodas. Así que se concentró en la Navidad. Ya era hora de hacer las reservas de plantas. El año anterior, vendieron todas las poinsetias y tuvieron que reponer existencias a unos precios muy altos. Este año quería tener suficientes plantas a precios de mayorista.

¿Debía pedir trescientas o cuatrocientas? ¿Macetas de veinte, veinticinco o treinta centímetros? ¿Cuántas de cada tamaño para subirlas de categoría, pasándolas a recipientes de cerámica?

Se esforzaba por llegar a una decisión, pero no lo conseguía. Estaba casi tan interesada en las poinsetias como en hacer la mudanza. Buscó el número de teléfono del propietario de Terrance Field y lo marcó.

—Hola, señor Field —dijo cuando el anciano contestó—. Soy Molly Snow. ¿Cómo está?

—Vamos haciendo —respondió en un tono receloso—. ¿Qué pasa ahora, Molly?

—Mi hermana ha tenido un accidente. Es bastante grave. Esta vez necesito realmente una prórroga.

—Es lo mismo que dijiste la última vez. ¿Cuándo fue? ¿Hace una semana?

—Aquello fue un problema con la empresa de mudanzas, señor Field, y lo solucioné. Esto es diferente. —Enseguida comprendió que su argumento no tenía ninguna fuerza si no decía la verdad—. Robin ha tenido un ataque al corazón.

Se produjo una pausa y luego un tono de reprimenda.

—¿Pretendes que me lo crea?

—Se desplomó mientras corría. Dicen que ha sufrido daños cerebrales. Está en estado crítico. Llame al Dickenson-May y se lo confirmarán.

Después de otra pausa, se oyó un suspiro.

—Aceptaré tu palabra, Molly, pero estoy entre la espada y la pared. Me prometiste que os marcharíais el lunes, y mi contratista empezará el martes. Le he pagado una gran cantidad como depósito para que trabaje deprisa, porque si la casa no está lista para que la inmobiliaria la enseñe hacia principios de noviembre, va a ser difícil venderla. Necesito el dinero.

Molly conocía a la agente inmobiliaria. Era una vieja amiga de la familia.

—Dorie McKay lo entenderá —dijo—; además es muy convincente. Puede arreglar las cosas con el contratista. Lo único que necesito es una o dos semanas más.

Pero Terrance no se dejó convencer.

—No se trata del contratista, Molly. Soy yo. El primero de diciembre me triplican el alquiler. Van a convertir el edificio en pisos de propiedad horizontal. Si no vendo en Hanover, no puedo comprar aquí, en Júpiter, y no puedo permitirme ese alquiler triple.



Molly podría haber suplicado uno o dos días más, pero eso no cambiaría mucho las cosas, no con Robin respirando por aquel horrible aparato.

Además, no era que no pudiera embalarlo todo ella sola. En cualquier caso, Robin tampoco habría hecho mucho, y tenían un sitio adonde ir. Era solo que Molly no deseaba mudarse. Pese a la belleza natural de la zona, y Snow Hill no era lo más bonito, el *cottage* tenía un encanto especial. Le gustaba recorrer el camino y aparcar bajo el roble, le encantaba entrar y oler a madera envejecida. La casa hacía que se sintiera bien. Sería agradable poder quedarse un poco más, especialmente con el futuro de Robin en el aire.

Una cosa era segura: Robin no daría una clase práctica aquella tarde ni hablaría con las estudiantes de sexto el viernes. Molly empezó por la llamada del viernes, sabiendo que una maestra de educación física, que estaba menos involucrada personalmente, aceptaría una cancelación más fácilmente que un grupo de corredoras. Y tenía razón. Cuando explicó que Robin estaba enferma, la profesora se mostró decepcionada, pero comprensiva. La directora del grupo de corredoras era otra historia. Jenny Fiske conocía a Robin personalmente y se mostró preocupada.

Cuando preguntó qué le pasaba, Molly no consiguió echarle la culpa a la gripe.

—Ayer, mientras hacía un recorrido largo, tuvo algunos problemas. Ahora le están haciendo pruebas.

—¿Es el talón otra vez?

Debía referirse al reciente problema del espolón óseo. Pero un espolón no habría impedido que Robin se reuniera con un grupo de corredoras. Robin adoraba reunirse con esos grupos. Habría ido con muletas, si era necesario. No, para que cancelara una reunión así, tenía que ser algo grave. Molly se esforzó por dar con algo plausible. ¿Neumonía? ¿Calambres de estómago? ¿Migrañas? ¿Que duraran semanas?

—Es algo del corazón —dijo finalmente.

—Oh, Dios, lo del corazón dilatado. Robin tenía la esperanza de que desapareciera.

Molly se quedó callada un momento.

—¿A qué te refieres?

—No creo que tuviera intención de decírmelo, pero estábamos juntas, el año pasado, cuando en las noticias dieron los resultados de la autopsia de un hombre que había muerto durante las pruebas de selección para las Olimpiadas. Tenía un corazón dilatado. Fue absolutamente trágico. Quiero

decir, solo tenía veintiocho años. Robin dijo lo aterrador que era, porque ella padecía de lo mismo.

Aquello era nuevo para Molly. Y sería nuevo para sus padres. Pero Robin se lo contaba todo a Kathryn. Si sabía algo así y se lo había ocultado a su madre por conseguir la gloria, sería horrible.

—¿Es ese el problema? —preguntó Jenny.

—Uh... uh...

—¿Está bien?

Su madre habría querido que dijera «Oh, sí». Pero era una mentira, posiblemente agravada en ese momento por la mentira de Robin. Furiosa con su hermana y con su madre, que se deleitaba en la gloria de ser la madre de una corredora de nivel mundial, Molly soltó:

—La verdad es que no. No ha recuperado el conocimiento.

—¡Dios mío! ¿Está en el Dickenson-May?

—Sí.

—¿En la UCI?

Entonces Molly empezó a preocuparse y trató de dar marcha atrás.

—Sí, pero ¿serías tan amable de no decírselo a nadie, Jenny? Aún no sabemos qué pasará.

## Capítulo 5

En cuanto Chris llegó a Snow Hill, Molly fue a su despacho.

—¿Tú sabías que Robin tenía el corazón dilatado?

Él negó con la cabeza.

—¿Quién dice que lo tenía?

—Jenny Fiske. Insinuó que Robin sabía que tenía un problema pero no hizo nada al respecto.

—¿Le has dicho que Robin ha tenido un problema cardíaco? —preguntó él.

Molly se puso a la defensiva.

—He tenido que decírselo. De todos modos, es ridículo que nos lo guardemos para nosotros cuando hay amigos a los que realmente les importa.

—Mamá se pondrá furiosa.

Molly levantó la mano.

—¡Vaya novedad! Cuando se trata de mamá, nunca digo lo correcto. Últimamente, es por Nick. —Había conocido a Nick Dukette dos años antes, en una de las carreras de Robin. Él estaba allí como reportero de prensa y Molly como fan, pero enseguida entablaron amistad. Nick había salido con Robin una temporada, y aunque la relación no funcionó, Molly y él siguieron siendo amigos. A Kathryn no le gustaba aquel hombre—. Me ha criticado incluso por ir a tomar café con él. Pero yo lo conocí primero. ¿Y porque Robin rompa con él yo tengo que dejar de ser amiga suya? No es un mal hombre.

—Es de los medios.

—Ya lo era cuando salía con Robin, y entonces mamá no tenía nada en contra de él. ¿No es posible que Robin filtrase más información confidencial que yo o todo se limita a que mamá cree que soy una ingenua redomada? ¿Qué he hecho para que desconfíe así de mí? Por cierto, papá está de acuerdo con nosotros en lo del EEG. Si alguien puede convencer a mamá de que se haga, es él.

—¿Tú crees?

—Seguro. Puede que ella sea la que siempre toma las decisiones, pero él es inteligente. No tiene ni que levantar la voz, y ella lo escucha.

—Exacto —dijo Chris con una intensidad poco habitual en él—. Es una fuerza callada.

Molly era lo bastante sensible respecto a su madre para tomarse esa súbita muestra de pasión de forma personal.

—¿Y yo no? ¿Es eso lo que estás diciendo? Lo siento, pero no puedo evitar expresar mis sentimientos.

—Tal vez el problema es cómo lo haces. Tal vez tendrías que bajar el volumen.

—Pero yo no soy así. Tú has heredado la calma de papá. Yo no.

—¿Podrías estar casada con un hombre como él?

Molly no pensaba en el matrimonio en aquellos momentos, pero ya que lo preguntaba, le contestó.

—Sin pensarlo ni un minuto. Yo soy como mamá. Necesito a alguien que me calme.

—¿No lo encontrarías aburrido? Papá vuelve a casa del trabajo y no dice casi nada.

—Pero siempre está allí. —De repente se le ocurrió algo—. ¿Crees que papá y mamá sabían lo del corazón dilatado y lo guardaron en secreto?

Chris soltó un bufido.

—Ve y pregúntaselo.

Molly consideró la idea durante un instante antes de decir:

—Lo haré. —De todos modos, deseaba estar en el hospital.

—Molly lo meterá todo en cajas y se ocupará de la mudanza —estaba diciendo Kathryn a Robin—. Es perfecto que compartáis casa. Molly es un gran apoyo cuando tú no estás. Incluso ahora, mantendrá informados a tus amigos sobre lo que está pasando, hasta que nos libremos de este estúpido tubo... —Con una exclamación, se levantó de la silla de un salto.

Charlie se apresuró a acudir a su lado.

—¿Lo has visto? —preguntó Kathryn, exaltada—. Su otra mano. Se ha movido.

—¿Estás segura? Hay muchos esparadrapos en esa mano.

El corazón de Kathryn se aceleró.

—¿Lo has hecho, Robin? Si lo has hecho, quiero que vuelvas a hacerlo.

Se quedó con la mirada fija en la mano.

—Vamos, cariño —ordenó—. Sé que es difícil, pero estás acostumbrada a las cosas difíciles. Recuerda cómo te sientes en el kilómetro treinta y cuatro, cuando chocas contra la pared y estás mareada y débil y crees que no podrás terminar la carrera. Pero siempre terminas. Siempre te las arreglas para sacar un poco más de fuerza. —El respirador inspiraba y espiraba, pero ningún dedo se movió—. Hazlo ahora, Robin —suplicó—. Hazme saber que me oyes. —Esperó, y luego lo intentó de nuevo—. Piensa en los partidos que juegas. Cuando corres, imagina esa zancada larga y continua. Imagínalo ahora, cariño. Imagina el placer que sientes al moverte.

No ocurrió nada.

Con voz entrecortada, susurró:

—¿Estoy pasando algo por alto, Charlie?

—Si es así, lo mismo me pasa a mí.

Desanimada, se dejó caer de nuevo en la silla y se llevó la mano de Robin a los labios. Los dedos estaban flácidos y fríos.

—Sé que he visto algo. —Expulsó el aire sobre los dedos de su hija; pretendía mantenerlos calientes.

—Estás agotada —dijo Charlie.

Ella le lanzó una mirada rabiosa.

—¿Estás diciendo que me lo he imaginado? Puede que tu problema sea que no desees verlo tanto como yo.

Hubo una pausa, y luego con voz queda Charlie respondió:

—Eso ha sido un golpe bajo.

Kathryn se había dado cuenta en el mismo momento en que las palabras salieron de sus labios. Con sus cálidos ojos de color avellana, unos hombros que resultaban más anchos de lo que eran en realidad, y una lealtad como ninguna otra que hubiera visto en ninguna persona antes o desde entonces, Charlie había estado a su lado desde el principio. El hecho de que pudiera acusarlo de no haber hecho lo suficiente mostraba lo estresada que estaba.

¿Estresada? No estaba estresada. Estaba destrozada. Ver a Robin así la estaba matando, incluso antes de pensar en lo que significaba a largo plazo. Aquello no era solo un revés; era una catástrofe.

Charlie lo comprendía. Podía verlo en su rostro, pero eso no excusaba lo que había dicho. Kathryn le rodeó la cintura con el brazo y enterró la cara en su pecho.

—Lo siento. No te merecías algo así.

Él le acarició la cabeza.

—Puedo aguantarlo. Pero Molly no. Hace todo lo que puede. Ninguno de nosotros se esperaba esto. —Bajó la mano para masajearle la nuca, justo en el punto donde más lo necesitaba.

Kathryn levantó la mirada, angustiada.

—¿Le exigí demasiado a Robin?

Él sonrió con tristeza.

—No tuviste que exigirle; ya se lo exigía ella sola.

—Pero siempre la azuzaba.

—No la azuzabas; la animabas.

—Si no lo hubiera hecho, tal vez no se habría exigido tanto.

—¿Y nunca habría corrido un maratón en un tiempo récord? ¿Nunca habría recorrido el país, inspirando a otras? ¿Nunca habría puesto la mira en las Olimpiadas?

Tenía razón. Robin vivía la vida al máximo. Pero saberlo no disminuía el miedo de Kathryn.

—¿Qué vamos a hacer?

—Pedir que le hagan un EEG.

Su pánico se desató.

—¿Y si no muestra ninguna actividad?

—¿Qué pasa si no lo hace?

Charlie siempre transmitía serenidad. Y lo quería por ello. Pero era demasiado pronto para pedir un EEG.

—No puedo correr el riesgo. Todavía no.

—De acuerdo —dijo él, con delicadeza—. ¿Y qué hay de sus amigos? No pueden comunicarse contigo, así que me llaman a mí. Tenemos que decirles la verdad.

—No sabemos cuál es la verdad.

La regañó con una sonrisa triste.

—No estás pidiendo que la trasladen, lo cual me dice que aceptas los resultados del IRM.

¿Cómo no hacerlo, cuando las imágenes eran tan claras?

—De acuerdo —concedió ella—. Diles que hay irregularidades. Es la verdad. No tenemos que decírselo todo, ¿verdad? No puedo soportar que todo el mundo piense lo peor.

—Son amigos, Kath. Quieren ayudar.

Pero Kathryn no quería compasión. No era de las que hablaban por hablar; no podía soportar la idea de ir dando informes de la situación a un amigo tras

otro, en especial cuando no podía informar de ningún progreso. Además, ¿qué se suponía que iban a hacer los amigos?

No. Nada de llamadas. Kathryn no quería que le dijeran cosas que no estaba dispuesta a oír.

—Todavía no puedo hablar con ellos. Sencillamente, no puedo. ¿Puedes encargarte de esto por mí, Charlie?

Molly intentaba afrontar lo que estaba ocurriendo en el hospital. Sin mostrar ninguna mejora, Robin yacía pálida e inmóvil, una parodia cruel de la persona activa que había sido, y Kathryn estaba horrorizada ante la mención de un corazón dilatado.

—Eso es completamente falso —afirmó—. Si hubiese tenido un problema grave, Robin me lo habría dicho.

Molly siguió hablando en voz baja. Nunca había pensado que su hermano fuera especialmente perceptivo cuando se trataba de la naturaleza humana, pero tampoco ella lo estaba haciendo demasiado bien. ¿Qué mejor momento que aquel para poner a prueba la teoría de Chris?

—Podrías haber impedido que corriera. ¿Y si ella no quería dejarlo?

—Puede que Robin sea atrevida, pero no es estúpida y, sin ninguna duda, no es autodestructiva. ¿Por qué demonios das más fe a una extraña que a tu hermana?

—Porque a mi hermana no se lo puedo preguntar —respondió Molly, todavía sin levantar la voz—. Solo trato de encontrar sentido a todo esto, mamá. ¿Los médicos mencionaron una dilatación en el corazón?

Confusa, Kathryn miró a Charlie, quien dijo:

—Sí. Dimos por sentado que era algo nuevo.

—¿Alguien de la familia tiene un corazón dilatado?

Charlie negó con la cabeza y miró a su mujer.

—No tengo ni idea —contestó Kathryn—. Nunca he oído decir nada sobre ello, pero los médicos no sabían tanto en tiempos de mis padres o de mis abuelos. Además, es la clase de cosas que alguien pasaría por alto, a menos que tuviera síntomas.

—¿Robin tenía síntomas?

—Molly, estás dando por sentado que es verdad. ¡Por favor! Además, ¿qué importa? Es agua pasada. Robin ha tenido un ataque al corazón. *Fait accompli*.

—Puede que para ella sí, pero ¿qué pasa con Chris y conmigo? ¿No deberíamos saber si corremos algún riesgo? —Se dio cuenta de lo egoísta que parecía y añadió—: Si Robin sabía que estaba en peligro, no debería haber corrido tanto. Nunca debería haber corrido sola.

—Siempre corría sola.

—La mayoría de los corredores se entrenan en grupo. Si tenía una dolencia cardíaca, ¿no debería haberse asegurado de que hubiera otras personas cerca, por si acaso?

—Se suponía que tú estarías cerca.

Molly podría haber discutido, pero su madre tenía razón.

—Sí. Y tendré que vivir con ello. Siempre —dijo en un tono sombrío.

Kathryn pareció desconcertada ante la admisión, pero solo unos momentos.

—Además, había alguien. —El Buen Samaritano.

—No tenía por qué venir a vernos, mamá —dijo Molly, todavía avergonzada por el estallido de su madre—. Es algo que exigía valor.

—Era culpa. Quiere que lo absolvamos.

—Estaba preocupado —replicó Molly, decidiendo que la teoría de Chris no valía un pimiento. Voz fuerte, voz suave... no conseguía que su madre la entendiera—. No fue él quien le provocó el infarto. Si hablamos de causa y efecto, ¿qué médico habría dejado que Robin corriera maratones sabiendo que tenía este problema?

—¡Como si un médico pudiera controlar lo que ella hacía! Por favor, Molly. Anoche, eras la primera en defender a los médicos. ¿A qué viene este cambio?

—¡No quiero que mi hermana muera! —exclamó Molly, con los ojos anegados en lágrimas—. Cuando éramos niñas —dijo, con voz entrecortada, mirando a su hermana—, me subía a su cama y me acercaba más y más, imaginando que la despertaría solo con el poder de mis ojos, y ella se quedaba inmóvil hasta que yo estaba muy cerca. Entonces se levantaba de un salto y me daba un susto de muerte. —Suspiró, temblorosa, y miró a su madre—. Perdóname. Es que me siento impotente. Quiero saber por qué ha pasado esto.

—Enfadarse no sirve de nada —dijo Kathryn, en voz baja.

«Tampoco sirve la negación», pensó Molly.

—¿No podemos pedir que le hagan el EEG? —preguntó—. Solo para confirmarlo.

Pero Kathryn seguía pensando en el corazón dilatado.



—Robin no me mentiría sobre algo tan importante como un problema de corazón. Me lo contaba todo.

«Déjalo correr», se dijo Molly, pero el comentario la indignaba demasiado.

—¿Te contó que se emborrachó con sus amigos la noche después de correr en Duluth?

Kathryn le clavó la mirada.

—Robin no bebe.

—Robin sí que bebe. Soy yo quien la lleva a casa después.

—¿Y dejas que beba? —preguntó Kathryn, desviando la culpa—. ¿Y por qué no me contó lo de Duluth?

—Porque eres su madre, y odias la bebida. —Molly sintió lástima, porque Kathryn parecía realmente angustiada—. Oh, mamá, no habría dicho nada, si no te hubieras mostrado tan categórica sobre que Robin no mentía. Duluth fue algo pasajero. No pasó nada. Estoy segura de que si le hubieras preguntado directamente si alguna vez se había emborrachado, te lo habría dicho. Pero no quería decepcionarte. Me hizo jurar que guardaría el secreto.

—Tendrías que haber hecho honor a tu palabra.

Molly bajó la cabeza. No podía ganar. Desanimada, miró a Kathryn de nuevo.

—Lo único que digo es que Robin no te lo contaba todo. Era humana, como todos nosotros.

—¿Era? ¿En pasado?

Charlie hizo un gesto para detener la discusión. En el mismo momento, se oyó desde la puerta:

—Perdonen. —Era la enfermera—. Hay un grupo en la sala, al final del pasillo. Dicen que son amigos de Robin.

Kathryn abrió mucho los ojos.

—¿Cómo saben que está aquí?

—Se lo dije a Jenny Fiske —explicó Molly. Su madre ya estaba furiosa; un poco más no podía empeorar las cosas.

Kathryn se hundió.

—Oh, Molly.

—No pasa nada —dijo Charlie—. Jenny es amiga. Molly hizo lo que creyó que era mejor.

—Robin querría que Jenny lo supiera —aseveró Molly. En realidad, estaba segura de ello—. Siempre ha estado al lado de sus amigos. Creo que le gustaría que Jenny estuviera aquí. Y también querría ese EEG. Le gustaba

saber cómo estaban las cosas, le gusta saber cómo están las cosas, le gusta saber a qué se enfrenta. Quiero decir, recuerda cómo estudia a sus rivales antes de cualquier carrera importante. Quiere mentalizarse respecto a todo: quién correrá y cómo, en un recorrido dado, si romperán la carrera pronto, cómo acometerán las subidas, cuándo perderán fuerzas. Es una estrategia. Pero no puede elaborar ninguna estrategia para esta carrera, a menos que sepa qué está pasando.

Al ver que Kathryn seguía mirándola fijamente, Molly calculó que había ido todo lo lejos que podía. Además, Jenny estaba en la sala de espera. Por añadidura, le preocupaba que la enfermera se hubiera referido a amigos, en plural.

Sintiéndose responsable, salió para tratar de limitar los daños.

Kathryn se preguntaba si Molly tendría razón. Posiblemente Robin quisiera saber a qué se enfrentaba. El problema era que ella no quería. Primero deseaba ver alguna mejora; por esa razón, el que Molly divulgara la noticia no era una buena idea.

—¿Por qué ha tenido que decírselo a Jenny?

Charlie acercó una silla.

—Porque la pusimos en una situación insostenible. ¿Cómo puede hablar con una amiga de Robin y no decirle que su estado es grave? De verdad, Kath, no ha hecho nada malo. Lo que le ha pasado a Robin no es nada vergonzoso. Se trata de un problema médico. Nos irían bien las oraciones de sus amigos.

Esta vez, Kathryn no discutió sobre la cuestión de las oraciones. También ella había empezado a rezar. Los médicos no habían dejado de entrar y salir durante toda la mañana para examinar a Robin, y, en realidad, nunca le habían negado la esperanza; simplemente le habían dado muy poco a que aferrarse. Lo mismo había sucedido con el especialista en terapia respiratoria, que pasaba cada hora y se negaba a decir si veía algún cambio en la respiración de Robin. ¿Y las enfermeras? Pese a lo compasivas que eran, poniendo a prueba repetidamente las posibles reacciones de Robin, eran muy prudentes al responder a las preguntas de Kathryn. Con demasiada frecuencia, le habían dicho que los pacientes no se recuperaban de la clase de daños cerebrales que Robin había sufrido.

Charlie le cogió la mano.

—Molly tiene razón. No saber es lo peor.

Kathryn supo qué intentaba decirle.

—Quieres que pidamos el EEG.

—No quiero nada de todo esto —exclamó, con un estallido tan raro en él que aún resultaba más impactante—. Pero no podemos volver atrás —añadió, con tristeza—. La Robin que conocíamos se ha ido.

Los ojos de Kathryn se llenaron de lágrimas cuando miró de nuevo a su hija. Robin fue un bebé activo, una pequeña muy enérgica cuando empezó a caminar, una niña irrefrenable.

—No puedo aceptarlo —susurró.

—Quizá tengas que hacerlo. Piensa en Robin. ¿Cómo podemos saber qué hacer por ella si no conocemos el alcance de los daños?

Era una variante de los argumentos de Molly. Y tenía sentido.

—Quieres a Robin con locura —siguió diciendo Charlie—. Siempre lo has hecho. Nadie puede ponerlo en duda.

—Deseaba tanto para ella.

—Ha tenido mucho —afirmó—. Ha vivido más en sus treinta y dos años de lo que muchos llegan a vivir en toda la vida, y tú has sido la fuerza que la impulsaba.

—Soy lo único que tiene.

—No. Me tiene a mí. Tiene a Molly y a Chris. Tiene más amigos que ninguno de nosotros. Y la queremos. Sí, Molly también. Molly ha tenido que vivir a su sombra, que no siempre es un lugar divertido, pero adora a su hermana. La encubre muchas veces.

—¿Crees que lo que ha dicho sobre Duluth es verdad? —preguntó Kathryn, en un momento de duda.

—¿Cómo puedo no creerla? Tú misma te lo buscaste, cariño. Ninguna hija cuenta todo a su madre, especialmente cuando sabe que la decepcionará.

—No me habría sentido decepcionada si Robin me hubiera dicho que tenía un corazón dilatado. Preocupada, sí.

—La habrías disuadido de correr.

—Probablemente.

—¿Y si ella no deseaba dejarlo? ¿Y si quería correr el riesgo? Es una mujer adulta, Kathryn. Es su vida.

«¿Es?», se preguntó Kathryn. «¿O era?». Había criticado a Molly por usar el pasado, pero si Charlie tenía razón, y la Robin que conocían se había ido, todo cambiaba.

Siempre había creído que conocía muy bien a Robin y pensaba que lo que ella misma quería, Robin también lo querría. Si no era así, y si Robin ya no

podía expresar sus deseos, ¿cómo saber qué hacer?

No era el momento de tener una crisis de confianza, pero Kathryn la sufrió de todos modos. Hacía mucho tiempo desde la última vez. Estaba desentrenada.

Las crisis de confianza habían sido la norma cuando era adolescente, algo propio de la tradición familiar. Su padre, George Webber, era leñador. Luego fue carpintero. Luego albañil. Luego jardinero. A la primera señal de desánimo en un campo, pasaba al siguiente. Lo mismo hacía su madre, que tenía una pequeña industria artesanal: primero tejía suéteres, luego cosía bolsos grandes, y finalmente hizo cestos. Todo ello muy bonito, pensaba Kathryn. Cuando vendía mucho, Marjorie se sentía satisfecha con lo que hacía, pero a la primera señal de estancamiento, pasaba a otra cosa.

Kathryn aprendió de sus padres. Nadó para el equipo de la ciudad, hasta que comprendió que siempre estaría en un segundo nivel, en cuyo momento se pasó al violín. Cuando no consiguió ir más allá de un segundo lugar en los primeros años de secundaria, se apuntó a clases de teatro. Cuando, en el musical del instituto, se quedó en un puesto de corista, cambió a la pintura.

Fue entonces cuando conoció a Natalie Boyce. Responsable del departamento de arte del instituto, Natalie era un espíritu libre, propensa a llevar ropa nada convencional y decir siempre lo que pensaba. Kathryn quedó fascinada por su seguridad en sí misma; además, no podía resistirse a su resolución, dos cosas que apenas veía en casa. Siguiendo los consejos de Natalie, empezó con la acuarela. Se sumergió en los fundamentos del control del pincel, de la paleta, de la textura y de la aguada y mejoró bajo el estímulo de Natalie. A esta le encantaba su uso de la línea y la forma, y veía una intuición natural en su obra, pero le parecía tímida en su uso del color. Kathryn trató de ser más audaz, pero su vida estaba más hecha de tonos apagados que de colores vibrantes. Así que dejó la acuarela y se pasó a la arcilla.

Pero Natalie no estaba dispuesta a aceptarlo. Hablaron. Discutieron. Sus discusiones fueron más allá del arte y llegaron a la vida misma.

Kathryn volvió a la acuarela. Trabajó obstinadamente durante los dos últimos años de instituto. Cuando presentó la solicitud para entrar en la escuela de arte, la fuerza de su portafolio era el uso del color. Pero no fue hasta que se marchó de casa de sus padres cuando fue capaz de expresar lo que había aprendido.

Sus padres eran personas cariñosas que deseaban lo mejor para su familia; lo deseaban tanto que saltaban de una cosa a otra, en una interminable

búsqueda de un gran éxito. Lo que no entendían era que los grandes éxitos no surgen de la nada; requieren talento, concentración y trabajo duro.

## Capítulo 6

Los amigos que esperaban en la sala eran corredoras, reunidas en torno a una pequeña mesa, en un haz de tela vaquera, *spandex* y mochilas. Molly reconoció en ellas a estudiantes graduadas de Dartmouth, con quienes Robin solía entrenar. No tenían ninguna relación con Jenny Fiske.

De haberlo sabido, no se habría apresurado a salir. Pero ya era demasiado tarde. La rodearon antes de que pudiera retirarse.

—Mi prima estaba en Urgencias anoche, con su hijo pequeño —explicó una—. ¿Cómo está Robin?

—No estamos seguros —consiguió decir Molly.

—Hace tres días corrí con ella y estaba bien —dijo otra.

Y una tercera:

—Ayer mismo hablé con ella en la librería.

—Yo me enteré a través de Nick Dukette —intervino una cuarta.

—¿Nick?

—El del periódico. Lo vio en una ficha de la policía esta mañana, y sabe que conozco a Robin. Me dijo que su estado era crítico.

Molly no sabía qué decir. Nick aseguraba que eran muy amigos, pero si era así, debería haberla llamado a ella primero. Claro que tenía el móvil en modo vibrador y había estado lo bastante preocupada para no oírlo.

Sacó el teléfono y ojeó los mensajes. Sí. Allí estaba. Una llamada perdida de Nick. Sin mensaje.

Nick trabajaba como reportero para el periódico de más tirada del estado. Cuando Molly lo conoció, hacía un poco de todo, luego lo nombraron jefe de la sección de noticias locales, pero con su capacidad para olfatear una historia, estaba cantado que sería el próximo redactor jefe de investigación en el siguiente cambio de mandos. Igual que Robin, tenía la palabra «estrella» escrita en todo el cuerpo. Y estaba ansioso por llegar a ser una estrella. Tenía unos penetrantes ojos azules que podían taladrar o seducir, y los usaba bien.

De haber sido abogado, habría perseguido ambulancias; así de adicto era a desvelar noticias.

Molly lo admiraba por su tenacidad; sin embargo, presentaba un inconveniente: lo que Nick sabía pronto era de dominio público.

Kathryn se horrorizaría y, sin ninguna duda, culparía a Molly. Tenía que hablar con él.

Pero primero las corredoras. Negar el estado oficial de Robin era absurdo. La cuestión era cuánto más decir y la clave estaba en decirlo en voz baja. La sala no estaba vacía. Una mujer y su hija dormitaban en un sofá, y había una familia apiñada en otro.

Molly se acercó al grupo.

—El informe oficial sigue siendo de estado crítico —dijo, porque eso es lo que dirían a cualquiera que llamara al hospital—. Estamos esperando las pruebas de seguimiento.

—¿La atropello un coche?

—No. Es algo interno.

—¿Interno, quieres decir órganos?

Molly asintió rápidamente.

—¿Se pondrá bien?

—Eso esperamos.

Hubo un momento de silencio y luego un aluvión de preguntas en voz baja.

—¿Podemos hacer algo?

—¿Podemos llamar?

—¿Necesita algo?

—Pensamientos positivos —dijo Molly y, por un momento, se sobresaltó, cuando una de las mujeres, a la que no conocía, la abrazó. Se sorprendió todavía más de añorar aquella calidez cuando la mujer se apartó. Incapaz de hablar, hizo un ademán de agradecimiento y, con el móvil en la mano, se dirigió hacia la puerta.

Esperando justo al otro lado, media cabeza más alto que Molly, estaba el Buen Samaritano. Llevaba la corbata floja y el cuello desabotonado. Se mostró visiblemente aliviado cuando ella se detuvo. Con la anterior escena en mente, ¿cómo podía no pararse? Su primera intención fue disculparse por el abominable comportamiento de su madre, pero él habló primero.

—¿Cómo está?

Molly sorbió por la nariz y negó con la cabeza.

Él soltó una exclamación que sonaba a derrota.

—Sabía que era grave. Estaba sudorosa y fría. Fue espantoso. En cuanto los paramédicos se encargaron, me marché. —Parecía atormentado—. Me asusté. Su nombre estaba escrito en la etiqueta de la zapatilla y, después de leerlo, la reconocí. Es el ídolo de cualquier corredor y allí estaba yo, tratando de que respirara. No sirvió de nada, ¿verdad?

Molly vaciló y luego negó con la cabeza.

—¿Clínicamente muerta? —preguntó en un susurro.

Ella encogió un hombro; no podía negarlo ante ese hombre, que estaba claro era consciente del estado de su hermana.

Él pareció deshincharse.

—No paro de pensar que si hubiera ido a un ritmo más rápido, habría llegado allí antes.

Molly se rodeó con los brazos.

—Si hubieras estado en una carretera diferente, nunca la habrías encontrado.

—Debería haberme quedado, tal vez haber ido con ella en la ambulancia, pero ella no me conocía, así que no era como un amigo que acompaña a otro amigo.

—Yo soy su hermana —soltó Molly—, y se suponía que debía seguirla en esa carrera, pero tenía otras cosas que hacer. ¿Sabes lo culpable que me siento?

Él no parpadeó.

—Sí, lo sé. En cuanto el equipo de la ambulancia se hizo cargo, di media vuelta y corrí a casa, para ducharme y volver a la escuela para tratar de convencer a los padres de que soy una persona buena y comprensiva, que está cualificada para enseñar a sus hijos. Como si pudiera centrarme en el trabajo.

Molly no podía estar más de acuerdo. Permanecer sentada en su despacho había sido absurdo. No podía trabajar mientras su hermana estaba conectada a aquellas máquinas.

Nick, en cambio, estaba trabajando y necesitaba ponerse en contacto con él. Señaló con un gesto hacia la habitación de Robin y dijo:

—Tengo que hacer una llamada. —Empezó a alejarse, pero se detuvo y regresó junto a él. Se alegraba de verdad de que él hubiera vuelto—. Gracias.

—No hice lo suficiente.

—No respiraba. Hiciste lo que pudiste. Ahora está viva gracias a ti. —Al ver que él seguía con expresión angustiada, Molly sonrió—: Olvida lo que dijo mi madre. Necesita echarle la culpa a alguien. Algún día, te dará las gracias ella misma.



Esta vez siguió su marcha, pasó por delante de la habitación de Robin y fue a un sitio, junto a una ventana, donde el móvil mostraba cuatro barras de cobertura.

—Soy yo —dijo, cuando Nick contestó.

Se oyeron varios segundos de ruido de fondo y luego en un tono vehemente:

—Dios, Molly, he estado tratando de hablar contigo todo el día. ¿Por qué has tardado tanto en devolverme la llamada?

—Ha sido todo bastante caótico, Nick.

—¿Cómo está?

—Se mantiene.

—¿Qué significa eso? ¿Está consciente? ¿Habla? ¿Se mueve? ¿Respira por sí misma? ¿La han estabilizado?

Molly podía notar aquellos ojos penetrantes. No estaba segura de que le gustara estar a ese lado del cuaderno de notas.

—Luego le harán otras pruebas.

—¿Fue un ataque al corazón?

—Están tratando de averiguar exactamente qué está pasando.

—Pero el problema inicial... ¿fue definitivamente el corazón? ¿Había tenido problemas cardíacos antes? ¿Se trata de un problema estructural, una válvula o un agujero? ¿Pueden solucionarlo?

Molly estaba cada vez más incómoda.

—¿Es para un artículo?

—Molly —exclamó, con voz dolida—. Es para mí. Salí con Robin. Además, su hermana es amiga mía.

Molly se sintió debidamente reprendida.

—Lo siento. Es que sueñas tan a reportero.

Y estaba aquel asunto de Andrea Welker, que dio un resultado positivo en un control antidopaje, algo que Robin había contado a Nick confidencialmente, y que había aparecido en el periódico. Nick juró que había conseguido la información de otra fuente, pero ni Robin ni Kathryn se lo creyeron. «No te creas lo que dice», le había advertido Robin más de una vez y, por si acaso lo olvidaba, Kathryn repetía la advertencia a menudo. Pero a Molly le caía bien Nick. Era interesante e iba a sitios. Además, era halagador que a él le gustara Molly lo suficiente para querer ser amigo suyo, incluso después de que su hermana lo plantara.

—Mira, lo siento —dijo él ahora, conciliador—. Si me hubieras llamado anoche, ahora no estaríamos teniendo esta conversación. Cuando esta mañana

no me devolviste la llamada, empecé a llamar a otras personas. Son gajes del oficio.

—Esto es lo que me asusta. Nick, necesito tu ayuda. ¿Puedes impedir que esto se publique?

Se produjo una breve pausa.

—¿Cómo podría hacerlo? —exclamó sorprendido—. Es una noticia.

—Tienes influencias. Puedes hacer que retengan la noticia. Cuantas más personas se enteren, más nos llamarán, y no podemos hablar hasta que sepamos algo más.

—¿Qué sabéis ahora?

Molly había confiado recibir una promesa. Decepcionada, no respondió.

—¿No somos amigos? —preguntó él, en voz baja—. Los amigos confían el uno en el otro.

Los amigos también llamaban más de una mísera vez, antes de contactar con otras personas, pensó Molly. Claro que estaba hipersensible.

Pero no era estúpida.

—Lo importante es que mi familia necesita intimidad —explicó—. Además, sinceramente, no hay mucho que decir. Robin tuvo un episodio cardíaco, pero todos sus signos vitales están bien. —No era del todo mentira.

—¿Un «episodio» cardíaco es lo mismo que un «ataque» cardíaco?

—Para mí, en estos momentos, son solo palabras. Estoy muy afectada. Todos lo estamos. Te he dicho todo lo que sabemos seguro. —Tampoco era del todo mentira.

—De acuerdo. Está bien. ¿Me llamarás cuando sepáis algo?

Le dijo que lo haría, pero terminó la conversación con una sensación incómoda. Pasó un minuto antes de que se diera cuenta de lo que era. Pese a todas sus preguntas, Nick no se había interesado por cómo se encontraba con todo aquello. Los amigos que afirmaban que lo eran lo habrían preguntado.

Se dijo que se trataba simplemente de un olvido, que él ya sabía que estaba angustiada, así que no tenía necesidad de preguntarlo. Cerró el móvil y volvió a recorrer el pasillo. Casi había llegado a la habitación de Robin cuando salió su padre. Estaba sacando su propio teléfono del bolsillo.

—Mamá ha aceptado que hagan el EEG. ¿Quieres quedarte con ella mientras llamo a Chris?

No hicieron el EEG hasta última hora de la tarde, a petición del neurólogo que quería estar presente para interpretar los resultados. Llevaron la máquina a la

habitación de Robin. Dado que se necesitaba silencio para que las lecturas fueran fidedignas, Kathryn fue el único miembro de la familia al que permitieron quedarse.

Agradeció que las enfermeras percibieran su necesidad de estar allí, pero si esperaba darle suerte a Robin, no dio resultado. La animó en silencio. Repitió todos los pensamientos motivadores que habían estimulado a Robin en el pasado. Contaba con que sus ondas cerebrales conectaran con las de su hija.

Pero las noticias no fueron buenas. Después de una hora en que el lápiz de la máquina estuvo garabateando sobre el papel, Kathryn pudo verlo por sí misma: una línea plana después de otra, en las doce lecturas diferentes.

¿Qué podía decir el neurólogo? Kathryn lloraba en silencio y no se le ocurrió hacer nuevas preguntas. Cuando él se marchó, la enfermera se quedó allí, centrándose no en Robin, sino en ella, lo cual era casi peor. «¿Quería hablar con los servicios sociales?». No. «¿Quizá un sacerdote?». No.

«Quiero una segunda prueba», consiguió decir Kathryn, finalmente. La enfermera asintió y respondió: «Es el procedimiento habitual», lo cual no fue de gran ayuda. Kathryn no quería ningún procedimiento. Quería a su hija.

Durante un largo rato, después de que se fuera la enfermera, Kathryn se quedó allí, sosteniendo la mano de Robin, estudiando su cara, tratando de encajar lo que la prueba decía con la hija que hacía la rueda a los tres años. Charlie estaba detrás de ella, con Chris y Erin cerca. Molly volvía a estar pegada a la pared. Nadie hablaba y eso tampoco ayudaba. No era justo, nada de todo aquello era justo, ni su silencio ni su dolor ni el destino de Robin.

Furiosa, se revolvió contra su familia.

—Todos vosotros queráis que hicieran esto. ¿Podemos ayudar más a Robin ahora?

Charlie parecía destrozado. Chris se aferraba a la mano de Erin. Molly estaba deshecha en llanto.

—Yo dije que era demasiado pronto —exclamó Kathryn, rompiendo a llorar de nuevo. Charlie le tendió un pañuelo de papel y la abrazó hasta que recuperó el control—. Algunos pacientes necesitan más tiempo. El médico lo dijo. Voy a seguir hablando con ella. Me oye, sé que me oye. —Decidida, volvió junto a Robin—. Y sé dar ánimos, ¿no es cierto? Así que esto es, de verdad, realmente importante. —Se inclinó y habló en voz baja—: ¿Me escuchas, Robin? Necesito que escuches. Nos hemos enfrentado a situaciones difíciles antes. Has competido contra algunos de los mejores corredores del

mundo y los has dejado atrás. Eso es lo que haremos también esta vez. Los sorprenderemos a todos. Vamos a ganar.

Molly apareció a su lado.

—¿Mamá? —dijo, con una voz muy joven.

Kathryn se ablandó al oírla. Molly no solía mostrarse vulnerable. Era una vuelta atrás, un recordatorio de lo que Charlie había dicho.

—¿Qué hay, cariño?

—Tal vez, tendríamos que decírselo a Nana.

El sufrimiento de Kathryn debería haber sido suficiente para hacerla inmune a más dolor, pero ahí estaba. Cerró los ojos con fuerza para luchar contra la histeria. No estaba segura de cuánto se suponía que alguien podía soportar tanto dolor al mismo tiempo, pero ella estaba llegando a su límite.

Abrió los ojos y dijo:

—Nana no es la de antes.

—Tiene momentos de lucidez.

—No puede recordar nuestros nombres y mucho menos comprender lo que le decimos. No es la Nana que conocías, Molly. Además —continuó volviéndose hacia Robin, con un último atisbo de esperanza—, sería cruel decir a una mujer de su edad algo que no sabemos seguro. Solo ha sido el primer EEG. Si exigen dos, es por alguna razón. No me importa lo que digan los médicos; no voy a creerme nada hasta que hagan el segundo.

De todos los desacuerdos que Molly tenía con su madre, dando un uno a los conflictos menores y un diez a los peores, su disputa respecto a su abuela se ganaba un ocho. Esa era una de las razones de que, desde el hospital, fuera a la residencia. Las horas de visita ya habían pasado cuando llegó, pero el personal estaba acostumbrado a sus idas y venidas. Sonrió a la empleada del mostrador de recepción, que le hizo enseguida ademán de que pasara. Sin embargo, después de subir a la carrera la escalera hasta el tercer piso, vaciló.

—¿Está sola? —preguntó en el puesto de enfermeras. No le importaba que su abuela tuviera novio. Los empleados le habían dicho que no tenían relaciones sexuales, pero Molly no quería correr riesgos.

La enfermera sonrió.

—Thomas está en su habitación, solo. Tiene un resfriado.

Agradecida, Molly entró en una habitación hacia la mitad del pasillo, cerró la puerta y se volvió hacia la figura que había en el sillón. Marjorie Webber tenía setenta y ocho años. Cinco años antes, le habían diagnosticado

Alzheimer y durante los dos primeros años su marido había cuidado de ella. Luego su salud decayó y la enfermedad de ella se aceleró hasta el punto de necesitar atención las veinticuatro horas del día. No quedó más remedio que ingresarla en una residencia.

Para ser justos, Molly sabía que a Kathryn le había costado mucho tomar aquella decisión. Todos estuvieron de acuerdo en que trasladar a Marjorie a vivir con Charlie y ella no era práctico, debido a las muchas escaleras que había en su casa. Además, Marjorie necesitaba una vigilancia constante y Kathryn no estaba casi nunca en casa. La mejor opción para contar con el máximo de seguridad y cuidados era un lugar especializado. Miraron muchos antes de elegir aquella residencia. Alojada en una enorme mansión, con múltiples alas adaptadas a sus fines, esta residencia resumaba la calidez que a otras les faltaba. Parte de su atractivo era lo cerca que estaba de casa de los Snow.

Kathryn había llevado a su padre de visita con frecuencia y, después de que George muriera, iba ella sola. Pero entonces, Marjorie conoció a Thomas y Kathryn se escandalizó. No importaba que George ya hubiera muerto; se tomó el hecho de que su madre tuviera novio como una afrenta personal y dejó de ir a verla. Kathryn adujo que su madre ya no la reconocía pero Molly no tenía ninguna prueba en un sentido u otro. Por su parte, siempre había adorado a su abuela. Incluso en su disminuido estado, Marjorie la reconfortaba.

Esa noche no era una excepción. La habitación estaba llena de recuerdos del pasado: fotos enmarcadas de la familia, una bolsa que Marjorie había confeccionado y que ahora desbordaba de hilos, un cesto de mimbre en el cual Molly había puesto macetas de potos, begonias de hoja y hiedra. En medio de estos recordatorios sosegadores, Marjorie tenía un aspecto absolutamente dulce y, con un toque cruel, parecía una mujer diez años más joven. Tenía el pelo gris, pero seguía siendo espeso, y lo llevaba peinado de una forma muy parecida a la de Kathryn. Siempre aficionada a los colores pastel, en ese momento llevaba una bata rosa y estaba leyendo un libro, una actividad tan familiar para una lectora inveterada como ella que Molly podía fácilmente imaginar que conservaba todas sus facultades mentales.

—Nana —susurró, inclinándose junto al sillón.

Marjorie levantó la vista del libro y la estudió con curiosidad. Y allí había otro toque cruel; aunque les habían advertido de que perdería la expresión facial, esto todavía no había sucedido. Parecía darse cuenta de todo; con lo cual algunas de las cosas que hacía parecían más disparatadas.

—Soy Molly —dijo, antes de que Marjorie pudiera llamarla por cualquier otro nombre. Sí, comprendía lo que sentía Kathryn cuando eso sucedía. Marjorie no lo hacía aposta, pero seguía siendo triste—. ¿Qué lees?

Marjorie miró el libro y se animó.

—*Mujercitas* —dijo—. A mis nietas les encantaba este libro. ¿Tienes hijos?

Molly sintió un nudo en la garganta al ver que no la reconocía como una de esas nietas. Tragó saliva y negó con la cabeza.

—Bueno, ya los tendrás, una chica tan guapa como tú. —Cerró el libro y alisó la cubierta. No era en absoluto *Mujercitas*, sino un libro de ideas para tejer que Molly le había llevado la semana anterior, esperando que las imágenes le recordaran algo. En un tiempo, su abuela fue una tejedora asombrosa. Algunas veces, todavía conseguía hacer punto. Otras, se quedaba contemplando las agujas sin entender nada.

Entonces se volvió hacia Molly.

—¿Te conozco?

Debería. Había fotos sobre la mesita de noche y sobre el tocador, y otras enmarcadas y agrupadas en la pared. Algunas se habían tomado durante las fiestas y otras en vacaciones. Todas tenían como objeto estimular la memoria.

—Soy Molly, y te echo de menos, Nana.

Marjorie sonrió.

—Mis nietas me llamaban Nana... ya sabes, esa enorme cabra peluda que cuida de los niños en *Peter Pan*. Bueno, en realidad, había tres cabras y querían cruzar el puente para ir al prado. —Bajó la voz—. Pero un ogro era el dueño del puente.

—Robin está enferma, Nana —«Clínicamente muerta». Al permitirse pensar en aquellas palabras allí, con su abuela, Molly se sintió también enferma.

—¿Robin? —La anciana frunció el ceño—. Conozco una Robin. Su madre la llamó así por el dicho.

—¿Qué dicho?

—Ya sabes —dijo Marjorie algo molesta—. Esa expresión... sobre que el pájaro madrugador se queda con la grasa.

Molly no la corrigió.

—¿Qué relación tiene eso con Robin?

—Un Robin<sup>[1]</sup> es un pájaro. Llegan temprano.

«También se van temprano», pensó Molly y, de repente, dio gracias porque su abuela hubiera perdido el contacto con la realidad. No tendría que

pensar en las palabras «clínicamente muerta», no tendría que sentir el dolor de saber qué le pasaba a Robin. Ni siquiera sentía el dolor de su propia enfermedad, aunque no siempre había sido así. Al principio, Nana sabía lo que le pasaba. Su conducta se había vuelto errática, pero cuando le dieron el diagnóstico era lo suficientemente consciente para angustiarse. En ciertos aspectos, era una bendición que su enfermedad avanzara tan rápidamente. Había asistido al funeral de su marido sin acabar de comprender quién había muerto.

Para una mujer en excelentes condiciones físicas, setenta y ocho años no era sinónimo de vejez. De no ser por su mente, podría vivir hasta los cien. Todavía podría hacerlo. Molly decidió que sería cruel que Nana viviera tantos años sin tener ni idea de nada, aunque ni de lejos tan cruel como lo que le sucedía a Robin a los treinta y dos.

Molly se preguntaba si Robin llegó a saber qué le estaba pasando, allí en la carretera. La idea de que su hermana hubiera sentido un dolor en el pecho, percibido qué era y comprendido que estaba absolutamente sola hizo que Molly se estremeciera. Sin embargo, peor era el cierre definitivo que quizá siguiera: El apagón de las luces, la negrura total. Muerte cerebral. Aquello era terrorífico.

Necesitaba de la bondad que siempre había caracterizado a su abuela:

—Soy una mala persona —dijo—. Dejé plantada a mi hermana y ahora se está muriendo.

Marjorieladeó la cabeza.

—Me recuerdas a alguien.

—Fue culpa mía, Nana, y no fue solo este lunes. Ha habido veces en que me he saltado deliberadamente sus carreras. A veces, incluso esperaba que perdiera. ¿Será que mis deseos se han hecho realidad?

Marjorie parecía meditabunda. Finalmente, preguntó, curiosa:

—¿Nos conocemos?

—Y sigo siendo amiga de Nick —prosiguió Molly— tan solo para irritarla. Si fuera una hermana leal, lo dejaría. Así que no soy leal y mamá nunca me perdonará, aunque me mate a trabajar en el vivero. Quiero decir, me gusta mi trabajo, pero necesito saber que es algo que a mamá también le gusta.

Marjorie inclinó la cabeza. Estaba escuchando.

—Entonces, ¿todo gira en torno a mamá? —preguntó Molly—. ¿Solo ejerzo de hija y nada más? Mis amigos no pueden creerse que volviera directamente al negocio familiar. Piensan que debería ir a algún otro sitio y

hay veces en que yo también querría hacerlo. Me han entrevistado en otros sitios, Nana. Tuve una oferta de un enorme vivero a las afueras de Boston la semana pasada, pero la rechacé. Adoro Snow Hill. Mamá es tan lista... — Marjorie estaba empezando a fruncir el ceño, así que Molly añadió—: No le cuentes lo de la oferta de trabajo. Me mataría si lo supiera. Fui desleal incluso por llegar a considerarla. O sea que aquí estoy, preocupándome por ella otra vez. ¿Todo tiene que ver siempre con mamá? ¿Quién soy yo?

—Pues... no estoy segura —dijo Marjorie.

Molly sabía que era ridículo estar hablando de identidad con una mujer que había perdido la suya, pero las palabras se negaban a detenerse.

—Soy una persona un momento y, al siguiente, otra. Quiero a mi hermana. Odio a mi hermana. Quiero a mi madre. Odio a mi madre. Quiero Snow Hill. Odio Snow Hill. ¿Quién soy?

Molly parecía alterada.

—¿Nos conocemos?

—Nana, soy yo, Molly —dijo suplicante—, y no sé cómo ayudar a mamá. Necesito que me digas qué tengo que hacer.

Marjorie frunció más el ceño.

—¿No lo sabes?

—Siempre digo lo equivocado.

—Pero tienes que hablar —exclamó Marjorie, angustiada y añadió—: Debería conocerte.

—Me conoces —susurró Molly, y apoyó la mejilla en la rodilla de su abuela. Pasó un minuto antes de que la mano de Marjorie tocara la cabeza de Molly, y otro antes de que empezara a acariciarle el pelo, pero la familiaridad de la caricia era reconfortante. Por un breve momento, «muerte cerebral» perdió su filo amenazador. Durante esos breves momentos, Molly volvió a un lugar donde las aflicciones de la vida se podían solucionar con una caricia.

Luego las caricias se detuvieron y Molly levantó la mirada. Los ojos de su abuela miraban hacia la puerta; el rostro iluminado de placer.

Thomas estaba allí, con la nariz enrojecida, el pelo revuelto, la bata atada torpemente.

—Vaya, hola —dijo Marjorie, con tono desconcertado, pero complacido—. ¿Te conozco?

Él no respondió. Por lo que le habían dicho a Molly, raramente hablaba. Era imposible saber si Thomas había dejado su habitación deliberadamente para ir hasta allí o si la atracción era subconsciente. Pero la angustia que



Molly había oído en la voz de su abuela había desaparecido. Pensó que, solo por esa razón, Kathryn tendría que estar agradecida a Thomas.

Marjorie había cumplido con su deber en la vida. Había sido fiel y trabajadora, y ciertamente no se había buscado esta enfermedad. Sin embargo, el Alzheimer le había robado su identidad, había dejado en blanco una historia de casi ochenta años. Si todavía podía disfrutar de momentos de placer, ¿qué había de malo en ello? Estaba atrapada en un mundo desconocido, pero era un mundo donde los maridos no morían, las hijas no dejaban de ir a verte y las nietas no acababan conectadas a máquinas para seguir viviendo. Una pequeñísima parte de Molly le envidiaba todo aquello.

## Capítulo 7

Molly le daba vueltas y más vueltas a la cabeza sin poder decidir si contar a Nick lo del EEG. En el coche, mientras volvía de ver a su abuela, vacilaba, abría y cerraba el móvil, una y otra vez, antes de admitir la verdad. Sí, confiaba en él... pero no del todo. La muerte cerebral era algo siniestro y Nick era de la prensa.

También era algo parecido a una celebridad local el hombre popular, el soltero más codiciado con los ojos azules más asombrosos y valoraba la amistad de Molly. Robin afirmaba que Nick la utilizaba, pero ¿para qué? Eran amigos desde antes de que él y Robin empezaran a salir. Molly los había presentado.

Pero respetaba la necesidad de intimidad de su madre. Así que mantuvo el teléfono desconectado.

Centrándose en Robin, regresó al Dickenson-May. Sin embargo, apenas había llegado a la puerta principal cuando las tenues luces del letrero del hospital iluminaron a un hombre sentado en un banco. Era el Buen Samaritano. La corbata había desaparecido y llevaba los faldones de la camisa por fuera del pantalón. Tenía los codos apoyados en las rodillas, pero cuando la vio, se enderezó, con ojos interrogadores.

Molly sonrió tristemente.

—No ha ido bien.

Él se encogió de nuevo.

—Lo siento.

Al recordar, con demasiada claridad, las cáusticas palabras de su madre, Molly se preguntó si Kathryn sabía que él estaba ahí.

—¿Has estado arriba?

—Solo lo suficiente para ver que no estabas allí. Tu madre no tiene ninguna necesidad de disgustarse por mi causa. De todos modos, tenía que hablar con alguien.

—¿Aquí en el hospital?

—Sí. Un amigo de un amigo. Necesito información sobre la anorexia. Una de mis alumnas tiene un problema.

Molly pensó que la anorexia era preferible a la muerte cerebral, de modo que se sentó a su lado en el banco.

—¿Qué curso enseñas? ¿Qué edades tienen tus alumnos?

—Octavo. Trece y catorce años. —Cuando ella hizo una mueca, él dijo, arrastrando las palabras—: Sí. Es una edad difícil. Son los mayores de la enseñanza media, así que van de chulos. Hay mucho matonismo, y no solo contra los chicos más pequeños, sino de unos contra otros. Las chicas están totalmente desarrolladas y son precoces. Salen mucho. Visten provocativamente. La mitad de los chicos han llegado a la pubertad, la otra mitad no. Los que no, son vulnerables.

—¿Quién es anoréxica?

—Una de mis alumnas. Es bailarina, tiene mucho talento y es la chica más encantadora que podrías conocer. No forma parte de la escena social, porque pasa cada minuto libre en una escuela de danza. Si ya ha alcanzado la pubertad, nunca lo dirías. Es un palo de escoba.

—Sus padres deben darse cuenta.

Él pareció dudarlo.

—Sería lógico. Pero ellos también son de los que siempre quieren alcanzar la excelencia. La madre es abogada, el padre, profesor. Dudo que quieran darse cuenta.

—¿Has hablado con ellos?

—No, hay un problema. El padre es el director de la escuela; mi jefe. Se enorgullece de sus hijos. Siempre consiguen unas notas estupendas y ganan todos los premios locales. No le gustará que le señale un fallo.

—La anorexia no es un fallo —dijo Molly—. Es una enfermedad.

—En su hija sería un fallo, un fallo que recaería en su esposa y en él, y eso lo convierte en algo muy delicado de plantear.

—Pero estás preocupado. —Podía verlo en sus ojos.

—Sí, pero ¿estoy metiendo las narices donde no me importa? Tienen que saber que hay un problema. Otras personas deben de haberlo mencionado. Yo soy solo su profesor de historia.

—Puede que te intereses más que los otros.

—Puede que sea más imprudente. Hace un par de años, en otra ciudad y en otra escuela, informé de alguien que había hecho trampas en un examen. Era algo muy evidente. En realidad, no tuve más remedio que denunciarlo.

Pero el alumno era hijo de unos amigos de mis padres. Las dos familias siguen distanciadas. Mis padres no me lo han perdonado.

—Pero si esa chica corre un peligro físico...

—Por eso no sé qué hacer —dijo—. Ser bueno puede resultar contraproducente. Como con tu hermana. Si está clínicamente muerta, no la salvé. Solo prolongué su agonía.

—No podías saber de ninguna manera qué pasaría. No te puedes culpar por eso.

—¿Tus padres están de acuerdo? —preguntó, y prosiguió antes de que a Molly se le ocurriera una respuesta diplomática—. A veces, estás condenado, hagas lo que hagas. ¿Es mejor error por comisión o por omisión?

Molly no lo sabía. Tampoco ella sabía qué pensar. Podía haber acompañado a Robin y estar sentada en el coche, con el agua, al final de la carretera, esperando y escuchando la radio mientras el tejido cerebral de Robin moría.

—La diferencia —dijo— es que lo intentaste. Tus intenciones eran buenas. Actuaste porque te importaba.

—Pero hay algo irónico en esto. Me convertí en maestro para quedar fuera de la refriega. Mi familia pertenece al mundo editorial, tiene mucho prestigio y está en lo más alto. Reciben reconocimiento por todo lo que hacen, bueno o malo, así que he visto el lado oculto de la popularidad. El dolor no vale la pena. Soy el más joven de sus hijos y siempre he sido el menos visible. Y me gusta así.

Molly se identificaba por completo. Era la más joven y también la menos visible.

—Es muy cómodo.

—Copiar, la anorexia, problemas de corazón... No busco entrometerme.

En eso eran almas gemelas, lo cual hizo que a Molly le cayera todavía mejor. Él comprendería su resistencia a ser la portavoz de la familia.

Pero ¿quién más podía serlo? Eran unas circunstancias desesperadas.

—Pasar desapercibido no siempre es posible.

—Eso es lo que dice mi padre. Equipara ser proactivo a ser valiente, y estoy de acuerdo hasta cierto punto. Probablemente, por esa razón me enfrente a mi jefe en el asunto de su hija. —Su mirada se desvió hacia el aparcamiento y luego volvió, bruscamente—. Lo siento. No paro de hablar de mí mismo, cuando eres tú quien estás viviendo una crisis.

Molly sonrió.

—Es agradable pensar en otra cosa. Además, hay paralelismos. ¿Actuamos o no actuamos? ¿Sabemos que hicimos todo lo que pudimos o nos morimos de arrepentimiento?

—Nos morimos, punto —comentó él sombríamente—. Es algo que me obsesiona. Mira tu hermana. ¿Alguien sabe cuándo puede ocurrirnos algo así? —Resopló—. Vaya manera egoísta de pensar.

—Pero es algo real —dijo Molly—. La mortalidad, quiero decir. —Suponía que él tenía poco más de treinta años e imaginaba que aquello era tan nuevo para él como para ella—. ¿Has hecho testamento? —preguntó sin rodeos.

Él no pareció incómodo.

—No tengo esposa ni familia ni necesidad de hacerlo.

—Robin tampoco tenía necesidad.

—A eso me refiero. No esperamos algo así.

—Pero ahora ha sucedido —insistió Molly, expresando sus propias preocupaciones—, así que tenemos que hacer algo. Pero ¿cómo averiguar qué desea alguien cuando no puede hablar, cuando no puede pensar?

—¿Tu hermana tenía hecho un testamento vital?

—¿Te refieres a si había dejado dicho que no la mantuvieran con vida? No que yo sepa.

—¿No había dado instrucciones a nadie?

Molly negó con la cabeza.

—La criticaría, pero yo tampoco lo he hecho. ¿Arrogancia? ¿Autocomplacencia?

—Miedo. No queremos pensar que puede pasarnos a nosotros.

Bien, pues ahora ella sabía que podía pasar. Compartía esa información con ese desconocido.

—¿Tienes nombre? —preguntó, obedeciendo a un impulso y, al momento, empezó a dar marcha atrás—. No tienes que dármelo, si no quieres. No se lo diré a mis padres. —Especialmente a mi madre, pensó. Aunque Kathryn ya no estaba histérica, seguía creyendo que el Buen Samaritano había hecho demasiado poco, demasiado tarde—. Solo me gustaría saberlo. Para mí.

—David —respondió él—. David Harris. También tengo número de teléfono. —Sacó una tarjeta del bolsillo, anotó algo en el dorso y se la tendió a Molly—. Es mi móvil. No te sientas obligada a llamar. Iré pasando por aquí para saber cómo está tu hermana. Pero si hay algo que yo pueda hacer, o si quieres hablar...

Molly no sabía si lo haría, pero era agradable que se lo hubiera dicho. Se metió la tarjeta en el bolsillo y se levantó.

—Creo que tendrías que decir al padre de tu alumna que estás preocupado por ella. En este caso, la omisión parece peor. Si miras hacia otro lado y ocurre algo malo, siempre tendrás dudas. —Por lo menos, eso es lo que Molly sentía. Tendría que haber estado esperando a Robin en la carretera, en lugar de regando plantas en casa.

Necesitaba redimirse y fue a la habitación de Robin.

—¿Algún cambio? —preguntó.

Kathryn hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Pensaba que no volverías esta noche.

—No estoy segura de poder dormir.

—Dormirás.

Molly podría haberse revuelto. Era curioso lo que sucedía con lo de la muerte cerebral. Era algo que alteraba los nervios, incluso cuando no pensabas en ello.

Pero no había ido allí a discutir.

—¿Qué puedo hacer, mamá? Dímelo. Quiero ayudar, de verdad.

Kathryn sonrió con tristeza.

—No hay mucho que hacer en estos momentos. Está durmiendo, en calma.

—¿Puedo quedarme aquí, mientras tú te vas a dormir un rato?

—No, gracias, tesoro.

—¿Estás segura?

Kathryn asintió.

—Lo estoy.

Agradecida de que, por lo menos, Kathryn no le hubiera chillado, Molly cogió el ascensor hasta la planta baja. El aparcamiento se había vaciado bastante, pero andaba distraída y estaba oscuro. De pronto un hombre que estaba apoyado en el coche de ella se enderezó e hizo que Molly diese un respingo.

—¡Nick! No te había visto. ¿Qué haces dando vueltas a hurtadillas por aquí?

—No doy vueltas a hurtadillas —respondió él, con calma—. Te estaba esperando. No has querido decir mucho por teléfono. ¿Qué está pasando,

Molly? ¿Y quién es ese tipo con el que hablabas antes?

—¿Antes?

—Antes de irte adentro. Estabais sentados en aquel banco, junto al letrero del hospital.

Nick llevaba allí un buen rato. Eso hablaba en favor de la amistad. Pero David era un alma gemela, y se sentía protectora.

—Es alguien a quien he visto por aquí.

—¿Por el hospital?

—Si entras y sales bastantes veces, verás las mismas caras.

—Me resulta conocido. ¿Cómo se llama?

Se sintió culpable por no confiar en Nick. Un nombre no podía hacer ningún daño.

—David.

—¿David, qué?

—No lo sé —mintió—. Cuando te encuentras una y otra vez a alguien por ahí, saludas, sonríes, preguntas a quién ha venido a ver. No entras en lo personal. No tiene sentido intercambiar apellidos.

—¿Ha preguntado por Robin?

—Sí. Es educado.

—¿Le has contado más a él que a mí?

Molly bajó la cabeza y luego la levantó.

—Mira, Nick, no hay nada que contar.

—Eso es quedarse muy corto. Empieza por contarme si Robin se pondrá bien.

—No lo sé. Estamos esperando a que hagan más pruebas.

—¿Tenía un historial de problemas de corazón?

—No —contestó Molly, antes de darse cuenta de que al confirmar un problema cardíaco, había caído en su trampa. Irritada por la actitud de Nick, añadió—: ¿Y tú?

—Yo no estoy en la UCI del Dickenson-May. ¿Cuál es el pronóstico?

Molly necesitaba consuelo, no un interrogatorio; una palabra de ánimo, quizá algo que él hubiera conseguido de una de sus fuentes, algo que aliviara el sentimiento de pérdida absoluta que tenía. Pero Nick solo permanecía allí, claramente furioso porque ella se negaba a darle todos los detalles que él quería.

—Estoy muy cansada —dijo, en voz baja.

—¿Eso significa que es algo malo?

—Significa que hoy ha sido un día muy largo.

—La gente me pregunta, Molly, y no sé qué decir. Imaginan lo peor y yo no puedo negarlo. Ayúdame, Molly.

—¿Para el periódico? —preguntó el diablo que había en ella.

Nick se quedó callado y luego se impacientó.

—Tienes el poder de poner fin a los rumores infundados. Es lo que Robin querría.

Aquello le tocó una fibra sensible.

—Y tú, ¿cómo sabes lo que Robin querría? —preguntó, incisiva. Su madre no lo sabía. Su padre no lo sabía. Chris no lo sabía. Ella misma no lo sabía. ¿Y Nick creía que lo sabía?

Hubo una pausa y luego él dijo suavemente:

—Esto no es propio de ti. ¿Qué ha pasado con la amiga en la que confío para hablar sinceramente?

«La realidad de la vida y la muerte es una pesada carga», pensó Molly, pero no podía decirlo en voz alta.

—No puede ser nada bueno —decidió Nick, ante su silencio—. ¿Hablamos de un ataque cardíaco masivo?

Molly se frotó la frente; luego dejó caer la mano.

—Es bastante grave.

—¿Eso significa que no se recuperará? ¿Hay daños permanentes? ¿Pueden repararse?

La oscuridad quizá hubiera atenuado la fuerza de sus ojos, pero Molly empezó a sentirse incómoda.

—No me interrogues, Nick. Me estás poniendo en un aprieto.

—¿Porque me ocultas lo grave que es?

—Porque mi madre no confía en ti. Se pondría furiosa si supiera que hemos hablado.

—Solo quiero saber.

—Igual que nosotros. Pero no lo sabemos. Todavía no. Simplemente no sabemos nada definitivo.

Molly sacó las llaves, pero él no cedió.

—Vamos, Molí —insistió, con voz persuasiva—. Los médicos deben de haberos dicho algo más. Te dan esperanzas o no te las dan. Mira, yo trabajo con esa gente. Tengo una lista de nombres a quienes llamar cuando quiero una cita de un experto. Supongo que algunos de los que se ocupan de Robin están en mi lista, pero no los he llamado, precisamente por respeto a tu madre. Pero tú no ayudas. Sí, ya sé que los primeros días son cruciales, pero hay daños leves y daños no tan leves. ¿De qué se trata en este caso?



—¿No ayudo? —exclamó Molly, perpleja—. ¿No ayudo a quién, Nick? ¿Y qué hay de la falta de apoyo por tu parte? ¿Y de esa indiferencia a la hora de entender por lo que está pasando mi familia en estos momentos? No se trata de un paseo por el parque. Nos ha cogido por sorpresa y tus preguntas no nos ayudan en nada.

Él hizo caso omiso de lo que ella decía.

—¿Parte de la conmoción que sentís es debida a que Robin es una gran atleta? Se ha hecho un nombre corriendo maratones. ¿Volverá a correr?

—No lo sé.

—¿Ella qué dice?

—Nada.

Durante un minuto, el único sonido fue el rumor de los grillos en el bosque lejano. Luego llegó una ráfaga de preguntas.

—¿No habla? ¿Está sedada? ¿Inconsciente? ¿En coma?

—¡Su cerebro está muerto! —exclamó Molly, con un estallido de desesperación. Se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Es esto lo que querías oír? —Nick se quedó inmóvil, sin decir nada—. Y ahora la he vuelto a traicionar. —Horrorizada, Molly se aferró a su brazo—. No publiques esto en el periódico, Nick. Te lo suplico. Me dejo llevar por las emociones; no soy una fuente creíble en estos momentos. Ha sido un día espantoso y la verdad es que están... haciendo... pruebas. No tendremos una respuesta definitiva hasta dentro de veinticuatro horas.

—¿Muerte cerebral? —repitió él con aire estupefacto, tan poco consciente de Molly que, al darse media vuelta para marcharse, le arrancó la mano de su brazo. Sin decir nada, se alejó.

—¡Nick, por favor! —gritó Molly a través del oscuro aparcamiento, pero él no contestó. Se rodeó con los brazos, mientras veía cómo se subía a su elegante coche negro y desaparecía. El motor se puso en marcha. Mientras se dirigía hacia la calle, condujo lentamente, y Molly se preguntó si ya estaría hablando por teléfono.

Pensó en volver a entrar y decir a su madre qué había pasado con Nick. Primero, sin embargo, debía hacer algo bueno y, para eso, tenía que ir a casa.

Las palabras «muerte cerebral» la acosaron durante todo el camino de vuelta a casa. No podía entender que el cerebro de Robin estuviera muerto. Cuando llegó a casa, además de asustada, estaba desconcertada. La muerte cerebral era algo permanente. Afectaría a la vida de todos.

La casa se hallaba a oscuras, pero resultaba familiar y ello le ofrecía un gran consuelo. Pero también era una fuente de angustia. El tiempo iba pasando. Solo estaría allí cinco días más.

Incapaz de enfrentarse a eso, encendió la luz y fue directamente al teléfono. La mudanza quedó olvidada en medio del aluvión de mensajes de los amigos de Robin. Reconoció un nombre tras otro en la identificación de llamada. La mayoría eran corredores; unos cuantos llamaban incluso desde Europa, lo que demostraba lo estrechas que eran las relaciones entre todos los atletas. ¿Cómo lo había explicado Robin? «Cuando corres estableces vínculos. Es como una sesión de terapia. No hay contacto visual. La confesión se convierte en algo sin peligro».

Molly se preguntó si, de ser eso verdad, Robin habría contado a alguien más lo de su corazón dilatado. Y más pertinente, se preguntó si, en algún momento de reflexión filosófica, Robin habría dicho qué querría que hicieran en caso de que quedara incapacitada.

Sin embargo, era muy embarazoso tener que preguntar a los amigos de Robin lo que su propia familia no sabía.

Nick no estaba enterado de lo del corazón dilatado. Por lo menos, eso era algo.

Molly necesitaba información: por ejemplo, qué sabía Robin y cuándo lo supo. ¿De qué otra manera, si no, podría comprender lo que había pasado?

Mientras se dirigía al cuarto de estar, oyó rascar en el suelo de madera. Miró hacia el pasillo y vio la punta de un rabo de color ámbar que desaparecía dentro de su habitación.

La gata. Se había olvidado. Con mala conciencia, la siguió, pero se había vuelto a esconder. Hablándole dulcemente para que, por lo menos, la oyera, se ocupó de la arena y del agua. Con la intención de hacerle compañía unos minutos, se sentó en el suelo, apoyó la cabeza en el sillón y cerró los ojos.

Cuando los abrió de nuevo, había pasado una hora. Sobresaltada, se levantó y vio a la gata, sentada en el pasillo y mirándola fijamente, situada en el punto más alejado posible desde donde pudiera seguir viéndola. Desesperada por tocar algo cálido y vivo, se acuclilló y alargó la mano.

—Ven, gatita —susurró—. No pasa nada. No voy a hacerte daño. —El animal no se movió. Tampoco salió huyendo, hasta que Molly empezó a avanzar hacia ella a gatas. Entonces, desapareció como un rayo.

Desolada, se sentó sobre los talones, pensando primero en la gata y después en Robin. Estaba tratando de decidir si iba tras la gata o volvía al hospital, cuando le sonó el estómago protestando. Fue a la cocina. Miró

alrededor y sintió la vieja y conocida irritación: Robin era un verdadero desastre.

Con un sentimiento de culpa, borró esa idea de su mente. Robin no estaba allí para defenderse. No era, en absoluto, el momento para tener pensamientos mezquinos.

Pero Robin era un desastre. La cocina estaba exactamente como la había dejado al irse a correr el día antes. Había bolsitas de té usadas sobre la encimera, junto a tazones sucios. Una bebida energética medio vacía al lado de una bolsa abierta de cereales; había migajas de los mismos cereales alrededor de los envoltorios de tres barritas energéticas. Dos barritas sin abrir se habían caído de la caja, una caja que Molly había vuelto a colocar, tantas veces, en un armario donde había otras diez iguales.

Robin era una obsesa de la salud. A Molly no se le pasó por alto la ironía.

Posiblemente Kathryn habría querido dejarlo todo como estaba. Pero resultaba morboso. Y Molly era la que vivía allí. Siempre recogía lo que Robin dejaba tirado. Y en ese momento también lo hizo.

Cuando el estómago gruñó de nuevo, abrió el frigorífico. Había más bebidas energéticas, además de tofu y yogures. También había pastel de chocolate; esa era claramente una aportación de Molly a la provisión de comida. Lo sacó, con la intención de comerse un trozo, solo para darse cuenta de que no estaba de humor. Comerse los pasteles de chocolate o las magdalenas glaseadas con pedacitos de chocolate o las relucientes galletas de mantequilla era muy divertido cuando Robin la observaba con desaprobación. Si Robin no estaba allí, ¿qué sentido tenía?

Molly tiró el pastel a la basura. Habiendo expiado así su culpa, calentó una salchicha de frankfurt, la embutió en un pan de pita, la bañó con mostaza y la engulló en dos segundos. Con ganas de tomar algo caliente, cogió un paquete de cacao en polvo de su lado del armario. Sin embargo, al igual que el pastel, carecía de atractivo. Así que se preparó una taza del té de ginseng de Robin y se la llevó al cuarto de estar.

Era una habitación pequeña, con espacio suficiente tan solo para unas estanterías de libros y una mesa. Molly ya había embalado los libros que había en sus propios estantes, pero los de Robin seguían llenos. En el de arriba había una hilera de zapatillas ordenada pulcramente, cada par más gastado que el siguiente. El segundo estante contenía una serie de libros, organizados al azar y, en el inferior, archivadores de acordeón, colocados de cualquier manera y llenos a desbordar de papeles.

Se sentó en el suelo y abrió uno. Estaba atestado de exámenes trimestrales, pruebas y apuntes de clase de una década atrás. Volvió a dejarlo en su sitio y cogió otro. Este estaba repleto de hojas de inscripción a diversas carreras, discursos que Robin había pronunciado, recortes de periódico donde se recogían sus triunfos, los triunfos de sus amigos y artículos sobre todos los aspectos del mundo del atletismo. Incluso había varias revistas metidas diríase con calzador. Nada estaba organizado cronológicamente.

Tuvo que abrir más archivadores antes de encontrar facturas: Electricidad, gas, alquiler. Robin había vivido en otros dos apartamentos antes de que se fueran a vivir juntas. Encontró los contratos de arrendamiento de dos de las viviendas. También encontró extractos de tarjetas de crédito, facturas del dentista y, sí, facturas médicas que hacían referencia a los innumerables problemas mecánicos de Robin, pero en ninguna se mencionaba el corazón. Molly empezaba a pensar que Jenny Fiske estaba equivocada, que quizá había entendido mal algo que Robin había dicho, cuando dio con un sobre de la médico generalista de su hermana. Estaba medio oculto en el fondo del archivador. A Molly se le habría pasado por alto, si no se hubiera puesto el archivador sobre el regazo para volver a poner las facturas dentro.

«Querida Robin» escribía la doctora, «me gustaría reiterar el optimismo de tu cardiólogo. Por mucho que asuste un diagnóstico de cardiomegalia, dado que eres asintomática, el pronóstico es bueno. Estás entre las afortunadas que han sido alertadas por una dolencia hereditaria. Si tu padre no te hubiera hablado del problema, quizá no te habrías dado cuenta de los síntomas mientras corrías. Mujer prevenida vale por dos. El cardiólogo ha hablado contigo de la medicación. Esto no debería afectar tu práctica deportiva, pero es fundamental que acudas inmediatamente a nuestra consulta si experimentas cualquiera de los síntomas que hemos mencionado. Si todo va bien, te veré como de costumbre en la visita que tenemos concertada».

La carta llevaba fecha de dieciocho meses atrás. Pero no tenía ningún sentido para Molly. Su padre había negado que hubiera antecedentes de problemas cardíacos en su familia. O Robin o él mentían.

Dejó caer la carta, se levantó y fue al baño. Desde siempre, había cedido el armario de los medicamentos a Robin para los remedios que necesitaba para correr, por lo que no tenía ni idea de qué había dentro. Al mirar en ese momento, encontró productos de venta sin receta y un único bote de analgésicos con receta. No le sorprendió que apenas se hubieran usado. Robin detestaba tomar nada que no fueran vitaminas.

Corrió a la cocina y buscó en la reserva de vitaminas de su hermana, con la idea de que quizá guardara allí una medicación para el corazón, con la intención de ocultarla entre tantos remedios naturales que tomaba cada día, pero ninguno de los botes que Molly encontró parecían ser otra cosa que vitaminas. Volvió a recorrer el pasillo y rebuscó en la mesita de noche junto a la cama de Robin y luego en los cajones del tocador. Ni una sola pastilla.

Claro que hablar de medicación con un médico no significaba necesariamente tomarla, en especial si se trataba de Robin.

Molly se hallaba en un punto muerto, así que volvió al cuarto de estar. Después de guardar de nuevo las facturas, devolvió el archivador a su estante. Releyó la carta de la doctora antes de meterla otra vez en el sobre. Su consulta estaba en Concord. Molly podía ponerse en contacto con ella.

«Muy bien, Molly». Si el objetivo era ayudar a su madre, llamar mentirosos a Charlie o a Robin no serviría de nada. Además, el daño ya estaba hecho.

Molly no comprendía cómo no se había enterado de ello. Incluso si Robin deseaba ocultárselo, ¿no se le habría escapado algo, sin querer? Se devanó los sesos, tratando de dar con cualquier comentario, por pequeño que fuera. Sí, últimamente a Robin le molestaba estar con gente enferma, pero era comprensible: cada vez se jugaba más en las carreras en las que participaba.

Frustrada, Molly se metió la carta en el bolsillo y puso en marcha el ordenador. Allí había algo que podía hacer. Las muchas notas preocupándose por Robin, tanto en su propia cuenta de *e-mail* como en la de Robin, notas amables de personas a las que les interesaba... todas merecían una respuesta. Envío mensajes cortos para agradecer la amabilidad del remitente, pero dando pocos detalles médicos. Mandó notas parecidas a los que habían dejado mensajes en el teléfono.

Cuando acabó, era más de la una. Desvelada, con la carta en el bolsillo, que pesaba como una piedra ardiente, fue a la habitación de Robin. Estaba tan desordenada como de costumbre. También allí Kathryn habría querido dejarlo todo como estaba. Pero, desde que vivían juntas, Molly se encargaba de recoger todo lo que su hermana dejaba tirado, y a Robin nunca pareció importarle. Le gustaba que la mimaran. Seguro que querría que le ordenaran la habitación. Además, era lo mínimo que Molly podía hacer.

Como una penitencia, hizo la cama de Robin con cuidado, colgó un camisón, metió la ropa sucia en la bolsa de la colada, detrás de la puerta. Recogió dos riñoneras del suelo, cogió el libro que estaba abierto boca abajo en la cama y lo cerró, usando la solapa de la cubierta como punto. Era un

libro sobre automotivación. Lo abrió de nuevo por la página que Robin estaba leyendo y, de repente, oyó la voz de su hermana, más profunda que la suya y con una resonancia nacida de la pasión: «Entrenar es la parte dura. No todo el mundo puede hacerlo. Cuando haces ese recorrido largo, sin puestos de agua, ni equipos de televisión ni multitudes aplaudiéndote, es duro. Pero de eso se trata. La larga distancia ayuda a desarrollar la resistencia mental que necesitas para correr un maratón. Es durante ese recorrido largo cuando aprendes a aguantar».

Al darse cuenta de que Robin quizá estuviera en su última larga distancia, Molly rompió a llorar, pero con las lágrimas llegó un atisbo de esperanza. Si alguien tenía resistencia mental, esa era Robin. Si alguien podía salir adelante, esa era Robin.

«Cree en ti misma» les decía siempre Robin a los grupos de corredoras «y conseguirás que lo que quieres se haga realidad».

Molly se secó los ojos y cogió una enorme bolsa de lona y empezó a llenarla. Había una foto de Robin con la corona de laurel ganada en Boston y un artículo enmarcado que había aparecido en *People*. Estaba el libro sobre el arte de correr, del que era coautora y, en el tablero de corcho, cartas escritas a mano por corredoras en ciernes. Allí estaba el gorro que había llevado durante el maratón de Londres y la camiseta y los *shorts* que se había puesto para el maratón de Nueva York. También, su muñequera de la suerte. Y sus zapatillas favoritas. Y su diario.

Molly sacó el diario del armario, que era un desastre total. Estrecho, pero hondo, estaba atestado con todo lo que Robin no quería ver cada día. Afirmaba que había una madriguera de ratones al fondo. Molly detestaba los ratones lo cual era una de las razones de que le encantaran los gatos de Snow Hill y podría ser una buena razón para tener un gato en cualquier sitio donde ella viviera. Pero dejando eso de lado, empaquetar el contenido de ese armario sería como empaquetar un pozo sin fondo. Había CD tirados y enredados con los cables de varios cascos, MP3 y múltiples generaciones de iPod. Se veían camisetas esparcidas con nombres de carreras, junto con placas, fotos enrolladas y otros recuerdos. Y encontró más diarios, que se remontaban a la infancia de Robin. «Mi cuaderno» era como su hermana llamaba a cada uno de ellos y Molly los había leído todos, esperando, en vano, enterarse de los secretos más inconfesables de su hermana. Cuando Robin entró en el instituto, empezó a llamarlos diarios y los llenaba con los informes de las carreras que corría. Cuando se graduó en la universidad, dejó de escribir.

Molly cogió el último de todos. Solo hablaba de carreras. Pero correr era lo que definía a Robin. Si estas cosas ayudaban a hacer que la habitación del hospital fuera más personal, si alguna vibración oculta lograba encender la chispa que le devolviera la consciencia, debían estar allí.

Chris no podía dormir. No entendía cómo alguien podía estar vivo un momento y muerto al siguiente. El hecho de que el corazón de Robin latiera era un tecnicismo. El daño estaba hecho. Robin se había ido.

Sabía que pasaban cosas así. Se acordaba del once de septiembre. Recordaba el tiroteo en el Virginia Tech. Pero no había conocido personalmente a nadie que muriera así.

La voz de Erin llegó, queda, en la oscuridad.

—Me gustaría haber conocido mejor a Robin. Siempre pensaba que llegaría un momento en que no correría tanto, quizá incluso tuviera un hijo y entonces tendríamos más en común. —La voz se volvió hacia él—. ¿Crees que la prueba de mañana será diferente?

—No.

—¿Qué hará tu madre?

No tenía ni idea. Nunca antes se habían enfrentado a una catástrofe así.

—Las máquinas podrían mantener a Robin con vida para siempre —dijo Erin—. ¿El hospital lo permitiría?

—Si el seguro paga, sí.

—¿Lo hace?

—No puedo pensar en eso todavía, Erin.

—¿Cómo puedes no pensar? Están a punto de declarar a tu hermana clínicamente muerta.

Podría haberle contestado bruscamente, de no ser porque ella parecía tan apenada como él. Además, tenía razón. Hoy —mañana— se enfrentarían a una decisión. Era posible que el seguro pagara. Pero si el cerebro de Robin estaba muerto, ¿qué sentido tenía?

Se bajó de la cama y fue a la habitación de Chloe. A la pálida luz amarillenta de una lamparilla de noche en forma de mariposa, la miró. Estaba echada de espaldas, con las manos levantadas, junto a la cabeza, y los labios chupando un biberón imaginario. Incluso dormida, era preciosa.

No podía imaginarse la vida sin ella, pero no siempre había sido así. No estaba preparado para tener hijos, pero había complacido a Erin solo porque ella lo deseaba tanto... Esperaba que tardaría un tiempo en quedar

embarazada, pero solo fueron necesarios dos meses; incluso entonces, no era realmente consciente de que iba a tener un hijo. No fue hasta que la ecografía mostró algo que se parecía a un ser humano cuando cayó en la cuenta. La siguiente ecografía incrementó ese sentimiento, y luego, cuando Erin engordó y el bebé empezó a moverse bajo su mano, quedó definitivamente conquistado. Su adoración por Chloe surgió en el instante mismo en que ella nació.

—Lo siento —dijo Erin, desde la puerta—. No quería empeorar las cosas. ¿Estás bien?

Chris asintió.

Ella se acercó hasta ponerse a su lado. Después de unos momentos, alargó la mano y acarició los rubios cabellos de la pequeña dentro de la cuna.

—No puedo ni imaginar...

—Yo tampoco.

—No sabía qué decir a tu madre.

—¿Qué se puede decir? No hay solución.

—Puede que no se trate de dar soluciones, sino de ayudar a Kathryn.

Chris sintió una rabia que brotaba de la nada.

—Tal vez Robin debió de pensar en eso. ¿Cómo pudo seguir corriendo, si sabía que tenía un problema de corazón? Debería haber pensado en lo que sufriríamos, en lo que mamá sufriría si le pasaba algo. Pero Robin solo pensaba en Robin. Todo giraba siempre en torno a ella.

—Fuimos nosotros quienes la pusimos en un pedestal.

—Yo no —afirmó Chris.

—Pues yo sí. Pensaba que era asombrosa. Me sentía totalmente intimidada ante ella.

—La mayoría lo están.

—Me siento más cerca de Molly.

—Molly es más humana.

—Eso es cruel.

—Es realista.

—Robin está clínicamente muerta.

—Lo sé, Erin. Es mi hermana. ¿No crees que yo también sufro?

Erin lo miró en la oscuridad.

—Quizá si habláramos de ello...

—Mira, son unos momentos difíciles para mí.

—La enfermera mencionó los servicios sociales. Tal vez tendríamos que hablar con ellos.



—No voy a hablar con desconocidos.

—Están preparados para cosas así. Saben a qué nos enfrentamos.

—No pueden curar a Robin.

—Es que ya no se trata de Robin.

Una parte de Chris lo sabía. Pero no podía centrarse en lo que Erin quería.

—Se tratará de Robin hasta que su corazón deje de latir. Dale tiempo hasta entonces, ¿vale?

## Capítulo 8

Kathryn usaba el sofácama de la habitación de Robin, pero solo dormía esporádicamente. Las enfermeras entraban y salían y los aparatos pitaban y silbaban. Raramente pasaba una hora sin que sonara una alarma en alguna parte de la unidad.

Al alba, abandonó la idea de dormir. Era el día de la carrera. No le importaba si Robin llegaba la última, siempre que se clasificara. El tiempo pasaba. Harían el segundo EEG esa noche. Un breve bip. Era lo único que necesitaban para redoblar sus esfuerzos. Solo uno.

En cuanto Charlie la sustituyó, fue a casa a ducharse y cambiarse. No podía ocultar su agotamiento, pero cuando volvió al hospital, por lo menos se sentía limpia. Llevaba su chaqueta y pantalones favoritos, tal vez demasiado elegantes para una habitación de hospital, pero el aspecto importaba. Si parecía alguien importante a ojos del personal del hospital, Robin saldría beneficiada.

Charlie, bendito sea, no necesitaba ponerse elegante. Con su magnífico pelo, tan rubio que casi era blanco, su espalda recta y aquellos ojos de mirada firme y color avellana, era alguien distinguido aunque llevara pantalones deportivos y una camisa de cuello abierto. Pero mostraba las huellas de la tensión. Cuando ella entró en la habitación, levantó la mirada, desprevenido. Kathryn comprendió que también Charlie sufría y se abrazó a él. Permaneció así unos momentos buscando consuelo a fin de prepararse para lo que iba a pasar, pero descubrió que no servía de nada. Cuando finalmente miró a Robin, fue como si le pegaran un puñetazo en el estómago.

Necesitó todo un minuto para recuperar el aliento. Luego las palabras brotaron a borbotones, mostrando su desconcierto.

—¿Por qué, Robin? ¿Por qué esto? ¿Por qué ahora? ¿Por qué nosotros? Lo hicimos todo bien al educar a Robin. Cuerpo, mente, corazón... la nutrimos en todo. No careció de nada.

—Fue una bendición que pudiéramos hacer todas esas cosas, Kath. No todos los padres pueden. ¿Es que valen menos por ello?

—No, pero esto es injusto. Robin está tan cerca. Está en la... cúspide de la grandeza. ¿Qué clase de Dios le quitaría eso?

—Un Dios que tuviera algo mejor en mente.

—¿Como qué? —exigió Kathryn. Cuando Charlie no respondió, insistió —: Mi madre y tú. Las cosas suceden por alguna razón. Dime qué razón. Quiero saber qué bien puede salir de esto.

Con voz tranquila, él respondió:

—Ahora no podemos verlo. Pero lo sabremos.

—¿Cuándo? ¿Antes de la prueba? ¿Después de la prueba? ¿La semana que viene? ¿El mes que viene?

Charlie la atrajo hacia él y la abrazó hasta que ella se libró de la rabia con un largo y pesados suspiro. Fue entonces cuando vio los jarrones sobre la repisa de la ventana. En uno había rosas amarillas, en otro una hortensia verde, en otro una mezcla campestre de lavanda y azul.

—¿Quién?

—Los amigos de Robin. Las han traído de la floristería del hospital. Estamos empezando a recibir encargos de flores en Snow Hill. Las llamadas vienen de Nueva York y Los Ángeles.

—¿Cuántos ramos permitirán las enfermeras? —preguntó Kathryn. Por muy sorprendentemente generosas que fueran las normas del hospital respecto a la participación de la familia, aquello seguía siendo la UCI.

—Tantos como queramos —respondió Charlie.

Lo miró a los ojos. Estaba claro lo que aquello significaba.

—Ahora se trata de nosotros, no de Robin.

Él no la contradijo, así que Kathryn se apartó de su lado y fue hasta la cama. Seguir siendo positiva era cada vez más difícil, pero rebuscó en su interior y exclamó en tono alegre:

—¡Buenos días, Robin!

Molly se levantó al alba, metió la bolsa en el coche y fue a Snow Hill. Sus plantas necesitaban que las regaran y, sí, uno de sus empleados podía hacerlo, pero el invernadero la fortalecía. Se ató un delantal a la cintura y fue pasando de sección en sección. Conforme la humedad acentuaba el intenso olor a tierra, se fue calmando. Robin tenía una fe ciega en la aromaterapia. Esta era la marca propia de Molly.

De no haber estado todavía bajo sus persistentes efectos, quizá se habría disgustado más al tomarse un descanso y ver el periódico. Robin se había ganado un espacio completamente separado de los partes de la policía. No era un artículo largo, pero llevaba la firma de Nick. Incluso más allá de la decepción personal, aquello podía crear problemas.

Incapaz de enfrentarse a ellos, se dirigió al hospital. Sus padres estaban allí cuando llegó a la habitación de Robin, pero un especialista en terapia respiratoria estaba ocupado con el tubo de respiración. Fue hasta la ventana y se dedicó a leer las notas de los ramos hasta que él se marchó. Luego se volvió.

Su madre estaba tan atractiva como siempre. Sus cabellos castaños tenían un brillo sano y sus mejillas un suave rubor. Llevaba los pantalones bien planchados y su chaqueta era muy moderna. Pero tenía los ojos llenos de miedo, lo cual tenía el efecto de envejecerla diez años.

Agitada, Molly habló con dulzura.

—Estas flores son solo el principio. Robin tiene los mejores amigos. Estoy segura de que la mitad de ellos se subirían a un avión y estarían aquí esta tarde, si nosotros se lo pidiéramos. El correo electrónico no para. He dicho a todo el mundo que nos lo tomamos paso a paso. —Hizo una pausa, pero sabía que había que decirlo—. También les he dicho que no tiene buen aspecto.

—Molly... —empezó Kathryn.

—El silencio no da resultado —razonó Molly. Mantuvo la voz tranquila, pero si la obligaban a actuar como portavoz, tenía que decir lo que opinaba—. Mira estas flores. Son de personas con las que yo no he hablado; Susie Hobbs, el club de corredoras de San Diego. Los amigos de Robin se llaman unos a otros, se dejan mensajes, es como si jugaran al teléfono, y la historia es cada vez más descabellada. Si queremos que difundan la verdad, tendremos que decírsela.

Molly notó que sus padres la escuchaban, así que sacó el periódico matutino del bolso. Ya estaba doblado para mostrar el suelto de Nick en la parte superior. Se lo pasó a su padre, que quizá tuviera o no un defecto cardíaco congénito. En todos sus recuerdos, aparecía como una persona tranquila y controlada. Había dado por sentado que ese era su carácter, pero ahora se preguntaba si esa actitud disciplinada era deliberada.

Kathryn leía el periódico por encima del hombro de su marido. Luego, mirando a Molly con reproche, se dejó caer en una silla junto a la cama.

Molly se puso rápidamente a la defensiva.

—No había manera de evitarlo, mamá.

—Nick es amigo tuyo. ¿No has podido evitar que pasara esto?

—El periódico habría publicado algo, con o sin él. Es una noticia.

—¿Y él no podía hacer que esperaran? Claro que podía, pero no ha querido. No tiene piedad. Además está obsesionado con tu hermana. Te está utilizando para saber de ella.

—No, mamá. Tenemos conversaciones que no tienen nada que ver con Robin.

—¿Ahora? No, no lo creo. ¿Cuánto le estás diciendo?

—Nada. ¿Es que no lo ves por este artículo? Me niego a hablar y él no puede pasar por encima de las leyes de privacidad del hospital, así que imprime rumores. Pero puede que estemos aplicando la táctica equivocada. Tendríamos que utilizarlo para que publicaran lo que nosotros queremos que se imprima.

Kathryn miró a Charlie, que enarcó una ceja, dándole la razón a Molly.

Envalentonada, esta dijo:

—Es lo mismo en Snow Hill. Tenemos que decir algo a los empleados. En estos momentos, solo pueden especular. Tami volvió a venir temprano esta mañana...

—¿Estabas allí? —preguntó Kathryn sorprendida—. ¿Tan arreglada?

Molly llevaba una blusa con cinturón y una falda corta.

—Esto no es ir muy arreglada.

—Por lo general, llevas vaqueros.

—Esta ropa es más fresca. Además, tengo que dar una imagen de autoridad, si quieres que sea tu sustituta. Tami dice que los rumores vuelan. Algunos afirman que Robin necesita un trasplante y otros que papá o tú tenéis algún problema. La he centrado en Robin hablándole del coma, pero si quieres que diga algo más, es preciso que me digas qué.

Ni su padre ni su madre dijeron nada. Y Molly no tuvo ánimos para insistir. Comprendía que no pudieran enfrentarse a aquello. Ella tampoco quería hacerlo.

Pero allí estaba Robin, silenciosa e inerte. Desanimada, Molly se quedó mirando a su hermana.

—Es absurdo que tratemos de endulzar esto. Incluso si despierta, su vida cambiará. —Estaba desafiando a su madre a contradecirla.

Pero Kathryn se limitó a decir:

—Lo sé. Es solo que todavía no puedo aceptarlo.

Aquella aceptación ayudaba. Era un avance.

Charlie apretó el hombro a Kathryn y salió de la habitación. El primer impulso de Molly fue seguirlo y preguntarle por su corazón, pero notó que su madre se estaba ablandando y quería aprovecharlo.

—Lo siento, mamá. Ojalá fuera yo quien estuviera en esa cama.

—Ojalá fuera yo —respondió Kathryn.

—Pero entonces, ¿quién iba a dirigir Snow Hill? —replicó Molly, solo medio en broma.

—Tú. ¿Qué llevas en la bolsa?

—Yo no puedo dirigir Snow Hill. Lo de la falda era tan solo una broma.

—Pues claro que puedes dirigirlo. Lo conoces mucho mejor que nadie. ¿Qué hay en la bolsa?

Molly no quería discutir, así que dejó la bolsa sobre la cama.

—Las enfermeras dijeron que personalizáramos la habitación, así que he traído unas cosas de casa.

—No han vuelto a decirlo —dijo Kathryn, con una mirada asustada—. No desde ayer por la mañana. Eso me preocupa.

Molly sabía que lo que la preocupaba era que las enfermeras habían empezado a pensar que no había ninguna esperanza para Robin, pero ahí es donde entraban las madres y las hermanas. Empezó a sacar cosas de la bolsa.

—Personalizamos la habitación de Nana para ayudar a despertar sus recuerdos. Si da resultado para ella, puede darlo para Robin.

—No da resultado para Nana.

—Sí que lo da. Ayer me dijo que tienes una hija que se llama Robin.

Kathryn se recostó en el sillón.

—Oh, Molly. Se lo has contado.

—No comprendió la parte mala. De verdad, mamá, no la disgusté. Pero necesitaba hablar con alguien y ella necesitaba alguien que fuera a verla.

Kathryn la miró, escéptica.

—Además —prosiguió Molly—, no podemos estar seguros de que no dé resultado. —Sin volver a mirar a Kathryn, colocó las fotos enmarcadas y sujetó con chinchetas las cartas en el tablero. Dejó el libro de Robin en la mesita, puso la gorra de Londres en el respirador y colgó las zapatillas del tubo de la vía intravenosa.

Vaciló cuando le tocó el turno a la muñequera y miró alrededor en busca de un sitio apropiado, pero no había más que uno. Con cuidado, la pasó por los dedos flácidos de Robin y se la ajustó a la muñeca.

Para entonces, estaba llorando, pero todavía quedaba el diario. Lo sacó de la bolsa y se refugió detrás de él.

—Lo siento... ya sé que no quieres lágrimas... pero cómo puedo no llorar... con Robin ahí tendida... es como si todos sus mantras motivacionales fueran inútiles... y este diario es tan viejo que ni siquiera se acerca a captar lo que es ahora... así que ¿de qué sirve?

Kathryn la abrazó y el consuelo no era demasiado diferente del que le había ofrecido Marjorie, sin saberlo. Lo que le pasaba a Robin era atroz y nuevo, pero los brazos de Kathryn le traían consuelo del pasado. Lentamente, Molly dejó de llorar.

—Lo siento —dijo finalmente Kathryn, con una voz no demasiado firme—. Esto es muy difícil para ti y yo no he sido capaz de ayudarte. Hay veces en que me siento... atascada en el momento.

—Como Robin.

—Tal vez.

Molly se secó los ojos.

—Es la espera. Esperas y esperas y no pasa nada, y ahora está la segunda prueba.

—Puedo pedirles que la pospongan.

Molly se quedó sin respiración.

—No, mamá. No lo hagas. Necesitamos saberlo.

—No estoy preparada.

—Necesitamos saberlo.

Kathryn apartó la mirada.

—Lo más duro es la espera —repitió Molly—. ¿Cómo podemos soportarlo?

Kathryn se quedó en silencio. Luego con un tono mesurado que decía que su cerebro conocía la respuesta, aunque su corazón no la supiera, afirmó:

—Hacemos nuestro trabajo.

Molly quería preguntar a su padre por su corazón, pero detestaba dejar a Kathryn sola. Así que esperó a que él volviera, pero entonces no pudo plantear la cuestión, con su madre sentada allí. Frustrada, los dejó juntos y bajó a la sala de espera. Chris y Erin estaban allí, sentados a una mesa, con un café entre las manos.

Acercó una silla y murmuró:

—Es una pesadilla.

—Eso ya lo habías dicho —comentó Chris—. ¿Crees que va a despertar?

—La ciencia diría que no, pero he tenido plantas que he creído que estaban completamente muertas... quiero decir, tan secas y arrugadas que las podé a ras de tierra... y se recuperaron.

Chris la miró como si fuera imbécil.

—Robin no es una planta.

—De acuerdo. —Molly sonrió, pasándole la responsabilidad a él—. Dinos tú algo positivo.

Él se quedó mirando la taza de café.

—Estás guapa —dijo Erin, inclinándose alrededor de la mesa para mirarla—. Tienes unas piernas estupendas. Deberías llevar falda más a menudo.

—A lo mejor podrías pescar a un médico —intervino Chris.

Molly se erizó.

—Estás enfermo. ¿Qué pasa si llevo falda? No es necesario que parezca que he estado revolviendo estiércol todo el tiempo.

—Eso es lo que haces.

—¡Chris! —protestó Erin.

Molly podía librar sus propias batallas.

—Oye, ¿a ti qué te pasa? —preguntó a su hermano.

Chris frunció el ceño.

—Estoy muy triste por Robin.

—¿Y yo no? —exclamó Molly. Asombrada por lo agudo de su tono, bajó la voz—. No discutamos ahora, por favor. Todavía no he aclarado ese asunto del corazón. Robin dijo a su médico que su padre tenía un problema.

Chris retrocedió.

—¿Su padre? ¿Cómo lo sabes?

—He encontrado una carta. ¿Por qué diría que papá tenía un problema si no era así?

—Es mejor culpar a otro —dijo él, cruel, pero certero.

—¿Le has contado a tu padre lo de la carta? —preguntó Erin.

—No he tenido la oportunidad. Quería quedarme con mamá. Me preocupa.

—¿Qué podemos hacer?

—Citándola a ella: «Hacemos nuestro trabajo».

—Ajá —respondió Chris, con acritud—. Mientras a Robin la mantienen con vida unas máquinas.

—Snow Hill no se detiene —razonó Molly—. Yo ya hago mi propio trabajo y sustituyo a mamá. Alguien tiene que sustituir a papá.



—Ayer no trabajé —replicó Chris—, así que voy retrasado con la nómina y las facturas, y los presupuestos trimestrales tienen que estar listos en una semana.

—Yo tengo la mudanza dentro de cinco días —contraatacó Molly, con calma—, pero eso no significa que pueda dejar que el club de jardinería de Lebanon crea que mamá va a ir a pronunciar su discurso. Hablaré con la gente que necesita respuestas fuera de Snow Hill. Y tú hablas con los de dentro.

Chris dijo que no con un gesto.

—De acuerdo —intentó ella—. Yo hablaré con la gente de dentro y tú te ocupas de los de fuera.

La cara que puso decía a las claras que encontraba esa idea todavía más desagradable.

—Sé que no quieres hacerlo, Chris. Pero todos estamos haciendo cosas que no queremos hacer.

Él hizo girar la taza entre las manos.

—Por favor —suplicó Molly, pero él siguió en silencio—. Muy bien. —Se levantó—. Lo haré yo misma.

—Tiene razón —dijo Erin, en cuanto desapareció Molly—. Todos tenemos que hacer cosas que no queremos hacer.

Pero Chris estaba furioso.

—¿Acaso necesito que Molly me diga lo que tengo que hacer?

—No es culpa suya. Solo es el mensajero.

—Está acostumbrada a suplir a mamá. Yo no estoy acostumbrado a sustituir a papá. Él no sabe hacer mi trabajo y yo no sé hacer el suyo.

—Nadie te pide que diseñes una campaña para los medios, solo que hagas unas cuantas llamadas telefónicas.

—No soy un buen relaciones públicas.

—¿Es que yo sabía cambiar pañales antes de que naciera Chloe? Aprendí deprisa, porque era necesario hacerlo. Y si hablamos de cosas que no queremos hacer, ¿crees que me gusta limpiarlo todo cuando ella vomita? No me gusta. Pero tengo que hacerlo. Se trata de lo que hay que hacer, aunque te moleste hacerlo.

—Erin, en estos momentos, no puedo estar en Snow Hill —afirmó. El porqué parecía perfectamente obvio.

—Es una manera de ayudar a tu familia. No te llevaría mucho tiempo. Molly ya está haciendo mucho y tiene razón sobre la mudanza. Ahora tiene

que ocuparse de trasladar sus cosas y las de Robin.

—Nadie la está desahuciando —bufó Chris.

—No es eso. El propietario necesita que se vaya, así que está tratando de cooperar. —Lo cogió por el brazo—. Snow Hill es un negocio familiar. Si no puedes batear por tu familia en un momento de crisis, ¿de qué sirves?

Pero él también sufría una crisis.

—¿Tenemos que discutir esto ahora?

—Ahora es cuando importa. O llegas a la base o no llegas.

Chris suspiró.

—El béisbol no es lo tuyo.

—Pero sí que es lo tuyo y si no hay otra manera de que me escuches, lo intentaré. Lo que está pasando ahora pertenece a la liga grande. Nunca hemos pasado por nada que nos sometiera a tanta tensión.

Chris se preguntaba en qué planeta habría estado Erin.

—¿No teníamos un montón de estrés cuando planificábamos la boda? ¿O cuando compramos la casa? ¿O cuando tuvimos un hijo?

—Eran cosas diferentes. Esto es algo que no hemos pedido y que no queremos, y hace que me sienta nerviosa respecto al futuro. ¿Y si me pasa algo a mí? ¿Podrás arreglártelas con la pequeña? Quizá tú no quieras, pero alguien tendrá que hacerlo.

—No te va a pasar nada.

—¿Igual que no le iba a pasar a Robin? ¿Es que esto no te afecta, Chris? Quiero decir, ni siquiera tenemos hecho testamento.

Él se la quedó mirando.

—No voy a hacer testamento justo en este momento.

—Pero ¿lo que está pasando no te da que pensar? —exclamó—. Esto es justamente lo que digo. No quiero tener esta conversación. Es confusa e incómoda, y yo no soy buena en los enfrentamientos, así que probablemente lo estoy haciendo mal. Pero tú te echas atrás cuando se trata de tu familia y, sí, también cuando se trata de mí. Dejas que otros hagan el trabajo sucio, por omisión.

—Cambio pañales —replicó él.

—No hablo de cambiar pañales. Hablo de asumir responsabilidades, de no quedarte sentado y dejar que los demás hagan las cosas para que tú no tengas que hacerlas. Hablo de unirme al equipo, Chris. ¡No puedes batear un *home run* si sigues sentado en el banquillo! —En voz baja, añadió—: Quizá te habrías salido con la tuya en tu familia, si a Robin no le hubiera pasado esto.

Pero decidiste casarte conmigo y ese día algo cambió. La vida ya no gira solo a tu alrededor.

—¿Esto tiene que ver contigo?

—En estos momentos, tiene que ver con nosotros... nosotros, ya que somos parte de tu familia. Tiene que ver con Chloe; su tía y sus abuelos están ahí dentro y no pueden estar en Snow Hill. Necesitan ayuda.

A Molly no le apetecía más que a Chris, pero estaba decidida a hacer su trabajo. Tenía que acabar los pedidos que no había hecho el día antes, cancelar los compromisos de Kathryn y escribir el artículo para *Grow How*.

También tenía que embalarlo todo. ¿Cuándo? No podía ni imaginar qué pasaría si el resultado del segundo EEG era malo; no quería ni pensar en esa palabra que describía el peor de los casos. Pero apenas se había puesto a trabajar cuando apareció Joaquín Peña en la puerta. Su piel, normalmente olivácea, estaba pálida.

—Tu hermano ha dicho que la señorita Robin está muerta.

Molly se puso lívida.

—No. Está conectada a unas máquinas que la mantienen con vida.

—Pero ¿pronto estará muerta?

Chris sí que podría estarlo pronto. Molly podría haberlo matado allí mismo. Salió de detrás del escritorio y rodeó con el brazo los hombros de Joaquín.

—Es grave. No hay muchas esperanzas.

Al hombre se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Por qué? —preguntó en español.

—No lo sé.

—¿Cómo está tu madre?

—Muy muy apesadumbrada.

—¿Qué puedo hacer?

—Lo que siempre haces, Joaquín. Cuidar de las cosas aquí, para que mis padres no tengan que preocuparse. Si hay algún problema, me llamas a mí. ¿De acuerdo?

Él asintió, le acarició la mejilla y se marchó. Erin estaba allí. Se apartó para dejar pasar a Joaquín y luego miró a Molly.

—Mi marido no ha sido muy sutil.

Molly suspiró. No tenía fuerzas para luchar.

—Puede que tuviera razón —dijo—. ¿Qué estamos ocultando? — Además, Nick sabía lo de la muerte cerebral. En su siguiente artículo quizá lo hiciera público. Pensó que el personal de Snow Hill se merecía algo más.

Mirando más allá de Erin, vio a Deirdre Blake. Deirdre era lo más parecido a una secretaria personal que Kathryn había llegado a tener. Pero como trabajaba a jornada parcial, no estaba allí el día antes.

Parecía asustada.

—He visto el periódico de hoy, pero nadie sabe decirme mucho. ¿Cómo está Robin?

Molly tragó saliva.

—Nada bien. Es un proceso.

—¿El corazón?

—Para empezar.

—¿Se recuperará?

Molly intercambió una mirada con Erin y luego dijo:

—Sabes, me parece que Erin y yo tenemos que preparar una declaración. ¿Podrías darnos un poquito de tiempo? Escribiremos algo y luego podrás encargarte de hacerlo llegar a todo el mundo, ¿de acuerdo?

En cuanto se marchó, Molly cerró la puerta y se volvió, expectante, hacia Erin.

—¿Qué decimos?

—¿No quieres que venga Chris?

Molly no quería.

—No, si tú estás dispuesta a ayudarme.

—Lo estoy, pero quizá él lo haría mejor.

Molly hizo una mueca, expresando su opinión al respecto y luego abrió una pantalla limpia en el ordenador y empezó a teclear. Solo tardó cinco minutos. No había mucho que decir.

Erin trabajaba por encima de su hombro, proponiendo una palabra aquí, una idea allí.

—Lo que dijiste a Joaquín sobre cuidar de las cosas aquí, en Snow Hill, para que tus padres no tengan que preocuparse; eso estuvo bien. Me parece que deberías incluirlo.

Molly lo incluyó. Cuando las dos quedaron satisfechas, envió el texto por *e-mail* a Deirdre.

—¿Qué más puedo hacer? —preguntó Erin—. Chloe está con una canguro. Tengo tiempo.

Parecía sincera y a Molly le vendría bien la ayuda. Con un gesto la invitó a entrar en el despacho de Charlie; la instaló con su Rolodex y una lista de llamadas.

—Explica que hay una enfermedad en la familia y que tenemos que cancelar la exposición del viernes. Probablemente será más fácil si llamas tú. Puedes dar el comunicado oficial y alegar ignorancia sobre los detalles.

Erin descolgó el teléfono, en cuyo momento Molly volvió a su despacho para comprobar su correo electrónico. Estaba claro que los amigos habían visto el periódico. Sus mensajes eran comprensivos en extremo. Pensando en la posibilidad de que también Terrance Field se mostrara más comprensivo ahora que había tenido ocasión de pensárselo, lo llamó.

Y, sí, fue más comprensivo que el día anterior.

—Me he enterado de lo de tu hermana —dijo—. Es horrible en alguien tan joven. Incluso llamé al propietario después de hablar contigo. Pero no tengo buenas noticias, Molly. Me ha dicho que hay alguien dispuesto a alquilar mi casa al precio más alto. Quiere que me vaya un mes antes. Tengo un contrato de arrendamiento, así que no creo que me pueda echar. Mi abogado está con su suegra, en Sarasota, pero cuando vuelva...

Siguió hablando un minuto más, pero Molly no oyó casi nada. Le hizo un último ruego y luego se despidió. Como necesitaba un respiro, se concentró en un mensaje que acababa de llegar, de un proveedor que preguntaba por el pedido de poinsetias. El día anterior, no había conseguido calcular una cifra. Ahora lo hizo rápidamente. Le envió el número en una respuesta y luego sacó un formulario de pedido y lo rellenó. Hizo lo mismo con un pedido de artículos de jardinería.

Bajando por la lista, se detuvo bruscamente ante una confirmación de pedido. Era del proveedor con el que se negaba a tratar. Leyó el contenido del mensaje y empezó a montar en cólera.

Inclinándose hacia el teléfono, llamó a Liz Tocci.

—Soy Molly —dijo, con bastante cortesía—. ¿Podrías venir a mi despacho un momento?

Liz respondió que estaba al teléfono, hablando con un cliente. Molly replicó que no podía esperar. Tal vez cometía un error, porque Kathryn daba mucha importancia a las relaciones con los clientes, pero, en aquellos momentos, tenía demasiado entre manos. Su tiempo valía algo. Y su hermana se estaba muriendo.

Liz era una mujer segura de sí misma, que rondaba los cuarenta, aunque esto último Molly había tenido que averiguarlo por sí misma. Liz protegía su

edad, proyectando experiencia y exudando juventud, alternativamente. Ese día era una mezcla equilibrada. Con el pelo rubio oscilando con la frescura de una chica joven e ingenua, entró en la estancia vestida con los pantalones y la blusa de seda propios de alguien que es una autoridad en diseño. Parecía debidamente preocupada.

—Siento mucho lo de Robin. ¿Cómo está?

—Igual. Pero tenemos que hablar de las Protea Rey.

Liz pareció desconcertada.

—¿Ahora? Tendrías que estar pensando en Robin, no en esto.

Una lucecita se disparó, provocando a Molly.

—Has hecho el pedido a Maskin Brothers. Te dije que no lo haríamos, y quien hace los pedidos soy yo.

—Estabas en el hospital. Pensaba que sería una ayuda.

—También estuve aquí dos veces ayer. Y no, no es una ayuda. Maskin Brothers es terreno prohibido.

—Esto no tiene sentido, Molly —respondió Liz, con tono de regañina—. Trabajé con los Maskin muchos años, antes de venir aquí, y no tuve ningún problema con ellos. Tienen unas Protea Rey maravillosas.

—Snow Hill ha perdido clientes debido a los Maskin.

—Tal vez el problema está aquí.

—¿Quieres decir que soy yo?

—O quien hizo los pedidos cuando tú tuviste problemas.

—Fui yo —dijo Molly, a punto de estallar—. Te lo dije en la reunión del lunes: Snow Hill no trabaja con los Maskin. Piden un depósito para el pedido. No habrá depósito, así que no hay pedido.

—Tu madre no lo aprobaría —dijo Liz, con un reproche que consiguió irritar aún más a Molly.

—Me parece que sí. Es una mujer muy eficiente.

—Tengo más experiencia en este negocio que tú, Molly —le recordó Liz—. Y seamos sinceras. Tu especialidad son las plantas, no las flores cortadas. Estoy tratando de crear la sección de diseño interior de Snow Hill.

Molly sonrió. Hacer valer su autoridad no era algo que deseara hacer, pero Liz llevaba meses creando problemas. Cuando alguien era tan condescendiente como ella, solo había una manera de tratarla. Con una voz glacial, a la manera de Kathryn, dijo:

—De acuerdo, seamos sinceras. Yo hago los pedidos. Yo decido quiénes serán nuestros proveedores porque, resumiendo, la empresa es mía. —Miró la

hora en su reloj—. Tienes, veamos, treinta segundos para aceptarlo. ¿Crees que puedes hacerlo?

—La empresa no es tuya; es de tu madre.

Molly no dijo nada, se limitó a seguir mirando el reloj.

—No hay nada malo en este proveedor, Molly. ¿Sabes cuántos viveros le compran? Joe Francis, en Concorde, no tiene ningún problema con ellos. Ni Manchester Landscaping. Que discutamos por esto es absurdo. Soy buena para Snow Hill. Traigo clientes.

*Y más dolores de cabeza que clientes*, pensó Molly. Ni siquiera esperó a que pasaran los últimos cinco segundos.

—Estás despedida.

Liz pareció asombrada.

—Tu madre no lo consentirá.

—Si tiene que escoger entre tú y yo, lo hará.

Liz se quedó mirándola furiosa.

—No es una buena jugada por tu parte. Necesitas mi fondo de comercio.

—Mira, también en eso estamos en desacuerdo. La reputación de Snow Hill llega muy lejos en cuanto a la clientela. Si te apetece decirle a la gente lo mala que soy, adelante. Solo llevas dos años viviendo en esta zona. A mí me conocen de toda la vida. Además, quizá me preocupara si estuviera buscando trabajo, pero no es el caso. Eres tú la que vas a tener que buscarlo.

Liz aguantó otro minuto y luego se volvió hacia la puerta. Se detuvo un momento al ver a Erin.

—¿Eres la mujer de Chris, verdad? Me alegro de que estés aquí. Molly no piensa con claridad. ¿Querías intentar calmarla? —Miró hacia Molly—. Estaré en mi despacho.

—No por mucho tiempo —la informó Molly y llamó a Deirdre por el interfono—. ¿Querías pedir a Joaquín que recoja a la señorita Tocci en su despacho y la acompañe a su coche?

Liz hizo una mueca.

—Vaya, esto ya es demasiado.

Pero Molly había llegado al punto de ebullición.

—Puede que mi especialidad sean las plantas, pero mientras estudiaba horticultura, también hice unos cursos de gestión. Sé cómo funcionan las cosas. —Salió del despacho y, con Liz siguiéndola, recorrió el pasillo, dobló una esquina y bajó la escalera. Cogió la Rolodex de la mesa de Liz—. Tu contrato dice que todo lo que uses para tu trabajo aquí es propiedad de Snow Hill. Pero, por supuesto, llévate el bolso.

Puede que Liz hubiera discutido si no hubiera aparecido Joaquín. Molly esperó hasta que se hubieron marchado, antes de salir del despacho y cerrar la puerta. De vuelta a su mesa, llamó a Deirdre otra vez.

—Quiero que cambien la cerradura del despacho de Liz. ¿Podrías pedírselo a Joaquín en mi nombre, por favor?

Enderezándose, respiró hondo y miró a Erin:

—¡Qué... pedazo... de bruja!

Erin estaba sonriendo.

—¡Molly, has estado fabulosa! ¡Bien hecho!

Molly se quitó el pasador del pelo, se recogió de nuevo la melena y volvió a ponerse el pasador. Con la misma rapidez, su bravuconería se desvaneció.

—¿Qué he hecho? No tengo autoridad para despedir a nadie.

—Claro que la tienes. Estás sustituyendo a tu madre mientras ella está con Robin. Es tu empresa.

—Es la empresa de mamá —replicó Molly, porque Liz tenía razón en eso—. Contrató a Liz personalmente. Se pondrá furiosa.

Pero Erin seguía sonriendo.

—Eres la representante de Kathryn. Te parecías a ella. Sonabas como ella. Ha sido asombroso.

—Se supone que la estoy ayudando.

—Y eso es lo que has hecho. Paso por aquí lo suficiente para ver a Liz dando órdenes a todo el mundo. A sus espaldas, todos se burlan de ella.

—Pero ahora no tenemos diseñadora.

—Debe de haber otras a las que puedas contratar y, entretando, ¿por qué no utilizas a Greg Duncan? No paras de cantar alabanzas de lo que hace para ti en el invernadero. Mira —dijo Erin—, Liz se trasladó aquí para hacerse un nombre en la zona. Estaba utilizando Snow Hill. Ella jamás sería tan leal como Greg.

—Pero no tiene el caché de Liz Tocci. Ella tiene razón; ha traído clientes —reconoció Molly, pero la lucecita que se había encendido antes en su cabeza empezó a parpadear de nuevo—. Lo peor de lo que ha hecho ha sido el momento que ha elegido para hacerlo. Pensó que yo estaría ocupada en otras cosas, debido a Robin. Y se aprovechó.

—Y por eso, exactamente, tu madre te apoyará.

—Mamá no habría perdido los nervios. Y Robin tampoco. Sabe perder. Vale, sí, esto no es una carrera. Pero yo perdí. Liz me coló un pedido.

—Se saltó las normas de la empresa. Tú eres quien hace los pedidos. Además, tienes derecho a sacar el genio. No es un momento corriente.



Concédetelo, Molly. ¿No crees que por eso mismo Chris te atacó con tanta dureza antes? Necesitaba una válvula de escape. Igual que tú.

Molly se preguntó si estaría pasando algo en el hospital.

—En cualquier caso —prosiguió Erin—, la razón de que yo haya venido es que tu padre ha recibido una llamada del periódico. ¿Sabes algo sobre un artículo hablando de las coles decorativas?

—Está en su ordenador. —Molly pidió a Erin con un gesto que la acompañara al despacho de Charlie y lo sacó en pantalla—. ¿Quieren que se lo enviemos por fax o por correo electrónico?

—Por correo. Ya lo hago yo. Además, el departamento de ventas del *New Hampshire Magazine* quiere confirmar el anuncio de Snow Hill en los números de invierno.

—Confírmalo —dijo Molly, satisfecha de que por lo menos pudieran ayudar en eso. ¿Pudieran? Erin. A Molly siempre le había caído bien, pero nunca la había visto como alguien con quien contar. Pensando en lo equivocada que había estado, abrazó a Erin—. Gracias. Mi hermano es muy afortunado.

Erin soltó un gruñido.

—En estos momentos, él no es de la misma opinión, así que si yo fuera tú no se lo recordaría. No está del mejor de los humores.

—Es la espera —dijo Molly. Sonrió con tristeza a Erin y volvió a su despacho. Era una gran verdad. Esperar era lo peor. Mirando el reloj cada pocos minutos, acabó los pedidos inmediatos y luego trató de llamar a Charlie por el móvil, pero estaba desconectado. Canceló los compromisos de Kathryn. Pasaron diez minutos. Estudió varios números de *Grow How*, pensando en qué escribir para la edición de enero, pero no conseguía centrarse.

Al final, se fue al invernadero. En el camino, la detuvieron varios empleados de Snow Hill para expresarle su preocupación por Robin, y vio que ahora le costaba menos hablar. En más de una ocasión, pensó en lo diferentes que eran de Liz, por su sinceridad.

En el invernadero había bastantes clientes, pero Molly conocía cada rincón. Se acomodó en un banco, detrás de una palmera; si no se movía, no la verían.

Pero ella podía ver. Una cliente estaba llenando el carrito con plantas de sombra; otra iba y venía entre estas y las gloxinias de la pared del fondo. Las gloxinias eran una belleza; sus flores aterciopeladas tenían vivos matices de rosa y atraían mucho más la mirada. Sin embargo, Molly prefería las plantas de sombra. Aunque les faltaba el atractivo de la flor, tenían longevidad. Por lo

menos la mayoría la tenían y, en ese sentido, estaban gravemente infravaloradas. Le encantaba que recibieran atención.

Los carritos traquetearon hacia las cajas, dejando los pasillos momentáneamente en silencio. Llegaban pequeños y distantes estallidos de los rociadores del jardín de los arbustos y, más lejos, se oía el rumor de la excavadora que levantaba un árbol con el cepellón envuelto en arpillera. Sin embargo, allí en el invernadero, todo estaba en calma.

Molly adoraba esos momentos. Robin no. Robin era una persona de acción. Quería movimiento.

Pero Molly veía movimiento en las plantas cuando el arco del sol se desplazaba por encima de ellas. Veía movimiento en el cambio de las estaciones y en el correspondiente ciclo de vida de las plantas. Robin era, nominalmente, natural de Nueva Inglaterra, y clasificaba las estaciones por el paso de las forsitias a las rosas, de las hojas del otoño a la nieve. Los cambios que Molly veían iban mucho más lejos.

No, Robin no habría perdido los nervios con Liz. Tal vez, porque no amaba Snow Hill de la manera que lo amaba Molly.

## Capítulo 9

Incluso doce horas después de ver a Molly, Nick Dukette estaba petrificado. Desde el primer momento había sabido que el estado de Robin era grave. Su contacto en la policía se lo había dicho. Pero esperaba algún tipo de solución, algún tipo de operación quirúrgica o de medicación. No le importaba que Robin tuviera que abandonar las carreras. Quizá aquello redundara en su propio beneficio. Si ella no podía correr, no viajaría tanto, lo cual aumentaría el atractivo de alguien de la localidad.

Nick no tenía la intención de permanecer en la ciudad mucho tiempo. No iba a cometer el mismo error que sus padres. Eran brillantes y totalmente desconocidos: Henry Dukette, novelista; Denise Dukette, poetisa. Cada vez que Nick leía sus obras, se preguntaba cómo era posible que el mundo no despertara y les prestara atención. Sin embargo, Henry se había visto obligado a trabajar para el departamento de vías públicas para mantener a su familia, y no se había quejado nunca. Decía que sus ideas venían de observar a la gente por la ciudad. Nick no entendía de qué servía tener ideas si no iban a ninguna parte.

Prometió que cambiaría la situación cuando él se hubiera hecho un nombre. El trabajo periodístico estaba a un paso de la publicación de libros y la publicación de libros dependía de a quién conocías. Con el tiempo, haría que las obras de sus padres se leyeran.

No tenía nada que ver con el dinero. Su hermano mayor había triunfado en Wall Street e, incluso después de atender las necesidades de su propia familia, le quedaba mucho para Henry y Denise. Les había comprado un piso no lejos de la universidad estatal en Plymouth, donde Denise enseñaba poesía, y había invertido lo suficiente en nombre de sus padres para que pudieran vivir cómodamente de los intereses. Pero Henry no quería ni oír hablar de retirarse. Afirmaba que era demasiado joven y que le gustaba seguir en activo. Nick quería que dedicara esa actividad a promover un libro, que era lo que sucedería si se salía con la suya.

Sin embargo, lo primero era decir adiós a New Hampshire, y se estaba acercando el momento. Cuando estuviera a cargo de los reportajes de investigación, tendría acceso a unos contactos de más alto nivel, que le abrirían nuevas puertas. Era lo único que necesitaba. Sabía cómo decir lo que la gente quería oír. También sabía cómo escribir una historia; ya había recibido el reconocimiento a nivel nacional por una serie sobre las elecciones presidenciales. El futuro se presentaba brillante.

Robin iba a formar parte de él. Debido a su estrellato local, había estado medio enamorado de ella incluso antes de conocerla. ¿Y después? Juntos, eran algo asombroso. El hecho de que ella planeara competir a escala mundial no lo desanimó. Robin se estaba acercando a la cúspide de su carrera. Una vez que tuviera el oro olímpico en las manos, reduciría su actividad. En el fondo, era una mujer de familia. Suponía que mientras permaneciera cerca de ella, seguiría teniendo posibilidades.

Pero entonces había pasado aquello. No sabía cuánto creer de lo que Molly le había dicho. Como contacto, no era de los más fiables. Ella misma lo había dicho: estaba demasiado implicada emocionalmente.

En ese caso, también lo estaba él. Pero era un profesional. Sabía cómo conseguir información. Y ahora, esto exigía moverse.

Abandonando la parálisis que lo había dominado una gran parte de las últimas doce horas, dejó su cubículo, deteniéndose solo cuando el redactor jefe lo llamó desde el otro lado de la sala de local.

—¿Adónde vas?

—Al hospital. Estoy siguiendo la historia de Robin Snow.

—A las dos es la vista del caso O’Neal.

No era fácil que lo olvidara. Gracias a su propia declaración sobre Donald O’Neal, el Estado se ocupaba, por fin, del fraude electoral. Nick les había regalado el caso.

—Allí estaré —respondió y, palpando la funda de la cadera para asegurarse de que llevaba el móvil, se marchó.

No vio el coche de Molly en el aparcamiento, lo cual le venía bien. Ella estaba entre la espada y la pared. Necesitaba conseguir su información en algún otro sitio.

Empezó por la cafetería y se dirigió al jefe de cardiología, pero este no se dejó seducir. Tampoco lo consiguió con el neurólogo jefe del hospital, aunque había cooperado con Nick en el pasado.

—Confidencialidad —murmuró esta vez.

—Me ha llegado la información de que está clínicamente muerta —dijo Nick con su tono más confidencial—. ¿Es una exageración?

El médico lo miró, receloso.

—¿Quién te lo ha dicho?

Nick lanzó una mirada sugerente hacia la atestada cafetería. A veces lo de divide y vencerás daba resultado. Si insinuas que una persona ha hablado, la otra empieza a hablar.

—¿Tengo que creérmelo?

—Aunque lo supiera, que no lo sé —dijo el estoico neurólogo—, no lo confirmaría ni lo refutaría.

—Se dice que están hablando de trasplante de órganos. —Por supuesto, no había oído nada al respecto. Lo único que necesitaba era un involuntario «Todavía no» para confirmarlo.

Pero el médico le lanzó una mirada perspicaz, se despidió con un gesto y se marchó, con lo cual Nick se vio obligado a recurrir a su enfermerainformante favorita. Quince años mayor que Nick, lo adoraba desde que él escribió un artículo favorable sobre la empresa de su marido, un año atrás.

Le aseguró que no sabía nada y, aunque le hizo una pregunta tras otra, no consiguió que hablase. Cuando le preguntó si podría intentar conseguir información, ella dijo que lo lamentaba, pero no.

Pensando que todos eran demasiado buenos para creerlos, cogió el ascensor hasta la UCI. Como no podía entrar en la unidad, fue a la sala de espera. No reconoció a nadie de los que estaban allí. Seguro de que eso cambiaría si esperaba lo suficiente, se dejó caer en el sofá. Estaba pensando que Molly tenía que estar equivocada que Robin no estaba clínicamente muerta, sino simplemente inconsciente cuando se dio cuenta de que una chica joven y su madre, sentadas en un sofá contiguo, hablaban de Robin.

Con los codos apoyados en las rodillas, preguntó, como sin darle importancia:

—¿Robin Snow?

La chica asintió. Parecía tener unos catorce o quince años.

—¿Son amigas de la familia? —preguntó a la madre.

—No, pero Robin es la razón de que Kaitlyn empezara a correr.

—Habló en mi escuela —explicó la chica—. Y cuando, más tarde, le escribí, me contestó. Tengo hora con el médico esta tarde. Mamá me ha dejado salir antes de la escuela para venir.

—¿Qué se sabe de Robin? —preguntó Nick a la madre.

—Lo único que dicen es que su estado es crítico. ¿Usted sabe algo más?

—No —dijo. Estaba pensando que por una vez desconocía la respuesta y que ese era su castigo por haber utilizado a Molly, cuando vio a Charlie Snow en el pasillo. Sin decir palabra, se lanzó en su persecución. Lo alcanzó en el ascensor. Charlie estaba absorto en sus pensamientos.

—Señor Snow. —Charlie levantó la cabeza—. ¿Cómo está Robin?

—Ah. Nick. Hola.

—¿Está tan mal como dice Molly?

—¿Qué ha dicho Molly?

—Que sigue inconsciente. —Molly había dicho más, pero Nick fue incapaz de repetirlo. Estaba empezando a sentirse mal respecto a Molly. La había puesto en un aprieto.

—Sí, así es —confirmó Charlie—. Estamos esperando a ver qué pasa.

Nick tenía una docena de preguntas, pero no hizo ninguna. Llegó el ascensor y, antes de darse cuenta, se había quedado solo. Se quedó allí muchísimo tiempo, preguntándose qué le pasaba. Podía preguntar cualquier cosa a cualquiera. «¿Qué siente?», le había preguntado a una madre que observaba cómo los submarinistas buscaban el cuerpo de su hijo en el río. Así era como los reporteros conseguían respuestas. Los periodistas escrupulosos no conseguían nada.

No era escrupuloso con los Snow, pero quizá sí que se sentía demasiado cerca de ellos. Diablos, casi era de la familia. Por lo menos, así es como él se veía.

Desanimado, bajó en el siguiente ascensor y volvió a la sala de local del periódico para seguir media docena de pequeñas historias, pero si esperaba distraerse, también en eso se equivocaba. No dejaba de pensar en la última vez que había visto a Robin. Estaba cenando con unos amigos en un restaurante y tenía un aspecto fabuloso.

*Llama a Molly, se dijo. Que te diga que no es verdad.* Pero Molly tenía problemas con su hermana y ponerla en apuros solo los empeoraba.

Podía volver al hospital y quedarse por allí. Si Molly lo veía y empezaban a hablar, quizá se le escapara algo, sin darse cuenta. También podía tropezarse con aquel tipo con el que ella había estado hablando. David. El que le resultaba conocido. Se preguntó si él sabría más sobre el estado de Robin.

Sintiéndose vacío, se recostó en la silla y se apretó los ojos. David, que le resultaba conocido. David.

Tratando de situarlo, abrió los ojos y buscó entre las copias de reportajes recientes, amontonadas sobre su mesa. Ojeó un montón de fotos. Se echó

hacia atrás de nuevo. El domingo por la noche, después de acompañar a Molly a casa, había ido a un bar local. Quizá había visto a aquel hombre allí.

Alguien se asomó por encima de la mampara del cubículo.

—¿Quieres que vaya contigo a los juzgados?

Nick miró la hora. Para mirar hacia Adam Pickens, su fotógrafo favorito, sus ojos tenían que pasar por lo que él llamaba su «pared de los ídolos». Había fotos de Rupert Murdoch, Bernard Ridder y William Randolph Hearst. También de Bob Woodward y Cari Bernstein, pero fue otra foto la que le llamó la atención. Era la de Oliver Harris, propietario de la tercera mayor cadena de periódicos de la nación, de varios equipos deportivos y de una red por cable.

El David de Molly era clavado a él.

Inclinándose hacia delante, Nick buscó Oliver Harris en Google. Después de recorrer varias entradas relacionadas con los negocios, encontró una reseña de la familia Harris. Oliver Harris estaba casado con Joan y tenía cuatro hijos, tres de los cuales trabajaban en la corporación. El cuarto y más joven se llamaba David.

Posiblemente era una coincidencia. Ni David ni Harris eran nombres poco corrientes. Pero también estaba el parecido físico.

Buscó David Harris, pero salieron muchas páginas de diferentes David Harris. Estrechando la búsqueda, tecleó «hijo de Oliver». Unos segundos más tarde, tenía lo que quería.

Satisfecho, se recostó en la silla. La idea de que el hijo de Oliver Harris diera clases cerca de allí era un regalo caído del cielo. Aquel hombre todavía no lo sabía, pero estaba a punto de conocer a su mejor amigo. Bueno, casi a punto de conocerlo. Iba a ser necesario utilizar un poco de diplomacia. Ahí es donde Molly entraba en escena.

Se inclinó de nuevo hacia delante y buscó la dirección de correo electrónico de Molly, pero justo debajo, en su lista de direcciones, estaba la de Robin, y al pensar en ella se le hizo un nudo en el estómago. Así que escribió una nota a Robin. No era larga. Ninguna de las que le escribía lo eran. Solo quería que supiera que tenía razones para recuperarse.

Sintiendo una profunda tristeza, envió el mensaje. Luego sacó la dirección de Molly y dijo simplemente:

«Anoche, después de dejarte, intenté impedir que saliera la nota sobre Robin, pero ya estaba en prensa. No le diré a nadie lo que me contaste y no habrá nada más hasta que tú des el visto bueno. Puedes confiar en mí.

Todavía estoy estupefacto por lo de Robin, pero debe de ser todavía peor para ti. ¿Puedo hacer algo para ayudar?»..

David Harris no tenía necesidad de leer un texto. Sentado en una esquina de la mesa, miraba a sus alumnos de octavo.

—Hace ochenta y siete años que nuestros padres fundaron en este continente una nueva nación...

Recitó todo el discurso, dos minutos en total, y se sintió complacido al ver que sus alumnos escuchaban.

—Pensad en las palabras —les dijo, y repitió la alocución. Fue más lento en las partes que siempre lo habían conmovido más, culminando con...

—«... aquí decidimos firmemente que estos muertos no habrán dado su vida en vano...».

De los temas de la historia americana que enseñaba, la guerra civil era su favorito. Había visitado el lugar de cada batalla importante, sabía que las 620 000 muertes hacían de la guerra civil la más sangrienta del país y que 200 000 chicos menores de dieciséis años habían luchado con las tropas a lo largo de aquellos cuatro años. También sabía que Ulysses S. Grant era alcohólico antes de convertirse en el general en jefe de la Unión y que el confederado Stonewall Jackson murió a causa de las complicaciones derivadas de la herida infligida por uno de sus propios hombres. De las muchas anécdotas de la guerra civil, estas dos le gustaban especialmente. Ofrecían lecciones sobre la precariedad de la vida y la dulzura de la redención.

David se identificaba con ambas. «La vida puede dar un giro en un abrir y cerrar de ojos», solía decir su padre. «La dirección que tomes cuando lo haga es lo que marca la diferencia». Oliver Harris se enorgullecía de lo que había hecho después de los momentos de cambio brusco de rumbo que había habido en su vida. La larga lista de sus éxitos anulaba los pocos fracasos que había sufrido.

David no poseía una lista detrás de la que ocultarse. Solo tenía treinta y un años. Todo lo que hacía resultaba bien visible.

Pensaba en esto mientras preparaba el terreno para hablar de los Estados Confederados de América, de la Secesión, de la investidura de Lincoln y de los disparos hechos en Fort Sumter, pero su mirada volvía una y otra vez a Alexis Ackerman. Con el pelo oscuro, recogido severamente hacia atrás y las



ceñidas capas de camisetas, se la veía más huesuda y pálida que de costumbre.

Demasiado pronto sonó la campana. Apenas tuvo tiempo de dictar los deberes, antes de verse ahogado por el ruido de las mochilas y el alboroto de los alumnos al salir del aula. Estaba volviendo a su mesa cuando oyó una respiración entrecortada.

Alexis estaba en el suelo, junto a su mesa, aferrándose a la silla. Recorrió el pasillo apresuradamente.

—Marchaos todos —instó a los demás y se acuclilló junto a Alexis.

—No sé qué me ha pasado —dijo ella, con un hilo de voz—. No me han aguantado las piernas.

—¿Estás mareada?

—No. No me he desmayado. Ya estoy bien. —Aunque estaba absolutamente pálida, hizo un esfuerzo para levantarse.

David se puso en pie para dejarle espacio.

—Te acompañaré a la enfermería —dijo pero los ojos de ella se agrandaron, dando un aspecto angustiado a su delgada cara.

—No, estoy bien. De verdad. Solo necesito almorzar —repuso ella recogiendo sus cosas.

David supuso que iría directamente al mostrador de las ensaladas y se serviría un plato de lechuga.

—Has perdido peso, Alexis.

—No, me mantengo igual que siempre.

—¿Igual a qué? —preguntó.

—Es solo que con esta ropa parezco más delgada —dijo, sin contestar a la pregunta. Pasó junto a él y se dirigió a la puerta. Se volvió con una sonrisa de disculpa.

—De verdad que estoy bien, señor Harris. De verdad. Solo ha sido un pequeño malestar. —Dio media vuelta y desapareció en el pasillo.

David también necesitaba almorzar, pero en lugar de dirigirse a la cafetería, salió al exterior, bajó los escalones de la escuela de enseñanza media y cruzó la calle hasta el edificio de la administración. El director tenía un despacho en el segundo piso. Estaba hablando por teléfono cuando llegó David, pero la puerta estaba abierta. Con un gesto, le indicó que esperara.

Como ya lo habían visto, no era posible batirse en retirada. De lo contrario, David no habría tenido el valor suficiente. No poseía un gran historial como hombre amante de los riesgos. Las cosas parecían tener el efecto contrario al buscado o, como mínimo, causar más angustia que

beneficio a los involucrados. Estaba bien que su padre pontificara sobre que la vida cambiaba de rumbo de repente, pero los sucesos sobre los que giraba la vida de Oliver estaban relacionados con los negocios. Raramente tenían que ver con el carácter y, ciertamente, no con la vida y la muerte, como había sido el caso en la carretera el lunes por la noche. Molly tenía razón; David habría sido incapaz de no intentar reanimar a Robin. Pero ¿qué bien había conseguido con ello?

Y ahora estaba Alexis. Sus padres tenían ojos.

Pero los padres tan solo veían lo que querían ver. Su propio hermano se había vuelto adicto a los analgésicos que tomaba su madre hasta que un profesor de matemáticas descubrió su adicción por los síntomas que mostraba su hermano. Se ocuparon de ello discretamente. Estaba previsto que ese hermano, que ahora tenía cuarenta y dos años, se hiciera cargo de la editorial cuando Oliver se retirara. Pese a lo atenta que Joan Harris era como madre, nunca explicó cómo no se había dado cuenta de que sus analgésicos desaparecían.

—Entra, David —dijo Wayne Ackerman desde su escritorio y, cuando David iba a cerrar la puerta dijo—: Déjala abierta. El aire acondicionado está averiado. Cuanto más aire circule, mejor. ¿Qué puedo hacer por ti?

Wayne era un hombre sencillo, aficionado a las camisas y las corbatas muy oscuras. Su despacho, hecho con maderas oscuras, estaba atiborrado de retratos de familia con marcos de color chocolate. Wayne y su esposa tenían cinco hijos; sus caras estaban por todas partes en el despacho, igual que lo estaban por toda la ciudad. Pero la calidez de Wayne no se limitaba a la familia. Se enorgullecía de conocer a todos los maestros de su organización. Claro que, dentro de las organizaciones escolares, aquella no era grande. Pero era maestro en cultivar el contacto personal. David había estado en su despacho muchas veces.

Esa era la primera vez que iba por propia iniciativa. Obligado, se sentó y dijo rápidamente:

—Estoy preocupado por Alexis.

—¿Mi Alexis?

—Acaba de encontrarse mal en mi clase. No se desmayó, pero le flaquearon las piernas. Quería llevarla a la enfermería, pero se negó. Estoy preocupado, doctor Ackerman. Está terriblemente delgada.

—Es bailarina —respondió Wayne—. Las bailarinas siempre están delgadas. —Se le iluminó la cara—. ¿La has visto bailar? La están preparando para ser solista.

—No la he visto yo mismo, aunque me han dicho que es increíble. Pero me preocupa. Las bailarinas suelen padecer desórdenes de la alimentación.

Wayne lo descartó con un gesto.

—Su maestra de *ballet* nos lo diría, si viera que hay un problema.

—¿Incluso si una delgadez extrema fuera normal en la profesión? Anoche hablé con alguien...

—¿Sobre mi hija? —lo interrumpió Wayne.

—No, sobre los síntomas generales de la anorexia. He visto muchos de ellos en Alexis.

—David, ¿se te ha ocurrido pensar que quizá tenga la gripe?

—Lo que he visto no era la gripe.

—¿Lo sabes seguro?

—No —admitió David—. Pero estoy preocupado, doctor Ackerman. El año pasado también tenía a Alexis en clase. Entonces estaba delgada, pero el cambio durante el verano ha sido espeluznante. Ahora está incluso más delgada. Tiene la voz más débil. Ya no se relaciona con sus compañeros. A la hora del almuerzo, se sienta sola en el comedor.

—Estudia durante el almuerzo —explicó Wayne—, para poder pasar el resto del día en el estudio. Está muy concentrada. No veo nada malo en ello, David, y si me estás diciendo que no tiene amigos, te equivocas. Sus amigos son bailarines. Vienen de todo el estado para bailar en la academia. Los ve todas las tardes. —Frunció el ceño—. ¿Otros maestros han comentado algo sobre esto?

—No lo sé. No lo he hablado con ellos.

—Bien. No lo hagas. La salud de mi hija es asunto nuestro, no tuyo —afirmó y, a partir de ahí, su buen humor fue a peor—. No me gusta la idea de que un profesor joven, sin hijos, crea que sabe lo que le conviene a los míos. He criado cinco hijos y he hecho un trabajo condenadamente bueno. Mis hijos no toman drogas. No conducen bebidos. Mis hijos respetan a las mujeres y mi hija tiene un gran futuro por delante. No quiero que empiecen a correr rumores porque un único profesor cree que ve algo de lo que tiene que preocuparse.

Sonó el teléfono. Puso la mano encima y miró a David, expectante.

Con la orden implícita de retirarse, David abandonó el despacho, bajó la escalera y salió al sol, pero aunque hacía un día magnífico no le produjo ningún placer. Se quedó en la acera, con las manos en las caderas, decepcionado de sí mismo por haberla fastidiado. Había hecho el gran gesto... ¿para qué?

Su padre podía hacer un gran gesto y hacerse con un periódico prestigioso que añadir al grupo. Sus hermanos podían hacer un gran gesto y ganarse una promoción. Incluso su madre hacía un gran gesto y, sí, con frecuencia era algo de beneficencia, pero daba resultado. Recibía elogios por todo lo que hacía.

David no quería elogios. Detestaba ser el centro de atención. Pero le encantaba enseñar, en especial el nivel de la enseñanza media, donde los alumnos eran vulnerables y estaban sujetos a constantes cambios, y un giro equivocado podía tener consecuencias que duraran años. «*La vida puede dar un giro en un abrir y cerrar de ojos*».

Se identificaba con ambas. «La vida puede dar un giro en un abrir y cerrar de ojos. La dirección que tomes cuando lo haga es lo que marca la diferencia». David lo sabía. Pero cuando trataba de hacer algo bueno, salía mal.

Aquel era el ejemplo perfecto. Wayne Ackerman llegó por detrás y pasó a su lado sin decir palabra. Mirando cómo se alejaba, David se preguntó si Alexis recibiría ayuda y, caso de ser así, si él seguiría allí el año próximo para verlo.

## Capítulo 10

Molly se llevó el portátil al hospital. El artículo de Nick continuaba reverberando y los mensajes llegaban a toda velocidad. Pensó que si los contestaba desde allí, sería como si Robin participara. Por lo menos, la ayudaría a pasar el tiempo.

Kathryn estaba sentada junto a la cama. Tenía los codos apoyados en ella y sostenía la mano de Robin junto a su propio cuello.

—Hola —dijo Molly, en voz baja. No preguntó si había cambios. No se apreciaba ninguna diferencia, salvo en la curva de la espalda de su madre. El ánimo de Kathryn estaba empezando a decaer—. ¿Más flores? —preguntó, con la intención de distraerla, y leyó las tarjetas.

—Se está yendo un poco de las manos —murmuró Kathryn.

—¿Quieres que me lleve algunas? Podríamos hacer que las pusieran en la planta de los niños.

—Ahora no, más adelante. Las plantas son mis amigas. Hacen que todo esto parezca menos extraño.

—Es verdad —asintió Molly—. Acabo de venir del invernadero. Es lo mismo. Un consuelo.

Kathryn soltó un largo suspiro.

A Molly le pareció que estaba más pálida, y tuvo la súbita imagen de Kathryn sufriendo un ataque al corazón.

—¿Estás bien?

—No. Me estoy muriendo por dentro. Tengo este sentimiento de injusticia. Como si fuera la madre de alguien sentenciado a muerte, solo que no sé qué hizo Robin que fuera tan malo para merecer esto.

—No hizo nada malo, mamá. Era una inspiración para todo el mundo. La mitad de los que están en la sala de espera han venido para mostrar su apoyo. La quieren. Te lo dirían en persona —dijo, tratando de convencerla, pero Kathryn hizo un breve gesto con la cabeza como diciendo «no puedo hacerlo»—. ¿Y los mensajes? —probó Molly—. Te sentirías bien leyéndolos.

—¿Como si fueran borradores para un elogio fúnebre? —preguntó Kathryn y lanzó una mirada de impotencia al techo.

—Se trata de hacer algo para pasar el tiempo —dijo Molly—. Acabo de volver del trabajo.

Kathryn siguió mirando la cara de Robin, en silencio, así que Molly la puso al día de lo sucedido en Snow Hill. No mencionó a Liz.

Kathryn no daba señales de entender nada. Molly acercó una silla, abrió el portátil y accedió a su correo electrónico. Habían llegado más mensajes en el corto espacio de tiempo pasado desde que lo había mirado la vez anterior.

—Aquí hay uno de Ann Currier. ¿La recuerdas? Fue...

—Tu maestra de quinto.

—«Queridísima Molly. He quedado horrorizada al leer lo de tu hermana. La tengo presente en mis oraciones». —Molly le envió un rápido «Gracias» y pasó al siguiente—. Este es de Teddy Frye. Robin salió con él en la universidad.

—No lo leas, por favor.

—Vive en Utah. ¿Cómo se habrá enterado?

—Por tu amigo Nick.

Molly sintió un dolor interior. Su amigo Nick no había llamado. Ni para disculparse por la nota del periódico ni para ver qué tal estaba. Un verdadero amigo se habría ofrecido para ayudar. A Molly le habría gustado decir a Kathryn que lo había hecho.

Desalentada, volvió al ordenador y contestó varios mensajes más. No leyó ninguno más en voz alta. Al parecer, Kathryn prefería escuchar el zumbido de las máquinas. Ni siquiera hablaba a Robin, aunque Molly no sabía si era porque estaba cansada, porque era realista o porque estaba deprimida. Pero cuanto más duraba su silencio, más espantoso resultaba.

—He despedido a Liz —dijo Molly en un intento de romperlo.

Kathryn no reaccionó.

—¿Me has oído?

Kathryn la miró y enarcó una ceja, interrogadora.

—He despedido a Liz. En la reunión del lunes le dije que no trabajaríamos con los Maskin. Aproveché el hecho de que estuviéramos trastornados por la situación y les pasó el pedido ella misma.

—¿Eso hizo?

—Sí. No puedo trabajar con ella, mamá. Lo siento. Sé que es buena, pero no es la primera vez que no me deja vivir hasta que consigue lo que quiere, y es Snow Hill quien paga las consecuencias.

Kathryn volvió a Robin.

—La llamaré y me disculparé, si quieres.

—No. Está bien.

—Greg Duncan puede reemplazarla hasta que contratemos a alguien. Además, no sería una mala opción para hacerse cargo de todo. Tiene un gran sentido artístico y es absolutamente leal.

—Molly. Está bien.

—El momento es pésimo. Pero por eso mismo lo que hizo es imperdonable. Lo lamento. Perdí los estribos. Me hacía sentir como una niña pequeña que no sabe nada de nada. —Dejó de hablar. Su madre no la escuchaba. Molly esperó, pero finalmente volvió a su correo electrónico.

Y allí estaba: una nota de Nick. Al leerla, sintió un alivio enorme.

—Trató de que no lo publicaran, mamá.

—¿Quién?

—Nick. Ya estaba en prensa, pero dice que no saldrá nada más, a menos que nosotros lo digamos. Es una buena persona, de verdad.

Kathryn parecía escéptica.

—Mira, Molly, no lo sé. Si es tan estupendo, ¿dónde está?

—Sabe que no te cae bien.

—No es que no me caiga bien. Sencillamente dudo de sus motivos. Es muy ambicioso.

—Sí, porque sus padres no lo fueron y pagaron el precio. Quiere tener éxito.

Kathryn asintió con la cabeza.

—Muy ambicioso. Te utilizará, mientras tengas algo que ofrecer.

—No me utiliza. Nick y yo éramos amigos antes de que conociera a Robin.

—¿Quieres decir que antes no sabía quién era Robin?

Molly no podía creer que estuvieran volviendo sobre lo mismo otra vez, pero no podía poner fin a la discusión. Su amistad con Nick afectaba a su propia valía.

—¿Me estás diciendo que buscó deliberadamente mi amistad para llegar hasta ella? Pero, si es así, ¿por qué sigue siendo amigo mío?

—Más concretamente, si le gustas tanto, ¿por qué no sois pareja?

—Porque así es como piensa tu generación, no la mía. Tenemos amigos de los dos sexos.

—Quizá. Pero él te utiliza para seguir cerca de Robin.

—Rompiéron, mamá.

—Tu hermana fue la que rompió con él —señaló Kathryn, en voz baja—. De ser por él, todavía seguirían juntos. Su atracción por ella bordeaba lo obsesivo. Robin lo encontraba agobiante.

—Rompió con él a causa de Andrea Welker.

—Ese fue el catalizador. Pero el problema real era lo otro, y tu amistad con él no lo ayuda. Necesita empezar de nuevo. No podrá olvidar a Robin mientras ande dando vueltas a tu alrededor.

Sintiéndose lo bastante irritada para cambiar de tema, Molly sacó del bolsillo la nota sobre el corazón de Robin. Kathryn frunció el ceño al ver el sobre y, apartando la mirada de él, cogió la carta. Algo en su cara cambió al leerla. La leyó más lentamente una segunda vez y todavía más despacio, una tercera. Luego la dejó y miró a Molly con un abatimiento que hizo que esta se avergonzara.

—Lo encontré en sus archivos —dijo, compungida—. Estaba metido entre sus facturas.

—¿Por qué mirabas sus facturas?

—Se supone que tengo que empaquetarlo todo para la mudanza de la semana que viene y hay todos esos enormes archivadores con papeles saliendo por todas partes. —Trató de cambiar de tema de nuevo—. ¿Cómo voy a hacer la mudanza el lunes? No puedo ni pensar en embalarlo todo.

Kathryn no dio señales de haberla oído. Estaba estudiando la carta.

—¿Estaba en algún sitio especial?

—No, la encontré metida entre las facturas. He vuelto a llamar a Terrance Field. Se ha enterado de lo de Robin por otras personas, así que sabe que no me lo estoy inventando. Pero dice que su contratista tiene que empezar el martes.

—¿En Florida hablan de Robin?

—En realidad —dijo Molly, dando marcha atrás—, solo dijo que se había enterado. Puede que lo haya leído en línea. O que haya llamado al hospital para comprobar mi historia.

Kathryn se quedó mirándola fijamente unos momentos; luego volvió a prestar atención a la carta.

—¿Había algo más con esto: Informes médicos o algo así?

—No —respondió Molly, y, como su madre insistía, preguntó—: ¿Papá tiene un problema de corazón? —Estaba poniendo a Kathryn entre la espada y la pared: ¿A quién iba a llamar mentiroso, a Charlie o a Robin? Pero Kathryn no iba a soltar prenda.

Molly esperaba que lo negara, pero lo único que dijo fue:



—Papá se cuida bien.

—¿Eso significa que tiene un corazón dilatado, pero que está bajo control? —De repente, Molly se asustó. No quería que le pasara nada a su padre—. Ayer lo negó. ¿Por qué tanto secreto?

En una de las máquinas empezó a sonar un timbre.

A Molly el corazón le dio un vuelco, pero Kathryn permaneció tranquila.

—Solo es el ventilador. Ocurre a menudo. Vendrán enseguida.

Apenas había acabado de hablar cuando entró la enfermera. Ajustó el aparato, comprobó cómo estaba Robin, habló en voz baja con Kathryn unos momentos «ningún cambio, todo está bien, ella sigue aguantando» y luego se marchó.

Molly se quedó tan callada como Kathryn. La espera era una tortura. Permaneció unos minutos allí sentada y luego fue a la sala de espera. Cogió el ascensor hasta la planta baja y dio vueltas por la tienda de regalos. Volvió a la habitación y se quedó con Charlie mientras Kathryn iba al baño, pero no le preguntó nada sobre su corazón. No parecía tener importancia.

Las tres se convirtieron en las cuatro y luego en las cinco. Chris vino desde el trabajo, pero no habló de Snow Hill, y ni Charlie ni Kathryn preguntaron nada. Solo pensaban en Robin.

Lo mismo hacía Molly; por eso abrió de nuevo el portátil y esta vez entró en la cuenta de correo electrónico de Robin. Había menos mensajes que el día anterior; los amigos empezaban a darse cuenta de que Robin no contestaría. Con una bandeja de entrada más vacía, se recorría fácilmente la lista. El nombre de Nick la impactó.

«Hola, pequeña —había escrito—. Estoy oyendo cosas que no me gustan. ¿Dónde está esa determinación tuya? ¿Dónde están esas AGALLAS? Los milagros no suceden porque sí; tenemos que HACER que sucedan. Cuento con que te recuperes. No es solo tu vida, también es la mía. ¿Te acuerdas de nuestros planes? Te quiero. Duke».

Con el corazón desbocado, Molly lo leyó otra vez. Y otra más. Quería pensar que el mensaje era simplemente de un buen amigo animando a Robin; excepto que, según Robin, Nick no era ni bueno ni un amigo, en cuyo caso el «¿Te acuerdas de nuestros planes?» era ilusorio. Y luego estaba aquel «Te quiero» del final. ¿Obsesivo, como afirmaba Kathryn?

Recorrió hacia atrás los mensajes que Robin había recibido antes del lunes. No encontró nada de Nick, así que retrocedió una semana y luego dos. Y allí estaba.

«Hola. La carrera del pasado fin de semana no fue una de las grandes, pero lo hiciste bien. Cada vez lo haces mejor. Te echo mucho de menos, pequeña. ¿Te acuerdas de cómo hablábamos después de cada carrera? Ahora hablo conmigo mismo y no es muy divertido. A veces, hablo con tu hermana, pero eso empeora las cosas. No le gusta hablar de ti, así que ¿qué sentido tiene? Todavía no sé qué sucedió entre nosotros. ¿Estás segura de que no puede funcionar?».».

¿*Qué sentido tiene?* Molly debería haber cerrado el ordenador antes de sufrir más daños, pero una curiosidad morbosa la impulsó a seguir. Encontró un mensaje enviado cinco semanas atrás. «¿Has pensado en lo que te dije, pequeña? Sé que tu familia es un problema. Por eso, sería mejor si nos fuéramos a vivir a otro lugar. Tus padres acabarán aceptándolo. Solo necesitan tiempo». Y otro enviado dos semanas antes. «Me estás matando, Robin. He tenido una idea. No tengo por qué esperar a ascender por el escalafón aquí. Puedo hacerlo en cualquier otro sitio. Así que, ¿dónde te gustaría más vivir? Dilo y nos iremos».

Molly se sentía estúpida. Su madre tenía razón; Nick la estaba utilizando. Pero ¿por qué le importaba? Los amigos iban y venían. Pero lo había creído. Había creído en él. Se había sentido mejor consigo misma, pensando que alguien como Nick valoraba su amistad.

No le dijo a nadie lo que había leído; no dijo ni una palabra. Tampoco pudo comer cuando Chris trajo *pizza* de la tienda, a poca distancia del hospital. Dejó la habitación silenciosamente cuando llegó el neurólogo para hacer el EEG. Y cuando Kathryn salió deshecha en llanto, Molly lloró por Robin.

Las lágrimas de Kathryn no duraron mucho. Volvía a estar furiosa: Contra el neurólogo por los resultados de la prueba, contra Charlie por haberla presionado para que la hiciera, contra Molly por causar problemas en Snow Hill y contra Chris por no hacer nada. Se lo hizo saber a cada uno de ellos cuando volvieron a la habitación. Tras hacerlo, quedó exhausta.

Charlie le cogió la mano.

—Vamos a casa, cariño.

Pero Kathryn sentía un temor repentino, casi infantil.

—No puedo dejarla sola.

—Ya me quedo yo —se ofreció Molly.

—No lo entiendes. Soy su madre.

—Yo soy su hermana. También la quiero. Estará bien, mamá. Me aseguraré de que no le pase nada.

Lo dijo en un tono convincente. Kathryn estaba lo bastante cansada para ceder.

Molly esperó hasta quedarse sola con Robin. Entonces inclinó la cabeza, hasta tocar el brazo de su hermana y lloró. Intentó imaginarse una vida sin Robin y no lo consiguió. Robin podía ser una descuidada y una egocéntrica que la eclipsaba en todos los aspectos. Pero nunca iba a ningún sitio sin traerle algo al volver, algo que era justo lo que le gustaba a Molly.

*No es el regalo*, solía decir su abuela. *Es la intención*. Por vez primera, Molly lo entendía.

Al rato, sus lágrimas se secaron y se quedó sentada en silencio. Recordaba la fuerza que Robin siempre había mostrado y procuró absorber los pedacitos que quizá todavía existieran.

Luego suspiró, derrotada.

—Ay, Robin —dijo, con tristeza—. Tenías razón. ¿Cómo no vi la verdad respecto a Nick? —Su incesante curiosidad por Robin debería haberla alertado.

No había visto la verdad porque no había querido verla. Dicho esto, no era estúpida. Supo quién llamaba en el instante en que sonó el móvil supo que había una fuerza superior en juego, porque mientras que, de costumbre, dentro de esa habitación, el teléfono solo mostraba dos barritas de cobertura, ahora tenía tres y supo que era la ocasión de recuperar algo de su propio respeto.

—Hola —dijo, con un tono bastante cordial.

—Hola. ¿Has recibido mi mensaje?

—Sí, claro. Fue muy amable por tu parte.

—¿Dónde estás? Tienes una voz nasal. ¿Estás resfriada?

—No. —Eran las muchas lágrimas que había vertido, pero él no tenía por qué saberlo—. Probablemente es la recepción.

—¿Estás en el hospital?

—Sí, con Robin.

—¿Puedo ir?

—No es buena idea.

—¿Por qué no? Estás triste.

Molly tenía ganas de chillar. Pero a Robin le encantaría. Hablando en beneficio de su hermana, tanto como en el suyo propio, dijo claramente:

—Es todo aquel asunto de Andrea Welker. Mis padres no confían en ti.

—Ya te lo dije. No informaré de nada más, sin que tú me lo digas. Es una promesa.

—Mira, Nick —prosiguió Molly, pesarosa—, no se trata tan solo del periódico. Creen que me estás utilizando para estar cerca de Robin.

—Es absurdo. Robin y yo rompimos. Ya no había nada entre nosotros, Molly. Tú y yo éramos amigos, antes y después. Déjame que vaya y se lo explicaré a tu madre.

A Molly no le habría costado nada ponerse a llorar de nuevo, si él no le estuviera haciendo el juego tan bien. Nunca había sido una persona taimada, pero tampoco nunca se había sentido tan herida.

—De verdad, Nick. No es una buena idea en este momento. En realidad, creo que hay una ligera mejora. Si vinieras y Robin lo notara, se alteraría.

—¿Mejora? Dijiste que era muerte cerebral. ¿A qué te refieres con mejora?

—Puede que haya algo de movimiento —respondió Molly. ¿Taimada? Malvada, pero no le importaba—. Es difícil de saber qué es voluntario y qué no lo es. He empezado a leerle mensajes en voz alta; ya sabes notas de amigos, *e-mails* que le han enviado. Algunos son buenos de verdad, como este que acabo de leer. —Se sabía las palabras de memoria—. «¿Dónde están esas agallas? Los milagros no suceden porque sí; tenemos que hacer que sucedan. Cuento con que te recuperes. No es solo tu vida, también es la mía». En serio —dijo Molly con tono ácido—, ¿qué mujer no se sentiría conmovida por una carta de amor como esta?

En el silencio que se produjo, hizo una mueca mirando a Robin. A Nick le estaba bien empleado. Esperó, preguntándose cómo saldría de esta.

Finalmente, quitándole importancia con una carcajada, Nick dijo:

—Vale, Molí. Me has pillado. Pero has sacado una conclusión equivocada. ¿No crees que lo escribí deliberadamente para darle a Robin un motivo para la esperanza? Mira, ella estaba enamorada de mí. Si algo así la despierta, ¿acaso no vale la pena mentir?

—La cuestión es quién miente. Veamos, Robin dice que no te quería. Lo dijo desde el principio. No dejaba de decirme que me estabas utilizando, pero yo no la creía. La habría creído si me hubiera enseñado este mensaje. Me estaba protegiendo, Nick. No quería que leyera lo que tú le escribiste hace tres semanas diciendo que hablar conmigo empeoraba las cosas, porque yo no

quería hablar de ella. Entonces no estaba mal, Nick. No había ninguna necesidad de despertarla. Así que, ¿por qué dijiste esas cosas? ¿Y la pequeña nota de amor que le enviaste hace siete semanas, donde le decías que te trasladarías a cualquier sitio donde ella quisiera vivir? No, Nick. Si alguien miente, creo que ya sabemos quién es.

Molly estaba a punto de decir algo grosero, pero se lo pensó mejor. Había dejado claro lo que pensaba, con dignidad.

—Una última cosa —añadió—. He dicho todo esto delante de Robin. Parece satisfecha. —Sin más, puso fin a la llamada.

Kathryn apenas durmió, pero cuando Charlie le aconsejó que tomara un somnífero, se negó. Huir del dolor le parecía una deserción.

Consiguió aguantar hasta las tres de la mañana antes de volver al hospital. Molly estaba dormida, pero no en el sofá cama. Se había subido a la cama junto a su hermana y estaba echada con la espalda apoyada contra la baranda y la cabeza al lado del hombro de Robin.

Kathryn se sentó en silencio en el sillón. Molly necesitaba consuelo y Robin se lo podía dar. Kathryn no podía. No tenía fuerzas.

Cuando entró una enfermera para comprobar cómo estaba Robin, Molly se despertó. Miró alrededor, confusa, fijando una mirada borrosa en la enfermera y luego en Kathryn. Rápidamente, se puso en pie.

—No tenía intención de quedarme dormida —dijo a Kathryn, pero fue la enfermera quien contestó.

—No te levantes —dijo—. Tu hermana está bien.

«Tu hermana está bien». Las palabras resonaron a través del estupor de Kathryn, hasta que Molly las interrumpió.

—Deberías haberte quedado en casa, mamá. Necesitas dormir. —Estaba sentada con las piernas cruzadas junto a la rodilla de Robin. La enfermera se había ido.

—Necesito estar aquí —trató de explicar Kathryn—. Sé que dicen que dentro de su cabeza no pasa nada —levantó la mano— y lo acepto, Molly. Pero sigo siendo su madre. Eso es algo que nunca, nunca, se acabará. Robin es mi hija. Mientras su corazón continúe latiendo...

Molly avanzó lentamente hasta el pie de la cama y se deslizó al suelo. Se dejó caer junto al sillón de Kathryn y se recostó contra la pierna de su madre. Kathryn le apoyó la mano en la cabeza, pero no encontró ningún consuelo en

el gesto. Se perdía en el dolor. Igual que la pregunta de Molly. ¿Qué pasa ahora? ¿O era Kathryn quien lo preguntaba?

Sabía la respuesta a corto plazo. Por la mañana, habría una reunión con el equipo encargado de Robin.

La respuesta a largo plazo era más angustiosa.

## Capítulo 11

La reunión tuvo lugar en la sala de reuniones. El especialista de cuidados intensivos y el neurólogo estaban allí, junto con dos de las enfermeras de Robin y una psicóloga. El neurólogo ocupaba la cabecera de la mesa. A su izquierda estaban sus colegas y a su derecha cuatro Snow.

No era que Kathryn sintiera hostilidad hacia ellos. Los médicos eran personas bondadosas, que llevaban a cabo un trabajo difícil lo mejor que podían. Hablaban con voz amable y su mirada era comprensiva. Pero sabía que no le gustaría lo que iban a decirle, y eso los convertía en enemigos. El aturdimiento era un escudo. Refugiándose detrás de él, solo captó partes sueltas de la conversación. El neurólogo extendió las tiras del EEG y resumió lo que veía. El especialista de cuidados intensivos añadió los resultados de sus propias pruebas empíricas. Las enfermeras hablaron de sus repetidos esfuerzos por conseguir una reacción de Robin. La psicóloga escuchaba.

Lo que sí oyó Kathryn, sin asomo de duda, fue la conclusión final. No había ninguna esperanza de que Robin se recuperara. Con el cerebro carente de actividad, nunca volvería a reaccionar ni a despertar. El respirador podía hacer que el aire entrara y saliera de sus pulmones, lo cual haría que el corazón siguiera bombeando y la sangre circulando, pero sin él, el cuerpo se paralizaría definitivamente.

No existía ningún tratamiento para la muerte cerebral.

Conforme a las normas del hospital, transferirían a Robin a una habitación normal. Si la familia lo deseaba, podían llevarla a unas instalaciones de cuidados de larga duración. Si no, el hospital continuaría proporcionándole atención médica. Este aspecto fue reiterado repetidas veces por cada miembro del equipo. Robin podía ser mantenida con vida indefinidamente.

El especialista en cuidados intensivos describió lo que se haría para impedir la deshidratación y la desnutrición. Habló de la inserción quirúrgica de un tubo de alimentación e insistió en que, dado que Robin no sentiría ningún dolor, el control de este era innecesario. Se remitió a la psicóloga para

tratar las cuestiones emocionales derivadas de unos cuidados de larga duración, pero fue el especialista de cuidados intensivos quien planteó la posibilidad de poner fin al mantenimiento artificial de la vida de Robin.

Kathryn volvió a conectar en ese momento, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Todo lo dicho anteriormente no había sido más que un precalentamiento. Aquello era lo importante del ejercicio.

Esperó solo hasta que el equipo del hospital salió de la estancia antes de mirar a Charlie, a Molly y a Chris.

—La respuesta es no —les dijo a todos—. No vamos a poner fin al soporte vital. No estoy dispuesta a dejar que se vaya. —Cuando ninguno de ellos dijo nada, miró a Charlie—. Dan a entender que Robin es solo un cuerpo, pero sigue siendo mi niña. Esto está pasando demasiado deprisa. No puedo pensar.

—Necesitas tiempo —dijo Charlie.

Chris salió de la sala de reuniones. Mientras los demás volvían con Robin, él cogió un café en la sala de espera, pero apenas bebió y lo tiró. Erin estaba en casa con Chloe. En esos momentos, quería estar con su esposa y su hija.

Estaba esperando el ascensor cuando la psicóloga se unió a él. Tenía una cara redonda y una abundante mata de pelo rizado.

—¿Cómo está su madre?

*Obstinada*, fue lo primero que pensó, pero siguió el ejemplo de Charlie.

—Necesita tiempo.

—Es comprensible. Todo lo relativo al final de la vida es difícil. ¿Y usted? ¿Qué opina?

Chris fijó la mirada en la puerta del ascensor.

—Las pruebas son claras. El tiempo no las cambiará.

—No cambiará las pruebas, pero puede cambiar los sentimientos de su madre. ¿Tiene hijos?

—Una hija.

—¿Puede pensar en ella y tratar de imaginar lo que siente su madre?

—En realidad no. Soy un hombre. Es diferente.

Llegó el ascensor. Entraron y bajaron en silencio, pero cuando Chris estaba a punto de despedirse con un gesto, ella dijo:

—¿Puedo invitarlo a una taza de café? Hay un rincón tranquilo en el patio donde podemos hablar.



Chris ya había probado con el café. No le había servido de nada. Pero no había probado a hablar. La mujer parecía comprender a Kathryn. Se preguntó si lo comprendería a él también. Le vendría bien tener un aliado en aquellos momentos.

Unos instantes después, cruzaban el patio. El sol calentaba, pero unos tilos bien situados proporcionaban sombra. Detrás de los árboles estaban los riscos y al pie de estos, el río; al otro lado del río, otro estado. A Chris le encantaba una buena vista; antes de nacer Chloe, Erin y él habían subido, muchas veces, los picos de la zona, pero ese día estaba totalmente ajeno a lo que le rodeaba.

La psicóloga eligió una mesa separada de las demás.

—¿Estaba muy unido a su hermana? —preguntó en cuanto se sentaron.

Chris asintió.

—Somos una familia muy unida.

—Pero Robin y usted... ¿estaban muy unidos?

—Cuando éramos niños, sí. Más tarde, cada uno tenía sus propios intereses. Pero no puedes ser un Snow sin verte envuelto en la vida de Robin. Sus carreras lo son todo.

—No parece resentido.

—¿Por qué tendría que estarlo? Es apasionante.

—¿Alguna vez le envidia la atención que recibe?

—No. Soy del equipo de apoyo. —Y estaba contento de serlo. El personal de apoyo sufre menos presión. Le gustaba ir a trabajar, volver a casa, ver a Erin y a la pequeña, ver el partido de los Sox. No tenía que tomar decisiones, como sus padres ni trabajar los fines de semana, como Molly.

—El equipo de apoyo es importante —reconoció la psicóloga.

—Soy el hombre de los números en Snow Hill.

—¿Por eso acepta los resultados de las pruebas?

Chris se encogió de hombros, asintiendo.

—No es como si solo le hubieran hecho una prueba. ¿Usted no confía en ellos?

—Sí. Pero como he dicho antes, las pruebas no muestran el panorama completo. No tienen en cuenta las emociones.

—Si creemos en las pruebas —repuso Chris—, Robin no tiene emociones.

—Sus padres sí.

Pero ahí, él difería de sus padres.

—¿Cómo pueden dejarla vivir así? Eso no es vida.

—Puede que sea lo único que su madre puede soportar ahora.

Levantó la taza, pero la volvió a dejar, sin beber.

—No es la única afectada. Es como cuando Robin corría. Todos estamos involucrados.

—Esto es diferente. Es un proceso.

Él lo pensó.

—¿Cuándo termina?

—Cuando su madre acepte que Robin se ha ido.

—¿Así que todos nos quedamos ahí, esperando... semanas... meses... años? —Se había informado. Terri Schiavo fue mantenida con vida quince años. No podía ni imaginar que sus padres hicieran eso a Robin.

—Como he dicho, es un proceso.

Chris se recostó en el asiento.

—Yo soy partidario de la donación de órganos, pero mamá no querrá ni oír hablar de ello.

—Es un concepto difícil de comprender cuando el corazón de un ser querido sigue latiendo.

—Entonces, ¿por qué lo mencionaron en la reunión?

—Porque es una opción. Y para algunas personas que tratan de decidir qué hacer, es una ayuda. Con frecuencia, las familias donantes sienten que algo bueno sale de lo malo. Entiendo que ninguno de ustedes sabe lo que Robin pensaba sobre esto.

Chris se encogió de hombros.

—Yo no. Pero, demonios, solo soy un hombre.

—Un momento —dijo la psicóloga, sonriendo—. Ha dicho lo mismo antes. ¿Es una excusa?

—¿Para qué?

—¿Para no involucrarse? Los hombres tienen emociones. ¿No quiere a su esposa?

—Sí. —El teléfono empezó a sonar dentro del bolsillo.

—¿Y a su hija?

Asintiendo, sacó el móvil, miró la pantalla y sintió una molesta inquietud. Sabía que aquello iba a suceder y no estaba de humor.

—Llamada de trabajo —dijo a la psicóloga, quitándole importancia, y estaba a punto de volver a meterse el teléfono en el bolsillo cuando ella se levantó.

—Conteste —dijo, buscando algo en el bolso—. Así es como mejor puede ayudar a su familia en estos momentos. Aquí tiene mi tarjeta. Llámeme cuando quiera. —Se marchó antes de que pudiera decirle que su familia no necesitaba terapia.

Irritado, abrió el teléfono.

—¿Por qué llamas a este número?

—Porque no estás en el trabajo —dijo Liz Tocci—, y en estos momentos no soy bienvenida en Snow Hill. ¿Sabes que tu hermana me ha despedido?

—Liz, ahora es un mal momento.

—Esto no cambia el hecho de que me han despedido. Esto significa que no tengo trabajo.

Dando la espalda al hospital, Chris se puso de cara a los riscos, pero la vista no le ofrecía ninguna vía de escape. Bajó la cabeza.

—¿Sabes lo que está pasando aquí?

—Sí. Robin está en soporte vital y es un mal momento. Pero no he sido yo quien ha buscado esto. Tu hermana se puso hecha un basilisco por una cosa sin importancia. Contaba con estar un año más en Snow Hill. No tengo suficiente clientela para establecerme por mi cuenta, y encontrar un nuevo empleo es difícil cuando te han despedido del anterior. Cuantas más personas se enteren de esto, peor será para mi carrera.

—Diles que dimitiste.

—No dimití. Me despidieron. Y esto no era parte del trato cuando acepté venir.

—¿Qué trato? —preguntó Chris, irritado—. Yo te presenté a mi madre. Cualquier acuerdo que tuvieras, lo hiciste con ella.

—Oh, vamos. Los dos sabemos que vine por ti.

Él se quedó en silencio un momento.

—No lo sabía, Liz.

—Perdona. ¿Y qué hay de aquellos almuerzos? ¿Y de nuestras conversaciones telefónicas?

—Siempre estaban relacionadas con el trabajo.

—No seas memo, Chris.

Quizá lo fuera, pero no era estúpido.

—Lo único que ha ocurrido es producto de tu imaginación. Estoy casado.

—Con una cosita joven y tierna que hará que acabes más aburrido que una ostra. Puedo tener paciencia. Pero este asunto con Molly es otra cosa. Habla con tus padres. Quiero que me readmitan.

—Liz —dijo él, con énfasis—, mis padres están con mi hermana, que se está muriendo. No hablaré con ellos de esto.

—¿Quieres que se enteren de lo nuestro?

—¿Qué «nuestro»? No hay ningún nuestro. Salimos cuando yo estaba en la universidad. Y de eso hace ocho años.

—Tengo fotos —amenazó ella.

—Pues vaya novedad.

—No. Estas fotos son nuevas. Hay una de la última fiesta de Navidad y otra en la caseta de Snow Hill en el congreso de diseño de Concord. Parecemos muy amigos. Combínalo con una foto de hace ocho años y es posible que tu mujer se disguste. Y tu madre también. Nunca le has hablado de nuestra relación, ¿verdad?

No. No lo había hecho. Era un hombre... y no era una excusa. Los hombres no llaman a su madre cada vez que se acuestan con una mujer, en especial cuando la madre en cuestión tiene una moralidad muy estricta y la mujer en cuestión te lleva diez años. Kathryn nunca habría comprendido la atracción. Francamente, en esos momentos, Chris tampoco la comprendía.

—¿Tratas de chantajearme?

—No llegaré a eso. Sé que harás lo que tienes que hacer.

Molly permaneció con sus padres en la habitación de Robin, pero apenas hablaron. Las enfermeras entraban y salían. El especialista en terapia respiratoria pasó un momento. Charlie rellenó los papeles relativos a la atención continuada de Robin. Kathryn estaba sentada en silencio, apretando la mano de Robin. Y Robin yacía allí, una parodia pálida y bella de la vida.

De haber podido escoger, Molly habría preferido estar en el invernadero o con su abuela. Ambos sitios prometían consuelo, pero ¿no era muy egoísta por su parte? No había ningún consuelo para Kathryn y, ciertamente, tampoco para Robin.

Cuando Charlie propuso que fueran a almorzar, aceptó con mucho gusto. Era algo que hacer y estaba desesperada por hablar. Se sentaron a una mesa en la cafetería, Charlie con una ensalada de pollo asado y Molly con una hamburguesa con queso.

Se quedó mirando la hamburguesa durante un instante y luego se echó hacia atrás y dijo:

—Robin estaría ahí sentada, con una ensalada como la tuya, diciéndome cuántos gramos de grasa tiene esta hamburguesa. Siempre me han encantado las hamburguesas con queso. ¿Puedo comérmela ahora?

—¿Tienes hambre? —preguntó su padre, con una lógica impecable.

Había creído que sí, pero algo en la hamburguesa le molestaba. Quizá fuera el tamaño, aunque las había más grandes. No era el olor, que era realmente bueno ni el puro atractivo de la comida de consuelo. Se dio cuenta

de que el problema era la culpa. Robin no podría tomar nada de eso. Incluso si le insertaban un tubo directamente en el estómago, no podría disfrutar de la comida.

Pero Molly tenía hambre. Se alejó de la mesa y volvió con un tenedor y un cuchillo. Quitó la parte superior del panecillo y cortó la hamburguesa. Así estaba mejor.

—Si te preocupa engordar —dijo Charlie, mientras se tomaba la ensalada—, no lo hagas. ¿Se te ha ocurrido pensar que Robin estaba celosa?

—¿De mí? —preguntó Molly.

—Siempre has podido comer todo lo que querías sin engordar. Es la clase de cosas que hace que otras mujeres te odien.

—Robin nunca aumentaba de peso.

—Porque corría. Y porque, cuando no estaba atiborrándose de carbohidratos para una carrera, solo comía ensaladas. —Miró la hamburguesa—. El colesterol es otra historia, pero todavía no tienes que preocuparte de eso.

—Robin pensaba que ella tampoco.

—Su problema no era el colesterol. Era ser una atleta de élite. Eso se cobra un precio incluso en el corazón más sano.

—¿Quieres decir que puede que tengas un problema de corazón, pero que, dado que no eres un atleta de élite, nunca ha sido un problema?

—A mi corazón no le pasa nada.

—¿Por qué comes ensaladas? —Nunca le había parecido raro. Ahora se preguntaba si había una razón.

—Me gustan las ensaladas.

—¿Eso es todo? —Cuando él la miró extrañado, prosiguió—: Robin dijo al médico que su padre tenía el corazón dilatado. Encontré una carta. Estaba allí, escrito, en blanco y negro. ¿Por qué lo diría, si no era verdad?

Charlie frunció el ceño. Hizo un leve gesto negativo con la cabeza, levantó su refresco y estudió la pajita durante un minuto, antes de beber.

—Eso es —dijo Molly, con tristeza—. Sencillamente, no lo sabemos. Ella no está aquí para aclararnos por qué dijo lo que dijo. Además, no puede decirnos qué quiere. —Picoteó la hamburguesa unos momentos y luego dejó el tenedor—. ¿Qué se supone que tenemos que hacer, papá? ¿Cómo toma una familia una decisión así? ¿Cómo empiezan siquiera a hacerle frente? Mamá tiene razón. Si escuchamos a los médicos, lo que hay, allí arriba, en la habitación, no es más que un cuerpo, un caparazón sin nada dentro.

—Nada inteligente —corrigió Charlie. También había dejado de comer.

—¿Tú lo crees?

—Confío en los médicos cuando dicen que su cerebro ya no funciona.

—¿Crees que no hay absolutamente ninguna posibilidad de que se recupere?

En una ocasión había hablado de milagros. Ahora dijo en voz baja:

—Creo que están en lo cierto respecto a eso.

—Entonces lo que hay arriba es solo un cuerpo.

—Todavía hay un corazón que late —señaló.

—¿Latiría si desconectarán los aparatos? —Vio la respuesta en el rostro de su padre y casi comprendió por qué Kathryn se mostraba tan obstinada. No se estaba aferrando a una esperanza, sino al último vestigio de vida de su hija.

—¿Y su alma? —preguntó Molly.

—Está en el cielo.

—¿Ya? —Él asintió—. ¿No sigue rondando por aquí? ¿Cómo podemos percibirlo, papá? ¿Cómo podemos saber qué hacer, si Robin no nos da ningún indicio?

Charlie le cogió la mano.

—Robin está en un buen lugar. A partir de ahora, tenemos que hacer lo que sea mejor para nosotros.

—Sabemos lo que quiere mamá —dijo Molly, recordando la mano de Kathryn sosteniendo la de Robin—. ¿Tú qué quieres?

—Lo que quiera mamá.

Podía haber previsto esa respuesta, pero no era lo que quería oír.

—¿Estás de acuerdo con ella?

—Eso no importa. Quiero lo que ella quiera.

—Chris quiere desconectarlo todo.

—¿Qué quieres tú?

—Lo que quiera Robin.

Él sonrió con tristeza.

—Ojalá lo supiéramos.

Ese era el problema. Molly se quedó pensativa.

—¿Robin querría permanecer así meses y meses? Le encanta ser el centro de atención, pero aquí no hay ningún triunfo, y ella detesta perder. ¿Te acuerdas de Virginia Beach? Era la mejor corredora femenina en la competición, hasta que, una semana antes de la carrera, los organizadores convencieron a tres candidatas mejores que ella para que participaran. Robin se retiró antes que perder.

—Fue una decisión política —explicó Charlie—. En aquellos momentos necesitaba un triunfo.

Molly lo comprendía.

—Pero analiza lo que hizo entonces y aplícalo ahora.

—No se puede comparar. Ahora se trata de vida y muerte. No hay nada político en esto.

—Tal vez no, pero Robin tiene orgullo. Estamos hablando de la mujer que paga doscientos dólares para que Luciano le corte el pelo antes de todas las carreras importantes.

—Lo hace para tener suerte.

—Lo hace para estar guapa —insistió Molly—. Yo también lo haría si tuviera un pelo como el suyo y un cráneo con una forma perfecta.

—¿Qué hay de malo en tu cráneo?

—No lo sé, porque no puedo verlo con todo este montón de pelo, pero no estoy hablando de eso. A Robin le importa su aspecto. ¿Querría que el mundo la viera como está ahora?

—Solo la vemos nosotros, cariño —dijo él en voz baja—. Entiendo que quieres que la desconecten de los aparatos.

—Quiero lo que ella quiere.

Charlie miró por encima de ella y, de repente, Nick estaba allí. Molly no solo no lo había visto acercarse, sino que además estaba estupefacta de que se atreviera a presentarse después de su conversación de la noche antes. En menos de un segundo se puso furiosa.

Él parecía nervioso. Aquello le proporcionó a Molly una cierta satisfacción. En realidad estaba terriblemente pálido. Cuando él le lanzó una mirada incómoda, se hizo fuerte para no ceder. Pero Nick se dirigió a Charlie.

—Señor Snow, lo lamento. Quiero que sepa cuánto siento lo de Robin. Nadie esperaba que sucediera algo así. Espero que mi artículo no haya empeorado las cosas. Me aseguraré de que no haya ningún otro. Sé que la privacidad es importante en estos momentos, pero si hay algo que yo pueda hacer, lo que sea, para ayudar, me gustaría hacerlo.

Molly se preguntaba qué quería.

—Gracias por ofrecerte —dijo Charlie, educadamente... ¿y por qué no? No sabía la clase de víbora que era Nick.

—Me gustaría verla... solo para hablar —prosiguió Nick—. ¿Sería posible?

—No —soltó Molly, antes de que Charlie pudiera responder. Más tranquila, negó con la cabeza—. No es posible.

—No tiene que ver con el periódico. Es personal.

Molly sonrió.

—No es posible.

Nick apeló de nuevo a Charlie.

—Había una conexión especial entre ella y yo. No puedo explicarlo. —Charlie parecía confuso.

—Mis padres están pasando por un infierno —dijo Molly—. Esto no les ayuda en nada.

Nick la miró, suplicante, antes de marcharse.

—¿De qué iba todo esto? —preguntó Charlie.

Era una pregunta tan cargada de intención que Molly se habría echado a reír si no hubiera sido tan trágico. Sin sonreír, dijo con convicción:

—No sé si Robin querría pasar años conectada a un sistema de soporte vital, pero lo que sí sé es que no querría que ese hombre estuviera aquí. —Se levantó, cogió la bandeja y se dirigió hacia el contenedor de basuras.

Chris no llegó a ir a casa. Después de dar vueltas en el coche durante una hora, acabó de nuevo en el hospital y fue a buscar a Molly. La encontró en la sala de espera y la llevó a un rincón tranquilo.

—Tenemos un problema —dijo, en voz baja—. Liz amenaza con crearnos dificultades. ¿Qué pasó? ¿El despido es firme?

Molly parecía furiosa, lo cual no era buena señal.

—Sí —contestó—. ¿De verdad te ha llamado para quejarse?

—Está sin trabajo, así que está preocupada —explicó, tratando de que sonara natural—. ¿Hay alguna posibilidad de que volvamos a admitirla?

—Absolutamente ninguna.

—¿Mamá está de acuerdo?

—Lo estará —advirtió Molly—. Si Liz es readmitida, yo me marchó. Mamá no querrá eso.

Chris se sentía acorralado. Su hermana lo ponía entre la espada y la pared.

—Has convertido esto en algo personal. No es manera de llevar una empresa.

—Es una empresa familiar. Podemos llevarla de cualquier manera que queramos. ¿Con qué nos amenaza?

Él apartó la mirada, con un gesto de hastío.

—Oh, una estupidez, pero es una bocazas.

—Por eso la despedí.



—Me gustaría que me lo hubieras consultado. Ella y yo nos conocemos desde hace mucho, así que me siento responsable. Fui yo quien se la presentó a mamá.

—Y a mamá le gustó. A las dos nos gustó. Eso ha debido de subírsele a la cabeza, porque se ha vuelto insoportable. Una *prima donna*. Una gran estrella. Nadie derrama ni una lágrima porque se haya ido.

—Tal vez tendríamos que ofrecerle una indemnización —propuso Chris.

—Tal vez tendríamos que amenazar con demandarla —replicó Molly—. Lo que hizo está a un paso del fraude.

—Eso es exagerar.

—Se aprovechó de una tragedia familiar, Chris. No hay nada peor.

—De acuerdo —admitió él—. Eligió un mal momento.

—Sigue igual. Te llama para quejarse del dinero, cuando la vida de tu hermana está a punto de acabarse.

—Eso es decisión de mamá, no mía.

—Pero tú eres de la familia, así que estás involucrado. ¿Cómo puede esperar que te ocupes de sus nimiedades en estos momentos?

—Ella no lo ve como una nimiedad —argumentó Chris. Y sí, estaba involucrado. La psicóloga tenía razón en eso. Al pensar en Robin, sintió un estremecimiento. Era una de las razones por las que quería solucionar aquello. Tratando de llegar a un compromiso, propuso—: ¿Y si dejamos que siga trabajando en Snow Hill hasta que encuentre otra cosa?

—Hazlo —volvió a advertirle Molly—, y dedicará el tiempo a copiar su Rolodex, robarnos a los proveedores y hablar mal de nosotros a cualquier cliente que quiera escucharla. ¿Me equivoco?

Lamentablemente, no. Liz no era una persona fácil, cuando creía que te habías vuelto contra ella. Era una de las razones por las que Chris había roto su relación. Y nunca se había arrepentido.

El problema era qué debía hacer ahora.

## Capítulo 12

Cinco minutos después de que hubiera empezado la clase del jueves, David supo que Alexis Ackerman estaba molesta por algo. Se negaba a mirarlo. Cuando intentó hacerla participar en el debate, se encogió de hombros y volvió a mirar el libro. A otro alumno lo habría pinchado «¿Has leído lo que puse como deberes? ¿Querías hacernos partícipes de lo que piensas?» pero Alexis era demasiado vulnerable. No podía presionarla, en especial sintiéndose tan culpable como se sentía.

Sonó el timbre, pero ella no se movió. Cuando el aula se vació, David fue hasta su mesa.

—¿Estás bien?

—¿Qué le dijo a mi padre? —preguntó furiosa.

—¿Culpable? No tenía sentido negarlo.

—Le dije que estaba preocupado por ti.

—¿Me llamó anoréxica?

—No. Pero sí le dije que te habías desmayado en clase.

Ella empezó a decir, quejumbrosa:

—No me desmayé. Tenía las piernas raras. Ojalá no hubiera hablado con él, señor Harris. Se enfadó conmigo.

¿Por mostrar debilidad? A David le habría gustado preguntárselo. ¿Por tener un problema? ¡Dios, cómo la entendía! Había crecido en una familia donde el rendimiento importaba. Se le rompió el corazón por ella.

—Lo lamento —dijo—. Pero la verdad es que me preocupas.

—Estoy absolutamente bien —insistió ella, recogiendo sus libros—. Como mucho. Más que suficiente. Y no estoy más delgada que las demás. Usted no sabe cómo es la danza.

—Supongo que no —dijo, apartándose.

Esta vez, Alexis consiguió levantarse de la silla y recorrer todo el pasillo hasta la puerta antes de derrumbarse. Cuando él llegó hasta ella, Alexis estaba

abriendo los ojos. Levantó la cabeza cuando él se arrodilló junto a ella, pero enseguida volvió a dejarla caer al suelo.

—Me siento rara —susurró.

David apartó los libros. Haciendo un gesto con una mano, para impedir que se moviera, cogió el teléfono de pared, con la otra. Apenas había acabado la llamada, cuando ella trató de levantarse de nuevo. Logró apoyarse en el codo, antes de caer de nuevo.

—Estoy bien, estoy bien —musitaba.

Asustado, David se sentó sobre los talones. Quería reconfortarla cogiéndole la mano, pero eso estaba prohibido. ¿Acoso sexual? Lo odiaba. Pero ¿y un poco de calidez humana?

Sin más opción que una voz sosegadora, dijo:

—Enseguida estará aquí la enfermera.

—No, por favor —gimió débilmente—, la enfermera no. Se lo diré a mi padre. —Cuando trató de darse media vuelta, David la sujetó por el hombro por seguridad. No podía dejar que se levantara—. No lo entiende. —Tenía los ojos muy oscuros y llenos de angustia—. Soy una buena bailarina. No pasa nada. Puede que ayer me excediera. O puede que sea la escuela. Me agota.

—No te haría ningún daño que te hicieran un reconocimiento —le aconsejó.

—Sí que lo haría. Tardarán horas. No puedo saltarme los ejercicios.

—Veamos, Alexis —dijo la enfermera, entrando rápidamente y relevando a David.

Pero cuando David se apartó, Alexis parecía casi presa del pánico.

—No se marche, señor Harris —suplicó—. Dígaselo. Estaba bien en clase, ¿verdad que sí? Luego algo me pasó. ¿Puede ser la gripe? —preguntó a la enfermera, pero la mujer le estaba tomando el pulso.

—Débil —dijo, con aire preocupado—. Vas a ir al hospital.

—Nooo.

—Tu padre está en Concord, tu madre en los juzgados. He dejado mensajes. Uno de los dos se reunirá con nosotras en el Dickenson-May. —Mirando a David, mientras llegaba el equipo de la ambulancia, murmuró muy bajito—: Un desastre anunciado.

David fue en la ambulancia. De todos modos, era su hora del almuerzo y no tenía nada programado para la tarde, salvo controlar una sala de estudio, algo que podía hacer un sustituto. No es que se muriera de ganas de tropezarse con Wayne Ackerman en el hospital, pero cuando la enfermera se disponía a subir a la ambulancia, Alexis señaló a David.

—Usted. Por favor.

Podría haberse inventado una excusa de no ser por Robin Snow. Lamentaba haberla dejado ir sola. Si hubo alguna actividad cerebral durante el trayecto, él debería haber estado allí. Sí, era una cuestión de calidez humana.

Con dos enfermeros flanqueando a la joven durante el viaje, se sentó a sus pies. Sonreía tranquilizador cuando ella miraba hacia él, aunque Alexis tuvo los ojos cerrados casi todo el tiempo. Cuando su móvil vibró, lo sacó, miró la pantalla y lo volvió a guardar. No conocía a ningún Dukette, Nicholas. Aquel hombre ya lo había llamado antes, pero no había dejado ningún mensaje.

Cuando la ambulancia paró ante el Dickenson-May, David fue el primero en bajar, pero Alexis lo buscó, con la mirada de una niña asustada, para asegurarse de que estuviera allí, así que caminó a su lado mientras la entraban en la camilla. Sustituyendo a sus padres, que todavía no habían llegado, informó al médico de lo que había pasado ese día y el anterior.

Luego se sentó en la sala de espera. Solo había otros dos pacientes; el Dickenson-May era famoso por su eficiencia. Aunque se sentía aliviado de que Alexis estuviera recibiendo ayuda, le preocupaba pensar si habría tenido una reacción exagerada. Si solo era una gripe, iba a tener problemas. Bueno, más problemas de los que ya tenía.

El médico salió del cubículo de Alexis y se acercó a él.

—¿Todavía no han llegado los padres?

—No. ¿Cómo está?

La mirada que le dedicó decía mucho más que sus palabras.

—Tenía razón en preocuparse. Tenemos que ingresarla.

—¿Qué tratamiento le darán?

—La alimentaremos por vía intravenosa mientras hacemos más pruebas. Si los padres prefieren una clínica privada...

—¿Alexis Ackerman? —dijo alguien, en voz muy alta.

La madre de Alexis llevaba un traje de ejecutiva y exudaba autoridad. David la había visto en numerosas actividades escolares, la más reciente el día de puertas abiertas, el lunes por la noche. Estuvo sentada en su aula, escuchándolo durante diez minutos. Sin embargo, en aquel momento no dio señales de reconocerlo cuando el médico le indicó que se acercara.

David retrocedió y salió afuera. Estaba recorriendo el aparcamiento con la mirada para ver si el padre de Alexis había llegado el director llevaba un BMW 335i, de color azul oscuro, con la capota bajada cuando vio a Molly Snow, que abandonaba el hospital en aquel momento.

Notó una sensación cálida en su interior. Le gustaba Molly. Incluso en momentos sombríos, tenía un cierto resplandor.

Pero en ese momento, su aire era lúgubre. *Déjala en paz*, le decía una vocecita. *Está lidiando con una crisis familiar, y tú le recuerdas lo peor*. De todos modos, empezó a correr hacia ella.

—¿Molly? —llamó, cuando estuvo lo bastante cerca.

Ella levantó la cabeza y enfocó la mirada.

—Hola, David.

—¿Cómo está Robin?

La joven se encogió de hombros.

—En la UCI no pueden hacer nada más. Acaban de trasladarla a una habitación normal. El respirador es lo único que la mantiene con vida.

Un mal día de principio a fin. Había esperado un milagro.

—Lo siento.

—Yo también. Mis padres se enfrentan a una decisión terrible. En realidad, todos nosotros. Pero será mi madre la que diga cuándo.

David se sentía responsable en parte.

—Quizá habría sido mejor si no la hubiera encontrado.

Molly carraspeó.

—Bueno, es una de las cosas que mi madre ha dicho en las últimas horas. Está muy deprimida.

—Tiene derecho.

—Pero en la UCI hay otros pacientes en mal estado. Algunos quedarán discapacitados para toda la vida. Para Robin, eso habría sido devastador. Así que quizá esto sea una bendición... aunque mi madre no quiera ni oír algo así. Se niega a aceptar que esto haya sucedido.

Se oyó un ronroneo delatador, procedente del aparcamiento, cuando Wayne Ackerman entró con su coche. Aparcó el descapotable, salió como un rayo y echó a correr hacia urgencias. Hubo un momento de reconocimiento cuando vio a David, pero no lo saludó.

Molly miró cómo pasaba.

—¿Lo conoces?

—Sí —dijo David—. Es mi jefe.

Ella soltó una exclamación ahogada.

—¿El que tiene una hija con problemas?

—Ajá. —Le contó lo que había pasado.

—Bien hecho, por decir lo que pensabas —afirmó Molly—. Si alguien nos hubiera hablado de la dolencia de Robin antes de que sucediera esto,

quizá ahora estaría bien. ¿De verdad Ackerman te dijo que te metieras en tus asuntos?

—En esencia, sí. Pero no siento lo de hoy. Basándome en lo que mi amigo médico me dijo el martes por la noche, Alexis muestra señales de malnutrición y, si es así, sus padres tendrían que avergonzarse. Claro que todavía puedo perder mi puesto. Cada vez que el doctor Ackerman me mire, verá al tipo que tenía razón respecto a su hija, cuando él no la tenía... es como si yo conociera un secreto que no quieren que nadie más sepa. Será interesante ver qué hacen él y su esposa. Me imagino que se llevarán a Alexis, a toda prisa, a una clínica privada en Massachusetts y dirán a todo el mundo que está con un gurú de la danza en San Petersburgo. —Soltó un bufido—. Le ha pasado en mi clase. Las dos veces. ¿Por qué?

—Porque confía en ti.

—Oh, no. Piensa que, al ir a contárselo a su padre, la he traicionado. —Pero había querido que fuera con ella en la ambulancia. Eso era algo.

—Hiciste lo que debías —afirmó Molly.

Y eso era algo. Pero se sentía violento. Molly estaba en medio de su propia crisis.

—Ibas a algún sitio. —Retrocedió un paso—. No debería entretenerme más.

Ella sonrió con tristeza; David pensó que lo hacía con frecuencia y supuso que acostumbraba a sonreír, solo que ahora estaba muy triste.

—Voy a casa —dijo Molly—. Tengo que embalarlo todo. Me mudo el martes. —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. Nos mudamos el martes. Tengo un sitio alquilado con mi hermana. Tenemos que marcharnos antes de que lleguen los albañiles. Vamos a instalarnos en casa de mis padres hasta que encontremos otra cosa. —De nuevo apareció aquella sonrisa triste—. Es irónico, claro. Volver a casa. Para Robin, de forma definitiva. —Se le quebró la voz. Se llevó la mano a la boca y bajó la mirada.

Él le puso la mano en el hombro.

—Lo siento.

Ella asintió, sorbiendo por la nariz.

David no tenía pañuelos de papel, pero tenía unos brazos fuertes.

—¿Quieres que te ayude con las cajas?

Molly se frotó la nariz con la mano. Él estaba pensando que tampoco ella llevaba pañuelos de papel, lo cual hacía que fuera una mujer inusual, cuando lo miró con una súbita violencia.

—Llevó años haciendo la parte que le toca a Robin y puedo hacerlo ahora. Si te sientes culpable por ella, no quiero tu ayuda. Ya estoy harta de hombres que se relacionan conmigo empujados por sus sentimientos hacia ella.

—Uf. —David levantó las manos—. Yo no tengo sentimientos hacia ella. No la conozco.

Con la misma rapidez con que había brotado, su violencia desapareció.

—No. No los tienes.

—Ayudarte a empaquetar me resultará terapéutico. Compensará las veces que, últimamente, me he sentido inútil.

—¿No tienes que trabajar?

—Hoy ya no. ¿Dónde vives?

Molly hizo una pausa.

—¿Estás seguro?

—Del todo.

Debía de tener aspecto de hablar en serio, porque ella dijo:

—Sigúeme. —Y se dirigió hacia el coche.

Molly sintió que se le levantaba el ánimo, como siempre le sucedía al llegar a la casa; pero como solo le quedaban cuatro noches, el placer resultaba agri dulce. Era una de las razones por las que había aceptado la oferta de David. Su presencia sería una distracción que quizá le impidiera pensar demasiado en ese lugar que amaba. Además, estaba la cuestión de la disciplina. Si David estaba allí para ayudarla, no podría posponerlo.

—La verdad es que es una casa muy bonita —dijo, defendiéndola mientras abría la puerta y lo dejaba entrar—. Sé que no parece gran cosa con todas estas cajas por el medio, pero antes era preciosa. He intentado encontrar otro sitio igual, pero no hay nada que se le acerque. —Dejó las llaves y el correo, y abrió varias ventanas—. Mi abuela siempre dice que las cosas suceden por alguna razón. Puede que no haya encontrado otro sitio porque lo que le ha pasado a Robin estaba destinado a suceder y sus cosas tendrían que volver a casa de todos modos. —Ladeó la cabeza y escuchó—. Tengo una gata. No la oigo.

—¿Cómo se llama?

—Todavía no tiene nombre. Acabo de traerla. —Le lanzó una mirada culpable—. El lunes. Me estaba tomando mi tiempo instalándola, mientras Robin se iba apagando en urgencias.

—¿Habría cambiado las cosas si hubieras llegado al hospital antes?

—No. Pero...

—Quizá tengas que dejar de pensar en eso —dijo compasivo—. Igual que yo tengo que dejar de darle vueltas al hecho de que si hubiera corrido más rápido, habría llegado allí antes y la habría salvado.

—La salvaste —afirmó Molly.

—¿Para qué?

Bueno, había una razón. Debía haberla.

—Te lo explicaré —dijo y se dirigió hacia la cocina—. Esta gata puede ser una de esas cosas del destino de Nana. A Robin no le entusiasmaban los gatos. El problema es que lo mismo le pasa a mi madre, pero esta tendrá que ir a casa conmigo... a menos que tú la quieras —añadió, esperanzada. David era una persona amable. Lo había percibido desde el primer momento—. ¿Tienes algún animal de compañía?

Él negó con la cabeza.

—Mi piso tiene una cláusula que prohíbe los animales. Sin embargo, he crecido con perros.

—¿Dónde? —preguntó Molly, abriendo la nevera.

—En Washington.

Guardaba buenos recuerdos de Washington.

—A Robin le encantaba el maratón del Marine Corps. Lo pasábamos genial esos fines de semana. ¿Quieres beber algo? Tengo agua sin gas, agua con fruta, agua energética o un refresco. —No le ofreció la caja de chocolate con leche ScoobyDoo. Demasiado embarazoso.

—Un refresco, gracias —dijo él.

Molly sacó dos Diet Coke.

—Pero hablo del Distrito de Columbia. ¿Eres de la capital o del estado?

—De la capital. El resto de mi familia sigue allí. Yo soy la oveja negra.

—Ya somos dos. En tu caso, ¿por qué? ¿Porque ellos están en el mundo editorial y tú das clases?

—Es más que eso. Ellos son gente de la prensa. Yo no.

—Mejor —afirmó, pensando en Nick, y luego se dio cuenta de lo que acababa de decir—. Oh, Dios. Lo siento. No quería dar a entender que hay algo malo en tu familia.

David tiró de la anilla de la Coca-Cola.

—Lo hay. Están motivados de una manera que yo no lo estoy. Estar en lo más alto es importante para ellos. No lo es para mí. Pero ¿tú por qué eres la oveja negra? Estás en la empresa de la familia.



—Riego plantas. Corto las hojas secas. Remuevo la tierra. No soy buena en relaciones públicas, como mi padre; ni sé llevar los libros, como mi hermano; y Robin es la imagen de la empresa, igual que mi madre. —Sintió de nuevo aquel peso en el corazón—. Era. Robin era. Y sabes, también en esto soy la oveja negra. Mi madre quiere mantener los aparatos en marcha, mi hermano quiere que los desconecten, mi padre quiere lo que quiera mi madre. Y yo, yo solo quiero lo que quiera Robin. —Pero ¿cómo saberlo? Era un callejón sin salida. Como necesitaba animarse, dijo—: ¿Quieres ver mi sitio favorito? —Lo llevó hacia la escalera, en un extremo de la sala de estar.

—También sería mi favorito —dijo David cuando llegaron a la buhardilla—. ¿Qué clase de planta es esa?

—*Aphelandra squarrosa*, conocida afectuosamente como planta cebrá. Es nativa de Brasil. Se estaba muriendo en el despacho de mi padre, así que la he traído aquí. No le gusta el sol directo y necesita sombra cuando ha acabado de florecer. Sin embargo, si, después del período de descanso, recibe un par de meses de luz intensa, volverá a florecer. Entretanto, podemos disfrutar de sus bellas hojas veteadas.

David se inclinó para mirar el recipiente que la contenía.

—La maceta también es muy bonita.

—Es de Río —explicó Molly, contenta de que él la hubiera visto—. Me la trajo Robin cuando corrió el maratón allí. Siempre me traía regalos. Esta es de Valencia —dijo, señalando la maceta donde había una *schefflera*, y luego otra que contenía una palmera— y esta de Helsinki. —La inundó la nostalgia—. A veces digo que Robin era egocéntrica, pero nunca volvía sin un regalo. Tengo un recogedor de pelo de Luxor y suéteres de Nueva Zelanda y Cornwall. Siempre sabía lo que yo quería. Entonces, ¿por qué yo no sé qué quiere ella ahora?

David se enderezó.

—Porque saber qué regalos apreciará alguien es más fácil que saber cómo alguien querrá morir.

Dicho simplemente, pero cierto. Molly ni siquiera se encogió al oír la palabra «morir». Podía decírla. Había llegado hasta ahí. Robin se estaba muriendo.

Dicho esto, no era una roca. No quería meter las cosas de Robin en las cajas. Eso tenía la palabra «fin» escrita por todas partes.

Sin embargo, solo le quedaban cuatro noches, así que había que hacerlo. Y con David allí, para amortiguar sus emociones, la habitación de Robin era el sitio por donde empezar.

Lo llevó escalera abajo, hasta el primer dormitorio. Allí, en medio de la cama de Robin estaba la gata. Se había incorporado, con los ojos muy abiertos y las orejas alerta.

—Es muy pequeña —observó David.

—Y no es un cachorro, pero la han maltratado. Pobrecilla. No le he sido de mucha ayuda. —Se acercó despacio. La gata no salió corriendo, de modo que se atrevió a avanzar un poco más. Alargó la mano y se inclinó—. Ven aquí, cosita guapa —susurró—. Sé que has comido. —Cuando intentó salvar la distancia que quedaba, la gata saltó de la cama y salió disparada por la puerta.

David dio media vuelta para mirarla.

—Tiene un colorido asombroso. ¿Los cortes que tiene dejarán cicatrices?

—El pelo las cubrirá por completo. Pero ¿y las cicatrices internas? El tiempo lo dirá. En este momento, está entre dos vidas. No sabe realmente quién es. —Igual que su abuela, pensó Molly, y sintió la necesidad de volver a verla. Pese a lo que había dicho Kathryn, Marjorie hacía lo que podía y dejaba de lado lo demás. A pesar de la enfermedad de Alzheimer, era un rasgo envidiable.

Dejándose caer en la cama, pasó la mano por el edredón.

—La gente quería de verdad a Robin. Esto se lo hizo la madre de una amiga corredora. Vive en una isla frente a la costa de Maine. Su trabajo es exquisito.

David admiró el edredón y luego miró alrededor, con aire curioso, pero apropiado. No se lanzaba a tocar las cosas de Robin. No babeaba mirando la corona de laurel que Robin había ganado en Boston. No estaba obsesionado por la cama.

Molly intentó verlo todo a través de sus ojos. Si no hubiera conocido a Robin antes, ahora la conocería. La habitación tenía un único punto de interés.

Eso aumentó la aprensión que Molly sentía.

—Si mi hermana está en algún sitio, es aquí. Desmontar esta habitación me hace sentir como si la estuviera empujando a la tumba.

—¿Puedes posponer la mudanza?

Con un tirón irritado, se quitó la cinta del pelo y, luego, se lo volvió a recoger.

—He llamado al propietario dos veces. Es amable, pero no cede ni un ápice. —De repente, se le ocurrió algo. Fue corriendo a la cocina y buscó en el listín telefónico de la ciudad. Marcó el número, mientras volvía a la habitación de Robin.

El teléfono sonó una vez, en el otro extremo, antes de que la agente inmobiliaria lo cogiera.

—Dorie, dígame.

—Soy Molly Snow.

Se oyó una pequeña exclamación.

—Oh, Dios mío, Molly. Me alegro mucho de que me hayas llamado. Parece que nadie consigue hablar con tu madre. Entiendo que la situación está mal.

—Sí —reconoció Molly—, y en mitad de todo esto, tengo que preparar las cosas para la mudanza. Le he suplicado a Terrance Field que me dé unos días más, pero insiste en que tengo que irme el lunes, para que su contratista pueda empezar el martes. Sé que eres su agente inmobiliario y se me ha ocurrido... quiero decir, tal vez podrías explicarle...

—No cuelgues, cariño. Lo llamaré por la otra línea.

Enseguida, Molly oyó un clic.

—Es la agente inmobiliaria de mi casero —explicó a David. Sosteniendo el teléfono contra la oreja, alargó la mano para coger el edredón, con la intención de doblarlo, junto con el resto de la ropa de cama y usar el colchón como etapa intermedia para todo lo que había en el armario. Entonces vio que había montoncitos de pelo ámbar en más de un sitio—. Parece que a mi gatita le gusta esto. —Limpió el edredón. Luego se detuvo. David ya había visto la habitación de Robin. Si había ido para eso, quizá recordara convenientemente algo que había olvidado hacer.

Eso era lo que Nick había hecho. En las escasas ocasiones en que había ido a la casa, había deambulado de habitación en habitación, comentando lo mucho que le gustaba. Y entonces lo habitual era que sonara su teléfono. Era el mejor reportero del periódico y estaba muy solicitado.

Con la lucidez que daba verlo en retrospectiva, Molly comprendió la verdad. Había visto lo que necesitaba ver es decir, que Robin no estaba allí y ya estaba listo para marcharse.

Aceptándolo ahora, no se sintió furiosa ni dolida. En realidad, sintió alivio al pensar igual que su madre y su hermana.

Con el corazón más ligero, llevó a David a las cajas que había en el recibidor. Fue entonces cuando sonó una voz en el teléfono que llevaba pegado a la oreja.

—Molly. Ese hombre es imposible. Le he dicho que unos días no cambiarían nada. Me he ofrecido para llamar a Mike DeLay —su contratista

— pero dice que no. Dice que tendrías que haber hecho la mudanza hace dos semanas. ¿Quieres que llame a Mike de todos modos?

Pero Molly estaba resignada.

—No, gracias, Dorie. La verdad es que no será más fácil dentro de un mes.

Y allí estaba David, arremangado hasta los codos, montando cajas sin que ella tuviera que pedirselo. Si Nana tenía razón, la razón de eso era que Molly tenía que mudarse.

Volvieron a la habitación de Robin y empezaron por la periferia, empaquetando los libros de la mesita de noche, las notas del tablero de corcho, los gorros de correr de los colgadores. Embalaron dos estantes llenos de recuerdos antes de que Molly abriera la puerta del armario, en cuyo momento David tragó aire con fuerza.

—Te he oído —dijo Molly, en voz baja.

—¿Por dónde empezamos?

Ella se había hecho la misma pregunta más de una vez, pero ahora, de repente, se sentía motivada.

—Trae más cajas. Este es el cofre del tesoro de Robin. Me limitaré a embalarlo todo. Mamá puede revisarlo una vez que esté en su casa.

Lo de «limitarse» a embalarlo todo no era nada fácil. Los recuerdos estaban allí, embutidos, junto con todo lo demás. Mientras David desenredaba los cascos, los MP3 y los iPod, Molly doblaba la ropa, pero cada camiseta le recordaba una anécdota, así que habló de ellas y contó más historias sobre las placas y trofeos que desenterraron una vez empaquetada la ropa. Cuando Molly advirtió a David sobre los ratones, él registró el fondo del armario para ver si había cagarrutas, pero no había ninguna. Más tranquila entonces, Molly sacó montones de CD de los rincones del fondo. Hablaron sobre los gustos musicales de Robin; incluso pusieron un CD suyo de U2, mientras trabajaban. Cuando David dijo que tenía hambre, Molly se dio cuenta de que ella estaba hambrienta.

Le dio las gracias mientras tomaban cuencos de Ok Dol Bibim Bop en un cercano restaurante coreano.

—Necesitaba este descanso. Tienes un efecto calmante —le dijo. Además, era muy atractivo, con sus ojos grises y su pelo castaño. Al darse cuenta de lo que pensaba, su sonrisa se desvaneció—. ¿Qué clase de persona se lo pasa bien, cuando su hermana se está muriendo?

—Una que todavía está viva —dijo él, suavemente—. Mira, no es como si te hubieras ido por ahí de juerga. Has estado trabajando. Tienes que comer.

Por otro lado, es difícil mantener el dolor veinticuatro horas al día, siete días a la semana. Además, ¿es necesario? Has estado ahí cuando Robin te necesitaba. Incluso lo que acabamos de hacer ha sido por ella.

Molly comprendió que ahora eso era lo esencial.

—Dime qué has averiguado.

—¿Sobre Robin o sobre ti?

—Sobre Robin. —Aunque la decisión final sobre qué hacer recaía en Kathryn, sería de ayuda que Molly encontrara alguna pista. No había dejado de buscarla, todo el rato, mientras empaquetaban las cosas. Se preguntaba si estaba demasiado cerca del bosque para ver los árboles; por eso se lo planteaba a David.

Él se quedó pensativo. Con cautela, dijo:

—He averiguado que gana muchas veces. No me había dado cuenta hasta que he visto todos esos trofeos.

Allí no había ninguna pista. Molly esperó.

—He averiguado lo mucho que inspiraba a otros —prosiguió David—. Las notas en el tablero ya eran buenas, pero luego estaban todas las demás, metidas dentro de los trofeos. Solo el número ya es impresionante. Y guardaba la mayoría de los trofeos dentro del armario. ¿Qué dice esto?

—Que ya tenía demasiados a la vista.

—¿Tal vez se sentía incómoda por el exceso?

Por un momento, Molly lo encontró divertido.

—¿Robin incómoda? Ni por un segundo. Le encantaba ganar. Le encantaba saber que esos trofeos estaban allí. Decía que el armario era su cofre del tesoro por una razón: contenía lo que necesitaba para conquistar el mundo.

—Bien, esto ha sido lo último que he averiguado. Correr era su vida. No hay mucho más.

—¿Te sientes decepcionado?

—¿Debería? —preguntó, mirándola desconcertado.

Molly vaciló un segundo.

—Cuando te conocí, dijiste que habías reconocido su nombre. Dijiste que era el ídolo de todo el mundo. Alguien que la viera como un ídolo se habría ofrecido para ayudarme a embalar, solo para estar cerca de sus cosas.

—Yo no. Me ofrecí para ayudarte a ti, pero también me estoy ayudando a mí mismo. Sigo lamentando no haber podido hacer más el lunes por la noche. ¿Quieres saber qué he averiguado? No mucho más de lo que ya sabía. He

conocido a mucha gente como Robin, y sus logros son asombrosos. Pero, a veces, tienen que pagar un precio. Lamento que no tuviera otras cosas.

Viéndolo desde ese punto de vista, Molly comprendió que era verdad. Siempre había envidiado a su hermana. Pero ver la vida de Robin con los ojos de otro le ofrecía una nueva perspectiva.

—Tal vez el problema era el tiempo —reflexionó—. Correr la consumía. Tal vez, con los años, habría hecho también otras cosas.

—Lo cual hace que la tragedia sea aún peor —dijo, sacando el móvil del bolsillo. Estudió la pantalla.

Con un gesto, Molly le dijo que contestara. Ya lo había entretenido demasiado. Él tenía una vida, tenía que preparar las clases del día siguiente, quizá incluso que hacer una llamada relativa a la chica que estaba enferma.

David frunció el ceño.

—Este tipo no deja de llamarme, pero yo no conozco a ningún Dukette.

Atragantándose con el último sorbo de café, Molly alargó la mano, cogió el móvil y lo vio por sí misma. Furiosa, lo abrió.

—¿Por qué llamas a este número? —El silencio que siguió duró lo bastante para darle tiempo a decir—: No te atrevas a colgar, Nick. ¿Por qué llamas a este hombre?

—¿Molly?

—Buen oído —respondió, burlona—. ¿De dónde has sacado este número?

—Del directorio de la escuela.

—¿Por qué?

—David Harris y yo tenemos algo en común.

—No lo tenéis. Él es una persona honrada. Y tú no.

—Molly...

—Ahora voy a colgar, Nick y, cuando lo haga, le voy a decir a este hombre exactamente por qué he colgado. —Cerró el móvil de golpe. David parecía asustado—. Conozco a Nick Dukette —explicó ella—. Es uno de los principales redactores del periódico local y anda a la busca de un reportaje; siempre anda a la busca de reportajes... excepto cuando se dedica a intrigar para estar con mi hermana. Salieron un tiempo y cuando ella rompió con él, utilizó mi amistad para seguir cerca de ella. Yo creía que me valoraba como amiga. Robin lo veía tal como era. Así que si hoy has averiguado algo, es que mi hermana es más lista que yo.

Le tendió el teléfono.

Él lo dejó en la mesa.

—¿Por qué me llama a mí?

Molly no lo sabía, pero las posibilidades le ponían los pelos de punta.

—Debe querer información sobre Robin. Me vio hablando contigo la otra noche y me preguntó quién eras. Le di tu nombre, pero no tu apellido y le dije que habías ido a visitar a un conocido. Si sabe que eres el Buen Samaritano, se lo habrá dicho la policía.

—La policía no lo sabe. Tú eres la única que lo sabe.

—Entonces, no lo sabe. Me dijo que tu cara le resultaba conocida y la verdad es que es muy, pero que muy bueno con las caras. ¿Estás seguro de que no lo conoces?

David pareció circunspecto.

—¿Es un periodista al cien por cien?

—¿Al cien por cien?

—Ambicioso.

—Sin ninguna duda —confirmó Molly, tratando de actuar de una manera profesional—. New Hampshire es un peldaño. Dice que tiene que ver con las conexiones. Se marchará de aquí, en cuanto tenga las influencias necesarias.

—¿Iría a Washington? —preguntó David, con aire apagado.

—Sin pensarlo ni un momento. Lo sabe todo de la prensa de allí.

—Entonces sabe quién es mi familia. Mi padre es el editor al que hay que conocer. Si ves una foto suya, me ves a mí dentro de treinta años. Nuestras facciones son idénticas.

Molly se recostó en la silla.

—Entonces eso es lo que vio. Lo siento. Si no me hubiera visto hablando contigo, estarías a salvo.

—Eh, que no lo lamento. Además, lo más probable es que no me vuelva a llamar.

—No conoces a Nick. Ten cuidado. Es alguien que utiliza a los demás.

David soltó un bufido.

—Me crie entre gente así. —Le tendió la cuenta firmada al camarero—. ¿Seguimos embalandos cosas?

Pero Molly empezaba a preocuparse por su madre. Al volver al hospital, se encontró a Kathryn a solas con Robin. Objetos decorativos y dos sillones cómodos hacían que la nueva habitación tuviera un aspecto más parecido a un dormitorio de verdad. Aunque el ventilador hacía el mismo sonido sibilante, había una sensación menor de urgencia. Eso asustó a Molly.

—¿Dónde está papá?

—En casa.

—¿Ha venido Chris?

Kathryn asintió.

—¿Puedo traerte algo, mamá?

Su madre negó con la cabeza.

—Si quieres irte a casa a dormir, me quedaré aquí. —Kathryn no reaccionó, así que Molly añadió—: Nick y yo ya no somos amigos.

Eso le ganó una breve mirada.

—Tenías razón. Me estaba utilizando.

—¿Estás bien?

—Sí. En realidad, aliviada. Estoy cansada de luchar contra ti.

Kathryn se limitó a volver a Robin.

—He embalado muchas cosas. —Le habló del cofre del tesoro. No mencionó a David; no quería disgustar a su madre, aunque Kathryn parecía estar también medio comatosa. Dada la sombra que se cernía sobre todo lo que ella misma hacía, Molly solo podía empezar a imaginar lo profundo que debía de ser el dolor de Kathryn.

Tenía que haber algo que ayudara. Decidida a buscarlo, sin importar lo que fuera, Molly volvió a casa y atacó el siguiente nivel del armario de Robin. Cuando sacó otro montón de CD del suelo del armario, sin haber encontrado ninguna huella de ratones, y empezaba a tener dudas sobre la advertencia de Robin, dio con el premio gordo.



## Capítulo 13

Un CD. Pensándolo bien, era evidente. Después de tantos años llevando un diario, Robin no lo habría dejado, así de repente. Lo que hizo fue, sencillamente, cambiar de formato. En lugar de usar un cuaderno, usaría un ordenador, pero no cualquier carpeta, ya que le pedía a Molly que comprobara el correo electrónico constantemente. Si quería anotar sus pensamientos privados, los guardaría en un CD y lo escondería bajo llave.

Ese CD no estaba exactamente guardado bajo llave, pero sí en un sitio donde Robin sabía que Molly no iría a meter las narices, sobre todo si existía el riesgo de encontrar ratones. Dicho esto, la verdad era que el CD parecía insignificante, emparedado entre Norah Jones y Alicia Keys, con dibujos garabateados por toda la cubierta. Excepto que Molly conocía los garabatos de Robin y, mientras a otra persona quizá se le hubieran pasado por alto las letras ocultas en el dibujo, a ella no le sucedió lo mismo. «Mi Diario», leyó, y el corazón le dio un vuelco.

Se apresuró a volver al cuarto de estar y puso el CD en el ordenador. ¿Por dónde empezar? Cada carpeta tenía un título y se centraba en un acontecimiento de la vida de Robin. La mayoría estaban relacionadas con los maratones que había corrido, como «Boston 2005», «Austin 2007», «Tallahassee 2008», y una rápida ojeada al interior mostraba detalles del entrenamiento, eventos antes de la carrera y la propia carrera, ofrecidos con el mismo formato austero de sus primeros diarios. Había carpetas separadas para los discursos, ordenados también por lugar y fecha. Molly abrió unos pocos, pero ya los había oído. Incluso había escrito un par de ellos.

Pero allí había algo nuevo, una carpeta llamada «Discursos que nunca pronunciaré», y los archivos eran para no creérselos; títulos como: «Por qué odio a mi madre», «Las competiciones son una mierda» y «Por qué mi hermana está equivocada». Molly no estaba segura de querer leer este último. Ya sabía que estaba equivocada; lo estaba todo el tiempo. Tampoco estaba segura de querer leer «Por qué odio a mi madre». Kathryn estaba sufriendo

una agonía tal en aquellos momentos que la idea de que Robin la detestara resultaba atroz.

«¿Quién soy yo?» Molly quería leerlo, y también «¿Necesito un loquero?».

Primero, sin embargo, volvió a las carpetas, porque había una dentro de «Discursos que nunca pronunciaré», que le resultaba familiar: «Hombres». Tal vez fuera la costumbre; Molly se había iniciado en el mundo de las citas echando miradas clandestinas a los diarios de Robin. Puede que fuera simple curiosidad o tal vez leer algo ligero antes de enfrentarse al material pesado, pero abrió rápidamente la carpeta.

Dentro había tres archivos: «Nick Dukette», «Adam Hermán» y «Peter Santorum». Robin salió con Adam antes de hacerlo con Nick, pero Peter Santorum era un nombre nuevo. Hizo clic encima. Empezó a leer y no pudo parar.

*¿Qué haces el día en que tu vida cambia para siempre?  
Una llamada telefónica. Una única llamada telefónica. No  
puedo creerme que estuviera en casa cuando sonó el teléfono.  
NUNCA estoy en casa. Me entreno. Viajo. Estoy en Snow Hill.  
Voy corriendo al Café para tomar un café con leche y me  
quedo horas porque siempre hay alguien que tiene ganas de  
hablar. ¿Cómo sabía que estaría en casa ESE día y a ESA  
hora?*

*Falta un mes para Boston, y salgo para correr trece  
kilómetros. Me preocupan los tendones de la corva, así que me  
sacudo, delante de casa, para aflojarlos. Troto por el camino  
de acceso hasta la calle y vuelvo. Y hay otra cosa. Si el teléfono  
hubiera sonado cuando estaba en la calle, no lo habría oído.  
Había un camión de obras públicas tratando de reparar la  
carretera, ridículo ya que la temporada del barro todavía no ha  
terminado, pero ahí están, yendo y viniendo, resoplando y  
rascando, haciendo el ruido suficiente para ahogar cinco  
teléfonos.*

*Nana cree en los duendes. Dice que conocen nuestro  
destino en la vida y se nos sientan en el hombro, dirigiéndonos  
hacia donde se supone que tenemos que ir.*

*Así que estoy junto a la casa cuando suena el teléfono y  
pienso en si hago o no hago caso. En este momento, no quiero  
hablar con nadie. Pero tengo que encontrarme con mamá para*

*almorzar y tengo que saber dónde. Su actual sitio favorito es 121 Garrett, pero tienen unas ensaladas ASQUEROSAS, así que si me propone que vayamos allí, quiero poder decirle otro sitio.*

*Meto la cabeza por la puerta y cojo el teléfono. Si no es mamá, no voy a contestar. Entonces veo su nombre: Peter Santorum. No lo había oído nunca antes y no doy mi número a nadie más que a los amigos. Pero Sarah me preguntó si se lo podía dar a un chico. Rompí con Adam hace un mes y empiezo a sentirme sola. Peter es un nombre bonito.*

*—¿Diga?*

*Al principio no oigo nada, luego suena una voz que, definitivamente, es de alguien demasiado viejo para ser el amigo de Sarah.*

*—¿Hablo con Robin Snow?*

*—Sí, soy yo —digo, porque lo siguiente que pienso es que podría ser alguien del USATF que quiere hablar sobre el proceso de selección para el equipo de maratón de las Olimpiadas. Seguro que mi duendecillo sabía que esto iba a suceder.*

*—Me llamo Peter Santorum —dice. No le informo de que ya lo he visto. Parece tener más o menos la edad de mi padre, que siempre se sorprende cuando cojo el teléfono y digo: «Hola, papá». Eso de la identificación de la llamada entrante no le resulta natural—. ¿Te suena mi nombre? —pregunta el hombre que me llama.*

*A toda velocidad, trato de acordarme de todos los nombres del comité de la USATF, pero la lista cambia constantemente cuando nombran a nuevos miembros.*

*—Me parece que no —digo educadamente.*

*—¿Tu madre nunca lo ha mencionado?*

*Así que no es de la USATF. Empiezo a temer que sea otro de esos primos lejanos que llaman para pedirme que hable en su ciudad.*

*—Tu madre es Kathryn, ¿verdad?*

*—Exacto, pero nunca ha mencionado su nombre. —Sacudo las piernas—. ¿Es pariente suyo?*

*—¿Suyo? No.*

—¿La conoce? —pregunto, impacientándome. Quiero que se dé prisa. Estoy lista para correr.

—La conocía. Fue hace mucho tiempo. ¿Así que nunca te ha hablado de mí?

—No. ¿Quién es usted?

—Tu padre.

Dejo de dar patadas y pienso: «Oh, Dios mío, un chiflado que tiene mi número».

Estoy a punto de colgar, cuando él continúa:

—No cuelgues. Tu madre se llamaba Kathryn Webber, y trabajaba en una floristería de Boston. Yo estaba allí, jugando al tenis. —Una pausa, luego un carraspeo incómodo—. Esperaba que quizá reconocieras mi nombre, pero supongo que es una cuestión generacional. Jugué en los grandes torneos en los setenta y ochenta. Busca en Google y lo verás. Soy una persona de verdad. Competí en Longwood nueve años. Está en Chestnut Hill, a las afueras de Boston.

—Sé dónde está Longwood —digo. He corrido en Boston lo suficiente para conocer la zona.

—Búscalo en Google. Encontrarás mi nombre. Me alojaba en el Ritz (ahora tiene otro nombre), tu madre solía hacer los arreglos florales del vestíbulo, y así fue como supe cómo se llamaba. Quería enviarle flores a alguien especial, o sea que fui a la tienda de tu madre. Nos caímos bien y pasamos algún tiempo juntos. Luego me marché de la ciudad y pensé que se había acabado, pero me llamó unas semanas después para decirme que estaba embarazada.

—¿Y yo soy el resultado de aquello? —No sé por qué seguí con la conversación. Su afirmación era ridícula. Mi madre no cree en las aventuras rápidas. No cree en el sexo prematrimonial, PUNTO, aunque ya no hablamos de eso.

Debería colgar. Solo que este hombre no parece desquiciado. Y yo llevaba al duendecillo sentado en mi hombro, así que tiene que haber un propósito en todo esto.

—Tengo un padre —digo—. Mis padres se casaron nueve meses antes del día en que nací.

—Mira —responde—, no sería el primer certificado de matrimonio alterado. Ni el primer niño que nace un par de

*semanas antes de lo esperado. Oye, le he dado vueltas y más vueltas antes de llamarte. Créeme. No he sido parte de su vida. Tu madre jamás me ha llamado para pedirme nada. Tengo tres hijos propios. Son un poco más jóvenes que tú. Uno de ellos tiene una dolencia que ahora te explicaré y que es la razón de que te llame.*

*Ajá. Así que uno de ellos está afectado. Ahora es cuando me pide algo, pienso. Le pregunto:*

*—¿Cómo ha conseguido mi número?*

*—Conozco a las personas adecuadas —responde con tanta naturalidad que sé que me dice la verdad. Se apresura a seguir —: Hace un par de meses, descubrí que tenía un problema de corazón. Era algo arterial, pero mientras los médicos lo trataban, me diagnosticaron un corazón hipertrófico. Un corazón dilatado. Es algo corriente en los atletas, en especial los que están en lo más alto de su especialidad. Puede que ya no compita, pero sigo jugando mucho. Así que había razones suficientes para que padeciera esta dolencia. Pero cuando me dijeron que podía ser hereditaria, comprendí que no se trataba solo de mí. Yo era un niño de cinco años cuando murió mi padre. Tenía cuarenta y un años. Murió de un ataque al corazón.*

*—¿Causado por un corazón dilatado? —pregunto. Sigo sintiéndome escéptica, pero estoy interesada. Si quiere pedirme algo, la manera de abordarme es nueva.*

*—No lo sabemos. Pero si yo heredé la dolencia de él, hay probabilidades de que alguno de mis hijos la heredara de mí. Resulta que es el caso de mi hija pequeña. Tiene veinte años, y juega al voleibol en primera división. Es un deporte muy exigente. Está en el campo seis horas al día. No tiene por qué dejar de hacerlo ya que es asintomática, pero sabe que debe estar alerta ante ciertos síntomas.*

*Continúo esperando. Sigo creyendo que va a pedirme algo especial, algo para ayudar a su hija.*

*En cambio, dice:*

*—Cuando comprendí que ella lo tenía, supe que debía ponerme en contacto contigo. Ni siquiera sabía tu nombre, pero investigando un poco, lo encontré. Fue toda una sorpresa. Eres*

*una corredora de primera. Pero eso significa que corres un riesgo.*

*No es así, me digo, porque su afirmación es absurda.*

*—Bien, pues gracias por el aviso —digo, amablemente, y estoy a punto de colgar cuando su voz sigue, con firmeza.*

*—Si yo estuviera en tu lugar, tampoco me creería. Alguien desconocido te llama, cuando menos te lo esperas, y te dice que es tu padre biológico. Pero, mira, te voy a dar mi teléfono. ¿Lo apuntas?*

*—Claro —contesto y empiezo a hacer ejercicios de piernas de nuevo, mientras él habla. Lo dice dos veces.*

*—¿Lo tienes?*

*—Sí.*

*Suspira.*

*—Vale. Seguramente no lo has anotado, pero habrá quedado grabado en tu teléfono. Compruébalo en un listín y encontrarás mi nombre. Santorum, Peter. También puedes ir a la policía y pedir que comprueben quién soy. Si sigues sin creerme, ve a ver a tu médico. Y si te dice que estás perfectamente y que no tienes nada de que preocuparte, olvida esta llamada. Pero vigila. Si sientes mareos o te quedas sin aliento, busca ayuda. Por favor.*

*—Lo haré —dijo y, esta vez, pongo fin a la llamada. Espero que vuelva a llamar. Es lo que haría un lunático. En cualquier caso, voy a tener que cambiar el número de teléfono.*

*No vuelve a llamar. Espero diez minutos, que es lo máximo que quiero esperar por un chiflado. Luego corro mis trece kilómetros, pero no dejo de preguntarme, todo el tiempo, si de verdad piensa que lo creeré. Charlie Snow es uno de los hombres más íntegros que he conocido. Si no es mi padre, entonces es que algo va muy mal en el mundo.*

*Correr me aclara las ideas. Al volver a casa, miro el teléfono y veo que no ha vuelto a llamar. Empiezo a imaginar que, dondequiera que esté, se estará encogiendo de hombros y diciendo: «Bueno, se lo advertí. No puedo hacer más».*

*Me siento defraudada.*

*Tenía razón. Su número está en mi teléfono. Me siento tentada a llamarlo, pero si es un engaño, estaría siguiéndole el*

juego.

Entro en Google y tecleo Peter Santorum. Increíble. Si el que me ha llamado es un impostor, ha elegido a un tipo muy visible para imitarlo. Peter Santorum vive en California, lo cual es coherente con su código postal y, sí, meto su número en mi BlackBerry. Imagino que necesito tenerlo registrado, por si decido llamar a la policía. Por lo que yo sé, Peter Santorum es un demente.

Miro su foto y no veo ningún parecido. Pero tampoco me parezco a papá. Mamá siempre dice que me parezco a su tía Rose. Solo para estar segura, saco mi caja de fotos. Allí está, la tía Rose. Tenemos, la misma frente ancha, la misma barbilla afilada. El parecido es notable.

Me digo que no puede estar en lo cierto, de ninguna manera. Estas fotos son la prueba. Retratos de familia, vacaciones, momentos importantes... hay toda una vida en esta caja. Mi madre no me habría dejado creer en todo esto si no fuera verdad. Tengo treinta años, por Dios. Soy lo bastante mayor para que me lo hubiera dicho.

Pero él no parecía mentir. Así que busco a su hija en la red. Tiene veinte años. Juega a voleibol para Penn State, que es una escuela de la primera división. Así que esta parte es verdad. Y hay algo que él no me ha dicho, impreso aquí en la biografía de su hija. Su tía la hermana de él es Debra Howe. Reconozco el nombre antes incluso de comprobarlo: Debra Howe fue una de las primeras mujeres que corrieron en Boston.

Hay algo en Peter Santorum que parece legítimo. No se regodeaba cuando llamó. Sonaba un poco nervioso, pero ¿no sería lógico si era la primera vez que hablaba con su hija biológica? Ni siquiera parecía entusiasmado por llamar, solo interesado por hacer lo debido. No me pidió nada. Solo me advirtió.

Me cuesta absorber todo esto. Si no eres quien creías ser, ¿quién eres?

Hay una manera fácil de averiguarlo. Puedo preguntárselo a papá. Puedo preguntárselo a mamá. Pero ¿me dirían la verdad después de tanto tiempo? ¿Lo sabrá papá?

*Entonces caigo en la cuenta de que hay un medio más fácil de enterarme. Llamo a mi doctora. Me recibe al día siguiente y me hace una radiografía, pero los resultados no son concluyentes. Me envía a un cardiólogo, que hace un ecocardiograma. ¿Y sabes qué?*

*Me quedo horrorizada, pero solo en parte, al descubrir algo que podría matarme. Me horroriza descubrir que alguien a quien no conozco pueda haber sido quien me dio la vida. Pienso en el duendecillo de Nana y me pregunto si será una coincidencia que este hombre y yo tengamos, los dos, la misma dolencia.*

*La mía no es grave. No me recomiendan que me medique, pero me dicen cuáles son todos los síntomas posibles. Qué bien. Me advierten en contra de exigirme demasiado, pero no me dicen que no puedo correr el maratón. Eso es bueno. Es mi cuerpo, mi vida, y quiero correr.*

*No le he dicho nada a mamá sobre el corazón. Todavía no puedo.*

*Y no puedo preguntarle sobre Peter. Tengo miedo de que mienta. Y si lo hace, ya no podré creerme nada de lo que me diga.*

*Ya ha pasado una semana y él no ha vuelto a llamar.*

*Hay veces en que me pregunto cómo será su vida y si nos entenderíamos, si nos conociéramos. Hay veces en que pienso en llamarlo. También podría presentarme sencillamente a su puerta. Tiene un grupo de escuelas de tenis de élite. Sé dónde encontrarlo.*

*Luego me siento desleal con papá con Charlie por pensarlo siquiera.*

*Pero ¿y si no le dijera a nadie que voy? ¿Y si fuera mi propio secreto? Quiero decir, si ese hombre es mi padre biológico, quiero conocerlo. ¿Y si pudiera crear toda otra vida, como un universo paralelo?*

*En este momento, es un sueño. Demasiado arriesgado. Además, quizá estoy siendo rencorosa. Trato de adaptarme a la idea de un corazón enfermo, y empiezo a ponerme furiosa. Me parece que no le diré nada a mamá sobre mi corazón. Si ella*



*puede ocultarme el nombre de mi padre, yo también puedo ocultarle cosas. Es mi cuerpo, mi corazón y mi vida.*

Molly no estaba furiosa cuando acabó de leer el diario. Sencillamente, era incapaz de creer que fuera verdad. La idea de que Robin tuviera un padre diferente era absurda. Era una Snow. Siempre había sido una Snow. Además, era muy improbable que Kathryn hubiera mantenido un secreto tan monumental durante tanto tiempo.

El problema era que Robin sí que parecía creerlo.

Necesitaba encontrar pruebas de que su hermana se equivocaba, así que fue a la habitación de Robin y sacó la caja de fotos de entre el montón de cosas que quedaban en el armario. Se sentó en la cama, la abrió y empezó a mirar las fotos. Robin tenía razón. Allí estaba la documentación de toda una vida y, sí, también estaban las instantáneas de la tía Rose con su cara en forma de corazón, con un gran parecido a Robin. Aquello le habría venido muy bien a Kathryn.

Con todo, Molly seguía sin estar furiosa; se sentía amenazada. Alguien estaba diciendo que todos aquellos valores que le habían transmitido sus padres se basaban en un supuesto falso. Robin tenía razón. *Si no eres quien creías ser, ¿quién eres?* Molly se había hecho la misma pregunta más de una vez en los últimos días.

La vida que había conocido se estaba haciendo pedazos.

Aferrándose a lo conocido, durmió con la caja; realmente se la llevó a la cama, con ella, tocando con la mano el cuero nudoso. Lo primero que pensó cuando se despertó fue que tenía que enseñar las fotos a su abuela, pero era demasiado pronto para ir a la residencia. Sin embargo, no había manera de volver a dormirse.

Se duchó y esta vez se puso una camisa encima de unos leotardos. Se cepilló el pelo y se lo recogió detrás con el pasador que Robin le había traído de Egipto. Luego se encaminó a Snow Hill.

El coche de Chris estaba en el aparcamiento. Preocupada, fue a su despacho. Estaba derrumbado en su sillón de piel, con la cabeza apoyada en el reposacabezas y los ojos cansados.

—¿Has estado aquí toda la noche? —le preguntó.

Él levantó un hombro.

—Sí.

—Te preguntaría qué pasa, pero es una pregunta estúpida. Chris, ¿el nombre de Peter Santorum te suena de algo?

Él la miró perplejo.

—¿Debería?

—No. No. Solo me lo preguntaba. —Se marchó, antes de que él pudiera preguntarle por qué. Cuatro días antes, quizá lo habría soltado todo, pero ahora le parecía más prudente esperar.

El invernadero la ayudó a hacerlo. Allí no había ninguna sensación de pérdida, sino más bien de la renovación que llegaba cada día con el amanecer.

La residencia de ancianos era otra cosa. Por bonita que fuera, había tristeza en ella. Los mismos coches en el aparcamiento. Cuando un coche dejaba de aparecer, significaba que alguien había muerto.

Su abuela estaba acabando de desayunar en el pequeño comedor del tercer piso. Inclinandose por encima de su hombro, la abrazó.

Marjorie levantó la vista, sorprendida.

—Hola.

—Soy yo, Nana. Molly. Parece que ya has acabado de desayunar. ¿Podemos dar un paseo? —Ayudó a su abuela a levantarse y, cogiéndola del frágil brazo, la llevó hacia fuera.

Thomas las miraba fijamente desde otra mesa, pero Marjorie pareció no darse cuenta. El día era joven; todavía no lo había conocido.

Molly hablaba suavemente, mientras recorrían el pasillo.

—Estás muy guapa hoy, Nana. ¿Es el suéter que mamá te regaló por tu cumpleaños? —Era azul pálido, de un punto fino. Marjorie no contestó, así que le preguntó—: ¿Has dormido bien? —Luego, cuando llegaron al solárium, comentó—: ¡Qué día tan bonito! —Las ventanas basculantes estaban abiertas. El aire olía a otoño.

Molly acomodó a Marjorie en un sillón de mimbre con cojines de colores brillantes y acercó otro. Luego se inclinó y cogió las manos a su abuela.

—Escucha, Nana —empezó—, esto es muy muy importante. Voy a decir un nombre. Quiero que me digas si te suena a conocido. —Observó los ojos de Marjorie—. Peter Santorum. —No hubo ni la más mínima señal de reconocimiento—. Peter. Santorum. ¿No te suena el nombre?

Marjorie se volvió, alarmada.

—¿Ha sonado el timbre? No... no lo he oído.

—No, Nana. No ha sonado ningún timbre. —Volvió a intentarlo—. ¿Has oído hablar, alguna vez, de un hombre llamado Peter Santorum?

Marjorie ladeó la cabeza, pero sus ojos eran inexpresivos.

Unos segundos después, su mirada fue a la camisa de Molly.

—Bonito color.

—Es lila, tu favorito. Pero esto es importante, Nana. Tu hija es Kathryn. ¿Salía con Peter Santorum? Él jugaba al tenis.

La abuela frunció el ceño.

—Yo corría. —Se le iluminaron los ojos—. ¿He ganado?

Molly no se alarmó por la confusión de Marjorie. La había visto en su abuela muchas veces. Marjorie extraía un recuerdo del caótico armario de su mente y, al hacerlo, pensaba que tenía que ver con ella. Esos recuerdos, como las células nerviosas de su cerebro, estaban todos enredados.

El nombre de Peter no le decía nada.

Molly probó algo diferente.

—Tienes una nieta que se llama Robin. ¿Quién es el padre de Robin? — Se encendió una luz, pero solo en su cabeza—. La última vez que estuve aquí, dijiste que los petirrojos llegan temprano. ¿Tu Robin nació temprano?

Marjorie pareció preocupada.

—No me acuerdo si terminé... No puedo acordarme.

Retirándose un poco, Molly sacó la caja del bolso y cogió una foto de Robin. Había otras en la habitación de Marjorie, pero esta era nueva.

—Aquí está. ¿La recuerdas, Nana?

Marjorie estudió la foto.

—¿Terminó?

—Sí —dijo Molly, alentándola, aunque sintió un temblor interior. Se refería a una carrera imaginaria, cualquier carrera; ciertamente no a la vida misma y esa era la carrera crucial en ese momento. Sacó una segunda foto y dijo—: Esta es Kathryn. Es tu hija. —Marjorie se quedó mirando la foto. Molly las puso las dos una al lado de la otra—. Kathryn y su hija Robin. ¿Peter Santorum es el padre de Robin, Nana? Piensa. ¿Te acuerdas?

Marjorie miró de una foto a la otra.

—Es muy importante, Nana —dijo Molly, presionando un poco más—. Necesito saber si este hombre es real, y tú debías de saberlo. Eres la madre de Kathryn. Te lo habría dicho si se hubiese quedado embarazada antes de casarse. Piensa, Nana. Si alguna vez te he preguntado algo importante, es esto.

Levantándose del sillón, Molly cogió la cara de su abuela. Sus manos eran delicadas, pero estaba desesperada.

—Necesito saberlo, Nana. Piensa.

Los ojos de la anciana se llenaron de lágrimas.

—Yo... se suponía que tenía que correr esa carrera. —Empezó a llorar.

A Molly se le partió el corazón. Rodeó a Marjorie con los brazos. Sentía haberla presionado, sentía haber esperado más de lo que su abuela podía darle, lo sentía porque si algo tan escandaloso como aquello no había despertado los recuerdos de la anciana, nada lo haría.

Lo que Molly entendió entonces iba más allá de una comprensión intelectual de la enfermedad de su abuela. Sabía lo que significaba el Alzheimer había usado la palabra con mucha frecuencia, pero por vez primera entendió su significado de forma visceral. La mente de Marjorie se había deteriorado más allá de toda recuperación, llevándose una gran parte del pasado de Molly con ella. Era una pérdida pasmosa.

Se preguntó si eso era lo que su madre sentía y la razón de que no pudiera ir a verla. Thomas era una excusa. La auténtica razón era el dolor de la pérdida.

Molly no quería sentirlo, pero no podía cerrar los ojos y apartarse. Sería abandonar a alguien a quien quería. Su abuela la había consolado muchas más veces de las que podía contar. Ahora se habían cambiado las tornas, y Molly tenía que ser la que ofreciera consuelo.

Mientras seguía abrazada a su abuela, comprendió que la clave era soltar lastre. El pasado, pasado estaba. No podía recuperarlo. Aquello suponía una nueva realidad.

Por triste que fuera aceptarlo, le proporcionó calma.

Molly quería compartir lo que había percibido con su madre. Dejar de aferrarse a las cosas no era una traición, sino más bien una forma de amor puro. Pero soltarlas entrañaba aceptar la realidad y, en el caso de la vida de Robin, ¿esa realidad incluía a Peter Santorum? Era una cuestión a la que era preciso enfrentarse.

## Capítulo 14

Kathryn apoyó la cabeza junto a la mano de Robin. No tenía energía; no podía pensar, no podía bajar a almorzar, no podía hablar por teléfono. Apenas podía recordar lo activa que era su vida cuatro días atrás. Respecto a Snow Hill, sencillamente, no le importaba.

Charlie le tocó la cabeza. Se esforzó por abrir los ojos.

—Hola —susurró él.

Trató de responder con una sonrisa, pero no lo consiguió.

—¿Quieres algo? —le preguntó él.

Dijo que no con la cabeza.

—¿No puedo convencerte para que vayas un rato a casa?

Repitió el gesto negativo y cerró los ojos.

—Esto no es bueno, Kath —dijo él, con dulzura—. No deberías estar aquí todo el día. No es sano... ni emocional ni físicamente. Apenas has dormido en cuatro días.

—No puedo dormir.

—Entonces es hora de que hables con alguien. ¿Un psicólogo? ¿Un pastor? Tú eliges.

—Tal vez mañana —susurró, cansada.

—¿Cuál de los dos?

—Ya te lo diré.

—¿Mamá está bien? —preguntó la voz de Molly, desde la puerta.

—Está muy disgustada —contestó Charlie—. Se le pasará. Entra, cariño. Puede que si hablas con ella, le sirva de ayuda. Siente lástima de sí misma.

Kathryn no se dejó provocar.

—Hay motivos —murmuró, y se volvió hacia el otro lado—. Vuelve a probar.

Durante un minuto, hubo silencio. Luego, desde muy cerca detrás de ella, Molly dijo:

—Peter Santorum.

El nombre sobresaltó a Kathryn. Abrió los ojos. Levantó la cabeza y miró a su hija pequeña.

—¿Qué has dicho?

—¿Quién es? —preguntó Molly.

Kathryn miró rápidamente a Charlie, pero él parecía tan asombrado como ella. Y Molly esperaba con cara de determinación.

—¿Dónde has oído ese nombre? —preguntó Kathryn.

—Lo he leído en el ordenador de Robin.

—Y ella, ¿de dónde lo sacó?

—La llamó. Averiguó que tenía una dolencia médica que era hereditaria; un corazón dilatado. Quería advertirla.

Kathryn se sintió repentinamente confusa. Se esforzó por ordenar sus ideas.

—¿Cuándo fue?

—En primavera hizo un año.

*Hacía un año y medio. ¿Y Robin no había dicho nada?* Con una sensación punzante de derrota, Kathryn cerró los ojos. De repente, los años se evaporaron y estuvo de vuelta donde todo había empezado.

Cuando conoció a Peter Santorum, no pensaba en tener un hijo. Tenía veintidós años, acababa de graduarse y trabajaba en una floristería en el centro de Boston. Su trabajo consistía en crear arreglos florales para algunos de los mejores hoteles y restaurantes de la ciudad.

Peter era jugador de tenis y estaba en la ciudad para los campeonatos profesionales de Estados Unidos en Longwood. El bar del Ritz era su refugio fuera de horas. Impresionado por el arreglo que Kathryn había hecho para el vestíbulo, fue a la tienda en busca de un ramo para su último ligue. Kathryn y él empezaron a charlar y salieron a tomar unas copas. Una cosa llevó a la otra, y Kathryn acabó convirtiéndose en su último ligue.

Duró una única noche. Cuando descubrió que estaba embarazada, buscó su dirección de contacto en el fichero de la floristería y trató de llamarlo. Superar a sus preparadores no fue fácil; ella no era nadie. Ni siquiera sabía por qué llamaba. Tenían poco en común. A él le encantaban las multitudes; a ella, las flores. Él amaba moverse; ella, estar en casa. Quizá una pequeñísima parte de ella soñaba que él no la había olvidado, y pensaba que si estaba libre y sin compromiso, era porque no había encontrado la mujer adecuada.

En su favor hay que decir que no trató de negar su papel en la concepción de Robin. Sin embargo, tampoco estaba entusiasmado. «*Si llamas para pedir dinero* dijo, con voz tranquila, *lo pagaré. Podemos establecer algún tipo de*

*acuerdo legal, pero no puedo comprometerme. Ahora mismo, tengo otras cosas que hacer».*

No llegó muy lejos en el circuito profesional, aunque posteriormente creó una lucrativa escuela de tenis, con sucursales en varias ciudades. Sin embargo, ni por un minuto lamentó Kathryn haber rechazado su oferta de dinero. Tenía su orgullo y tenía una profesión. Además, contaba con el apoyo de sus padres.

Entonces conoció a Charlie. Al igual que Peter, un buen día entró en la floristería, pero ahí se acababa el parecido. Charlie no iba a comprar flores para una amiga, sino para su secretaria, como muestra de agradecimiento por hacer que su vida fuera menos deprimente. Eran unas primeras palabras prometedoras, dichas con una sonrisa tan compungida que empezaron a hablar, pero esta vez no acabaron en la cama. Durante los tres días siguientes, Charlie se dejó caer por la tienda con un pretexto u otro. Luego, dejó de fingir y sencillamente pasaba a ver a Kathryn. Director de *marketing* de un grupo bancario local, decía que la tienda era su oasis, en medio de las presiones del trabajo. Hablaban de su trabajo y de flores. Él era un amante de las plantas, le hacía montones de preguntas.

Pasó una semana antes de tener las agallas su expresión, confesada mucho más tarde de pedirle que salieran, y fue entonces cuando ella le dijo que estaba embarazada. Él tuvo un momento de duda otra confesión tardía al preguntarse si ella buscaba un alma gemela o un padre para su hijo, antes de decidir que, tanto en un caso como en el otro, ella valía la pena. Cuando volvió a verla y le preguntó qué clase de comida le sentaba mejor, Kathryn supo que era para siempre.

A partir de entonces, sus vidas fueron un esfuerzo en tándem. Se fugaron a la semana siguiente y, después de buscar locales como solo una florista y un hombre de *marketing* podían hacer, se trasladaron a Vermont y abrieron Snow Hill. Cuando Robin nació, con siete semanas de adelanto, nadie arqueó las cejas.

Kathryn había pensado en Peter Santorum con tan poca frecuencia a lo largo de los años que bien podría no haber existido. Había dado por sentado que siempre sería así. Tenía todo lo que quería sin él. Robin tenía todo lo que quería sin él; todo excepto, quizá, un corazón sano.

—Así que es verdad —dijo Molly, porque las emociones que aparecieron en la cara de su madre, y la culpa no era la menor, dejaban poco lugar a la duda.

Kathryn volvió a mirar a Charlie antes de asentir, pero esa breve mirada dijo a Molly algo más.

—¿Lo sabías? —le preguntó, incrédula, a su padre.

—Sí.

—¿Te engañó?

—No. Tu madre estaba embarazada cuando la conocí.

Lo cual significaba que Charlie había estado en el secreto todos aquellos años. De repente, algunas cosas cobraron sentido, como su desconcertado encogimiento de hombros la primera vez que Molly mencionó el corazón dilatado; su expresión perpleja cuando le contó lo que Robin le había dicho al médico. Nunca había mentido abiertamente. Sin embargo, tampoco le había dicho toda la verdad.

Molly se sentía completamente desorientada.

—¿Eres mi padre? —preguntó, porque ahora todo parecía posible. Charlie le lanzó una mirada de censura—. Necesito oírtelo decir.

—Soy tu padre. Y el de Chris. Tu madre estuvo con Peter Santorum una vez. Robin fue el resultado.

—Lo cual la convierte solo en mi hermanastra.

—Nada de «solo» —dijo Charlie—. Su origen biológico no puede cambiar treinta y dos años de vida.

Pero Molly estaba conmocionada.

—¿Chris lo sabe?

—No, a menos que tú se lo hayas dicho.

—Pero ¿tú no se lo habrías dicho, si esto no hubiera sucedido? ¿Y si Peter no hubiera llamado a Robin, ella nunca lo habría sabido? —Se volvió hacia su madre, preparada para discutir sobre la sinceridad y la confianza, sobre lo que era justo, pero Kathryn estaba mirando a Robin.

—Debe de haberme odiado —dijo, y parecía destrozada.

Molly se dio cuenta de que, por lo menos, hablaba. Si plantear la cuestión de Peter la había sacudido haciendo que volviera a la vida, no podía ser del todo malo.

—Habríamos aceptado lo que sucedió, si nos lo hubieras dicho cuando éramos niños.

Kathryn habló con tono de súplica.

—No podía, Molly. Cuando Robin nació eran otros tiempos, o quizá solo era yo y los valores con que me habían educado. Había un estigma. Luego pasaron los años y, cada año, habría sido más difícil decirlo. Llámame



cobarde, pero solo soy humana. Robin lo supo durante dieciocho meses y tampoco te lo contó. ¿Qué te dice eso?

Molly no había reflexionado sobre ello.

—Puede que le resultara violento. Puede que tuviera miedo de que si yo sabía que solo era mi hermanastra, no le lavaría la ropa. No lo sé, mamá. Lo que dijo fue que temía que si te lo contaba, no le dirías la verdad.

—¿No le diría la verdad? —repitió Kathryn como un eco—. ¿Había tomado una decisión? ¿Puedo ver el CD?

—Lo tengo en casa. —Era una pequeña mentira dentro del orden más amplio de las cosas. El CD estaba en su ordenador, que se hallaba en el coche. Era su conexión con su hermana y todavía quedaban otras anotaciones que leer.

—¿Puedes ir a buscarlo?

Pero Molly tenía sus propias preguntas.

—Peter Santorum dio a entender que fue un tenista de primera línea. Nunca había oído hablar de él.

Kathryn le dedicó una sonrisa cansada.

—Si estuvieras en el mundo del tenis, lo habrías oído. Estuvo en el nivel más alto por poco tiempo, no mucho antes de que tú nacieras.

—¿Fue esa la razón de que empujaras a Robin a practicar deportes?

—Tu madre no la empujó —dijo Charlie—. Robin se empujó sola.

Pero Molly había visto demasiado, mientras permanecía al margen todos aquellos años, observando todo lo que la madre le daba a la hija.

Kathryn parecía enferma.

—Yo quería que triunfara.

—¿Porque era ilegítima?

—No era ilegítima. Cuando ella nació, yo estaba casada con tu padre.

Un tecnicismo, pensó Molly, pero de repente recordó docenas de charlas sobre sexo que insistían en la abstinencia frente a la entrega al placer. ¿Para enterarse ahora de que su madre, una mujer recta donde las hubiese, había quedado embarazada estando soltera?

—¿No empleabais ningún método anticonceptivo?

—No se me ocurrió —respondió Kathryn torpemente, pero Molly no se detuvo. Pensaba en su abuela, a quien Kathryn criticaba por cogerse de las manos con un hombre. ¡Por cogerse de las manos!

—¿Haz lo que digo, no hagas lo que hago? Es horrible, mamá. ¿Lo querías?

—Fue solo una vez.

—Pero sabías quién era antes de eso. ¿Te habías enamorado de él?

—No. Pasó, sin más. Era carismático. Y yo era joven.

—Le dijo a Robin que lo llamaste cuando supiste que estabas embarazada. ¿Te pidió que abortaras?

—No, pero no lo habría hecho, aunque me lo hubiera pedido. Las madres solteras no eran algo corriente entonces y yo no tenía mucho dinero. Pero quería el bebé. Decidí que haría lo que tenía que hacer.

—Así que te casaste con papá —dijo Molly, concluyeme, furiosa por su padre, pero también furiosa con él. Allí estaba, mirando en silencio; quizá entonces y ciertamente ahora. Seguro que tenía su opinión sobre el tema.

—Me casé con tu padre porque lo quería —replicó Kathryn—. Y él quiso a Robin desde el primer momento. Nunca, ni una sola vez, os favoreció a ti o a Chris.

—Tú favorecías a Robin. Vertías toda tu energía en ella.

Kathryn dejó caer la cabeza y, por una décima de segundo, Molly lamentó la acusación. Robin era mantenida con vida por unos aparatos. En cuestión de horas, días, semanas, habría muerto. No era momento para hacer acusaciones, en particular si tenían su origen en los celos. Pero estaba demasiado herida para controlarse.

Levantando la cabeza, Kathryn suspiró.

—Puede que creyera que ella empezaba con desventaja. Que tenía que darle un poco más para compensarlo. Puede que pensara que Chris y tú erais intrínsecamente más fuertes.

—¿Más fuertes? —Molly estaba desconcertada—. ¿Bromeas? Robin siempre fue la más fuerte, siempre la mejor. Era la que más te complacía. Era la que te hacía sentir orgullosa.

—Tú haces que me sienta orgullosa.

—¡Mamá! —protestó Molly—. Robin gana. Si hubiera ido a las Olimpiadas, habría ganado el oro.

Las palabras quedaron flotando en el aire, una esperanza que ya nunca sería realidad. Robin no iría a las Olimpiadas. No el próximo año. Ni nunca. Lo trágico de aquello desgarró a Molly y, al momento siguiente, sintió que las paredes se le venían encima. Necesitaba aire y salió al pasillo. Cuando su padre se reunió con ella, estaba doblada, con las manos en las rodillas. Él le masajeó la nuca hasta que recuperó el control y se enredeó.

Desconcertada, preguntó:

—¿Cómo es que las cosas se han puesto tan mal, tan deprisa? ¿Es que nuestra vida está construida con un mazo de cartas?

—No, cariño. Solo tenemos suerte. La mayoría de las familias tienen que hacer frente a crisis más temprano y con más frecuencia.

Y durante todo aquello, él permanecía en calma. Lo estudió. Sí, estaba pálido. Pero, definitivamente, en calma.

—¿Esto no te molesta? —le preguntó.

—¿Saber que Robin no es mi hija biológica? Nunca representó ni la más mínima diferencia.

—Porque lo sabías desde el principio. —Él asintió—. ¿Alguna vez deseaste poder hablar de ello con Robin?

—No me tocaba a mí hacerlo. Era tu madre quien debía tomar la decisión.

—Pero ¿hubo alguna vez en que estuvieras en desacuerdo con ella? ¿Y si Robin hubiera ido a las Olimpiadas? ¿Habrías pensado que quizá a Peter le habría gustado verla? —Charlie se encogió de hombros, como diciendo «Tal vez»—. ¿Lo habrías llamado para decírselo?

—Eso habría tenido que hacerlo tu madre.

—No lo habría hecho. ¿Y si Robin hubiese querido?

—Podría haber hecho ella misma la llamada.

—¿Y si de verdad quería que él estuviera aquí, pero tenía miedo de disgustar a mamá? —preguntó Molly—. ¿Y ahora qué? ¿Crees que alguien debería decirle lo que ha sucedido?

—Tu madre lo llamará, si cree que debe hacerlo.

—¿Tú qué crees?

—Creo que es tu madre quien debe decidirlo.

—Pero ¿qué hay de lo que quiere Robin? —preguntó Molly, irritada. Cuando Charlie se limitó a mover la cabeza, dijo—: Acabo de volver de ver a Nana. Pensaba que ya lo tenía claro; aceptar y dejar ir. Nana no va a recordar el pasado. Lo acepto. Estoy en paz con ello. Se acabaron los «¿Y si...?». Hay que dejar de aferrarse. Con Robin, es más difícil. Quiero aceptar. Quiero dejar ir. Pero el suelo no para de moverse bajo mis pies. ¿Cuándo dejará de hacerlo?

Kathryn levantó la mirada, cuando Charlie volvió a la habitación. Con un gesto, señaló a Robin.

—Lo sabía. Todos estos meses. ¿Cómo pude no darme cuenta? ¿Es que no sintió rabia? ¿Tensión? ¿Ganas de preguntar? He estado tratando de recordar, pero te lo juro, no observé nada. ¿Estaba tan obsesionada con todo lo demás que no lo vi?

Charlie la rodeó con el brazo.

—Si no lo viste, es que ella decidió ocultarlo.

—Algo así... ¿cómo pudo ocultarlo? Debe de haber estado furiosa conmigo. Nunca imaginé que se enteraría de esa manera. —Hizo un ademán, tratando de explicar—. Es que era tan irrelevante para nuestra vida de cada día. Se lo habría dicho en algún momento, quizá si iba a casarse o a tener un hijo. Charlie, ¿cómo pudo él no llamarme a mí primero?

—Robin tenía treinta años. Era una mujer madura.

—Pero soy su madre.

—Una mujer madura.

Esta vez Kathryn lo oyó. Inclinandose hacia delante, le acarició la cara a Robin.

—Lo siento, pequeña —susurró, a través de una oleada de lágrimas que emborronaron los pálidos rasgos de Robin—. Nunca tendrías que haberte enfrentado a esto sola. Hice mal.

—Cogió el pañuelo de papel que Charlie le tendía y se secó las lágrimas. Al respirar de nuevo, volvió el agotamiento; pero no era el letargo debilitador de antes. Era un aletargamiento que clamaba por el sueño.

Pero primero preguntó:

—¿Molly está bien?

—Lo estará. Tiene una cabeza muy firme sobre los hombros. En estos momentos, es como la albacea de Robin.

—¿Y Chris? ¿Se lo decimos?

—Yo se lo diré —se ofreció él.

Kathryn se lo agradeció. No creía tener la fuerza necesaria.

—¿No te sentirás en una situación incómoda?

—¿Como el padre que no lo era? —preguntó, censurándola—. Vamos, Kath. Tú deberías saberlo. Nunca he tenido ningún problema con eso.

No. Nunca lo había tenido. Nunca.

—He sido yo —dijo ella, con resignación—. La maternidad es algo precario. Intentas hacer lo correcto, crees que lo has hecho, y luego, ¡zas! —Volvió a mirar a Robin—. No sé qué hacer en este caso, Charlie.

—Lo sabrás con el tiempo.

Kathryn suspiró.

¿Cuánto tiempo?

«Por qué odio a mi madre». Molly estaba intrigada. Ver a Kathryn y Robin juntas era ver a dos personas en total sintonía. Molly era la que pasaba del amor al odio y de nuevo al amor, no Robin. «Por qué odio a mi madre».

Con el portátil encima de una mesita del patio del hospital, Molly abrió el archivo. Estaba escrito varios meses después de que Robin conociera la existencia de Peter Santorum.

*Esto es nuevo. Si me lo hubieras preguntado hace dos meses, te habría dicho que QUERÍA a mi madre... ¿Por qué no?*

*Me ha apoyado absolutamente en todo. Siempre había pensado que era mi mejor amiga.*

*Pero las mejores amigas no se mienten sobre lo más fundamental de la vida. Bueno, quizá no mintió. Nunca le pregunté si mi padre era realmente mi padre... ¿Por qué iba a hacerlo? Pero es algo interesante que considerar. ¿Y si lo hubiera hecho? ¿Me habría dicho la verdad? No. La verdad habría sido una distracción, ella quiere que me concentre.*

*«Así es como se consiguen las cosas —dice siempre—. Centrándose. Llegar a ser buena en esa única cosa especial. No dejar que ningún pensamiento te distraiga y te aparte de la meta».*

*Es decir, que yo no pregunté y ella no mintió exactamente. Pero tampoco me ofreció la verdad y, POR FAVOR, eso de la distracción no tiene nada que ver. Una persona tiene derecho a saber quién es su padre. ¿Es que mamá pensaba que no podría soportarlo? ¿Pensaba que era tan frágil que me partiría en pedazos? ¿Pensaba que no querría tanto a papá? ¿Pensaba que no querría estar con Chris y Molly? Como si tuviera realmente algún otro sitio donde ir. Como si este padre mío me llamara y me enviara regalos y quisiera que formara parte de su vida.*

*Sí. Creo que mamá tenía miedo de todo esto. Porque no CONFÍA en mí. ¿Por qué, si no, se mete en todo lo que hago? Y yo la dejo. Me digo que es agradable dejar que otro se ocupe del espectáculo. Yo solo me dejo llevar. Quiero decir, nunca he sido tan lista como Chris, ni tan fiable como Molly. Puede que no fuera buena organizando mi vida.*

*Pero puede que sí. Nunca lo SABRÉ.*

*Sé un par de cosas. Saber lo de Peter Santorum cambia mi manera de ver las cosas. Como el deporte. Una de las razones de que la gente opine que soy tan increíble es que vengo de una familia que no es deportista... como si hubiera salido del útero con este talento increíble por pura chamba.*

*¡JA! Resulta que mi padre biológico es un atleta. Y también mi hermanastra. Y su tía corre. Todo eso hace que sea menos niña prodigio.*

Molly se detuvo. Recordó una conversación; Robin se preguntaba si Charlie podría haber sido un buen golfista, un gran golfista, había dicho exactamente si jugara más regularmente. «¿No te parece extraño —preguntó— que yo sea la única deportista de la familia?». A Molly le había parecido una conversación meramente especulativa, provocada por el viaje de Charlie y Kathryn para ver el campeonato del National Pro-Am el último enero. ¿Debería haber visto algo más en la pregunta?

*Tengo capacidad atlética gracias a Peter. Resulta que también tengo un corazón con problemas gracias a él... y hay otra cosa. Tengo TREINTA años, por Dios. ¿Es que no tengo derecho a saber qué he heredado? Mamá guardó sus secretos, pero ¿se le ocurrió alguna vez que quizá yo querría saber si tengo un historial familiar de cáncer de mama o diabetes o CARDIOMIOPATÍA HIPERTRÓFICA?*

*Saber quién soy cambia mi manera de ver las cosas. Mamá siempre dice que soy yo quien impulsa mi carrera... ¿Qué significa eso: impulsar mi carrera? Lo que impulsa la carrera son las expectativas y la presión. MAMÁ es la fuerza que hay detrás de las dos cosas.*

*¿Por qué corro? ¿Por qué me exijo? ¿Por qué quiero ganar? Lo hago porque eso significa mucho para ella. ¿Y por qué es así? Quizá quiere demostrarle A ÉL precisamente lo buena que ELLA me ha hecho llegar a ser.*

*La odio por hacerlo sin decírmelo. Me siento como un INSTRUMENTO... como si lo único que me oculta fuera lo único que la hace latir. Se lo imagina a él viendo los artículos en Sports Illustrated y en People. Las dos revistas publicaron fotos de las dos juntas y su aspecto no ha cambiado mucho. Supone que verá mi edad y sumará dos más dos. Quiere que*

*sepa que me ha criado mejor de lo que él podría haberme criado.*

*Pero ¿y yo, qué? ¿Es que no soy una persona? ¿No tengo voz ni voto en esto? En cualquier caso, ¿quién vive esta vida: mamá o yo?*

—¿Molly?

Sobresaltada, levantó la cabeza. Nick estaba allí, de pie al otro lado de la mesa, mirando por encima del portátil. Llevaba su habitual camisa de cuello abierto y pantalones, pero tenía la cara pálida y sus ojos azules estaban apagados. Su arrogancia característica había desaparecido, lo cual debería haberle producido satisfacción. Pero en ese momento suponía una intromisión.

Cerró el portátil y entrelazó las manos.

—Me odias —dijo él, al cabo de un minuto.

Ella hizo alarde de pensárselo.

—Casi.

—Lo siento.

Molly esperó.

—¿Ya está? ¿Quieres que volvamos a ser amigos? Por favor, Nick. Me engañas una vez, debería darte vergüenza; me engañas dos veces, debería darme vergüenza. —Era una de las frases favoritas de su abuela. Pensar en Marjorie la calmó.

—Siento haberte utilizado. Hice mal.

De nuevo, esperó. Si Nick tenía algo, era labia. Lo reconocía: parecía desdichado. Pero ya había jugado con ella antes.

—Quiero a Robin. Debería habértelo dicho. —Apartó la mirada. Tenía la mano apoyada en el teléfono, en la cadera, con los dedos toqueteándolo nerviosamente—. Cuando quieres algo con todas tus fuerzas, te olvidas de lo que está bien y lo que está mal. Quería que Robin me viera. Quería que se diera cuenta de que no me rendía. Quería que supiera que siempre le sería fiel.

—¿Así que fingiste que eras mi amigo para conseguir información sobre ella? —exclamó Molly—. ¿No pensaste que Robin se daría cuenta?

Él la miró, de nuevo.

—Como ya te he dicho, olvidas lo que está bien y lo que está mal.

Molly recordó lo que acababa de leer... «lo que me oculta es la razón que sustenta todo lo que hace». Allí había un paralelismo. Nick parecía más que infeliz. Parecía que estaba sufriendo. Molly se sintió mal por él... pero no lo bastante mal para ceder. Quería una revelación completa. Se lo debía a Robin.

—¿Qué quieres? —preguntó, en voz baja.

Los dedos de Nick se movieron de nuevo.

—Verla.

—No es posible.

—Quiero decirle lo que siento.

—No lo oiré.

—Yo sí.

Pero Molly protegía a Robin. Y a Kathryn.

—Escríbelo. Yo se lo leeré.

—No sería lo mismo.

—Solo la familia más íntima puede verla, Nick. Eres escritor. Otro no sería capaz de hacerlo, pero tú puedes.

Él abrió la boca, luego la cerró y miró hacia otro lado. Al cabo de un momento, dio media vuelta y se alejó, igual que había hecho en el aparcamiento, el martes por la noche. Molly supuso que haría una llamada telefónica, pero si ella creía lo que él acababa de decirle era que, simplemente, se sentía anonadado por el dolor.

De nuevo sola, sintió lástima por él, y luego se sintió tonta por sentir lástima. Se preguntó qué habría dicho Robin. Volvió a abrir el portátil y, esta vez, pulsó «Por qué mi hermana está equivocada».

*Molly es una de esas personas a las que querrías zarandear. No es capaz de ver lo que tiene delante de las narices.*

*Demonios, yo tampoco podía hasta que sucedió todo esto. Me dejé llevar por la propaganda. Creía que mamá había detectado una habilidad en mí y me dirigía hacia la grandeza.*

*ERROR. Ella supo qué era aquella habilidad en cuanto la vio. Tenía motivos para exigirme. Correr era lo único que yo podía hacer. He heredado la capacidad de correr. No era buena en nada más.*

*Y ahí es donde entra Molly. Me admira; siempre me ha admirado. Es como mi pequeña sirvienta, una extensión de mamá, ayudándome en todo. Vale, puede ser tozuda. Impulsiva. Y es incapaz de correr un kilómetro, aunque ha estado conmigo lo suficiente para tener motivación.*

*Dice que soy una estrella. Pero las estrellas brillan y desaparecen rápidamente, mientras que Molly... ella es la buena tierra. Tiene una base sólida. Se renueva a sí misma.*



*Mamá no la valora, pero ¿qué haría yo sin Molly? Ella encontró la casa y la mantiene en buen estado. Paga las facturas, porque las dos sabemos que yo nunca lo haría a tiempo. También mantiene las cosas en marcha en Snow Hill. Si alguien tiene un problema, no acuden a mí. Acuden a ella. Yo tengo un puesto con un título elegante: Directora de Eventos Comunitarios; pero es mi secretaria la que se ocupa de todo. Lo hace MUCHO mejor que yo. Por eso la contrató mamá.*

*Molly dice que ella solo es una empleada del invernadero. ¡JA! Mamá confía en ella. Mamá la respeta. Mamá no está constantemente encima de todo lo que hace. Mamá no la llama a cada momento para recordarle cosas, porque SABE que las hará.*

*¿Cómo es posible que Molly no lo VEA? Prefiere pensar que es un bicho raro que no sabe hacer mucho más que cambiar una planta de maceta. Tal vez sea un buen planteamiento. Cuando las expectativas son bajas, es fácil superarlas.*

*Envidia a Molly por ello. Organiza su propia vida. Yo no. Yo estoy metida en una enorme y asquerosa rutina. Puede que sea por lo del corazón. ¿Qué haré si me da problemas? Me han dicho que vigile si me quedo sin aliento, pero mientras corres un maratón, los únicos a los que no les cuesta respirar son los que van al FINAL DEL PELOTÓN. ¿Y si no puedo correr? Claro, puedo entrenar, pero la única razón de que me quieran es porque soy una gran corredora.*

*Humo y espejos. Papá usa esta expresión cuando habla del trabajo que hacía antes de conocer a mamá. El marketing es crear un espejismo, dice, y así es como yo me siento. Mi hermana es real. Yo soy un espejismo. Puede que mamá no utilice humo y espejos, pero ha creado la ilusión de que yo podía hacer cualquier cosa. Así que ahí tenemos otra clase de expectativa, y cuando no pueda estar a la altura, la gente verá la verdad, y la verdad es que únicamente hago bien una cosa. Corro hasta la meta, y lo hago más rápido que todas las demás participantes en la carrera. En cuanto al resto de la vida, huyo corriendo. No me entrego en Snow Hill, porque sé que la*

*fastidiaré. No salgo con hombres de los que son para siempre, porque quieren mujeres que también lo sean. No cocino, porque soy un desastre. No soy buena con los niños pequeños, porque no tienen ningún interés en correr UN kilómetro, y mucho menos cuarenta y dos.*

*Corro. Punto. ¿Y cuando lo de correr se acabe? ¿Quién seré?*

*Me pregunto si Peter añora el subidón de las competiciones. O si se sintió fracasado cuando dejó el circuito. Me pregunto si puso en marcha la escuela de tenis porque no sabía qué otra cosa hacer o si la encuentra gratificante. Me pregunto qué espera de su hija.*

*Podría llevarme a Molly a verlo, como si fuéramos dos hermanas que hacen un viaje juntas. Ella sabe guardar un secreto. Tal vez tendría que contárselo.*

Molly estaba muy abatida, algo habitual en ella últimamente. No tenía ni idea de que Robin estuviera atormentada. Había aceptado la imagen de una mujer triunfadora y que adoraba lo que hacía. Humo y espejos. Dios mío, sí.

Casi tan trágico como la idea de que Robin había sufrido en silencio era darse cuenta de que no había conocido a su hermana lo bastante para verlo.

Pero había respuestas. Una llamada telefónica se las daría, pero no desde allí. Desde casa.

## Capítulo 15

De camino a casa, Molly puso la radio a todo volumen. Cantaba a voz en grito y prestaba atención a todo lo que la rodeaba, para distraerse de lo que estaba a punto de hacer. A Kathryn no le gustaría, pero Molly pensaba en Robin. Cuando se trataba de Peter, sus deseos eran claros.

Aparcó bajo el roble, abrió la puerta y fue directamente a la cocina. La BlackBerry de Robin estaba en la encimera, junto al teléfono, justo donde la había dejado cuando se fue a correr el lunes. Estaba muerta. Normal. Pero el cargador estaba al lado. En cuestión de minutos, Molly la había cargado para averiguar el número de Peter.

Era media mañana en la costa Oeste. Intentó imaginar lo que él estaría haciendo. El teléfono sonó dos veces antes de que oyera un «*Al habla Santorum*», dicho sin aliento.

*Cuelga, Molly. Una vez hecho, no hay vuelta atrás. A mamá no le gustará nada.*

Pero a Robin sí. Molly estaba convencida. Así que acallando un último reparo, dijo:

—Soy Molly Snow. La hermana de Robin.

Hubo una breve pausa al otro lado de la línea.

—¿La hermana de Robin? ¿Qué tal? —preguntó sorprendido.

—No muy bien. —Insegura de ser bien recibida, soltó las palabras apresuradamente—. No lo habría llamado si no fuera una emergencia. Ha habido un accidente. Robin está mal.

Transcurrieron unos instantes.

—¿Qué clase de accidente?

—Un ataque masivo al corazón. Ha sido el problema del que usted le habló. El lunes estaba corriendo y se desplomó. Otro corredor consiguió que el corazón volviera a latir, pero no sabemos cuánto tiempo estuvo inconsciente. No ha recuperado el conocimiento.

—¿Qué significa que está mal?

—La han declarado clínicamente muerta.

Él gimió, claramente afectado. Tenía la voz ronca.

—¡Dios mío! Tenía miedo... lo presentía. ¿Fue a ver al médico después de que yo la llamara?

—Sí. Le dijeron que padecía esa dolencia, pero que era leve. Nadie le dijo que no pudiera correr.

—Clínicamente muerta —repitió con un tono de derrota—. Espera un momento. Estoy en una rueda de andar. Déjame que salga. Aquí no puedo pensar. —Dijo «pensar» con un ligero acento.

Molly oyó voces, el chirrido de una máquina al fondo, luego silencio.

—Mejor —dijo él—. ¿No hay absolutamente ninguna esperanza?

—Han hecho las pruebas definitivas. Las máquinas son lo único que la mantiene con vida, así que no es que haya nada que pudiera hacer si viniera, pero estoy tratando de saber qué querría ella que hiciéramos a la larga. Lo único que he averiguado es que quería reunirse con usted. —Ahora le tocaba a él decidir.

—¿Está en soporte vital?

—Sí.

—¿Por cuánto tiempo? ¿Qué hará tu familia?

—No lo sé. Solo ha pasado un día y medio desde que hicieron la última prueba. Estamos divididos.

—¿Lo bastante divididos para acabar en los tribunales? —preguntó, enérgico por primera vez—. Si me estás involucrando para inclinar la balanza hacia un lado o el otro, no cuentes conmigo. No he formado parte de la vida de Robin. Tampoco opinaré sobre su muerte.

Molly solo oyó la primera parte de lo que él decía. No se le había ocurrido que él pudiera pesar en la decisión. Por lo que ella sabía, él podía llevarlos a los tribunales. Sería una auténtica pesadilla, por no hablar de que Kathryn nunca la perdonaría.

Se estaba preguntando si no habría cometido un error enorme cuando él dijo:

—No adoptaré ninguna postura. Hablé con Robin una vez. No me volvió a llamar. Eso dejó claras las cosas.

Ahora sí que Molly lo oyó, pero siguió desconfiando. No conocía a aquel hombre; no tenía ni idea de si hablaba sinceramente o si iba a llamar a un abogado en cuanto colgara el teléfono. Quería dejarle claro que se enfrentaría a una guerra abierta, si lo hacía.

Con su mejor voz estilo Kathryn, dijo:

—Nadie quiere que adopte una postura. Nosotros decidiremos qué hacer. Mi familia está muy unida. Siempre llegamos a un acuerdo y siempre hacemos lo mejor para Robin. —Volviendo a lo último que él había dicho, añadió, más amablemente—: Robin sí que quería llamarlo. Pero tenía miedo.

—¿Miedo de mí? No le pedí nada. Tuve mucho cuidado de no hacerlo.

—Tenía miedo de herir a mamá. Yo también, y es posible que esta llamada la disguste.

—Esto plantea una pregunta interesante. ¿Por qué no me ha llamado ella misma?

—Porque ella no ha visto el diario de Robin. Yo sí. Después de que usted la llamara, Robin no sabía qué pensar. Quería creer que se lo estaba inventando todo, pero comprobó la información que le había dado, y el problema del corazón encajaba. Mamá no tenía ni idea de que Robin lo conociera a usted. Además, tampoco le habló del corazón.

Se produjo una pausa.

—Esto es una sorpresa. Me pareció que estaban muy unidas.

—Sí. Pero esto era diferente. —Molly trató de aclararlo, sin mostrarse crítica con su madre—. Creo que cuando Robin se enteró de que usted existía, decidió que no había tenido el pleno control de su vida. Y era algo que quería cambiar.

Esa era la razón por la que Molly lo había llamado; la razón por la que, hablando en nombre de Robin, tuviera una respuesta preparada cuando él le preguntó, en voz baja.

—¿Qué quieres que haga?

—Venga a verla. Ella quería conocerlo en persona.

—¿Tu madre quiere que lo haga?

—No lo sé. Pero Robin quiere y eso es lo que importa.

En cuanto colgó el teléfono, sintió que la inundaba la incertidumbre. De todas las cosas impulsivas que había hecho en su vida, esta era la que encerraba un mayor potencial para el desastre. No tenía ninguna duda de que estaba haciendo lo que Robin quería. Pero quizá Kathryn no se lo perdonaría nunca.

Peter cogería un vuelo nocturno y llegaría a la mañana siguiente al amanecer. Ya había reservado el billete.

Buscando la seguridad de haber hecho lo acertado, fue a la habitación de Robin. Empezaba a verse desnuda, pero la cama seguía intacta; la gata estaba encima del edredón y levantó la cabeza cuando ella se sentó. Después de

mirarla fijamente un minuto, volvió a bajar la cabeza. Había decidido confiar en ella. Molly lo tomó como una buena señal.

—Duendecillo —murmuró. Definitivamente, era una señal.

Llamar a Peter había sido lo acertado. Pero ¿y ahora, qué? Podía decírselo a Kathryn o no decírselo. Podía decírselo a Charlie o no. Podía inventarse una historia descabellada sobre que Peter tuvo una premonición y llamó. También podía no decir nada en absoluto.

Necesitaba una opinión objetiva, pero la única persona a la que se le ocurría llamar era a David. Así que sacó su tarjeta y marcó su número. Él contestó: «*Diga*» en voz muy baja.

—Dios mío —comprendió—, estás en mitad de una clase.

La voz siguió queda, cauta ahora.

—¿Todo bien?

—No importa. Te llamaré más tarde.

—No, ya te llamo yo. Dame dos minutos —dijo, y eso fue exactamente lo que tardó. Ahora su tono era normal, agradablemente sosegador—. La clase estaba a punto de acabar —explicó—. Tenía que poner los deberes. No suelo tener el teléfono en marcha, pero está el problema de Alexis.

—¿Cómo se encuentra?

—Te lo diré dentro de poco. Ha preguntado por mí, así que ahora voy camino del hospital. ¿Dónde estás?

—En casa, pero me gustaría consultarte una cosa. ¿Nos encontramos allí?

Acordaron la hora y el lugar. Satisfecha, finalizó la llamada y entró en el cuarto de estar. Al cabo de pocos minutos, había guardado los archivos de Robin en su propio ordenador y grabado un CD nuevo.

Este era para Kathryn. No era el original. Molly se lo quería quedar para ella. Estaba convencida de que Robin lo había grabado para ella y, aunque no podía ocultar el contenido a Kathryn, su madre tendría que conformarse con una copia.

Se encontró con David en el aparcamiento. Tenía todo el aspecto de un profesor muy guay: Iba vestido con camisa, corbata y vaqueros, más una mochila de piel que dejó en el suelo. Su cálida sonrisa le dijo que había hecho bien en llamarlo. Podía confiarle información privada. No sabía por qué; quizá porque no era de Snow Hill y no conocía a los amigos de los Snow, o quizá porque su madre había arremetido contra él y David no se había arrugado. A Molly le parecía alguien seguro.

Allí, en el aparcamiento, apoyada contra el logo de Snow Hill en la puerta de su *jeep*, le habló de Peter.

—Asombroso —comentó él, cuando hubo acabado—. ¿No tenías ni idea?

—Ni la más remota. Bueno, he estado recordando algunas cosas que Robin dijo, como cuando una de sus amigas adoptó un niño y se preguntó cómo se sentiría un padre adoptivo si alguna vez ese niño quería conocer a sus padres biológicos, o cuando me dijo que yo tendría que probar con el tenis, apuntarme por una semana en una de las escuelas de tenis realmente buenas... pero ¿es que se suponía que tenía que preguntarle por qué decía esas cosas? Si Robin me hubiera soltado esto la semana pasada, habría dicho que le había dado una insolación. También estoy asombrada de haberlo llamado. ¿Quién soy yo para hacer una cosa así?

—Eres la hermana de Robin y sus deseos estaban claros.

—Pero ¿ahora qué? Prácticamente ya está de camino. Si le pidiera que esperara, no estoy segura de que lo hiciera. Quiere venir. Me llamó a los cinco minutos, con sus planes de vuelo. Me he arriesgado mucho.

David reflexionó un momento.

—Yo habría hecho lo mismo.

Probablemente, por eso lo había llamado. Era su aliado en unos momentos en que necesitaba uno.

—¿Mi familia lo aprobará? ¿Mi madre?

—Puede que no a corto plazo. Pero a largo plazo, sí. Es lo que quiere Robin.

—Robin solo está aquí en espíritu. Mi madre está en carne y hueso. ¿Debo decírselo?

—Has dicho que mencionar el nombre de Peter la sacó de su estupor. Eso es bueno, ¿no?

—Mencionar su nombre es diferente a que él entre por la puerta de la habitación.

—¿Tuviste la sensación de que mostraba una actitud hostil hacia él?

Molly lo pensó.

—No. Pero se ha mostrado muy reservada respecto a la situación de Robin. Solo deja entrar a la familia en la habitación. Son sus órdenes. Ni siquiera permite que sus amigos vayan al hospital. Quizá crea que él no tiene ningún derecho a estar allí.

—Tienes el CD de Robin. Eso tiene mucho peso.

Sí, pero Molly seguía sintiéndose aprensiva.

—Mamá se pondrá furiosa conmigo por llamarlo sin preguntárselo a ella primero.

David sonrió con tristeza.

—Ese es el problema con la familia. Por lo que respecta a los padres, siempre somos niños. ¿En qué momento nos hacemos mayores? Nos educan para que actuemos como individuos, pero ¿cuándo nos dejan que actuemos de forma independiente?

—Nunca —dijo Molly—. Tenemos que hacerlo por nuestra cuenta. Pero ¿cómo saber si tenemos razón?

—Cuando los hechos lo confirman. El diario de Robin dice mucho.

—¿De verdad tú habrías hecho lo mismo? —preguntó, necesitando que se lo reiterara.

—Sí. Aunque no es que yo sea una autoridad. Mi familia no apreció lo que hice. Es posible que lo mismo me pase con los Ackerman, pero sigo creyendo que hice lo que debía.

Molly no oyó terquedad en su voz. Tampoco orgullo. Lo que sí apreció fue convicción, que era lo que ella sentía en cuanto a Peter.

—Mamá podría negarse a dejarlo entrar.

—¿Lo haría una vez que él esté allí?

—Probablemente no. Pero podría negarse a estar ella allí.

—¿Y eso sería tan malo? Esto tiene que ver con Peter y Robin.

Dicho así, tenía sentido.

—Entonces, ¿crees que tendría que decírselo a mi madre?

David estudió el suelo y luego levantó la mirada.

—Yo se lo diría. Ya ha pasado por mucho. Es justo prepararla para esto.

Molly se sintió conmovida.

—Es asombroso que puedas decir esto después de cómo te trató.

—Estaba trastornada. —Su tono delataba inseguridad—. Y no es que quisiera volver a pasar por ello.

Molly se irguió al captar un movimiento cercano.

—Oh, no. —Su madre se dirigía hacia ellos. Parecía exhausta; su paso había perdido su característico brío. Pero su mirada no vaciló.

Conforme se acercaba, Molly volvió a ser la niña de sus padres de nuevo, tímida e insegura.

—Mamá, ¿te acuerdas de David? Es profesor. Una de sus alumnas está aquí.

Kathryn asintió, pero no dijo nada.



—Señora Snow —saludó David, nerviosamente; luego le dijo a Molly—: Será mejor que entre.

En cuanto ya no las podía oír, Kathryn dijo:

—Nuestro Buen Samaritano.

A su voz, al igual que a su paso, le faltaba algo. En el vacío, Molly ganó fuerza. Había pasado el momento de las medias verdades.

Cogió a su madre por el brazo y la acompañó hacia el coche.

—Está preocupado. Viene a preguntar muchas veces.

—Es él quien podría haber llegado antes allí.

—No —razonó Molly, decidiendo no recordarle a Kathryn su diatriba anterior—, es el que hizo que el corazón de Robin volviera a latir y el que llamó pidiendo ayuda, para que no se perdiera cualquier esperanza que pudiera haber. De no haber sido por él, Robin podría haberse quedado allí, en el suelo, durante horas. Podría haberla atropellado un coche en la oscuridad. De verdad, le desespera no haber podido hacer más.

Kathryn dejó de caminar.

—¿Habéis hablado mucho, tú y él?

—Algo. —Molly hizo que siguiera caminando—. Es una buena persona. Como te he dicho, es profesor.

De repente, Kathryn pareció distante. Cuando llegaron al coche, preguntó:

—¿De verdad trataba con favoritismo a Robin?

—Sí.

—No era mi intención. El hecho de que corriera ocupaba mucho tiempo. Pero eres tú con la que cuento. Haces que me sienta orgullosa.

Molly no estaba dispuesta a creérselo, en especial con lo que iba a decirle.

—He llamado a Peter.

Kathryn se sobresaltó.

—¿Que has hecho qué?

—Va a venir. Leí más del diario de Robin —dijo, y sacó el CD del bolso—. La verdad es que ella quería verlo.

Kathryn había palidecido. Miraba al CD con horror.

—Léelo, mamá —la instó Molly—. No todo es divertido, pero si queremos que Robin nos oriente...

Kathryn levantó la mirada.

—¿Le has pedido a Peter que viniera? —Cuando Molly no lo negó, exclamó—: ¿Cómo has podido? He hecho lo imposible por darle a Robin una vida plena y completa sin él. No tiene ningún derecho a verla así.

—Ella quería reunirse con él, mamá.

—No es verdad.

—Lee lo que hay en el CD.

Kathryn cerró los ojos y dejó caer la cabeza. Cuando la levantó de nuevo, se llevó la mano a la nuca.

—¿Cuándo va a venir?

—Mañana temprano.

—¿No puedes llamarlo? ¿Decirle que no es momento para visitas?

—Si no lo es ahora, ¿cuándo lo será? Es su última oportunidad. Es algo que Robin quería.

—Ella no imaginaba esto —la increpó—. Ay, Molly, ¿tienes idea de lo que sentiré si viene? ¿Te has parado a pensarlo? ¿O en lo que sentirá tu padre? Es el único padre que Robin ha conocido. Invitar a Peter a venir es como darle una bofetada. ¿Y qué hay de Chris?

—Chris se las arreglará. Si no, es que necesita madurar. Es tan poco lo que podemos hacer por Robin. ¿Le negarías esto?

—Ella no quería ver a Peter. Me lo habría dicho.

—¿Igual que te dijo lo de su corazón? —preguntó Molly y, al ver la mirada acongojada de Kathryn, se ablandó—. Lee el diario, mamá —suplicó—. Robin tenía ideas y sentimientos de los que nunca supimos nada, y no es culpa tuya ni mía. Tratamos de estar allí cuando nos necesitaba. Pero era algo más que una Snow. Era ella misma.

Molly estaba pensando que había algo positivo en esto, cuando Kathryn dijo:

—No quiero verlo.

—No tienes por qué. Puede venir cuando tú no estés.

—No quiero que Robin esté sola con él.

—Yo estaré con ella todo el tiempo.

—¿Y si decide quedarse? ¿Y si reclama el derecho paterno y quiere opinar sobre lo que hagamos?

—No quiere. Me lo dijo, y lo dejó muy claro. Sabe que no ha formado parte de la vida de Robin. Y él no pidió venir. Fui yo quien se lo pidió a él, porque era lo que Robin querría. Tienes razón al decir que ella quizá no conozca la diferencia, pero nosotros sí. Cuando todo acabe, quiero saber que hice lo que pude en el tiempo que le quedaba de vida.

Su madre rebuscó en el bolso y sacó las llaves.

—¿Tú no? —preguntó Molly.

Kathryn entró en el coche, pero cuando trató de cerrar la puerta, Molly la sujetó.

—Dime algo, mamá.

—¿Qué puedo decir? Ha sido una semana angustiosa, y lo peor está por venir.

Dirigió a Molly una mirada tan reveladora que esta soltó la puerta. Al dar un paso atrás, cayó en la cuenta de que su madre, incapaz por una vez en su vida de controlar la situación, estaba aterrada.

## Capítulo 16

Alexis Ackerman estaba en una habitación privada en la planta reservada para pacientes privilegiados del hospital. David se acercó con un cierto nerviosismo. Dio la casualidad de que estaba sola; resultaba triste verla allí sin nadie que le hiciera compañía, pero supuso un alivio para él. Tenía el televisor en marcha, pero lo apagó en cuanto lo vio.

Sonriendo, David entró, dejando la puerta abierta.

—Tienes mejor aspecto —dijo, optimista, aunque era más un deseo que la realidad. Con el pelo oscuro peinado, tirante, hacia atrás, estaba más pálida y con más aspecto de niña abandonada que nunca. Pero, claro, eso no se lo podía decir.

En cambio, tratando de quitarle importancia a la situación, echó una ojeada a la vía intravenosa:

—¿*Filet mignon* con brócoli y una patata asada?

Ella no sonrió.

—No como buey. —Miró más allá de donde él estaba y pareció aliviada al verlo solo—. Quiero preguntarle algo, señor Harris. ¿Qué dicen los otros chicos de mí?

No estaba seguro de que dijeran mucho. En la escuela, ella era alguien insignificante. También incapaz de decírselo, esquivó la cuestión.

—Me parece que están preocupados.

—Deben de haber hecho comentarios, después de lo ocurrido.

—La mayoría estaban almorzando. —Sonrió de nuevo—. Escogiste un buen momento para desmayarte.

Tampoco esta vez consiguió que sonriera.

—De todos modos, ya creen que soy un bicho raro, pero no quiero que digan cosas que no son verdad. No soy anoréxica. Solo estoy delgada. Las bailarinas tienen que estar delgadas. ¿Puede decírselo?

David no iba a decirles semejante cosa. Alexis no estaba delgada; se hallaba en los huesos. No tenía ni un gramo de grasa en la cara y, pese a ello,

la cabeza parecía demasiado grande para el cuerpo. Ni siquiera la bata, enorme y esponjosa, que llevaba podía ocultar la protuberancia de la clavícula.

—A lo mejor se lo podrás decir tú misma —dijo—. ¿Tienes idea de cuándo volverás a la escuela?

Alexis hizo una mueca.

—No me lo quieren decir. Me están evaluando. No sé cuánto les llevará. Mis padres quieren que vaya a algún sitio y descanse un tiempo, pero entonces me perderé demasiadas clases.

—Descansar podría ser bueno —dijo y, tirando de la correa que le colgaba del hombro, rebuscó en la cartera—. He hablado con tus otros profesores. Te he traído sus deberes de la semana.

Alexis abrió mucho los ojos.

—¿Qué les ha dicho?

—Nada, Alexis. Lo único que saben, lo único que sabe todo el mundo, es que estás en el hospital.

—No soy anoréxica. Solo estoy cansada. ¿Se lo dirá? No quiero que corran rumores, señor Harris. No quiero que se me queden mirando cuando vuelva.

—Nadie se te quedará mirando.

—Sí que lo harán. Pensarán que padezco un desorden alimenticio, lo cual es muy gracioso. ¿Sabe cuántas chicas se fuerzan a vomitar en el váter? Yo nunca lo he hecho. Solo estoy delgada. Pero me compararán con mis hermanos, que son enormes; juegan al fútbol. Para una chica es diferente. Especialmente con la danza. —Bajó la voz—. Quería que viniera para que viera que estoy perfectamente. ¿Puede decírselo a todos?

—¿Señor Harris? —dijo una voz autoritaria, detrás de él.

David se volvió. Había llegado la madre de Alexis.

—Me ha traído los deberes —explicó Alexis, en voz baja—. Estaba a punto de marcharse.

Donna Ackerman asintió.

—Vendré a verte otra vez —dijo David.

—Oh, pronto estaré en casa y de vuelta en la escuela. Me siento mucho mejor.

Él sonrió.

—Es un alivio. Se lo diré a los demás. —Salió de la habitación y había recorrido la mitad del pasillo, cuando Donna lo llamó.

Se le acercó rápidamente.

—Le agradezco que haya venido. Alexis preguntaba por usted.

—Le preocupa lo que pueda estar diciendo la gente.

—A mí también. Si me hubiera dicho que no se encontraba bien, se podría haber quedado en casa y habríamos evitado todo esto.

—¿Los médicos tienen alguna razón para hacer que se quede aquí?

Donna soltó un suspiro de resignación.

—Ya sabe cómo son los médicos. Si buscan a fondo, pueden descubrir cualquier cosa. Alexis está anémica. Lo único que necesita es un empujoncito. La llevaremos a casa y partiremos desde ahí.

David no estaba seguro de hacia dónde partirían, si negaban el problema, pero eran los médicos quienes tenían que decirlo. Que los padres de Alexis los escucharan era otra historia. Por el momento, se alegraba de que la joven estuviera allí.

—Si hay algo que yo pueda hacer, dígamelo.

—Lo haré —prometió la mujer, y volvió a la habitación de su hija.

David se quedó observándola durante un minuto, pensando en sus propios padres y en el problema de su hermano con las drogas, incluso en Kathryn Snow y en Robin. El autoengaño era un asunto delicado. ¿Producto del orgullo? Si era sí, se alegraba de ser modesto. Podría ser muchísimo mejor para sus propios hijos, algún día.

Preguntándose cómo estaría Molly, cogió el ascensor de bajada y estaba cruzando el vestíbulo cuando vio un trío de caras conocidas madre, padre e hijo de la clase que había dado durante su año en prácticas. Sonriendo, se acercó.

—Este no puede ser el mismo Dylan Monroe al que di clases cuando estaba en primero —bromeó—. Aquel chaval era pequeño. Este se está volviendo muy grande.

Deborah Monroe sonrió y le tendió la mano.

—David. Tú no has cambiado. Dylan, te acuerdas del señor Harris, ¿verdad? Te enseñó a leer.

—Ah, no —señaló David—. Denise Amelio le enseñó a leer. Yo solo le daba un empujoncito, cuando se ponía a pensar en canciones y no en los libros.

Los ojos del chico eran enormes detrás de unas gafas que parecían incluso más gruesas de lo que David recordaba.

—Le entusiasmaba Springsteen.

—Todavía me gusta —dijo David—. ¿Y a ti?

—Dylan —respondió el chico, con una sonrisa.

—Buena elección. ¿Sigues tocando el piano? —Cuando el muchacho asintió, David se volvió hacia los padres—. ¿Qué os trae por aquí?

Respondió el padre. David no recordaba su nombre. Tanto el padre como la madre trabajaban Deborah era médico, pero siempre era ella la que se las arreglaba para acudir a la escuela.

—Marvin Larocque —dijo—. Dylan tiene un problema en la córnea.

—Dos —corrigió el chico—. En los dos ojos. —Parecía orgulloso de reconocer el problema. David lo encontró refrescante.

—Marvin es el mejor en trasplantes de la ciudad —explicó el padre.

—Todavía faltan un par de años —precisó la madre—, pero no se pierde nada por empezar ya con el trabajo preliminar. El padre de Dylan vive cerca de aquí. Eso lo facilita todo.

—Y la madre y un hermano de mi perro viven con mi abuelo y Rebecca. Esto hace que todo sea realmente más fácil.

—¿Tienes un perro? —preguntó David.

Sonriendo, Dylan asintió.

Deborah puso la mano en la cabeza del chico y lo hizo girar hacia el ascensor.

—Esto podría ser el comienzo de una larga conversación, pero tenemos hora arriba. Me he alegrado de verte, David. ¿Es verdad que das clases en esta zona?

—Sí. A veinte minutos de aquí. Pero no os entretengáis más. Buena suerte con el doctor Larocque. Su hijo estaba en mi clase hace dos años. Le encanta la guitarra eléctrica. —Le hizo un guiño de Dylan—. Información privilegiada. —Les dijo adiós con la mano y se quedó mirando cómo se marchaban; luego se volvió y se encontró con una cara nueva.

David no había visto nunca a Nick Dukette, pero ese fue el nombre que le vino a la cabeza. Algo en los intensos ojos le hizo pensar en las personas a las que había conocido de adolescente. Este hombre tenía más o menos su misma edad.

Su suposición era correcta.

—¿David Harris? Soy Nick Dukette; he venido para rebatir lo que Molly te haya dicho. No soy el diablo —dijo, pero la pequeña nota de humor que quizá hubiera en su voz se acabó ahí. Tenía la cara cansada y tensa.

—Ella no usó esa palabra.

—No, pero estoy seguro de que esa era la esencia.

David no estaba dispuesto a repetir lo que Molly le había dicho; tampoco Nick parecía esperarlo. Fue directo al grano.

—Conozco a tu padre.

—¿De veras?

—En realidad, lo he visto varias veces. Es uno de mis ídolos.

—Si se lo digo, ¿recordará tu nombre? —preguntó David, muy bien entrenado para detectar farsantes.

—Lo dudo —dijo Nick, sin cortarse—. Entonces yo no tenía nada que ofrecer. Ahora, sí.

—¿Y qué es?

—Una biografía de Robin Snow. Llevo un tiempo escribiendo sobre ella. En realidad, Molly me animó a hacerlo. Es exactamente el tipo de cosa que tu padre publica por entregas en sus periódicos. Se lo ofrecería en exclusiva.

A David no le sorprendió la oferta, solo lo rápido que había llegado. Nick no se andaba con rodeos.

—¿Por qué no acudir a una editorial de Nueva York?

—No conozco a nadie personalmente. Por otro lado, en Nueva York podrían ver lo que tu padre publica y prestar atención.

*Cierto, pensó David. Y directo.*

—Pues llámalo.

—Como he dicho, no recordaría mi nombre. Confiaba en que tú le dijeras algo antes. Puedes responder de mí. Vives aquí. Si lees el periódico local, me lees a mí.

—En realidad —respondió David, en un momento de perversidad—, me entero de las noticias por la tele. Hoy los periodistas no escriben como antes. Pasan por alto cuestiones básicas. Destacan detalles irrelevantes para conseguir dramatismo.

Nick sonrió con aire de suficiencia.

—Mi biografía de Robin es diferente.

—¿Sabía Robin que estabas escribiendo su biografía mientras salías con ella?

—Ah. Molly te ha dicho que Robin y yo salíamos. De hecho, sí que lo sabía. Le encantaba.

—¿La atención o la biografía?

La suficiencia flaqueó.

—No ha tenido la oportunidad de leer la biografía. —Tragó saliva—. Esto es lo que hace que sea tan oportuna. Quiero decir, aquí está ella, debatiéndose entre la vida y la muerte. Es la clase de historia sensacional que le encanta a tu padre.

Era verdad, pero David no era su padre.



—¿Y qué hay de la familia Snow?

—Como he dicho, Molly me dio luz verde. Además, autorizada o no autorizada, tengo más información que nadie. Si tu padre no la quiere, iré a otro sitio, pero pensaba que, como había esta conexión, el hecho de que estés aquí y hasta que conozcas a Molly, estaría bien. ¿Qué opinas?

—Opino que, quizá, no —respondió David, tranquilamente—. No estoy involucrado en el trabajo de mi padre.

—No tienes que estar involucrado. Lo único que tienes que hacer es llamarlo. ¿Qué hay de tus hermanos?

—Probé con el periodismo, pero mi instinto es un desastre. Ellos lo saben. Créeme, si intentara presionarlos con tu nombre, te perjudicaría más que otra cosa.

—Lo único que quiero es una presentación. Diles que tienes un amigo que quiere llamarlos. Una vez pueda hablar con ellos, ya me encargaré yo.

—Te diré qué haremos —propuso David, pensando que a Molly le interesaría ver qué trataba de vender Nick—; enséñame lo que tienes. Si me parece bien, veré qué puedo hacer.

Nick sonrió.

—¡Trato hecho! —Levantó la mirada y su expresión saltó de complacida a preocupada—. ¡Chris! —llamó, y le dijo a David—: ¿Conoces al hermano de Molly?

David reconoció a Chris de haberlo visto en la UCI, pero incluso si no lo hubiera visto, el parecido entre hermano y hermana era notable. Nick los presentó. Chris parecía muy alterado.

—¿Cómo está Robin? —preguntó Nick.

Chris se encogió de hombros.

—¿Vas arriba? ¿Quieres que te acompañe?

—No. Tengo que hablar con mi padre. —Le lanzó a David una mirada de despedida y se alejó.

Mientras iba en el coche hacia el hospital, Chris solo pensaba en su propia agenda. Sin embargo, cuando llegó a la habitación de Robin, Charlie fue el primero en hablar y lo que dijo arrumbó la agenda de Chris.

Enterarse de la existencia de Peter no fue del todo una sorpresa para Chris. Explicaba la tremenda entrega emocional de su madre a Robin. No se lo había tomado de forma personal, pero sabía que Molly sí. Se preguntaba cómo se sentiría al saber la verdad.

Pero para quien tenía algunas preguntas era para su padre. Estaban en la habitación de Robin, apoyados, uno al lado del otro, contra la pared, hablando en voz baja, mirando a Robin, los aparatos, las flores; lo que fuera menos el uno al otro. Así era más fácil.

—¿Lo supiste desde el principio? —preguntó Chris.

—No los detalles —respondió Charlie—. No tenía ninguna necesidad de conocerlos.

—Pero conocías su nombre.

—Claro. Incluso en aquel entonces, lo primero que leía era la sección de deportes. Longwood era algo muy importante en Boston.

—¿Qué pensaste de que mamá estuviera con una estrella?

—Solo fue una noche, Chris.

—Pero él era famoso.

—Tu madre apenas lo sabía. Yo seguía su carrera mucho más de cerca que ella.

—¿Antes de enterarte de lo suyo con mamá?

—Y también después.

—¿En interés de Robin?

—En el mío. Me gusta el tenis.

La situación de Chris era diferente. Su época con Liz y su época con Erin se habían solapado. Pero Erin no sabía nada de Liz. Se preguntaba cómo se sentiría si averiguaba que también ella había estado con otro.

—¿Te molestó llegar después de él? —preguntó, en voz baja.

—Si te refieres al sexo, no sigas por ese camino. Si hablas de amor, no éramos rivales. Tu madre no suspiraba por él. Me quería a mí.

—La salvaste. Le ofreciste matrimonio. La apoyaste.

—Un momento —advirtió Charlie y entonces sí que miró a Chris—. Si estás diciendo que me utilizó, te equivocas. Antes siquiera de que tuviéramos una cita, me contó lo de Robin. Pude elegir; seguir adelante o marcharme. Elegí seguir adelante. Tu madre y yo encajamos desde el primer momento y fue algo mutuo. Me daba tanto como yo le daba.

—Pero iba a tener un hijo de otro.

—¿Y? Mira a tu alrededor. Las familias mixtas son corrientes. Solo nos adelantamos a nuestro tiempo.

—De acuerdo. Luego está su obsesión por Robin. ¿Te molestaba?

—No. Lo comprendía. Y estaba de acuerdo con ella. Robin necesitaba más ayuda.

Chris hizo una mueca.

—¿En qué?

—En la escuela, para empezar. A Robin no le resultaba fácil.

Aquello era nuevo para Chris.

—Pero si ganaba todos los premios.

—En realidad —dijo Charlie, con tranquila autoridad—, si lo miras bien, los premios no eran por los conocimientos académicos; eran por cosas como progreso y simpatía.

Lo que Chris recordaba era el gran alboroto que armaban por cualquier premio que Robin conseguía. Concediéndole la razón a su padre, dijo:

—Siempre ha sido hipersocial. ¿Es así porque su padre lo era?

—Yo soy su padre, Chris.

—Pero los demás somos reservados.

—Tu madre no lo es. Es posible que Robin haya heredado rasgos físicos de Peter, pero aprendió la manera de actuar de tu madre.

Christopher no estaba seguro de que fuera así. Se podían heredar características conductuales. ¿Acaso Chloe no había nacido con la habilidad de calmarse sola? Se chupaba el dedo, frotaba el borde de la manta y luego le daba una patada al móvil para que tintineara. Había heredado recursos de Erin; sin embargo nunca había visto a Erin chupándose el dedo.

Pero no quería discutir con Charlie. Así que dijo:

—¿Te molesta saber que Robin ha estado en contacto con él?

—No. Ojalá lo hubiera sabido. Habría hablado con ella. Pero su actitud hacia mí no cambió en ningún momento, Chris. Sabía que la quería.

Christopher envidiaba la fe inquebrantable de su padre. Querría estar tan seguro como él en todo lo que hacía.

—Tengo un problema, papá.

—¿Por todo esto?

—No. Liz Tocci. Amenaza con causar problemas. Cuando la conocí, estuvimos juntos.

A Charlie le costó entender lo que Chris acababa de decir. Cuando lo entendió se sobresaltó.

—¿Juntos como...?

—Sí. —Charlie se metió las manos en los bolsillos—. No exactamente una noche como mamá y ese hombre; más bien un par de semanas y por la misma época en que conocí a Erin.

—¿Liz Tocci? —repitió Charlie, incrédulo.

Chris sentía la misma incredulidad.

—Estaba en último curso. No lo busqué, pero allí estaba Liz. Algo así como tener una última aventura.

—¿La trajiste aquí por eso? —preguntó Charlie, en un tono desaprobador. Chris miró a su padre.

—No. Se acabó antes de que me graduara. Ella sabía que salía con Erin. Incluso supo que nos casamos, pero siguió en contacto. Cuando pensó en dejar la ciudad, le organicé la entrevista con mamá. Era una vieja amiga. Nunca había insinuado nada más hasta ahora, cuando necesita un arma. El hecho de que Molly la haya despedido la saca de quicio. Quiere que la readmitamos.

Entró una enfermera. Charlie cogió a Chris por el codo.

—Estaremos ahí fuera —dijo a la mujer y esperó solo hasta haber cerrado la puerta para decir—: Solo habla por hablar.

Chris no dejaba de repetírselo, pero había un problema.

—Dice que tiene fotos.

—¿Comprometedoras?

—No pueden serlo. No he estado con ella más que en aquel tiempo y no había fotos. —Hizo una pausa y luego añadió—: Mi relación con Erin estaba empezando. No quería que se enterara.

—¿Se enteró?

Chris negó con la cabeza.

—Liz lo sabe. Es su as en la manga.

—¿Qué quieres hacer?

—Decirle que se vaya a paseo.

—Hay un riesgo. Si se lo dijeras a Erin, lo eliminarías.

Chris suspiró.

—Más fácil de decir que de hacer. Se disgustará.

—Explícale por qué hiciste lo que hiciste.

—¿Una última aventura? —Soltó un bufido desdeñoso.

—Tienes que decirle algo.

—Hemos... esto... tenido diferencias últimamente. Dice que apenas hablo con ella.

—Puede que sea verdad.

—Tú nunca lo hiciste.

Charlie lo miró, intrigado.

—Hablaba bastante.

—Yo nunca te oí.

—¿Estabas en la habitación con mamá y conmigo? Claro que no. Los padres no hablan de todo delante de sus hijos —prosiguió Charlie—. Tu madre y yo hablamos por la noche, cuando estamos solos. Siempre sabe lo que pienso.

—Yo también lo creía, con Erin, pero dice que no. Mamá y tú trabajáis juntos, así que no tienes que volver a casa por la noche y darle cuenta detallada de lo que has hecho durante la jornada.

—Erin puede trabajar en Snow Hill.

—Esa no es la cuestión.

—A lo mejor tendría que serlo. Ha sido de gran ayuda esta semana. Preferiría tenerla con nosotros a que estuviera en algún otro sitio. Incluso podría traer a la pequeña.

—Snow Hill no es sitio para bebés.

—Con vosotros fue bien. Pero si no quieres, busca una solución mejor. Vamos, Chris, sé positivo.

—¿Esta semana? —preguntó con un bufido—. Chupado.

Su padre guardó silencio un momento.

—La vida sigue, Chris. Has planteado la cuestión de Liz. Esa cuestión seguirá aquí con o sin Robin. Lo mismo pasará con Erin y tú.

—Erin no está siendo razonable. ¿Y qué si soy alguien callado? Tú lo eres. A mamá le parece bien. Erin no lo entiende.

—No, Chris, eres tú quien no lo entiende, si no reconoces sus necesidades. Compartir lo que sentimos es difícil. Si alguien está en desacuerdo con nosotros, nos ofendemos; en especial si ese alguien es la persona que amas. Pero la solución no es encerrarse en uno mismo. Mamá se disgustaría conmigo si yo no expresara lo que pienso. Es solo que lo hago de una manera que me resulta cómoda. Tienes que averiguar cómo te sientes cómodo. Negarte a hacerlo por completo es una cobardía. Podrías empezar por contar a Erin lo de Liz.

A Chris no le gustaba la idea. Pero quizá fuera el único medio para neutralizar a Liz.

—¿No la readmitirías?

—¿Y socavar la autoridad de Molly? No.

—¿Y una indemnización por despido?

Charlie lo pensó.

—La paga de cuatro semanas, quizá. Sería llegar a un compromiso.

Chris no estaba seguro de que Liz lo aceptara, pero eso lo llevaba al siguiente paso.

—Se revolverá contra mí. ¿Puedes llamarla tú?

—Ah, no, hijo mío —dijo Charlie, apartándose de la pared, cuando la enfermera salió de la habitación de Robin—. Eso es un asunto exclusivamente tuyo.

En casa, Kathryn estaba sentada en la cama con su portátil. Llevaba puesta la bata, con los bolsillos llenos de los pañuelos de papel que había usado para secarse las lágrimas mientras leía los archivos de Robin. Se alegraba de estar sola. No podía ser fuerte; sencillamente, no podía. Poder llorar, sollozar, gritar sin que nadie la oyera era un lujo.

Molly tenía razón. Si creía aquellos documentos, Robin quería conocer a Peter; pero había otros deseos que Kathryn tampoco había imaginado. Leer sobre ellos hizo que volviera a pensar en la madre que había sido y lo que vio no le gustó. Puede que tuviera el corazón donde debía, pero había pasado por alto la esencia de quién era Robin. Había decidido ver una Robin hecha según su propio molde, en lugar de forjada por Peter, Charlie, incluso Molly. Esta otra Robin era una revelación.

Por esta razón, al final, fue a «¿Quién soy yo?». Deseando conocer la respuesta, abrió el archivo. «Soy un fraude», empezaba Robin, pero se corregía.

*Puede que esto sea una exageración. Digamos que soy una actriz. Represento el papel de la estrella y hago un trabajo convincente. ¿Me gusta pronunciar discursos? No. Y cortar cintas es un aburrimiento de todos los demonios.*

*La parte de correr es real. Eso no podría fingirlo. Pero tengo que agradecerse a mi madre. Me dio la motivación cuando yo no tenía ninguna.*

*Así que soy CORREDORA. ¿Qué más soy?*

*Diría que soy HIJA, solo que no hago mucho por mis padres. Son ellos los que hacen cosas por mí. Lo mismo en cuanto a ser HERMANA. Molly hace más por mí en un día de lo que yo hago por ella en un mes. Y la putada es que ahora sé que ni siquiera soy completamente una SNOW.*

*Entonces, ¿quién soy?*

*Para SER alguien, tienes que sentir pasión. Molly se apasiona. ADORA su invernadero y ADORA a sus gatos. ADORA la casa, incluso cuando yo la critico por cualquier*

*pequeño defecto que veo. ADORA viajar, algo que quizá no sea obvio para ella, porque también ADORA estar en casa. Pero cuando está conmigo de viaje, VEMOS de verdad la ciudad donde estamos. Cuando estoy sola, entro y salgo. Podría ser Dallas, podría ser Tampa, podría ser Salt Lake City. Apenas me doy cuenta.*

*Tengo montones de amigos. Así que soy una AMIGA. Pero no están aquí, en mitad de la noche y, además, son más parecidos a un séquito que a un grupo de amigos. Si dejara de correr, no tendríamos mucho en común.*

*¿Quién QUIERO ser? Quiero ser todo lo anterior, solo que no tengo tiempo. Vale, no ENCUENTRO el tiempo. Porque estoy demasiado ocupada siendo una actriz que representa el papel de una corredora que está tan ocupada acumulando victorias que no TIENE ni idea de quién quiere ser.*

*Nana solía frenarme cuando yo era pequeña. Me cogía en brazos y me sujetaba, sin decir apenas nada. Cuando yo me retorció tratando de escapar, decía: «Solo sé, pequeña Robin. Solo sé».*

*Creo que si pudiera hacerlo, sería capaz de decidir quién soy.*

*Me gustaría Solo SER, por lo menos durante un rato. Nana ya no dice palabras así, pero ahora me vienen a la memoria. Debe de ser su duendecillo.*

Kathryn sollozaba de nuevo, fuerte y sin contención; esta vez por Marjorie. Echaba de menos a su madre. Marjorie tendría algo sensato y realista que decir sobre lo que le había pasado a Robin. O quizá dijera simplemente que era obra de los duendes. Pero ¿acaso Charlie no había dicho, también, que las cosas suceden por alguna razón?

Esforzándose por encontrar sentido a todo aquello, Kathryn dejó el portátil y bajó la escalera. La cocina parecía una fiesta a punto de empezar, con cazuelas tapadas en la encimera, traídas aquella misma mañana. Otras llenaban el congelador. Además, había flores en todas las habitaciones, ninguna traída desde el hospital.

¿Preparativos para un velatorio? No. Kathryn había dejado atrás el cinismo. Aquellos regalos eran para ofrecerle sostén en estos atroces momentos.

Tenía amigos, aunque no había hecho mucho por ganarse su lealtad. Tenía una empresa próspera, aunque el éxito era, en verdad, obra de un equipo mayor. Tenía una madre a la que había abandonado y una familia a la que no escuchaba. ¿Y Robin se llamaba fraude a sí misma?

Con sus vidas sometidas en ese momento a un cambio enorme, Kathryn no tenía ni idea de quién era ella misma. Tampoco podía ver el futuro...

En ese momento de puro agotamiento, la idea de solo... *ser*... sonaba bien. Excepto que su primogénita estaba en soporte vital, pendiente de una elección devastadora; Charlie se abstenía, Molly discutía, Chris callaba, Marjorie estaba ausente y Peter venía.

*Céntrate*, se dijo. Pero ¿en qué?



## Capítulo 17

El sábado por la mañana, Molly se puso un vestido. Como emisaria de Robin, quería tener buen aspecto. Antes de salir de casa, había buscado fotos de Peter para poder reconocerlo.

El aeropuerto era pequeño y el avión, privado. Peter salió de la terminal solo, con una única bolsa colgada del hombro; idéntico a las fotos, con la misma complexión enjuta, el mismo polo y los mismos pantalones cómodos, la misma cara bronceada.

Reconocerlo era la parte fácil. Lo difícil era saber qué decir. Se las arregló bien con los saludos: «¿Qué tal el vuelo? ¿Lleva otro equipaje? ¿Ha estado por aquí antes?». Sin embargo, una vez en el coche, se sentía insegura de lo que él esperaba, de lo que ella esperaba, de lo que Robin esperaba.

—Disculpe el viaje —dijo, cuando él cambió las piernas de sitio; al parecer tratando de ponerse cómodo—. No tenemos una limusina.

—Está bien. ¿Es el *jeep* de la empresa? —preguntó con un tono agradable.

—Mi *jeep*. El logo es buena publicidad.

—¿Te encargas de la publicidad?

—No. De las plantas.

—¿Las plantas? —preguntó, con lo que podía ser un tono de burla o simple curiosidad.

Concediéndole el beneficio de la duda, Molly dijo:

—Llevo el invernadero. Se puede confiar en las plantas. Una vez que las conoces, las conoces. No hay sorpresas.

Era rápido; lo entendió enseguida.

—¿Sorpresas como yo?

—Y Robin y mi madre. Las dos lo sabían y no me lo dijeron.

Él se quedó callado un momento, luego explicó:

—Yo no sabía que Robin Snow era hija mía hasta que empecé a buscar. No he estado en contacto con tu madre. Ni siquiera sabía si el bebé era niño o

niña.

Molly se sintió dolida, en nombre de Robin.

—¿No sentía curiosidad?

—No quería saberlo. No quería sentir nada.

—Pero ¿no lo sintió de todos modos?

—Quizá. Muy de vez en cuando.

Ella lo miró. Parecía hablar en serio.

—¿Cuántos hijos tiene en total?

—¿En casa? Tres. Uno me quiere; dos me odian. No es un gran historial.

Robin salió ganando con tu padre.

Al pararse en un semáforo, Molly lo estudió.

—No veo nada de Robin en usted.

—Entonces tiene suerte.

—En realidad, no la tiene —dijo Molly, con una cierta irritación—.

Preferiría que hubiera heredado su aspecto que su corazón. —La luz cambió y volvió a ponerse en marcha.

—Fuiste tú quien me pidió que viniera —le recordó Peter, con suavidad.

Debidamente reprendida, se ablandó.

—Lo siento. Es que esto es muy extraño.

—¿Tu madre sabe que estoy aquí?

—Sí. ¿Y su esposa?

Hizo un ruidito burlón.

—¿Cuál? ¿La esposa número uno, la dos o la tres?

—¿Hay tres?

—Cuatro en realidad; solo que la última se fugó con nuestro asesor financiero, así que no tiene ni idea de dónde estoy. Por si quieres saberlo, las otras tres tampoco lo saben.

—¿Por qué no?

—Respeto la intimidad de Robin. ¿Te habló ella de mí?

—No.

—Ya está todo dicho.

Molly sonrió, irónicamente.

—Eso es lo que diría mi hermano. Es contable.

—Entonces no es amigo mío —afirmó Peter, pero con humor—. ¿Está enterado de mi existencia?

—Mi padre se lo dijo anoche.

—Entonces tu padre lo sabe.

—Oh, lo ha sabido siempre. Para que conste —dijo, con la necesidad de insistir en ello, porque se sentía como un Judas, traicionando a la familia para traer a Peter aquí—, ha sido el mejor padre que Robin podría desear. La adora. Por favor, no entre allí diciendo cómo desearía haber sido un padre para ella. Ha tenido un padre maravilloso.

—Eh —le recordó de nuevo, esta vez con tono de censura—, que fuiste tú quien me invitó a venir.

Molly se obligó a respirar.

—Tiene razón. Es que estoy preocupada. Ha sido una semana horrible. No quiero empeorar las cosas, pero deseo que Robin sepa que ha venido.

Él podría haber comentado que Robin no lo sabría. Cuando no lo hizo, la consideración de Molly subió un punto.

—Su hermana corre —dijo—. ¿Está enterada de lo de Robin?

—No sabe que Robin es hija mía. Tampoco lo sabe ninguno de mis hijos. De nuevo, por el bien de Robin.

—¿De Robin o de usted?

Él hizo una mueca.

—¿Cuántos años has dicho que tenías?

—Veintisiete. Y yo soy así. Si Robin fuera sentada ahí detrás, estaría dando patadas a la parte de atrás del asiento. —Hizo una pausa—. Pero si estuviera aquí, sería ella la que haría estas preguntas.

—Tiene suerte de tener una hermana como tú.

—La que tiene suerte soy yo. Ha sido un modelo constante para mí. Llena de determinación y autodisciplina. Yo nunca podría hacer lo que ella hace.

—¿Alguna vez trató de convencerte para que corrieras?

—Claro. Los corredores son misioneros. Pero nunca lo consiguió.

—¿Qué más hacía, aparte de correr?

—Tomar yogur y beber té de hierbas —dijo Molly, con afecto—. Y pronunciar discursos. Animaba a las chicas que querían correr en competiciones. Ayudó a recaudar millones de dólares para obras benéficas. Esto hay que agradecerse a mamá. Le enseñó buenos valores a Robin.

Él parecía pensativo. Luego la miró.

—Háblame de tu madre.

—Está muy enamorada de mi padre —dijo Molly, solo para que lo supiera.

—Entonces, ¿ha sido feliz?

—Mucho. Hasta ahora. Esto la ha destrozado.

—¿La veré?

Molly lo miró y, por un instante, fueron conspiradores.  
—Quién sabe. Pronto lo descubriremos. Ya casi hemos llegado.

Kathryn no tenía ningunas ganas de ver a Peter. Si había un fallo físico en lo que le había pasado a Robin, él era el culpable. Pero Robin se había derrumbado mientras ella era responsable. Era un punto en su contra, que iba más allá del orgullo. Enfrentarse a Peter significaba enfrentarse a su culpa por haber pasado por alto unas señales que seguro que estaban allí.

Sin embargo, la alternativa era dejar que él viera a Robin a solas. Claro, uno de los otros estaría presente, pero no era lo mismo. Kathryn había guiado a Robin en todo lo demás de su vida. No podía renunciar ahora.

Esa idea fue la causa de otra noche de sueño intermitente. Se despertó aturrida; ni siquiera la larga ducha y las tres tazas de café la ayudaron.

Llegó temprano al hospital, sometió las piernas y los brazos de Robin a una serie de ejercicios de movilidad, sin importarle que los médicos ya hubieran dejado de aconsejarlo, pero sus ojos volvían constantemente a la cara de su hija. Robin siempre había tenido una piel preciosa y eso no había cambiado en cuatro días. Kathryn se preguntó si lo haría después de una semana. Se preguntó si lo haría después de un año. Otras cosas cambiarían, sin ninguna duda; el tono muscular, por ejemplo. No recordaba ninguna época en que Robin no hubiera sido delgada y fuerte. Verla correr era como contemplar un purasangre.

Le dolió el corazón ante la paradoja; el mismo deporte que había hecho de Robin la imagen misma de la salud, había sido su perdición.

Se abrió la puerta y, pese a las doce horas pasadas temiendo aquel momento, al principio pensó que Peter era solo otro empleado del hospital. Robin quizá hubiera visto fotos recientes, pero no era el caso de Kathryn. Al cabo de treinta y dos años, tenía un aspecto diferente.

Debía de haberse quedado mirándolo con cara de no comprender, porque él le sonrió, irónico.

—¿Esperabas a otra persona? —preguntó. Su voz, con el seductor acento del Oeste de Texas, comprimió los años.

Kathryn se levantó.

—No. Es solo que el hospital envía a mucha gente.

Él cerró la puerta.

—¿Tanto he cambiado?

No en su cuerpo. Era tan alto y musculoso como cuando se conocieron y rezumaba el mismo tono atlético. Entonces tenía pocas arrugas en la cara, pero ahora había muchas. En cambio, entonces tenía mucho pelo, y ahora muy poco.

—Te imaginaba tal como eras —dijo.

—¿No me habías visto desde entonces? —Se llevó la mano al corazón—. Me has herido. Sigo apareciendo en las noticias, a veces, y mi cara aparece en mi sitio web.

Pero Kathryn no sabía qué decir. La última vez que había visto a Peter Santorum, estaba totalmente desnudo. Acababan de tener relaciones sexuales y ella se estaba vistiendo para marcharse. Trató de pensar en qué otras cosas habían dicho o hecho durante las veinticuatro horas que pasaron juntos. Pero lo único que recordaba era el sexo.

*Céntrate*, pensó, y volviéndose hacia Robin, dijo:

—Querías verlo, así que ha venido —explicó, en voz baja. Luego se dirigió a Peter—: ¿No es preciosa? —Tan bella. Tan inmóvil. Lo trágico de aquello ponía sus emociones en carne viva.

Él no se había apartado de la puerta.

—Vi lo guapa que era en las fotos. Ha salido a su madre. Tienes buen aspecto, Kathryn.

—No es posible. Ha sido una semana en el infierno. Apenas he dormido.

—Sin embargo, tienes buen aspecto. Los años te han tratado bien.

Furiosa, porque no estaban en una fiesta y los halagos eran absurdos, dijo:

—Daría cada uno de esos años por dar marcha atrás al reloj. Vendería mi alma al diablo por que devolviera el cerebro de Robin a la vida.

Los ojos de Peter fueron hasta Robin, pero parecían cautelosos, como si pudieran apartarse rápidamente a la más mínima provocación. A Kathryn se le ocurrió que estaba asustado. Extrañamente, eso lo convertía en una amenaza menor.

—Puedes acercarte —lo desafió.

Con cautela, él fue al lado de Robin.

—No es así como imaginaba a mi hija.

—No. Ojalá la hubieras visto en acción.

—La vi —afirmó, sorprendiendo a Kathryn—. Un par de meses después de llamarla, corrió el maratón de San Francisco. La vi desde el Embarcadero, justo después del muelle 39. —Sonrió—. Mi mala suerte hizo que estuviera en la primera oleada de corredores. Tuve que levantarme al alba para verla cuatro segundos. Yo a eso lo llamaría devoción.

Kathryn lo llamaría curiosidad; una curiosidad cobarde. Robin había batido su propio récord ese día, llegando segunda entre las mujeres.

¿Devoción? No tanto.

—¿Nunca pensaste en ella en todos estos años? —preguntó, consternada.

Él no se alteró.

—¿De qué habría servido?

—Era tu hija. ¿Cómo podías no pensar en ella?

Él hizo un gesto.

—Yo no soy tú, Kathryn. No la llevé dentro de mí nueve meses. Renuncié a mis derechos paternos, antes de que fuera siquiera viable. Además, ¿tú habrías querido que me involucrara?

—No.

—Ya está todo dicho.

Kathryn soltó una exclamación gutural.

—Hablas igual que mi hijo.

—Molly me lo ha dicho.

—Tiende a hablar demasiado. ¿Qué más te ha dicho?

—Que tu matrimonio es magnífico, que tu marido ha sido un padre maravilloso para Robin y que eres feliz.

—Sí. He sido afortunada.

Él lo descartó con un gesto.

—Fabricamos nuestra suerte. Tiene que ver con tomar decisiones inteligentes.

Pero Kathryn había averiguado demasiadas cosas.

—No sé si las decisiones que he tomado han sido siempre inteligentes. Cuando sucede algo como esto, empiezas a dudar de lo que has hecho en tu vida.

—¿Qué hay que dudar? Has criado una maravilla con Robin. Su hermana también es muy inteligente y todavía no conozco a tu hijo.

*Ni siquiera conoces a Charlie*, pensó Kathryn, porque en aquel momento, le parecía un padre mucho más estable que ella.

—Molly tiene el corazón en su sitio —dijo, en voz baja—. Está empeñada en hacer lo que Robin quiere; por eso te llamó.

Apartándose de su lado, Peter fue al otro lado de la cama. Apoyó los codos en la barandilla y contempló a Robin.

—Una parte de mí querría que no lo hubiera hecho. Esto no es agradable.

Kathryn le lanzó una mirada fulminante.

Él recibió el mensaje.

—Sabes —dijo, a la defensiva—, algunos no somos buenos cuando las cosas se ponen difíciles. Juego al tenis. Enseño a los chicos. Dirijo escuelas. No soy bueno en lo de la familia. Cualquiera de mis esposas —perdón, mis ex esposas— podría atestiguarlo. Así que me quedo en lo fácil; puede que sea un fallo de carácter. Pero mi padre murió cuando yo era niño. Así que supe que yo también podía morir joven... incluso antes de saber lo del corazón. Nunca sabremos seguro si mi padre también lo tenía, pero era ranchero. Su trabajo requería tanto esfuerzo físico como el de cualquier atleta. Pero no es eso. No puedo estresarme con cosas en las que fracasaría. Soy quien soy. Juego al tenis. Eso es lo que hago.

Kathryn apretó la mano contra el corazón. Bastaba con sustituir «jugar al tenis» por la palabra «correr» y Peter podría haber estado citando el diario de Robin. Había sentido tristeza al leerlo y ahora sentía la misma tristeza al oír aquellas palabras en boca de Peter.

—Así que acepto la realidad de las cosas —prosiguió él—. Todos tenemos limitaciones.

—Pero ¿no es importante tratar de luchar contra ellas?

—Sí. Por eso estoy aquí.

A eso no había respuesta.

—Pero no cambia quién soy —insistió él—. Si me hubiera casado contigo entonces, habría conocido a Robin, claro, pero todos habríamos sido desgraciados. En cambio, mírate.

Casada con el mismo hombre todos estos años. ¿Sabes lo especial que es algo así?

Lo sabía. Cogió la mano de Robin y la sostuvo contra su cuello.

—Me alegro de que Molly me llamara —dijo él, irguiéndose—. Estar aquí es bueno para mí. Si me hubiera enterado más tarde, me habría sentido peor. —Hizo una pausa, mirando un aparato tras otro—. Todo esto resulta muy intimidante.

—Te acostumbras. Te acostumbras a toda la situación. Pasas del aturdimiento a las lágrimas y de nuevo al aturdimiento.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó, con la gravedad justa para explicar a qué se refería.

Kathryn negó con la cabeza *No puedo entrar en eso* y se aferró a la mano de Robin, su propio recurso vital. Luego carraspeó.

—¿Así que todavía te gusta jugar al tenis?

—Sí. Lo hago bien.

—¿Echas de menos el subidón de las competiciones? —dijo, porque Robin se lo había preguntado.

—Echo de menos ganar. Perder, no. Cuando pierdes más partidos de los que ganas, sabes que ha llegado la hora.

—¿Te sentiste fracasado cuando lo dejaste?

—Si me hubiera permitido pensar en ello, lo habría hecho. Pero ya estaba poniendo en marcha mi escuela. Rodéate de chavales que creen que tienes la luna en tus manos y no te sentirás un fracasado.

—¿Alguna vez quisiste hacer otra cosa?

Él puso cara de «¿Quién?, ¿yo?».

—¿Alguien te aconsejó alguna vez que hicieras algo diferente? —dijo Kathryn, preguntándose si ella debería habérselo aconsejado a Robin.

—Mis mujeres. Todas tenían montones de ideas diferentes para ganar dinero.

—¿Y tu madre? ¿Vive todavía?

Su expresión se suavizó.

—Sí. Ella quiere que sea feliz.

—Yo quería que Robin fuera feliz —dijo Kathryn, pensativa. El diario de Robin la obsesionaba.

—¿No lo era?

—Cuando corría. Pero le preocupaba ser buena solo corriendo; por lo menos eso es lo que escribió en su diario. Nos miraba a los demás y pensaba que debería hacer algo más aparte de correr.

—¿La presionabas?

—No. Pero siempre la identificaba con correr. Nunca la estimulé para que hiciera otras cosas. Puede que ese fuera el problema. Empezó a pensar que no podía hacer esas otras cosas y a preocuparse por lo que pasaría cuando no pudiera competir. Si yo hubiera sabido que se preocupaba por eso, le habría dicho que no me importaba lo que hiciera, siempre que fuera feliz.

—Eso es propio de las madres... la felicidad.

—No tuve la oportunidad de decírselo. No compartió esos pensamientos conmigo.

—Yo hice una docena de años de terapia antes de poder compartirlos.

*Robin debería haber hablado contigo*, pensó Kathryn y, sintiéndose responsable por la falta de contacto, dijo en voz baja:

—¿Tal vez podrías decirle algo de lo que aprendiste de tu terapeuta? Te oiré. Es muy importante. —Con suavidad, dejó la mano de Robin sobre la



cama—. Voy a dejarte a solas con ella, Peter. Por favor, cuéntale lo que me acabas de decir.

Molly estaba esperando fuera de la habitación. Charlie y Chris también estaban allí, pero ninguno de los dos había querido entrometerse en lo que sucedía dentro. Charlie parecía preocupado cuando Kathryn salió, pero Molly se sentía todavía peor. Era ella la que había traído a Peter.

Con un ademán, Kathryn dijo a Charlie que todo iba bien, pero se dirigió a Molly.

—He perdido el sueño por esto —dijo, con tono irritado.

A Molly se le cayó el alma a los pies.

—Lo siento, pero es que Robin insistía mucho.

Kathryn respiró hondo. Se apoyó en la pared junto a Molly, cruzó los brazos sobre el pecho y preguntó:

—Bien, ¿y qué piensas de él?

La irritación se había suavizado. Aliviada por ello y halagada por que se lo preguntaran Molly dijo:

—Parece agradable. ¿Cómo ha estado con Robin?

—Bien. ¿Crees que le gustaría?

—No de la manera que quiere a papá —dijo Molly con lealtad.

Charlie debió de percibir su necesidad de espacio, porque, sin decir nada, se llevó a Chris por el pasillo. Molly se lo agradeció. Ya era bastante difícil hablar de Peter con Kathryn, pero lo era incluso más si Charlie las escuchaba.

—¿Lo comprendería? —preguntó Kathryn.

Molly tardó un minuto en entender qué quería decir.

—¿Comprender que estuvieras con Peter? Dios mío, sí. Puede que a ti te avergüence haber estado con alguien antes que con papá, pero a mi generación no le pasa lo mismo. Incluso ahora, es guapo y no hay duda de que tiene encanto. No te culpo por haber estado con él, mamá. Fue un choque el que lo mantuvieras tan en secreto, especialmente porque siempre has sido muy dura con nosotras respecto a los hombres.

—¿Ahora comprendes por qué? —preguntó Kathryn, con voz suplicante.

—Sí, ahora sí. Si hubiéramos conocido a Peter, quizá lo habríamos entendido antes.

—¿Cómo podía decíroslo... y seguir tratando de evitar que hicierais lo que yo hice... sin insinuar que Robin fue un error? No lo fue, Molly. También

a mí me criaron con los duendecillos de Nana. La concepción de Robin tenía un propósito. Me dio un centro. Me preparó para amar a tu padre.

Sin ninguna duda, Robin había creído en los duendes.

—¿Así que has leído el CD? —preguntó Molly.

Kathryn asintió.

—No ha sido agradable. Pero sí iluminador. Sencillamente, nunca lo supe.

—Ni ninguno de nosotros. No puedes castigarte por eso.

—Algo de lo que ella sentía, él también lo sintió.

—¿Como que competir es una mierda?

Sonriendo, Kathryn le cogió la mano.

—Hum. Eso y ese asunto de hacer bien solo una cosa. Los dos estaban inseguros al respecto.

A Molly le gustó que su madre le cogiera la mano. Indicaba perdón, incluso aprobación. Su corazón egoísta se sintió colmado en lo que debería haber sido una situación imposiblemente amarga.

—¿Cómo lo afronta?

—Lo deja ir. Se da permiso para ser bueno en una cosa y un desastre en otras. —Entrelazando los dedos con los de su hija, frunció el ceño—. Acepta quién es.

—Tú aceptas quién es Robin.

—¿De verdad? No la dejé pensar en muchas otras cosas. —Su mirada encontró la de Molly—. Tal vez no la quería lo suficiente.

—Dios mío, mamá. Claro que la querías.

—Ella decía que no confiaba en ella. Es posible que no lo hiciera.

—Querías que hiciera lo que mejor hacía.

—Puede que no pudiera soltarla.

—¿Habría hecho algo diferente si ha hubieras soltado?

—Tal vez no, pero habría tenido la posibilidad. Me deshacía en elogios por cómo corría, pero debería haberme deshecho en elogios por cómo era. Debería haber dejado de aferrarme a ella y haberla querido por todo lo que hacía.

—Mira, así es como yo me siento con Nana —soltó Molly. Kathryn la miró alarmada, pero la comparación era demasiado fuerte para ignorarla—. Ella es quien es, una persona diferente de quien era. Cuando abandono la idea de quién quiero que sea y la quiero por quien es, me siento en calma.

—Nana es otra caja de Pandora.

Molly detestaba esa expresión.

—Es la persona más dulce del mundo y está varada en algún punto entre esta vida y la siguiente. Tú te sientas junto a Robin horas y horas, aunque las pruebas dicen que ella no está aquí. Pero ¿qué hay de Nana? Ella está aquí. Sigue siendo tu madre. ¿Por qué ves a Robin y a ella no?

Kathryn le soltó la mano y cruzó los brazos.

—No puedo hablar de esto ahora.

*No sigas*, gritaba una parte de Molly, pero la otra no escuchaba. Se había abierto una ventana.

—Entonces ¿cuándo? Nana tiene momentos de lucidez. ¿Vamos a esperar hasta que también hayan desaparecido? Su cerebro todavía no está completamente muerto, mamá.

Kathryn parecía dispuesta a discutir cuando apareció Peter. Enderezándose, se volvió hacia él. Molly no podía ver la cara a su madre, pero tenía a Peter enfrente. Parecía muy afectado.

—¿Se lo has dicho? —preguntó Kathryn.

Él asintió.

—No sé qué ha oído.

—No importa. Por lo menos, se lo has dicho.

Él asintió de nuevo. Miró a Kathryn unos momentos y luego a Molly.

Kathryn mantuvo los brazos cruzados.

—Ya conoces a mi hija. —Con un gesto señaló hacia Charlie y Chris, que se acercaban—. Mi marido. Mi hijo.

Los hombres se estrecharon la mano.

Luego se quedaron allí, todos, en un incómodo silencio. ¿Qué hacer a continuación? Sintiéndose responsable, Molly dijo a Peter:

—¿Te gustaría hacer un recorrido por la vida de mi hermana?

Él pareció aliviado.

—Sí, me gustaría.

Molly estaba contenta consigo misma. Robin habría querido enseñárselo todo a Peter.

Dejando a sus padres en el hospital, empezó por su casa. Desde allí, lo llevó a las escuelas donde Robin había ido, el club donde hacía gimnasia, la pista donde se entrenaba. Dieron una vuelta en coche alrededor de Snow Hill, pero no entraron.

—Harían demasiadas preguntas sobre Robin —explicó. Él pareció comprender.

Luego fueron al *cottage*. Cuando dejaron la carretera, Molly esperaba un «Uau, qué bonito», pero si vio las rosas, la hortensia o el roble, no los mencionó. Estaba pensativo. ¿Un momento emotivo para él, quizá?

Dentro, le enseñó la casa. Dejó la habitación de Robin para el final, pero para cuando llegaron, él no paraba de estornudar. Resultó que era alérgico a los gatos.

*No es tan perfecto después de todo*, pensó Molly, aunque se deshizo en disculpas. A pesar de todo, él parecía decidido a echar un vistazo a la habitación y ella se sintió culpable porque tantas de las cosas de Robin estuvieran ya metidas en cajas. Suponiendo que quizá él quisiera llevarse algo de ella, le señaló una caja de pañuelos de papel y se fue a la cocina. En la encimera, junto a la BlackBerry de Robin estaba la riñonera que llevaba el lunes por la noche, que habían devuelto a casa después del tiempo pasado en el suelo de la UCI. Dentro estaba su cartera.

Su contenido era sobre todo plástico: Una VISA, tarjetas de dos almacenes, una tarjeta de un seguro médico. También encontró su tarjeta de socia del USATF y el carnet de conducir. Los dos llevaban su foto. La del carnet apenas tenía un año y la favorecía, como casi todas las fotos de Robin. Esta la captaba con un aire despreocupado, definitivamente una expresión que a Peter podría gustarle.

Molly estaba a punto de seguir el ruido de sus estornudos cuando vio el pequeño corazón que designaba a Robin como donante de órganos.

*Donante de órganos. A petición propia.*

Con el pulso acelerado, Molly se metió el carnet en el bolsillo. Cogió la tarjeta de socia del USATF y se la dio a Peter. Él se la quedó mirando, al parecer auténticamente conmovido, y le dio las gracias. Momentos después, se dirigían hacia el *jeep*.

—Esto es todo —dijo Molly—. ¿Quería... volver a ver a Robin?

A Kathryn podría no gustarle, pero Molly no sabía qué otra cosa decir. Ella lo había invitado a venir. ¿Para qué? ¿Para una visita de una hora?

Él estornudó una última vez y se sonó.

—No. Está bien. Pero pensaba quedarme en la ciudad un par de días. Ya que estoy aquí. —Se metió el pañuelo en el bolsillo y adoptó un aire prudente—. ¿Cuánto tiempo...? ¿Tu madre ha dicho lo que va a hacer?

—No quiere hablar de ello. —Pero Kathryn no había visto el carnet de Robin. Por la mañana, cuando los médicos mencionaron la donación de órganos, se mostró categóricamente en contra. Una vez que conociera lo que Robin pensaba, podría cambiar de opinión.

—He reservado habitación en el Hanover Inn —dijo, con una voz todavía ligeramente nasal—. ¿Me podrías dejar allí?

Con un ademán, Molly lo invitó a subir al *jeep* y recorrieron la corta distancia. Una vez allí, aunque dolorosamente consciente del carnet que llevaba en el bolsillo, se resistía a dejar que él se fuera. Imaginando que era la resistencia que Robin habría sentido, le propuso almorzar.

Peter pidió una hamburguesa gruesa, recién hecha. Posiblemente, Robin lo habría criticado y se habrían pasado un buen rato discutiendo. ¿Molly? No se le ocurría nada que decir, pero no estaba segura de que Peter se diera cuenta. Parecía absorto en sus pensamientos. Fue una comida silenciosa.

Cuando acabaron, él sacó una tarjeta y anotó un número en el dorso.

—Es el número del móvil. ¿Me llamarás si pasa algo?

Molly cogió la tarjeta y se quedó mirando el número. Posiblemente, su madre se disgustaría. Quizá pensara que Peter no tenía ningún derecho a un contacto continuado. Pero Robin habría cogido la tarjeta.

La metió en el bolso y se dirigió al hospital. Kathryn estaba sola. Parecía que había estado llorando de nuevo.

Molly vaciló, preguntándose si el carnet ayudaría o le haría más daño. Pero no podía ignorarlo. Sacó la pequeña tarjeta de plástico del bolsillo y se la tendió a su madre.

## Capítulo 18

**A** Kathryn le costó un minuto centrarse. Había visto el carnet de conducir de Robin otras veces. Perpleja, miró a Molly, que le señaló la pequeña indicación. Al comprender lo que significaba, el corazón de Kathryn empezó a palpar con fuerza.

—¿Tú sabías algo de esto? —preguntó asustada.

—No hasta hoy. Lo saqué porque me pareció que Peter querría tener algo de Robin. Fue entonces cuando vi el emblema.

Kathryn examinó el carnet de nuevo.

—Una cosa más que no sabía —murmuró y levantó la vista—. ¿No habría tenido que mencionárselo a su familia antes de apuntarse?

—No es muy importante, mamá. Hoy en día es políticamente correcto. Probablemente, sus amigos han hecho lo mismo.

—¿Y tú? —preguntó Kathryn.

—No, pero yo no vivo de yogur y té de hierbas —dijo Molly, despacio—. Sin embargo, es una buena práctica, como boicotear los abrigos de piel o negarse a comer ternera. Yo soy «verde» cuando se trata de las plantas, pero no hago esas otras cosas. No me preguntes por qué.

La respuesta era evidente para Kathryn.

—No las haces porque Robin las hace. —Miró de nuevo el carnet—. Ojalá me lo hubiera dicho.

—Suponía que te sobreviviría.

—Yo también —dijo Kathryn, reflexiva, y de nuevo pensó en lo injusto que era todo aquello. Furiosa, preguntó—: ¿De verdad se lo ibas a dar a Peter?

—Robin no va a necesitarlo, mamá.

—Pero, dar sus cosas tan pronto...

—Él está aquí ahora. Ha recorrido toda esa distancia. Y no se va a quedar mucho tiempo.

—¿Lo ha dicho él?

—No, pero sabe que no es bien recibido.

—No es que no sea bien recibido —replicó Kathryn, tratando de averiguar qué sentía exactamente—. Me alegro de que haya venido. Hiciste bien en llamarlo. Robin quería. Además, así se cierra el círculo. Es solo que no deseo presiones. —Su mirada volvió al carnet. Lo estudió y luego miró a Robin. Seguía respirando. Seguía viva. Seguía allí: Su hija, su niña. ¿Cómo poner fin a eso?—. No sé qué hacer.

—Tal vez nos ayudaría si supiéramos un poco más. ¿Quieres que me entere?

Kathryn levantó la cabeza rápidamente.

—¿Te enteres de qué?

—De la donación de órganos. Que averigüe qué implica.

—Es demasiado pronto.

—No para hacerlo, mamá. Solo para saber.

—Nadie podrá usar su corazón.

—Hay otros órganos. ¿No deberíamos explorar las opciones?

Pero cualquier opción entrañaba poner fin al soporte vital. Kathryn suspiró, estremecida.

—Pensar en esto me agota.

Molly estaba claramente conmovida.

—Lo siento. Creía que quizá serviría de ayuda.

—¿Porque nos dice lo que Robin quiere?

—Porque sería hacer algo bueno.

Pero Kathryn tenía mucho miedo de cometer un error.

—¿Y si Robin tenía algo totalmente diferente en la cabeza cuando firmó para ser donante de órganos? ¿Y si pensaba en un accidente... como un choque de coches, donde mueres en un instante? ¿O, Dios no lo quiera, en un asesinato? Un accidente de coche es algo horrible. Todas las madres lo temen, especialmente cuando sus hijos empiezan a conducir. Pero el asesinato es la pesadilla más horrible de cualquier madre. O eso cree. —Miró a Molly—. Esto es peor. Esta decisión. ¿Cómo lo hace una madre? —No esperaba que Molly supiera la respuesta, pero de todos modos se sorprendió de su silencio—. ¿No me discutes? —preguntó con una sonrisa triste—. ¿Dónde está esa impetuosidad?

—Es difícil ser impetuosa aquí.

—¿Será el vestido? Tienes un aire muy maduro.

—Me siento muy madura. Pasa algo así y hace que todos se sientan viejos. No estoy en desacuerdo contigo, mamá. Esto es peor. Solo trato de

ayudar.

Kathryn estudió a su hija menor, los ojos de color avellana angustiados, el pelo rubio rojizo que se escapaba del pasador, la boca ancha y sombría. Era tan atractiva como Robin, aunque de una manera más suave. Su lengua, que podía ser incisiva, lo compensaba con creces. Pero Kathryn no se quejaba. Cogiendo la mano de Molly, le dijo:

—Y ayudas. Robin y tú sois las dos caras de una moneda. Ella me dice lo que yo quiero oír; tú me dices lo que no quiero. Es preciso decir las dos cosas. Puede que escucharla a ella resulte más fácil.

—Tengo que aprender a callar. Digo las cosas sin pensar.

—Pero no son estupideces. Como cuando hablas de la abuela. —Se dio unos golpecitos en el muslo con la mano de Molly y dejó caer la cabeza hacia atrás—. Tienes parte de razón. Es solo que no puedo enfrentarme a eso todavía.

—Pensaba que si pudieras volver a conectar con Nana, te ayudaría a compensar esta pérdida.

—En mi cabeza, tu abuela también cuenta como pérdida.

—A mí sigue reconfortándome.

—¿De verdad? ¿O son los recuerdos?

—El consuelo es el consuelo.

—Aquí, con Robin, también —señaló Kathryn. Cerró los ojos y apoyó la mejilla en la mano de Robin. Ya no olía como su hija; ya no quedaban restos de pomada muscular ni guantes sudorosos; además hacía tiempo que Robin había dejado de comer panqueques. Sin embargo, en un tiempo le entusiasmaban. Alegrándose de poder evadirse, Kathryn se refugió en sus recuerdos de columpios y balancines.

Chris estaba en el parque con Erin y Chloe. Con frecuencia, iban a pasear por allí los fines de semana, para que la pequeña viera a otros niños, y había muchos ese sábado por la tarde. Chloe estaba interesada. Mientras la empujaba en el columpio para pequeños, su cabeza se inclinaba atrás y adelante siguiendo a otra niña que estaba en el columpio, para no tan pequeños, de al lado.

Erin se acercó y dijo en voz baja.

—Cuéntame algo más sobre él.

Chris no quería hablar de Peter. No quería pensar en Robin. Había confiado en que el parque le daría un respiro de una hora.



Pero Erin había preguntado. Y lo acusaban de no querer hablar. Así que dijo:

—Era bastante agradable.

Erin lo sustituyó en la tarea de empujar el columpio.

—¿Fue extraño verlo con tu madre?

—Solo cuando pensaba en ello.

—¿Actuó de forma diferente con él?

—¿Te refieres a si le deslizó una notita amorosa en la mano, por ejemplo?

Cuando Erin no dijo nada, la miró. Parecía llena de reproche.

—No es eso lo que quería decir —respondió, entre dientes—. Me preguntaba qué sintió al verlo por vez primera, después de tantos años.

—No lo dijo. Por lo menos, no a mí. Puede que se lo haya dicho a Molly. Papá y yo estábamos en el otro extremo del pasillo.

—No puedo imaginarme guardar algo así en secreto. No puedo imaginarme vivir con el miedo a que se descubriera.

—Mi padre lo sabía.

—Pero Robin no. ¿Cómo crees que se sintió al recibir aquella llamada?

—¿Sorprendida?

—Tú te sorprendiste. Ella debe de haberse sentido estupefacta, asustada, incluso furiosa. No puedo imaginar ocultarle algo así a Chloe.

—Bueno. Tú no eres mi madre. No has estado en su piel. A veces, las circunstancias nos obligan a hacer cosas que preferiríamos no hacer. —¿Qué verdad era eso!

—Dios, fíjate en las repercusiones —dijo Erin, e impulsó de nuevo el columpio—. Piensa en tu padre, cuando lo vio allí. Quiero decir, una cosa es encontrarse con alguien que tu mujer conocía en otros tiempos, pero ¿alguien con quien tuvo una aventura? Tiene que ser humillante.

Chris la miró, incómodo. Al oírla hablar, parecía como si supiera lo de Liz y lo estuviera provocando para que lo soltara.

—¿Qué? —preguntó Liz, inocentemente.

Chris movió la cabeza y paró el columpio.

—Ahora toca ir a la arena —dijo a Chloe, cogiéndola en brazos.

Erin persistió.

—¿A qué venía esa mirada?

Chris llevó a Chloe a la arena, la dejó en el suelo y cogiendo prestado un cubo, le puso la manita en la pala y la ayudó a llenarlo de arena.

—Dime qué pasa, Chris —pidió Erin.

—Estamos en un parque para niños. No es sitio para hablar de cosas serias.

—No critico a tu madre. Solo intento comprender. Seguro que la cabeza te da muchas vueltas.

—No sabes ni la mitad —masculló.

—Pues, dímelo —suplicó.

Dando unas palmadas en la arena, la igualó y luego dijo:

—Mira, Chloe. Mira lo que hace papá. —Le dio la vuelta al cubo rápidamente y luego lo levantó, más despacio, pero la arena estaba demasiado seca para aguantar la forma—. Vaya. Necesitamos agua. —Miró hacia la fuente.

—¿Qué mitad no conozco? —preguntó Erin, pero él cogió el cubo y se fue a la fuente. Segundos después, volvió y dejó caer agua por encima de la arena desmoronada.

Antes de que Chris se diera cuenta, Erin se había puesto en pie y se marchaba. No le dio importancia hasta que ella pasó junto a la sillita, salió por la verja y empezó a alejarse calle abajo.

Consternado, dejó caer el cubo y cogió a Chloe, que se puso a llorar. Trató de calmarla mientras la ataba en la sillita. Cuando las palabras tranquilizadoras no dieron resultado, sacó un biberón de la parte de atrás. Luego, empezó a caminar empujando el cochecito tan rápido como pudo. Erin estaba a una buena distancia y doblaba la esquina antes de lograr atraparla.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó, cuando finalmente la alcanzó.

Ella se volvió y lo miró furiosa.

Chris levantó la mano para defenderse de su ira, pero la dejó caer rápidamente. No era ella la que había actuado mal.

—Tengo un problema —le dijo.

—Cuéntame algo que no sepa.

—Conocí a Liz Tocci cuando estaba en la universidad.

Erin retrocedió.

—¿Qué significa eso?

—Estuve con ella.

Erin palideció.

—¿Quieres decir que tuviste relaciones con ella?

—Solo duró un par de semanas y acabó justo después de que empezara a verte, pero hubo una breve coincidencia.

—¿Te acostabas con las dos?

—No. Rompí con ella antes de que tú y yo nos acostáramos.

Erin tragó saliva.

—Nunca me lo habías dicho.

—¿Qué había que decir? Estaba acabado, terminado.

—¿Liz Tocci? Es lo bastante mayor para ser tu madre.

—Solo es diez años mayor que yo.

—¿Y te pareció de fábula?

Chris le cogió la mano, pero ella se soltó de golpe. Sintiendo asco de sí mismo, dijo:

—Era divertido. Yo me sentía halagado. Estaba en último curso y me parecía que era el rey del mundo. No me siento orgulloso de ello, Erin. Por eso no te lo dije.

—Pero la trajiste a Snow Hill.

—No. No fue así. Ella quería marcharse de la ciudad. Se enteró, por uno de nuestros proveedores, de que buscábamos a un proyectista. Me llamó. Le organicé una entrevista con mi madre. Y esa fue toda mi participación.

—Pero la recomendaste.

—No. Consiguió el trabajo por sus propios méritos. Sus referencias eran buenas.

—¿Cómo has podido tenerla aquí? —exclamó Erin, que parecía consternada.

Chris había sido absolutamente ingenuo; ingenuo o indiferente. En cualquier caso, era una situación patética; no algo que le apeteciera discutir con alguien que le importaba tanto; pero ¿su padre no había dicho que compartir sentimientos era difícil? «Si alguien está en desacuerdo con nosotros, nos ofendemos; en especial si ese alguien es la persona que amas. Pero la solución no es encerrarse en uno mismo».

Así que se obligó a hablar.

—Sinceramente, pensé: «Se trata de alguien que conocía, una vieja amiga, y si puede hacer el trabajo, perfecto». Nunca hubo nada entre nosotros después de que rompiéramos. Simplemente, no pensaba en ella de esa manera.

—Entonces, ¿qué problema hay ahora?

Chris se inclinó. Chloe se había quedado dormida, con el biberón a medio beber caído encima de las rodillas. Lo enderezó y miró a su esposa.

—El problema es que Molly la ha despedido y quiere vengarse. Dice que si no recupera su puesto, utilizará nuestra relación.

—¿Cómo puede utilizarla?

—Creando problemas entre tú y yo. Te enseñaré una foto de aquella época y otra del congreso de diseño de este año, e insinuará que hemos estado juntos.

—¿Fotos del congreso de este año?

—Snow Hill tenía una caseta allí, y yo soy un Snow. También hay fotos mías con Tami, Deirdre y Gari. Joder, están en el tablero al lado del despacho de mamá, y la de Liz es igual que las demás. No he estado con ella, Erin. Tú eres mi esposa. Te elegí porque te quería. Quiero a Chloe. Me gusta mi vida. Liz Tocci es una mujer furiosa. Al parecer, su vida no ha ido como ella quería.

Erin lo estudió largo rato. Finalmente, se puso detrás del cochecito y empezó a empujar. Su paso era acompasado.

—¿Y bien? —preguntó Chris, poniéndose a su lado.

—Bien, ¿qué?

—¿Estás bien?

—Pues claro que estoy bien —dijo, enfadada—. ¿Creías que me iba a poner como un basilisco, a gemir, llorar, pedir el divorcio, porque estuviste con otra antes de salir conmigo? Me irrita que te costara tanto decírmelo, eso es todo. ¿Tan difícil era?

—Sí. Me siento como un canalla.

—Deberías. Hiciste mal. Pero yo no soy una persona poco razonable, Chris. Si me hubieras hablado de ella cuando empezamos a salir, sería algo sin importancia.

Empujó el cochecito más rápido. Él se mantuvo a su lado. Erin parecía furiosa y eso lo ponía nervioso.

Al cabo de un rato, ella volvió a un ritmo más normal.

Chris no dejaba de mirarla.

—Liz no significa nada para mí. —Cuando Erin asintió, añadió—: ¿Me crees?

—Dado el problema del que has estado hablando y de que por fin has conseguido decirlo, sí, te creo. —Le lanzó una mirada incisiva, pero se cogió de su brazo.

Era una recompensa suficiente para que él dijera algo más.

—Tenías razón. Las cosas cambiaron después de casarnos. Pero también los problemas. —Siguieron andando. Su silencio era un acicate—. Soy bueno en mi trabajo, y pensaba que me comunicaba como hacía mi padre en casa. Parece que no sabía lo que él hacía. —El brazo de ella se enlazó con el suyo más estrechamente, pero siguió sin decir nada. Así que Chris continuó—:

Resulta que habla cuando mamá y él están solos. ¿Cómo iba yo a saberlo? Un título de contabilidad no incluye cursos sobre cómo hablar con tu esposa. No es que no quiera que sepas lo que hago, Erin. Es solo que no me gusta hablar.

—Pero ¿no te sientes mejor cuando lo haces?

Así era. Paró el cochecito, la atrajo hacia él y la abrazó estrechamente.

—Dilo —dijo ella.

Pero sentirse mejor respecto a Liz abría la puerta a otras emociones.

—Mi hermana se está muriendo. No sé qué hacer.

Erin le acarició la espalda.

—Era una buena hermana —prosiguió él—. No siempre me gustaba lo que hacía, pero nos quería. ¿Te acuerdas del brindis que hizo en nuestra boda? ¿Te acuerdas de cómo acertó un viaje cuando nació Chloe? Chloe ni siquiera llegará a conocerla. —Se le hizo un nudo en la garganta. No dijo nada durante un rato, pero Erin pareció comprenderlo. Continuó abrazándolo, allí en medio de la acera. No se les ocurrió moverse.

»Creo que tendrían que desconectarla de los aparatos. Pero puede que me equivoque. Si Chloe estuviera allí, de esa manera, querría conservarla todo el tiempo que pudiera.

—En caso de que no sufriese.

—Robin no sufre. Está cómoda. Suena horrible, pero estamos sacando algo de esto. Si se hubiera acabado el lunes, no habríamos sabido nada de Peter. Molly no habría estado tan tensa como para despedir a Liz, Liz no me habría amenazado y tú y yo no estaríamos hablando. —Apartándose un poco, dijo—: No sé qué hacer.

—Estás aquí. Estás en Snow Hill. Con eso basta.

Él levantó la cabeza.

—Tú también estás en Snow Hill. Papá quiere contratarte.

—¿Y tú?

—Si eso es lo que tú quieres.

—¿Quieres que esté allí?

—¿Tú quieres estar allí?

—¡Chris!

—Sí. Quiero que estés allí. Es una empresa familiar y tú eres de la familia. Y eres buena.

—¿En qué?

—En todo lo que entraña tacto. Tienes mucho tacto.

A Erin se le escapó la risa.

—No siempre. Animaba a Molly cuando estaba despidiendo a Liz. ¿Qué harás respecto a ella, Chris?

—La llamaré. Lo he hablado con mi padre. No queremos readmitirla. Le ofreceré una generosa indemnización por despido.

—Tal vez no deberías ser tú quien la llamara.

Chris no quería hacerlo, claro. Pero estaba de acuerdo con su padre.

—Yo he provocado este lío; yo tengo que solucionarlo. Es decisión mía y ella tiene que saberlo.

Esperó solo hasta que llegaron a casa para localizar su número en el listín telefónico y hacer la llamada.

—Te ha costado mucho —dijo Liz, en cuanto oyó su voz—. Supongo que harás que la espera haya valido la pena. ¿Sabes que tu hermana ha hecho cambiar la cerradura de mi despacho? ¡Fui allí esta mañana y no pude entrar! Querría la nueva llave.

Aun en el caso de que Chris no hubiera hablado de la situación con Molly, con Charlie y ahora con Erin, la arrogancia en la voz de Liz lo habría hecho decidirse.

—No hay llave, Liz. No vamos a readmitirte.

—¿Cómo dices? —preguntó, con el mismo tono altivo.

—Te daremos una paga de cuatro semanas y dos meses de seguro médico.

—¿Que me daréis qué? —Soltó una carcajada—. Al parecer, no has entendido lo que te dije. Puedo arruinarte, Chris.

—Me parece que has sido neutralizada. —Chris sintió placer al decirlo—. Toda mi familia sabe que tú y yo tuvimos una relación en el pasado. Y mi esposa también. Sinceramente, no creo que le importe a nadie más. Cuatro semanas de paga y dos meses de seguro médico.

Hubo una pausa.

—¿Estás dispuesto a ver las fotos en la prensa?

Chris inclinó el teléfono, apartándolo de la boca.

—¿Fotos en la prensa? —dijo, en voz alta para que Erin pudiese oírlo—. Del congreso de diseño de Concord. —Empezaba a pasárselo en grande—. Buena publicidad para Snow Hill, ¿no crees? —Volvió a hablar por teléfono—. Una idea genial, Liz. Mi esposa está sustituyendo a mi padre, ¿sabías que tiene formación en relaciones públicas? Llevaremos la historia al periódico el lunes por la mañana, junto con otro par de fotos. Puede que no las publiquen, pero es una buena idea. Gracias por proponérmelo.

El teléfono de David sonó. Estaba vestido para ir a correr pero lo iba demorando. No había salido a correr desde el lunes por la noche.

—¿Dígame?

—Soy Wayne Ackerman. ¿Estás en casa?

—Esto... sí, claro, doctor Ackerman. ¿Alexis está bien?

—De eso quiero hablarte. Estaré ahí dentro de diez minutos. —Colgó antes de que David pudiera decirle dónde vivía... pero, claro, la dirección estaba en el fichero de personal.

Su piso era pequeño y estaba desordenado. Sabiendo que no podía hacer mucho al respecto en diez minutos, bajó la escalera y salió afuera. Estaba en el aparcamiento cuando el BMW llegó ronroneando suavemente por la calle.

Ackerman aparcó y bajó. Llevaba pantalones caqui y una camisa negra.

—Gracias. Sé que es sábado.

David hizo un gesto, quitándole importancia.

—¿Cómo está Alexis?

—Estaba agotada. Por eso se desmayó. Ya se siente más fuerte. Hay otras cuestiones de las que tendremos que ocuparnos, pero espero que tú nos ayudes.

—Lo que sea. Alexis es una chica estupenda.

—Queremos minimizar el estrés y ahora mismo se preocupa por lo que la gente estará diciendo. El diagnóstico oficial es agotamiento. Ha querido abarcar demasiadas cosas a la vez. Dejará de ir a la escuela un par de semanas, para descansar y recuperarse. ¿Te parece que podrías seguir recogiendo sus deberes y traérmelos a mi despacho al final de cada día? Mejor todavía, ¿puedes llevarlos a casa, una vez que ella esté allí? Le irá bien tener contacto con alguien de la escuela.

Lo que quería decir, David lo sabía, era que a la escuela le iría bien saber que uno de los suyos estaba allí. Liberaba a todos los demás del deber de pasar a verla y quizá adivinar la verdad. Con David como única vía de comunicación, las escasas noticias que llegaran al mundo exterior podrían ser una versión aséptica.

A David no le gustaba que lo utilizaran de esa manera. Lo ponía en una situación desagradable. Pero ¿qué remedio le quedaba?

—Puedo hacerlo —aceptó, educadamente.

—Serás nuestro portavoz. Todos sabrán que pueden preguntarte cómo está Alexis.

—Ajá.

—Si hay preguntas, llámame. El objetivo es planear las cosas y hacer que la vuelta de Alexis a la escuela sea lo más fácil posible.

—Un buen objetivo —dijo David.

Dio un paso atrás y miró cómo el director se alejaba en el coche. Y entonces, fue a correr. Corrió con energía y rapidez, golpeando el suelo con fuerza, castigándose por haber sido cobarde; pero para cuando volvió al aparcamiento, estaba haciendo balance de los hechos. Ponerse a Ackerman en contra perjudicaría a Alexis. Ella sabía que David conocía la verdad. Cuando llegara el momento, quizá se sincerara. Por ahora, tocaba jugar según las reglas.

Irritado por haber tenido que racionalizar aquello, no estaba del humor más receptivo cuando lo detuvo la bocina de un coche, justo cuando había llegado a casa y estaba a punto de entrar. Era Nick Dukette, que no tenía el fichero de la escuela para conseguir la dirección de David, pero que la había averiguado de todos modos.

Sudoroso y malhumorado, David esperó con las manos en las caderas a que Dukette llegara hasta él. Llevaba un sobre grande de papel manila.

—Los papeles que te prometí —dijo, dándole el sobre a David.

—No has tardado mucho.

—Llevo todo un año trabajando en esto. Solo es una parte. Pero lo que hay ahí te dará una idea de lo que estoy haciendo. —Bajó la voz—. ¿Alguna noticia sobre Robin?

David negó con la cabeza.

—¿Sigue en soporte vital?

—Por lo que yo sé. Mira, no sé si podré hacer nada con esto. No formo parte del círculo interno de mi familia.

—¿Alguien más va a ver a Robin: Amigos, otros corredores?

—No lo sé.

—¿Tú has ido a verla?

—No. ¿Por qué lo preguntas? —David no tenía ninguna intención de ponerle las cosas fáciles.

Nick estudió la gravilla, luego los árboles.

—Es difícil comer, dormir, seguir adelante... —Miró a David—. ¿Alguna vez has querido a alguien?

—Todavía no.

—Bueno, es una mierda —exclamó con una crudeza que daba autenticidad a sus palabras—. ¿Cómo explicas pensar en alguien todo el tiempo? Te aseguro que yo no puedo. La putada es que, probablemente, no



nos conveníamos mutuamente. Los dos queremos ser primeras figuras. Juntos, podía ser mortal. Pero yo pensaba que ella solo podría correr un cierto tiempo y luego, todo iría bien. Pero ahora está conectada a todos esos aparatos. ¿Cómo voy a vivir con eso?

Parecía a punto de romper a llorar. David no quería presenciarlo. No quería creer que nada en aquel hombre fuera sincero.

Pero Nick Dukette, allí de pie, luchando por controlar sus emociones, parecía sincero.

Cediendo un poco, David dijo:

—Mira, leeré lo que has escrito. ¿Hay alguna manera de ponerme en contacto contigo?

Nick ni siquiera pareció aliviado. Seguía desconsolado.

—Claro. Dentro encontrarás mi teléfono. —Miró hacia los árboles y luego de nuevo a David—. No hay ningún motivo para que te caiga bien. Ninguno para confiar en mí. Sabes lo que hace la gente de la prensa. Pero esto no es para el periódico. No he estado en la sala de local desde hace dos días. Ni siquiera sé cuándo volveré. No me importa. Pero te lo ruego, si sabes algo de Robin, si hay algún cambio, ¿me lo dirás?

David aceptó.

## Capítulo 19

Molly se mantenía al día de los últimos descubrimientos en horticultura. Siempre había nuevas plagas y nuevos tratamientos. Estaba convencida de que si estaba familiarizada con ellos, estaría preparada para actuar, en el caso de que sus plantas enfermaran.

Lo mismo sentía ahora respecto a la donación de órganos. Familiarizarse con el procedimiento haría que las cosas resultaran más fáciles, cuando llegara el momento. Kathryn ni siquiera podía pensar en ello, pero cuando estuviera preparada, Molly quería ser capaz de ayudar.

De no ser sábado, habría llamado a la psicóloga que había acudido a la reunión del jueves. Su segunda opción era su enfermera favorita entre las que cuidaban a Robin. Estaba agradablemente rellenita, tan suave físicamente como cálido era su carácter. Cuando Molly le preguntó si podían hablar, la enfermera la llevó a una estancia vacía.

—La donación de órganos —dijo Molly, pero añadió rápidamente—: Por favor, no se lo menciones a mi madre. Todavía no está preparada. Hace solo dos días que se convirtió en una opción. —Vacilante, miró a la enfermera—. ¿Cuánto tiempo se tarda, habitualmente?

—Depende de la persona. Tu madre y tu hermana estaban inusualmente unidas.

Molly se mostró de acuerdo con un carraspeo. «Inusualmente unidas» era quedarse corto.

—Tu madre no ha querido ver a un pastor —observó la enfermera.

—Sus reparos no son religiosos. Son personales. No está dispuesta a dejar que Robin se vaya; no es que yo lo esté —añadió Molly rápidamente—, pero Robin se inscribió como donante de órganos. ¿Puedes explicarme cómo funciona?

—Claro. En realidad, es muy fácil. Cuando llega el momento, nos avisan. Nos ponemos en contacto con el Banco de Órganos de Nueva Inglaterra, que envía a sus representantes para conocer a la familia. Les explican el

procedimiento y obtienen el consentimiento. Tienen mucha experiencia en esto, Molly. Aconsejan a las familias sobre las emociones que se despiertan.

—¿Qué emociones son esas?

—Oh —suspiró la mujer—, cubren toda la gama. Algunos familiares están furiosos ya que son contrarios a la donación. Otros se sienten resentidos porque otra persona viva mientras que su familiar no lo hace. La mayoría solo se sienten abatidos por perder a un ser querido. A veces, la donación de órganos incluso puede ser un consuelo. Algunas personas quieren saberlo todo de los receptores; otras no quieren saber nada.

Molly sentía curiosidad.

—¿Conoceremos los nombres?

—No. Las leyes de privacidad lo prohíben.

—Pero he visto reportajes en televisión de receptores que se reúnen con las familias de los donantes.

—Cuando un receptor quiere dar las gracias a la familia donante, el banco de órganos puede poner en contacto a los dos, pero solo si la familia del donante está de acuerdo. Lo más frecuente es que se mantenga el anonimato. Los representantes del banco de órganos pueden decir: «Tenemos siete pacientes en Boston esperando corazones; seis esperando riñones», etcétera, pero sin dar más detalles.

—Entonces, ¿los receptores estarían en Nueva Inglaterra?

—No necesariamente. El banco local trabaja con una red para que los órganos lleguen a los receptores adecuados. Si el paciente adecuado está en la zona del Pacífico Noroeste, allí es donde va el órgano.

—¿Podemos especificar un receptor? —preguntó Molly, pensando que si Kathryn conociera las historias, incluso viera físicamente a las personas que esperaban un trasplante, quizá se decidiera en esa dirección.

Pero la enfermera sonrió levemente.

—Salvo que se trate de un miembro de la familia que done, digamos, un riñón a un pariente, es algo que no se hace. ¿Puedes imaginar el lío que sería: acusaciones de favoritismo, pleitos por discriminación? De vez en cuando, oyes que alguien famoso ha saltado al principio de la lista, pero por lo general son rumores, no hechos. Los bancos de órganos son ardientes defensores de la equidad.

Resultaba convincente, decidió Molly. Robin querría que sus órganos hicieran el máximo bien posible.

—¿Cuánto se tarda en hacerlo después de que alguien muere? —preguntó, por vez primera yendo más allá de la propia decisión. Aunque había que

preguntarlo, la pregunta la dejó helada.

La enfermera debió de notar sus reparos, porque le rodeó los hombros con el brazo.

—Se hace lo antes posible. En el caso de alguien como tu hermana, una vez se toma la decisión de desconectar los aparatos, los engranajes se ponen en marcha. Se localiza a los receptores, que con frecuencia están hospitalizados incluso antes de que se complete la retirada del soporte vital. Una vez que se confirma la muerte, un médico lleva a cabo el procedimiento. Los representantes del banco de órganos transportan rápidamente el órgano hasta el receptor.

Todo era muy limpio y eficiente; menos, sin embargo, cuando Molly pensaba en Robin.

—Una vez que se desconectan los aparatos, ¿cuánto tiempo tardará...?

—¿Su corazón en pararse? —acabó la enfermera, con voz comprensiva—. ¿Sin actividad cerebral? No mucho.

—¿Sufrirá?

—No. No siente nada.

Molly tragó saliva. El fin parecía tan cerca.

—Entonces, cuando pase, cuando su corazón se pare, se la llevarán de la habitación.

—La llevarán a un quirófano.

—¿Y luego? Quiero decir, por ejemplo en el velatorio, ¿veríamos algo?

—¿Te refieres a si estará desfigurada? —preguntó la enfermera, perceptiva. Puede que estuviera acostumbrada a la pregunta o que sintonizara con lo que Molly pensaba—. No hay ninguna desfiguración. Se actúa con un enorme cuidado, de forma que, incluso en el caso de un ataúd abierto, el ser querido sigue teniendo su mismo aspecto.

Molly asintió. Su mirada se encontró con la de la enfermera.

—Si a mí me cuesta aceptar todo esto, puedo imaginar que a mi madre le costará mucho más.

—Es una mujer fuerte. Sencillamente, necesita llegar a ello a su propia manera.

Kathryn sabía que no quedaba mucho tiempo. Nada, absolutamente nada había cambiado en la situación de Robin; sin embargo, su hija se estaba yendo. Pasando los dedos por el oscuro pelo de Robin, Kathryn restableció un poco el aspecto de una corredora físicamente activa; pero la frente de Robin

estaba demasiado fría, sus párpados lisos. Cada día que pasaba, se parecía menos a la Robin que ella había criado.

O tal vez fuera el propio cerebro de Kathryn que iba adaptándose. Aceptando.

Parte de ella estaba asustada por esa aceptación.

Con los codos apoyados en el borde de la cama, cogió la mano de Robin entre las suyas y, besándola, estudió la cara de su hija.

—Te quiero —susurró. Quería decir más, pero tenía un nudo en la garganta y, cuando habría creído que ya no le quedaban lágrimas, sus ojos se anegaron de nuevo.

Charlie le tocó el brazo.

—Vamos a dar una vuelta —le propuso, cariñosamente.

Kathryn seguía mirando a Robin. No habló. Robin ya no oía. Su madre lo aceptaba, aunque pensarlo hizo brotar de nuevo las lágrimas. Secándoselas, se levantó. El brazo de Charlie era un firme apoyo mientras recorrían el pasillo.

La llevó a la sala de espera y señaló afuera. Lejos, a la izquierda, estaba el río, pero más cerca, en un tramo de césped apartado del acantilado, había un cartel: Rezamos por ti, Robin. Cerca, sentados en un círculo indefinido, había un grupo de amigos de Robin.

—Hay otros amigos que también han traído letreros —le dijo—, pero este es el primer grupo que ha acertado con el sitio. He recibido llamadas de la prensa. Por el momento, no van a publicar nada.

*Rezamos por ti, Robin.* Kathryn rompió a llorar de nuevo. Apretó la cara contra el brazo de Charlie hasta que recuperó el control.

—Esto no es nada propio de mí —murmuró finalmente.

—¿Llorar? —preguntó, estrechándola con más fuerza.

—Desmoronarme.

—Haces lo que haría cualquier madre. Y estás completamente agotada.

—Estoy desgarrada... Como si tiraran de mí en todas direcciones. Lo final nunca había sido tan final antes. ¿Qué debo hacer, Charlie?

—Ay, cariño; no puedo tomar esa decisión por ti.

Eso le parecía injusto.

—El principio de la vida, el final de la vida... ¿por qué siempre es decisión de la madre? Cuando quedé embarazada, tuve que decidir si tener un hijo sola o abortar. Peter no me dijo qué opinaba. Fui yo. Fue mi decisión.

—Por lo menos pudiste decidir.

—Las dos opciones eran sobrecogedoras. Elegir abortar es doloroso, incluso cuando se hace por las mejores razones. Luego, habría sufrido durante

años y nunca habría conocido a Robin. Esta decisión es todavía peor.

—Es el precio de tener una vida que valga la pena vivir. Elegir es fácil cuando no tienes nada que perder. ¿Preferirías haber vivido esa otra clase de vida? —Kathryn se sentía lo bastante amargada para decir «sí», cuando él añadió—: No podías hacerlo, Kathryn. No eres así. Siempre me ha gustado tu determinación; la manera incondicional en que te entregas a lo que haces.

—Pero ahora me estoy rindiendo —respondió, reprochándose a sí misma. Esta era la parte aterradora de aceptar lo que estaba sucediendo. Rendirse era una traición.

Charlie respondió con una fuerza extraordinaria.

—No, Kathryn. Si alguien ha luchado estos últimos días, has sido tú. No, no se trata de rendirse. —Su voz se suavizó—. Se trata de dejar ir y lo digo en el sentido más positivo. En algún momento, decidirás que no puedes hacer nada más y que seguir aferrándote solo trae más llanto.

—¿Tú has llegado a ese punto? —preguntó Kathryn.

Charlie se quedó callado, con una mirada atribulada.

—Quiero empezar a recordar a Robin tal como era. Eso solo sucederá cuando todo haya acabado.

—¿Esa es una razón suficiente para desconectar los aparatos?

—Por sí sola no. No.

—¿Qué sería una razón suficiente? —Trataba de encontrar algo. Algo concreto. Una razón en que apoyarse en los años venideros.

—Haber hecho las paces con la situación.

No era algo concreto, pensó Kathryn. Era nebuloso. Sin embargo, dicho por Charlie, era un reto.

—Pero no siente dolor —razonó desesperadamente—. No sufre. Tiene que haber una razón para que sea así, para que podamos hacer que su corazón siga latiendo indefinidamente, incluso cuando su cerebro está muerto.

—Algunas personas lo hacen para ganar tiempo hasta que se encuentre una cura milagrosa.

—Tú crees en milagros —le recordó, preguntándose si aunque solo fuera una parte diminuta de él, estaría dispuesta a esperar. Sería algo a que aferrarse.

—En los milagros dentro de lo razonable —aclaró—. Cuando las probabilidades están en contra de algo y, a pesar de todo, sucede, lo llamamos un milagro. Pero en este caso, las probabilidades en contra son demasiado importantes. He buscado en la web, Kathryn. He recurrido a amigos que conocen a médicos. Ni uno solo de esos médicos cree que con unos resultados

en las pruebas como los de Robin haya ninguna posibilidad de que se recupere. Sí, estamos tratando de ganar tiempo, pero es por nosotros, no por Robin.

—Por mí —murmuró Kathryn—. Robin siempre ha tenido la máxima importancia en mi vida. No puedo imaginarme la vida sin ella. Cuando esto... esta vigilia se acabe, cuando ya no venga aquí cada día, habrá un enorme vacío en mi vida.

—Se cerrará. Lo llenarás con otras cosas.

No podía pensar con qué. Tenía la mente entumecida.

—Allí está Molly.

Kathryn trató de verla, pero tenía los ojos demasiado cansados.

—Está presionando para acceder a la donación de órganos.

—No presiona —señaló Charlie, con dulzura—. Solo dice que Robin estaba interesada en ello.

Eso era precisamente lo que Kathryn no podía dejar de lado. Si algo había aprendido en los últimos días sobre su relación con su hija, era que les había faltado sinceridad. Aquí había sinceridad. No podía negar lo que había en el carnet, como tampoco podía negar el contenido de los diarios de Robin.

—Lo que has dicho antes, lo de imaginarla tal como era, ¿podrías hacerlo si se llevasen sus órganos? —preguntó.

—Claro que sí —respondió con vehemencia—. ¿Te acuerdas de mi madre, de lo mucho que sufrió antes de morir, de lo delgada y gris que estaba después de tantas operaciones? Ya no la imagino así. La imagino como era antes de caer enferma. Lo mismo pasará, también, con Robin. En cuanto a sus órganos, la verdad es que, si los conserva, antes volverán a ser polvo. Permitir que otras personas los usen prolongará su vida.

Era una idea reconfortante.

—Entonces, ¿estás a favor de la donación de órganos?

—Probablemente. Pero se puede hacer la semana que viene o el mes que viene. No tiene que ser hoy.

Mirando hacia el norte, más allá de la hierba hasta un grupo de abedules que ya estaban empezando a amarillear, murmuró:

—Sigo esperando, es tan horrible decirlo, esperando que uno de los aparatos se estropee y que la alarma no suene y nadie venga corriendo, y así no sea yo quien tenga que decidir. ¿Soy una mala madre?

—No, cariño. Eres humana. Esto es difícil.

Quería preguntar cuándo se haría más fácil, pero ya había contestado. Se haría más fácil cuando ella hiciera las paces con la situación. Se iba

acercando. Pero cuanto más cerca estaba, más asustada se sentía.

Recordaba un momento concreto, al empezar a dar a luz a Robin, cuando comprendió que iba a tener que empujar fuera de su cuerpo a un bebé plenamente desarrollado, por una abertura imposiblemente pequeña. Lo que había sentido entonces, justo unas horas antes de dar la bienvenida al mundo a Robin, era pánico.

Con la muerte cada vez más cerca, sentía lo mismo.

Molly no había planeado ir a reunirse con los amigos de Robin. Había deambulado a lo largo del acantilado para pasar el rato hasta que llegara David, y allí estaban, haciéndole gestos para que se acercara, abrazándola, haciendo que se sentara. Hizo acopio de fuerzas para las inevitables preguntas, pero no le preguntaron nada. Aquellos amigos conocían la situación. Lo que hicieron fue centrarse en los recuerdos, y eran buenos recuerdos. Molly incluso se rio con ellos al comentar algunos.

Sin embargo, cuando vio a David en el patio, se apresuró a ir a su encuentro. Tenía una misión.

—Eso debería hacer que te sintieras bien —dijo él mirando hacia el cartel.

—Así es. ¿Pudiste hablar con tu amigo?

Señaló con la barbilla hacia el edificio y, cogiéndola suavemente del brazo, la llevó de vuelta al hospital. Después de subir un tramo de escaleras y recorrer el pasillo hasta el puesto de mando del hospital, le presentó a John Hardigan. John tenía unos cuarenta años y formaba parte de la plana mayor del hospital. David le había dado clase a su hijo dos años atrás. Se habían caído bien y, de vez en cuando, corrían juntos.

John los llevó a una pequeña sala. Una vez cerrada la puerta, advirtió:

—La donación de órganos es algo muy personal. ¿Qué quiere saber?

—Lo que me pueda decir —contestó Molly.

El médico miró a David.

—Lo que sea —insistió Molly—. Por favor.

Esto pareció ser lo único que el médico necesitaba para comprender que ella iba en serio.

—La donación de órganos es el material del que están hechos los sueños —empezó—. Literalmente. En un año cualquiera, puede haber 4000 personas esperando la donación de 2000 corazones y 4000 esperando 1000 pulmones. ¿Hígados? Probablemente 18 000 personas esperarán, 6000 los recibirán y otras 2000 morirán esperando. Y el número es todavía mayor si hablamos de



riñones: 60 000 esperan, 15 000 reciben, 4000 mueren esperando. Por cierto, el índice de supervivencia de estos trasplantes es impresionante; con frecuencia alrededor del 85 por ciento.

Molly no dijo nada. No podía discutir con cifras así.

—En este mismo momento, aquí en el Dickenson-May —prosiguió—, tenemos una mujer con fibrosis pulmonar, probablemente consecuencia de una infección. Tiene treinta y cinco años, es joven para esa enfermedad, y tiene dos hijos. La fibrosis pulmonar hace que se forme tejido cicatricial en los alvéolos pulmonares, haciendo que sea difícil respirar. Esto la reduce a una vida sedentaria, que conducirá a otros problemas con el tiempo. Un pulmón le dará una nueva esperanza de vida.

»También entre los pacientes que tenemos en estos momentos hay un hombre de veintitantos años que contrajo hepatitis por una transfusión de sangre cuando era niño. Tiene infecciones crónicas de hígado que exigen hospitalización varias veces al año; a pesar de ello, consiguió graduarse en Dartmouth College en junio pasado. Quiere dedicarse a la investigación médica. Lo único que necesita es medio hígado. Otro paciente puede usar la otra mitad, y los dos sobrevivirán.

—¿La mitad? —preguntó Molly.

—Solo la mitad —confirmó el doctor—. El hígado es un órgano generoso. Y luego, arriba, están los niños. Hay una niña de siete años que tiene una enfermedad cística de riñón. No hace falta decir lo que un riñón significaría para ella.

Prosiguió hablando de casos que había visto, donde un corazón, un páncreas o incluso un intestino habían salvado una vida. Habló de los donantes y de las familias de donantes, y de nuevas técnicas que se estaban probando.

Cuando acabó, Molly había oído lo suficiente para comprender por qué Robin se había inscrito como donante. Más tarde, David le habló de Dylan Monroe.

—Es el chaval más fantástico que conozco —dijo. Estaban en el patio trasero del hospital, finalizando la cena. Con las horas de visita casi acabadas, había pocas personas comiendo—. Es un prodigio de la música... oye una canción y la toca de oído. La escuela es un problema. Le cuesta aprender, pero cuando ha aprendido algo, lo sabe a la perfección. Lo mismo le pasa con los deportes. Es un desastre. Lo que lo entorpece es la visión. Por eso la música es genial. Sus oídos importan más que sus ojos. Lleva unas gafas muy gruesas, pero su enfermedad de la córnea hace que el mundo sea un revoltijo

borroso. Cuando tenga la edad suficiente, le harán un trasplante de córnea. Hasta entonces, tiene que trabajar el doble. No se trata de una cuestión de vida o muerte. Ni siquiera es técnicamente una donación de órganos, porque la córnea es solo tejido. Pero si vieras los esfuerzos que hace para mantenerse al nivel de sus amigos, se te partiría el corazón.

—A mi madre le daría mucha lástima —dijo Molly.

—¿Se lo puedes decir?

—No. Pero tendré que hacerlo. Nadie más lo hará. —Empujó lo que le quedaba de pollo de un lado para otro, y dejó el tenedor—. Es curioso, Robin era totalmente egocéntrica en algunas cosas y totalmente generosa en otras. Le encantaba trabajar con los hospitales, le gustaba trabajar con chicos que necesitaran ayuda extra. ¿Y la donación de órganos? Tienes razón. Puede que para ese chico que necesita un trasplante de córnea no sea una cuestión de vida o muerte, pero ella se interesaría por él.

David se recostó en el asiento, sonriéndole.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—¿Te acuerdas del jueves, cuando te ayudé a embalarlo todo y me preguntaste qué había averiguado sobre Robin? En realidad, averigüé más cosas de ti que de ella. Lo que acabas de decir lo confirma. Querías a tu hermana. Eres realista sobre sus defectos, pero la admirabas. Has sido leal en todo lo que has hecho esta semana.

—Después de dejarla colgada —le recordó Molly—. Nunca me lo perdonaré.

—Sí que lo harás —dijo él y, cogiendo su bandeja, se llevó las dos a la basura.

—¿Cómo lo sabes? —le preguntó ella, cuando volvió.

—Porque eres práctica.

—¿Práctica? —Se encaminaron de nuevo al hospital—. ¿Yo? Lo que soy es emotiva. Pierdo los estribos. Actúo sin pensar.

—Pero cuando te calmas y piensas en lo que has hecho, eres práctica. Estás haciendo cosas que nadie más en tu familia puede hacer, porque alguien tiene que hacerlas. Dirás a tu madre lo que has averiguado sobre los trasplantes, porque eso la ayudará en la decisión que tiene que tomar. Te perdonarás por no haber acompañado a Robin cuando fue a correr, porque habría tenido el ataque al corazón tanto si tú hubieras estado allí como si no... igual que lo habría tenido si yo hubiera ido a correr más temprano o hubiera corrido más rápido. —Abrió la puerta.

Molly entró.

—Entonces, ¿te has perdonado?

—Intellectualmente. Todavía no lo he conseguido emocionalmente. Eso no quiere decir que no sienta no haber llegado allí antes. Pero no lo hice. —Sus miradas se encontraron—. ¿Vuelves a subir?

Molly asintió.

—Tengo que hablar con mi madre. —Entró en el ascensor—. ¿Te vas a casa?

David miró la hora y la siguió.

—Quedan cinco minutos antes de que se acaben las visitas. Quiero pasar por la habitación de mi alumna. Si sus padres están allí, pasaré de largo. No soy masoquista. —Apretó los botones del piso para ella y luego para él. La puerta se cerró.

—Gracias —dijo Molly, en voz baja.

—Los ascensores son fáciles.

—No. Gracias por hacer que tu amigo hablara conmigo. Gracias por escuchar mis lloriqueos, por ayudarme a embalar y por alimentar mi ego. Has sido una luz brillante en una semana muy oscura. —Y se quedaba corta al decirlo.

—El sentimiento es mutuo —respondió él y abrió los brazos.

Abrazar a David fue tan natural para Molly como despertarse al salir el sol, regar las plantas, acariciar a los gatos. Ya no pensaba en él como el Buen Samaritano que había encontrado a Robin. Coincidían en muchas cosas. En un tiempo increíblemente corto y en unos momentos llenos de tensión, se había convertido en un amigo íntimo. Un amigo que la hacía sentir realmente bien.

El ascensor se detuvo. La puerta se abrió.

—Mi piso —dijo él.

Sonriendo, ella sostuvo su mirada hasta que la puerta, al cerrarse, le impidió verlo. Cuando se abrió de nuevo, en el piso de Robin, la sonrisa había desaparecido.

David tenía intención de hacer lo que había dicho a Molly. Caminó, con aire despreocupado, por el pasillo, preparado para no detenerse en la habitación de Alexis, si sus padres estaban allí. Solo cuando vio que estaba sola, se detuvo. Ella levantó la vista y hasta sonrió.

—Hola, señor Harris. Entre. —Se impulsó hacia arriba para sentarse más erguida—. La última ocasión. Mañana por la mañana me voy a casa.

—¿De veras? —preguntó, mientras se acercaba a la cama—. Es una noticia genial. ¿Qué tal te encuentras?

—Gorda —dijo, dándose unas palmaditas en el estómago—. Me han obligado a comer cantidades enormes de comida. Pero eso se acabará cuando esté en casa. Quiero decir, lo único que necesitaba era un día más de reposo. Quieren que descanse más en casa; no quieren que vuelva a bailar enseguida. Por lo menos, eso es lo que dicen los médicos. Mis padres saben lo que me conviene.

Eso es lo que David se temía. Pero incluso dejando de lado el hecho de quién era esa alumna en particular, había trabajado en la enseñanza lo suficiente para saber que nunca hay que contradecir directamente a un padre ante su hijo.

—Me alegro de verdad por ti, Alexis. Me aseguraré de que te lleguen los deberes, y si hay algo más que pueda hacer...

—Dígale a todos lo bien que estoy. Tengo buen aspecto, ¿verdad?

La miró atentamente. Las ojeras eran solo un poco menos oscuras.

—Creo que pareces más descansada —dijo.

—Oh, tengo un aspecto mucho más sano. Por favor, dígaselo a los demás. Los médicos dicen que estoy perfectamente sana. Fue una alarma totalmente falsa... y usted no tiene la culpa, señor Harris. Fue la enfermera la que me envió aquí. Su reacción fue exagerada.

David podría haber señalado que los médicos la habían tenido ingresada dos días. Pero, de nuevo, él no era el padre.

—Mira, siempre es bueno comprobar las cosas —dijo—. Bien, ¿me lo dirás si necesitas algo?

Ella sonrió y asintió.

—Gracias, señor Harris. De verdad, le agradezco su ayuda.

Igual que se había sentido bien unos momentos antes con Molly, ahora se sentía mal, al salir de la habitación de Alexis.

Entonces vio a Donna Ackerman. Estaba apoyada en la pared, cerca de la puerta de su hija, con los labios apretados y las manos en los bolsillos. Por la manera en que se enderezó, con expectación, David comprendió que lo estaba esperando.

Cuando estuvo lo bastante cerca, le preguntó:

—¿Le ha dicho que vuelve a casa mañana?

—Sí. Son buenas noticias, señora Ackerman.

Pero la mujer movió la cabeza negativamente.

—Va a un centro especializado en eso.

David se sintió aliviado, pero sorprendido.

—Ha dicho que el parte de los médicos era bueno.

—No es así. Solo oye lo que quiere oír. Usted sabe que tiene un problema.

David vaciló. Pero Donna parecía querer la verdad. Así que, en voz baja, dijo:

—Sí.

—Se lo agradezco. Ha actuado con mucho tacto. Dudo que haya sido fácil. —Era lo más cerca que llegaría de criticar a su marido—. No hay una solución rápida para este problema. Alexis pasará, probablemente, un par de semanas allí, y tendrá que seguir una terapia después. Pero usted le cae bien, David. Es su vínculo con la escuela. Necesitará su apoyo.

—Lo que sea —dijo David.

—¿Lo que sea? De acuerdo. ¿Cómo se lo digo a ella? —preguntó la mujer, sin más rodeos—. He criado a cuatro hijos. Nunca había tenido esta clase de problema. Usted sabe cómo tratar a los adolescentes. Ella no tiene ni idea de lo que se le viene encima.

—Quizá sí —señaló David—. Lo que me ha dicho podría ser solo jactancia. A esta edad, los chicos están confusos. He oído que Alexis pronunciaba la palabra anorexia demasiadas veces. Yo sería directo. Es demasiado inteligente para cualquier otra cosa.

Donna se quedó callada. Luego suspiró:

—Me temía que diría esto —dijo y, frunciendo de nuevo los labios, se dirigió a la habitación de su hija.

En cuanto Molly entró en la habitación de Robin, supo que no iba a decir nada sobre la donación de órganos. Kathryn estaba muy alterada. Miraba a Robin desde la ventana, con las manos apoyadas en la repisa. Su mirada voló hasta Molly. Movié una mano, pero la devolvió rápidamente a su sitio; parecía necesitar el apoyo. Sus ojos volvieron a la cama.

Asustada, Molly miró también allí.

—¿Ha pasado algo?

—No —contestó Kathryn, con voz ronca y carraspeó—. No. Está igual.

—¿Estás enferma, mamá?

Kathryn pasó las manos delante y las enlazó apretadamente sobre el estómago.

—Solo muy afectada.

Había estado llorando. Molly podía verlo. Entre los ojos enrojecidos y las marcadas arrugas de fatiga, su madre tenía un aspecto muy frágil.

—No debería haber traído a Peter —dijo—. Te ha causado más tensión.

—No es él, es esto —dijo Kathryn, sin apartar la vista de Robin—. Un momento estoy bien y, al siguiente, me domina el pánico. Siento que el tiempo se acaba.

—Mantendrán los aparatos en marcha...

—El tiempo se acaba —repitió Kathryn.

Molly estaba preocupada.

—¿Dónde está papá?

—Lo he enviado a casa. Estaba agotado.

—Y tú también. Vete a casa, mamá. Por favor. No hay ningún cambio. Robin estará aquí, igual, mañana por la mañana.

—Cada noche es preciosa.

Molly probó con algo diferente.

—¿Es que Robin vivía en tu casa? No, no quería dormir delante de tus narices. Puede que ahora quiera dormir sola.

A Kathryn se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Basta de hablar de lo que querría Robin —exclamó y se llevó un dedo a los labios. Después de un momento, volvió a cruzar los brazos—. Esto es lo que yo quiero, Molly. Además —añadió—, no creo que pudiera conducir en estos momentos.

—Yo te llevaré —ofreció Molly, sintiéndose peor en aquel momento por Kathryn que por Robin—. Papá te volverá a traer mañana.

Por un momento, Molly vio que su madre se ablandaba un poco y pensó que iba a transigir. Pero Kathryn solo negó con la cabeza.

—No. Necesito hacer esto.

Sin embargo, unos minutos después de que Molly se fuera, Kathryn cambió de opinión. No, no necesito hacer esto, pensó. Esto no es lo que quiero. Quiero a mi madre.

La idea la sobresaltó, pero no pudo sacársela de encima. Quería a Marjorie; quería vaciar el corazón y llorar en brazos de la única persona cuya tarea era escuchar. No importaba la edad que tuviera ni lo independiente que fuera, Kathryn necesitaba a su madre.

Cogió el bolso de la silla y tanteó dentro en busca de las llaves. Se le cayó el peine al suelo. Al agacharse para recogerlo, tropezó con el soporte de la vía

intravenosa. Se agarró a él, recuperó el equilibrio y, por fortuna, la vía intravenosa continuó goteando.

Con las llaves por fin en la mano, besó a Robin en la mejilla.

—Ahora vuelvo. Voy a ver a Nana. —Marcharse por esa razón estaba bien.

Se detuvo en el puesto de enfermeras, pensando que si sabían que Robin estaba sola, entrarían a verla con más frecuencia. Sin embargo, mientras bajaba en el ascensor, Kathryn deseó que hubiera un vídeo en la habitación. Por lo que ella sabía, las enfermeras no entraban nunca. Podían controlar los aparatos desde su puesto.

Se abrieron las puertas del ascensor. Estaba a punto de apretar el botón para volver a subir, cuando pensó, de nuevo, en Marjorie. Necesitaba a su madre. Era ilógico, claro. Marjorie no diría nada que pudiera ayudarla. No sabría de qué hablaba Kathryn. No la reconocería, y punto.

A pesar de todo, continuó hasta el aparcamiento. Había caído la noche, pero las grandes farolas iluminaban los coches. No quedaban muchos. Con todo, le costó un minuto encontrar el suyo, aparcado donde lo había dejado por la mañana. Torpemente, dejó caer las llaves y tuvo que recogerlas del suelo para, finalmente, abrir la puerta. Una vez dentro del coche, apenas podía respirar. Hacía un calor sofocante.

Estaba alterada. Estaba cansada. Estaba asustada.

Bajó las ventanas, respiró hondo y puso en marcha el motor. Puso la marcha atrás, desapareció y salió del aparcamiento. La calle principal estaba a oscuras. Solo cuando un coche le tocó la bocina al pasar, dejándola de nuevo a oscuras, se dio cuenta de que no había encendido los faros.

Este descuido la impresionó. Su madre tenía Alzheimer. Se preguntó si esto sería una primera señal de que ella también padecía la enfermedad. Pero no podía ser; no con todo lo demás que había pasado esa semana. Ningún Dios podía ser tan cruel.

Desconsolada, empezó a llorar. Cuando la visión se hizo borrosa, condujo más despacio, con las manos aferradas al volante, pero incluso así estuvo a punto de chocar contra un buzón con forma de flor. *Para*, le dijo una voccecita, pero giró el volante con demasiada rapidez y brusquedad. El coche se salió de la calle y se metió en un prado. Con el pie todavía en el acelerador, trató de corregir su error, pero perdió totalmente el sentido de la dirección y chocó contra un árbol.

## Capítulo 20

Kathryn se había quedado sin aliento. Pasó un minuto antes de que levantara la cabeza y otro antes de que moviera los brazos y las piernas. No le dolía nada.

El coche no había tenido tanta suerte, a juzgar por el ruido que hacía. Queriendo silenciarlo, apagó el motor, pero cuando trató de ponerlo en marcha de nuevo, se negó a arrancar.

Uno de los faros seguía encendido. Salió por debajo de unas ramas bajas y utilizó su luz para ver los daños. El morro del coche estaba plegado en una docena de extraños ángulos, empotrado en el árbol. No había humo, solo un extraño olor dulzón de anticongelante y hierba.

Con retraso, las rodillas le empezaron a fallar. Volvió tambaleándose al coche y se sentó un minuto, para recuperar el control. Los daños podrían haber sido más graves; para ella, para alguien que pasara, incluso para el coche, pero le costaba sentirse agradecida. Era la última gota, sumada a todas las demás.

*¿Y cuál es el gran propósito del accidente, eh, Charlie?, se preguntó. ¿Es tu duendecillo, mamá?*

Por lo menos, ya no lloraba. Eso era algo.

Estaba sacando el móvil cuando vio un coche que pasaba rápidamente, sin detenerse; pero claro, estaba a unos siete metros de la calle, con su único faro apuntando en otra dirección. Alguien que pasara no la vería. Tampoco ella, desde donde estaba sentada, podía ver ninguna casa. Pero había visto poco antes aquel buzón de la flor.

Necesitaría una grúa. Pero ¿a quién llamar? No había nadie herido, ningún otro coche involucrado. Pero si iba la policía, habría preguntas, y no estaba de humor. Empezó a llamar a Charlie, pero tampoco tenía ganas de decírselo a él. Comprendió que la persona a la que necesitaba era Molly.

La joven cogió el teléfono al primer timbrado.

—¿Mamá?



—¿Dónde estás?

—Acabo de llegar a casa. ¿Qué ha pasado?

Kathryn podría haberse echado a reír histéricamente. ¿Por dónde empezar?

—¿Podrías venir a recogerme?

—Pues claro.

—No al hospital. He tenido un pequeño accidente. Tendrás que, bueno, buscarme.

—¿Accidente? —exclamó Molly, alarmada.

—Estoy bien. He chocado contra un árbol.

—¡Mamá!

—Estoy bien, Molly. De verdad. Estoy caminando. No me duele nada.

En el corto silencio que siguió, se imaginó a Molly serenándose.

—Dime dónde tengo que ir. —La voz oscilaba, como si ya estuviera saliendo de la casa.

—Estoy en South Street, quizá a unos cuatro minutos del hospital. ¿Conoces el buzón de la flor?

—Sí.

—Acababa de pasarlo antes de salirme de la carretera. Uno de los faros todavía funciona. Aparca a un lado y me verás.

—Estoy subiendo al coche ahora mismo. ¿Estás segura de que te encuentras bien? ¿Has llamado a la policía?

—¿Para que todo el mundo empiece a hablar?

—Vale —dijo Molly. Su coche se puso en marcha—. ¿Has llamado a papá?

—No. Estará durmiendo. Cree que sigo en el hospital. —En lo que le habría costado hacer que Charlie saliera de casa, Molly ya habría llegado. Además, a quien Kathryn necesitaba era a Molly.

Sin embargo, no dijo a su hija lo que quería hasta que Molly acabó de soltar exclamaciones al ver el coche, apagó el faro solitario y llevó a Kathryn al *jeep*, y en ese momento le pidió directamente:

—Llévame a la residencia a ver a Nana.

La oscuridad no pudo ocultar la sorpresa de Molly.

—¡¿Ahora?!

—Llevas días queriendo que vaya.

—Sí, pero durante el día. Son casi las once de la noche.

—¿Te preocupa que esté en la cama con aquel hombre? —preguntó Kathryn.

—Me preocupa que esté dormida —dijo Molly, con una sencilla lógica—. Iremos a primera hora de la mañana. Y, de verdad, ella duerme sola, mamá. Thomas tiene su propia habitación al otro extremo de la planta.

La voz de Molly consiguió sosegar a Kathryn. Sintiéndose sorprendentemente tranquila, dijo:

—Es solo que me resulta muy difícil entenderlo.

—Lo sé, mamá. ¿No crees que a su familia también le cuesta? Pero son como dos niños que se encuentran por vez primera cada día. No se acuerdan de lo que ha pasado antes y no hay ningún después. Viven en el aquí y ahora.

—Se excita tanto al verlo —comentó Kathryn. Algo en la oscuridad hacía que fuera más fácil hablar de aquello. O tal vez fuera haber chocado contra un árbol y librarse de una mordaza de pensamientos anudados.

—Así es como muestra placer. Que sea él, yo, tú, un pastelillo para el té... no importa. No sabe el porqué pero es algo que la hace sonreír.

Pura lógica de nuevo. Kathryn estaba reflexionando sobre ello cuando Molly dijo:

—¿Por qué no te llevo a casa?

—No. A casa no. —Se había ido del hospital porque necesitaba a su madre, pero si eso no era posible, quería hacer algo. Ser constructiva formaba parte de lo que era. Se había sentido demasiado impotente toda la semana.

—Entonces a mi casa —propuso Molly—. A casa de Robin.

A casa de Robin sonaba bien. Asintió, mostrando su acuerdo, y se recostó en el asiento. Al cabo de un minuto, empezó a relajarse. Era agradable que te llevaran, agradable ceder la responsabilidad durante un corto espacio de tiempo.

Sin embargo, aunque estaba muy cansada, no durmió. Levantó la cabeza cuando dejaron la carretera principal. El camino hasta el *cottage* estaba a oscuras, pero olía a árboles, flores, la fértil tierra. Eran el sedante que necesitaba.

Molly seguía pensando en el *cottage* tal como estaba antes de embalarlo todo: amueblado de forma sencilla, acogedor y cómodo. Al verlo ahora, cuando abrió la puerta, empezó a disculparse.

—Lo siento; está todo hecho un lío.

Kathryn apenas parecía darse cuenta. Fue de habitación en habitación, tocando el alféizar de una ventana, una librería, el sofá. Observándola, Molly se asustó. Había notado que su madre temblaba cuando la ayudó a subir al

coche. Ahora parecía más firme, pero eso no significaba que estuviera bien. Podía tener una conmoción. Podía haber daños internos. Podía desplomarse en cualquier momento y morir.

Después de Robin, todo parecía posible.

Pero Kathryn no parecía sufrir ningún daño. Con una muestra natural de sorpresa, dio un salto cuando la gata de Molly salió disparada de entre las cajas y echó a correr por el pasillo.

—¿Eso es lo que creo que es?

—Sí —respondió Molly y enseguida añadió—: La habían maltratado. La he rescatado.

—Pero haces la mudanza el lunes —repuso Kathryn, de nuevo ella misma.

—No es culpa mía, mamá. La veterinaria me suplicó que me la llevara. Necesita un lugar tranquilo, sin otros animales, y este fue el único que se me ocurrió.

Kathryn se quedó estudiándola.

—¿Por qué tengo la impresión de que a la veterinaria no le costó mucho convencerte? —preguntó, finalmente, con menos desaprobación que resignación—. Tu hermana no me dijo que tenías una gata.

—No lo sabía. La tengo desde el lunes. Por eso llegué tarde a casa. La pobrecita ha tenido una vida traumática. Es muy asustadiza.

—No es buena señal. Puede que nunca se relacione con nadie.

—Se relacionará. Lo veo. Ya no se esconde tanto como al principio. Le encanta la cama de Robin.

Kathryn carraspeó.

—¿Y después del lunes?

—No será un problema, mamá. Lo he pensado bien. Los gatos no necesitan mucho espacio. Se quedará en mi habitación hasta que encuentre otra casa.

—Eso podría tardar un tiempo.

Por vez primera, Molly se dio cuenta de que buscaría sola.

—No —dijo, con tristeza—. Solo soy yo. Un sitio más pequeño será fácil de encontrar. —Pero no tendría el carácter de este—. No pierdo la esperanza de que el señor Field ceda. —Kathryn no la escuchaba—. ¿Estás segura de que no te duele nada, mamá?

—Segura.

—¿Quieres un baño caliente?

—No. Ha sido un accidente de nada. No miraba por dónde iba.

Molly suponía que era más que eso. Las emociones de Kathryn debían de estar en carne viva. Que quisiera ir a ver a Marjorie era muy revelador.

—Será mejor que llame a papá para decirle que estás aquí, antes de que alguien encuentre el coche y te dé por desaparecida.

Kathryn no se opuso, así que Molly hizo la llamada. Charlie estaba medio adormilado hasta que oyó las palabras «chocó con el coche», en cuyo momento se alarmó.

—Que se ponga tu madre.

Kathryn hizo un ademán negativo, pero Molly insistió, sabiendo que su padre no descansaría hasta haber oído la voz de Kathryn.

—¿Lo ves? —dijo Molly, bromeando, cuando sus padres acabaron de hablar—. No ha sido tan terrible. —Ante la mirada que le dirigió su madre, se ofreció para preparar un té.

Kathryn parecía a punto de protestar, pero no lo hizo.

—Eso estaría bien.

Molly le señaló una silla, pero cuando se encaminó a la cocina, su madre la siguió. Por lo menos, allí no había cajas, lo cual significaba que tendría que irse a dormir muy tarde embalándolo todo para el lunes. Sin embargo, por el momento, el té de Robin seguía amontonado de cualquier manera en el armario.

Kathryn sonrió, con tristeza.

—A tu hermana le encantaba el té.

—No dejo de probar tipos diferentes, pensando que, no sé cómo, algún día a mí también me gustará. —Después de estudiar las opciones, Molly cogió una caja—. Te voy a preparar manzanilla con jazmín. Es un calmante del estrés.

—Yo no me siento estresada.

—Lo estás.

—En este momento no. ¿Tú también vas a tomar?

Molly puso agua en el hervidor.

—No. Lo he intentado, mamá, pero el té no es lo mío. No soy Robin.

—No tienes necesidad de ser Robin.

—Pero a ella la quieres.

—También te quiero a ti.

—No como quieres a Robin.

—Eso es verdad —reconoció Kathryn, pero sin lágrimas en los ojos—. Ninguna madre quiere a cada uno de sus hijos de la misma manera. Todos son diferentes.

—Robin tiene tantas cosas buenas...

—Tenía —corrigió Kathryn, sosegadamente.

Fue un momento revelador para Molly, una señal de lo lejos que había llegado su madre. El uso del pasado era una aceptación de la realidad. Una ínfima parte de Molly se habría opuesto, si Kathryn no hubiera seguido hablando.

—Tú también tienes tus puntos buenos.

—¿De verdad? —En un momento, Molly lo creía y, al siguiente, no.

—Robin veía tus cualidades. Te envidiaba. ¿Te acuerdas de lo que escribió?

¿Cómo podía no recordarlo? Había leído muchas veces «Por qué mi hermana está equivocada». No era lo que había creído que encontraría en cualquier diario de Robin, y aumentaba su tristeza que Robin no estuviera allí para discutir con ella.

Puso el té en un tazón, pero para cuando lo había cubierto con agua hirviendo, Kathryn se había ido. Al escuchar, Molly oyó un pequeño sonido angustioso. Lo siguió hasta la habitación de Robin, donde Kathryn estaba llorando, rodeándose la cintura con un brazo y apretando la otra mano contra la boca. Molly la abrazó desde atrás.

—¿Quién habría imaginado...? —soltó Kathryn entre sollozos.

Molly esperó hasta que se calmó, momento en que vio a la gata, sentada y alerta en medio de la cama, contemplando a Kathryn con cautela.

Kathryn la miró a su vez.

—¿Esta gata tiene nombre?

—No. La llamo Duende.

—Ya sabes que una vez que le das un nombre, es tuya.

Molly lo sabía. Pero esta gata era suya de todos modos. Había llegado a ella la noche que Robin se fue; quizá incluso en el minuto exacto, pero Molly nunca lo sabría seguro; aunque sí sabía que nunca daría esta criatura a nadie.

A Kathryn no le apasionaban los gatos, pero con el resto de la habitación desmantelada, tendrían que compartir la cama. Ahuecando las almohadas, Molly la colocó contra el cabezal. La gata no se movió.

Con el deseo de dar a Kathryn un poco de tiempo a solas con los recuerdos de Robin, Molly fue de nuevo a la cocina. Después de un rato, volvió y se sentó con las piernas cruzadas sobre el edredón.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó, mirando cómo Kathryn se tomaba el té.

—Mejor. Es extraño. Aquí no siento a Robin. Esta es su cama, su habitación, pero la casa es tuya.

—Siempre lo ha sido.

—Siento que tengas que mudarte. ¿Quieres que llame al señor Field en tu nombre?

Entre todo lo que se le ocurría para demorar la mudanza, Molly ya había pensado en aquello, pero lo había descartado.

—No servirá de nada —dijo. Aunque se sentía absolutamente desesperada, trataba de ser realista—. Tiene razones de peso para necesitar vender. De todos modos, tengo que mudarme. Robin y yo pagábamos el alquiler a medias. Yo sola no puedo.

—Te ayudaré.

—No. Él tiene que vender y yo tengo que superarlo. No será más fácil dentro de seis meses o un año.

Kathryn dobló las piernas de lado; luego volvió a mirar alrededor.

—Este sitio te va. Como Snow Hill. —Con aire pensativo, tomó un sorbo de té—. Snow Hill nunca hizo feliz a Robin.

Molly lo sabía, pero le sorprendió que su madre lo admitiera.

—¿Qué la habría hecho feliz?

—Hace una semana, habría dicho que seguiría corriendo unos cuantos años más y luego entrenaría.

—¿Como Peter? ¿Pensabas en él?

—No conscientemente.

—Es un hombre agradable, mamá. Está solo.

—Por su culpa.

—Pero está solo de todos modos. Creo que le afectó profundamente ver a Robin.

Kathryn se quedó callada.

—Sí —dijo finalmente—. Yo también lo creo. Conocer a Robin era, probablemente, algo que tenía que hacer en algún momento de su vida. Esto le dio una excusa. Tu llamada lo arrastró hasta aquí. Los hombres son así de extraños.

—¿Así, cómo?

—No son proactivos cuando se trata de emociones. Si pueden evitar algo difícil, lo evitan.

—Papá no es así.

—Papá es una excepción.

—David Harris no es así. Podría haber pasado corriendo junto a Robin y telefonar pidiendo ayuda. ¿Sigues deseando que lo hubiera hecho?

Kathryn tardó un minuto en contestar.

—No. Quería ayudar. Si el problema de Robin hubiera sido menos grave, quizá le habría salvado la vida. No había manera de que supiera lo grave que era.

—Es un tipo agradable. Muy honrado. Y razonable.

—A diferencia de Nick.

—Oh, Nick está tan enamorado de Robin que no ve con claridad.

—¿Lo estás defendiendo? —preguntó Kathryn.

—Más bien descartándolo —respondió Molly—. Pero quizá sí. Que lo defiende, quiero decir. Le dejé que me utilizara.

Kathryn se hundió más en las almohadas, colocando la taza de té en el estómago.

—Estabas demasiado ocupada viviendo a la sombra de Robin. Demasiado ocupada pensando que todo lo que ella tenía era lo mejor.

—¿Sabías que seguía enamorado de ella?

—Mi parte escéptica lo suponía.

—Pero sabes que era unilateral. Robin no lo quería en absoluto.

—Sí —dijo Kathryn—. Ahora lo sé. —Se acabó el té, dejó la taza en la mesita, se deslizó hacia abajo y le tendió los brazos a Molly.

Molly quería pensar sobre aquella concesión en particular y sobre otras cosas que su madre estaba diciendo. Pero al estirarse junto al calor de su madre, se adormeció. Era hija de Kathryn y siempre lo sería. Todo parecía mejor así.

No se enteró de nada hasta la mañana siguiente. Kathryn seguía durmiendo. Feliz de poder darle a su madre este breve respiro adicional, Molly salió, sin hacer ruido, de la habitación.

Kathryn no había estado en la residencia desde hacía seis semanas. Mientras Molly la llevaba allí, ahora, no dejaba de decirse que Marjorie no se daría cuenta de la diferencia; pero cuando la amplia mansión apareció a la vista, sintió una culpa insoportable. Y miedo. Quería que su madre fuera la madre que ella conocía. Quería, necesitaba, a aquella mujer.

A la enfermera de recepción se le alegró la cara, lo cual empeoró su sentimiento de culpabilidad.

—¡Qué alegría verla, señora Snow! Ha pasado mucho tiempo. El *brunch* del domingo siempre es especial. ¿Se quedará a comer con nosotros?

—No lo creo —respondió Kathryn. No estaba segura de cómo se sentiría al ver a su madre y, además, estaba Robin. Charlie estaría ya con ella, pero Kathryn tenía que ir al hospital. Era el período de tiempo más largo que había estado apartada del lado de Robin.

Claro que Robin no lo sabría. Kathryn solo quería estar con su hija durante el poco tiempo que les quedaba.

—Suban, suban —dijo la enfermera—. Está en el salón.

Tratando de seguir el paso de Molly por la escalera, Kathryn se sentía rígida. Era debido a una semana sentada; además, estrellarse contra un árbol no había ayudado. Con determinación, levantó un pie y luego el otro.

A medio camino, se detuvo. La última vez que había estado el dolor había sido muy intenso. Ahora todo le volvía a la memoria, precipitadamente: La tristeza, el dolor, la profunda sensación de pérdida.

—¿Mamá? —preguntó Molly, en voz baja, desde un peldaño más arriba.

—No puedo hacerlo —susurró Kathryn, agarrándose con fuerza a la barandilla.

Al momento, Molly estuvo junto a ella.

—Sí que puedes. Es tu madre. La quieres.

—No es tal como era.

—Ni tú tampoco. Ni yo. Ni Robin. Todos cambiamos, mamá.

Kathryn la miró, implorante.

—Pero ¿sabrás que soy yo?

—¿Importa?

Pura lógica. ¿Cómo discutirla? El amor era el amor. Kathryn quería a Robin, aunque su cerebro hubiera dejado de funcionar. En su carácter definitivo, era más fácil de asimilar que esto. Marjorie podía reconocerla. O no. Pero, sí, seguía siendo su madre.

Apoyándose en la fuerza de Molly, Kathryn empezó a subir de nuevo. En el instante en que tuvieron el salón a la vista, vio a Marjorie; estaba tan bonita, con un aspecto tan plácido que Kathryn podría haber pensado que no había ninguna razón para que estuviera allí. Marjorie estaba sola, sentada en un confidente, escuchando, con los ojos medio cerrados, una suave música religiosa. Sus cabellos grises brillaban, con uno de los lados colocado detrás de la oreja, para dejar al descubierto un bonito pendiente de perla. Llevaba un suéter azul pálido y pantalones blancos. Una leve sonrisa le bailaba en los labios.



Con el corazón acongojado, Kathryn cruzó la estancia y, arrodillándose, le cogió la mano.

—¿Mamá?

Marjorie abrió los ojos. Se le iluminaron con un pequeño estallido de placer.

—Ah, hola.

Kathryn quería creer que el placer era debido a que la había reconocido, pero recordó lo que Molly había dicho. Cualquier persona nueva generaría esa pequeña chispa. Era una respuesta social arraigada.

—Soy yo, mamá. Kathryn.

Marjorie le sonrió, con aire desconcertado. Los niños pequeños eran así, comprendió Kathryn. Querían agradar incluso antes de saber qué estaban haciendo. Robin había sido así. Y Kathryn la había querido por intentarlo.

También, en aquel momento, quería a su madre.

—Estás muy guapa, mamá —dijo—. ¿Te gustaba esa música dominical?

—¿Dominical? —repitió Marjorie, con una expresión perpleja.

—De la iglesia. Solíamos ir, tú, yo y papá. ¿Te acuerdas de la música de la iglesia?

Marjorie lo pensó unos momentos, antes de decir:

—Yo canto.

—Es verdad —respondió Kathryn con entusiasmo, como si estuviera hablando con una niña. La recuperación de aunque solo fuera un diminuto hilo de memoria era alentadora—. Estuviste en el coro durante un tiempo. Te encantaba cantar.

—No sabía que Nana cantara en el coro —comentó Molly.

—Ah, sí. Lo hizo durante muchísimo tiempo. A mi padre y a mí nos encantaba verla.

—¿Por qué lo dejó?

Kathryn vaciló. No había hablado de eso con su madre desde hacía años, pero quizá provocara una respuesta. Observando atentamente a Marjorie, dijo:

—Quedé embarazada.

—Pero ya estabas con papá. Entonces, ¿quién lo sabía?

—Mi madre lo sabía. Le preocupaba.

—Pero quería mucho a Robin.

—Llegó a quererla —afirmó Kathryn, recuperando sus propios recuerdos—. Hubo un momento decisivo, justo antes de mi boda. ¿Te acuerdas, mamá? Yo corría arriba y abajo tratando de empaquetarlo todo, porque Charlie y yo nos trasladábamos. Tenía muchas náuseas matinales y me aterraba el

matrimonio, me aterraba tener un hijo, me aterraba marcharme de casa. — Parecía que Marjorie escuchaba; Kathryn esperaba que reconociera la voz de su hija—. Tantos cambios en tan poco tiempo. Te acusé de querer que me marchara. Dijiste que estaba equivocada, que me querías allí, que no querías este cambio en nuestras vidas.

Marjorie sonrió, pero no dijo nada. ¿Reconocimiento? Difícil de saber.

—¿Qué le dijiste? —preguntó Molly.

—Dábamós vueltas y más vueltas y las cosas que decíamos eran, cada vez, más estúpidas.

—¿Como qué?

Kathryn no había pensado en ello desde hacía años; sin embargo las palabras volvieron al momento.

—Me dijo que le negaba un orgullo incondicional. Yo le dije que ella me negaba un amor incondicional. Ella dijo que había sido descuidada y desconsiderada. Yo le dije que estaba anticuada. Cosas estúpidas, pero lo soltamos todo. Luego, se acabó. Nos quedamos allí sentadas, mirándonos, sintiendo un vínculo que no podíamos describir. —Kathryn comprendió que, en realidad, hubo más. Cuando pasó la tormenta, hablaron serenamente sobre lo inevitable del cambio, la idea de que tenían que dejar de aferrarse a lo que podría haber sido y aceptar lo que era.

Kathryn pensó en Robin y sintió un nudo en el estómago. Sin embargo, al instante siguiente, el nudo se aflojó. *Deja de aferrarte a lo que podría haber sido... acepta lo que es.*

Apretó la mano de Marjorie contra su cuello.

—Aquella noche, dormiste en mi cama, igual que Molly hizo anoche conmigo. ¿Te acuerdas, mamá? —La cara de Marjorie mostraba perplejidad, pero era dulce, ah, tan dulce, y tan familiar para Kathryn como la suya propia—. No te acuerdas —murmuró en voz baja—. Tengo que aceptarlo. Tengo tanto que aceptar esta semana. —Examinó la mano de su madre, sus dedos, tan finos como siempre—. Molly te ha hablado de Robin. ¿Cómo hace una madre para enterrar a su hija? —Levantó la vista, suplicante—. ¿Cómo, mamá? Por favor, dímelo. Necesito ayuda.

—Yo... yo —tartamudeó Marjorie, alterada y, claramente, sin saber por qué.

Molly tocó a su abuela en el hombro, pero lejos de tranquilizarse, Marjorie la miró, preocupada.

—¿Te conozco?

—Soy Molly.

Los ojos de Marjorie volvieron a Kathryn.

—¿Quién eres?

—Kathryn, tu hija. La madre de Molly. —Marjorie no reaccionó, así que Kathryn añadió—: Cultivo plantas. Acostumbraba a llevar carretadas de plantas a tu casa. Eran de Snow Hill. —Tranquila de nuevo, Marjorie escuchaba; supuso un estímulo para que Kathryn continuara hablando—: Tendrías que ver Snow Hill ahora, mamá. Ha crecido todavía más desde la última vez que estuviste allí. Estamos a punto de hacer unas reformas importantes en la estructura principal, imagínate el éxito que tenemos, y hemos ampliado tomando parte de la superficie que nunca pensé que utilizaríamos. Hileras y más hileras de árboles y plantas.

—¿Plantas? —preguntó Marjorie.

—Plantas es de lo que nos ocupamos. Son lo que somos. Soy buena con las plantas. Molly es todavía mejor. Es mi heredera natural.

—Por defecto —murmuró Molly.

Sobresaltada, Kathryn la miró.

—¿Por qué dices eso?

—Robin era tu heredera natural.

—No cuando se trataba de Snow Hill. Snow Hill siempre ha sido tuyo. —Frunció el ceño cuando Molly pareció sorprendida—. ¿No lo sabías?

—No.

—¿Plantas? —repitió Marjorie.

—Y árboles —dijo Kathryn, con dulzura—. Vendemos pinos y arces. Sauces llorones y cerezos, olivos rusos y robles.

—Yo estoy bien en la sombra —alegó Molly—. Trabajo entre bastidores. No podría llevar Snow Hill como lo llevas tú.

—Cambiar es bueno —afirmó Kathryn. Esa era la lección del día, un sermón dominical bueno donde los haya.

—Dijiste que nunca te retirarías.

—Quizá estuviera equivocada.

—¿Qué harías sin Snow Hill?

—No lo sé. —No lo había pensado anteriormente. Agotada como estaba, sin embargo, la idea resultaba atractiva. ¿Qué era lo que Robin había escrito en «¿Quién soy yo?» sobre que Marjorie la instaba solo a SER? Allí había también otra lección.

—No es nada inminente. Pero Chris y tú os las habéis arreglado muy bien sin mí esta semana. Si Erin se encargara de parte de lo que hace tu padre, él y

yo podríamos viajar. Podríamos dormir hasta tarde. Quizá concentrarnos en crear un Snow Hill en la web. Quién sabe.

—¿Sauces? —preguntó Marjorie, devolviendo a Kathryn a la realidad.

—Son unos árboles preciosos, mamá. Les gusta el agua. Mira —señaló—, hay uno allá abajo, junto al río. Mira lo bajo que se inclinan las ramas, y cuando oscilan en la brisa...

La conversación era tan fácil y la curiosidad de su madre tan inocente que Kathryn sentía una calma nueva. Renacida tras una noche en casa de Molly, reforzada por la mujer que Marjorie era ahora, Kathryn no podía luchar contra ella misma. La calma era buena. Algunas batallas no podían ganarse.

De nuevo, pensó en Robin. Si había una batalla que no se podía ganar, era la de aquella habitación de hospital. Su Robin ya no estaba allí. De repente, aceptarlo llorar su muerte y pasar a un lugar donde los recuerdos fueran buenos parecía mejor. Charlie lo sabía. También lo sabían Molly y Chris. Incluso Marjorie lo sabía, tanto si se acordaba como si no. Robin siempre había sido pura energía. No querría estar tendida en la cama, sin hacer nada.

Kathryn siguió hablando, sosegadamente, con su madre varios minutos más. Sin saberlo, Marjorie la había ayudado. Pero Robin era hija de Kathryn, y era ella quien tenía que tomar la decisión final. Por mucho que hubiera maldecido este hecho en los últimos días, ahora lo veía de manera diferente. Ahora se trataba de liberar a Robin. Era un regalo.

Mientras se marchaban, no dijo nada. Volvería a ver a Marjorie pronto, muy pronto. Pero antes, se enfrentaba a un reto que no podía aplazar. Esperó hasta que estuvieron en la carretera y entonces pidió a Molly que le explicara todo lo que sabía sobre la donación de órganos.

## Capítulo 21

Después de una semana de espera incesante, una única llamada telefónica lo puso todo en marcha con una rapidez perturbadora. Los representantes del banco de órganos llegaron al hospital a las pocas horas y, aunque eran tan compasivos como le habían dicho a Molly, la reunión no fue fácil. Sus padres y Chris, incluso Erin, tenían un aire estoico; ella se sentía débil.

«La decisión final es de la familia —dijeron los agentes—. No les daremos prisa». Pero ¿cómo no sentir apremio? En el instante en que se firmaran los papeles, dando acceso a estas personas al historial médico de Robin, ya no habría vuelta atrás.

Molly había sido quien más había presionado en favor de la donación de órganos, pero había momentos en que habría dado lo que fuera para frenar las cosas, porque lo que nadie decía, pero todos los presentes sabían, era que cuando se instaurara el mecanismo para recoger los órganos de Robin, había que poner fin al soporte vital.

Los médicos habían prometido que la muerte llegaría rápidamente y sin dolor. Una vez que se desconectarán los aparatos que mantenían a Robin con vida, era definitivo. Pese a su nueva percepción, a Molly le costaba aceptarlo.

No le sucedía lo mismo a Kathryn. Dueña de sí misma, mientras que Molly estaba llorosa, escuchaba, tranquila, todo lo que los agentes decían. Hacía preguntas, tal vez con un temblor en la voz, pero no se desmoronó ni por un momento.

Asentía, mostrando su comprensión, cuando le hablaban de las emociones que quizá sintiera la familia, pero declinó su oferta de ayuda psicológica. Al tomar la decisión, se había comprometido.

Molly la envidiaba por eso. Su madre había recorrido un largo camino desde aquellas primeras terribles horas. También Molly, pero a ella todavía le faltaba mucho camino por recorrer. Tenía un nudo en el estómago y las piernas flojas, síntomas claros de que acabaría chocando contra la pared.

Trató de recuperar el mantra de Robin, pero no acababa de recordarlo. Tenía los ojos pegados a su madre.

Kathryn sostenía la pluma; vaciló un instante mientras miraba a Charlie y luego a Chris y a Molly, pero su mensaje era de convicción. «Tenemos que hacer esto. Queremos demasiado a Robin para impedir que se vaya». Tenía la cara pálida y, aunque sus ojos reflejaban angustia, estaban más claros de lo que habían estado toda la semana. Finalmente, bajó la mirada y firmó los papeles.

Unos momentos después, los Snow estaban solos en la sala de reuniones. Nadie hablaba. A Molly se le rompía el corazón. Pese a todo lo que había dicho sobre aceptar lo que no podía cambiarse, no quería que su hermana muriera.

Chris fue el primero en hablar. Lo hizo en voz baja.

—¿Cuándo lo harán?

Kathryn apretó los labios con fuerza. Luego dijo:

—Hoy, más tarde. Cuando estemos dispuestos. —Pareció comprender el pesar de Molly y le cogió la mano. Su voz era ligera—. Son tantos los órganos diferentes que pueden usar. Pero no se llevarán su corazón. Eso será siempre nuestro.

—No quiero que pase esto —suspiró Molly.

—Ninguno de nosotros lo quiere, pero es una de las pocas cosas que sabemos que Robin deseaba. Hay una enorme necesidad. Tú me lo dijiste. ¿Cómo podemos no hacerlo?

—Pero significa...

—Robin no puede volver —dijo, sacudiendo levemente la mano de Molly—. Solo puede estar allí, sin sentido, en aquella habitación, al final del pasillo. He estado con ella toda la semana, Molly. He hablado, he suplicado y he exigido. He rezado. Pero ella no responde. No puede. Y eso es injusto. No es la manera en que ella querría vivir. Y también estamos nosotros. No querría que la veláramos de forma permanente. Querría que estuviéramos haciendo cosas. Nos querría en Snow Hill. —Su voz se suavizó—. Desconectar los aparatos es solo un tecnicismo. Su mente ya se ha ido. Su espíritu permanece, pero está atado a la cama porque nosotros lo estamos. Si queremos que sea libre, tenemos que hacer esto por ella.

Su padre le había dicho lo mismo y finalmente lo aceptó. Sí, el alma de Robin estaba en el cielo. Su espíritu, sin embargo, era diferente. Era esa parte de ella que vivía en todos los que dejaba atrás. En este sentido, lo que Kathryn decía tenía sentido.

Con todo, Molly no sentía la calma de su madre. Cuando Kathryn se levantó para volver a la habitación de Robin, Molly cogió el ascensor, bajó a la planta y sacó el móvil.

Quince minutos después, David se reunía con ella en el banco de piedra del patio.

—Me siento responsable —dijo, después de contarle que Kathryn había firmado los papeles—. Fui yo quien la empujó a aceptar la donación de órganos. Dime que hice bien.

Cinco días y lo que parecía millones de años atrás, David le había hecho la misma pregunta. Le cogió la mano y le devolvió el apoyo prestado.

—Has hecho bien. Además, era lo que Robin quería. Tú te has limitado a transmitir sus deseos y a proporcionarle información a tu madre. La decisión final ha sido suya.

—Pero ¿es la decisión correcta? —preguntó Molly. Nunca olvidaría el momento en que la familia se quedó, súbitamente, sola en la sala de reuniones, como si, con la firma de aquellos papeles, Robin ya no les perteneciera.

—La única cuestión es el momento —dijo David, tranquilizador y calmado por derecho propio—. ¿Te habrías sentido mejor esperando?

Sí, pensó Molly, lo que fuera para mantener a Robin con nosotros.

Pero, claro, era un error. David había dicho que era práctica y, cuando el humo se desvanecía, lo era.

—¿Sabiendo que no había ninguna esperanza? No. Esto ha estado colgando encima de nuestras cabezas desde que declararon su muerte cerebral. —Desconectar los aparatos. Poner fin a su vida—. ¿Por qué ahora me está costando?

—Porque quieres a tu hermana —respondió él.

La quería. No recordaba la envidia, el resentimiento, ni siquiera lo que podría haber llamado odio, a veces. En ese momento, solo quedaba amor.

—No eres la única —dijo David. Abrió la bolsa y sacó un montón de papeles.

Nick. Molly lo supo antes incluso de leer la portada: «El corazón de una vencedora: La biografía de Robin Snow».

—No es el título más original —comentó David—. Y solo es una pequeña parte de lo que tiene, pero está bellamente escrito.

Molly empezó a leer el prólogo.

*La fama puede ser cruel. El mundo del deporte está lleno de historias de estrellas que ascienden a lo más alto un momento*

*para caer al siguiente. En algunos casos, el cuerpo les falla y se alejan cojeando en silencio hacia el olvido. En otros, el agotamiento es mental y el legado, más carente de brillo.*

*Luego están los que son como Robin Snow. Corrió su primera carrera a los cinco años, su primer maratón a los quince y en los años entre las dos fechas y después, luchó para hacerlo bien. A veces, estaba tan nerviosa antes de una carrera que se sentía físicamente enferma; otras, tan mermada por una lesión física que lo único que la hacía seguir adelante era el puro coraje. Afirmaba que no era la mejor corredora, solo la más resuelta. La historia la respalda en esto. Por casi cada maratón que ganó, había quedado en segundo lugar el año anterior. Siempre volvía, más dura, más fuerte y más concentrada.*

*Pregúntale cuáles fueron sus máximos logros y te dirá que San Francisco, Boston y Los Ángeles. Pregúntale cuáles fueron los más satisfactorios y te hablará de la niña de Oklahoma que siempre había corrido sola por carreteras rurales hasta que Robin corrió con ella. Te contará cómo fue a entrenar a un club de Nuevo México que había perdido a su entrenadora por un cáncer de mama, dos semanas antes de una carrera importante.*

*Robin Snow era una inspiración...*

Molly dejó el papel y rompió a llorar.

David la abrazó con fuerza y dejó que llorara hasta que el llanto se fue calmando; ni siquiera entonces habló. Sentada allí, con él, en el banco de piedra, Molly dejó que su dolor fuera desapareciendo. «Inspiración» era una palabra positiva.

Estaba extrayendo fuerzas de ella, cuando David murmuró:

—Ahí viene tu madre.

Apartándose rápidamente, Molly se secó las lágrimas y miró hacia el otro lado del patio. Kathryn estaba lo bastante cerca para haber visto que David la abrazaba.

Sin embargo, al acercarse, no parecía disgustada.

—Muévete —dijo, con suavidad, y sentándose en el borde del banco, le tendió la mano, por encima de Molly, a David—. Te debo una disculpa.

Molly recordaba vívidamente la escena del martes por la mañana.



—He estado lleno de dudas, señora Snow —dijo David—. Por mi causa, han tenido ustedes una semana difícil.

Kathryn lo negó con un ademán.

—Esta semana ha sido un regalo. Nos ha dado algo que, de lo contrario, no tendríamos. Hemos aprendido mucho, sobre cada uno, incluso sobre Robin. Necesitábamos este tiempo para aceptar su muerte. Tú nos lo has dado. Decir gracias es algo inadecuado, pero es todo lo que tengo en estos momentos.

Por perdonar a David, por aceptarlo, Molly nunca había querido a su madre más que en aquel instante. Con una confianza renovada, le tendió los papeles.

—Tienes que leer esto, mamá.

Cuando Kathryn vio el nombre de Nick, frunció el ceño.

—¿Es para el periódico?

—No. Se los dio a David para que los leyera. Es una larga historia —añadió, al ver la confusión de Kathryn—, pero dicen algo importante.

Pasando las páginas, Kathryn leyó, primero en silencio y, después en voz alta.

*Robin Snow era una inspiración para los atletas de todo el mundo. Sin ser una campeona nata, se esforzó por vencer el terror de una competencia cada vez más encarnizada y la creciente presión de correr entre la élite de Estados Unidos. Conforme se acercaba a las Olimpiadas y a lo que habría sido un punto triunfal culminante en su carrera, era la primera en citar las muchas ventajas que tenía. Su familia ocupaba el primer lugar de la lista. [A Kathryn se le quebró la voz. Respiró y siguió leyendo]. Consideraba su apoyo tan crucial para su éxito que cuando conocía a una corredora de talento que no contaba con el respaldo de la familia, buscaba sustitutos en la comunidad de corredores o cumplía ese papel ella misma. Estaba en estrecho contacto con más de una docena de corredoras jóvenes de las cuales había sido mentora de esta manera.*

Kathryn miró a Molly.

—¿Esto es verdad?

Molly estaba tan sorprendida como su madre.

—Debe de serlo —comprendió—. Algunos de los mensajes electrónicos que le han enviado son asombrosos. Esas chicas adoraban a Robin.

—Quiero pedirles que asistan al funeral —dijo Kathryn, tragándose la última sílaba de la palabra.

Molly podría haberse puesto a llorar de nuevo, de no haber estado concentrada en Nick.

—¿Te das cuenta de lo mucho que la quería? ¿No es trágico?

—Y estas son las primeras páginas —dijo David—. Describe carreras y acontecimientos, y los detalles son precisos. Los he comprobado. Pero cuando escribe sobre el carácter de Robin, sus palabras brillan.

Kathryn estaba volviendo una página cuando se detuvo.

—¿Por qué te dio Nick esto a ti?

—Porque mi familia está en el negocio editorial. Espera que le sirva de enlace.

—Pensaba que eras maestro.

—Lo soy. Pero mi familia es muy conocida en el mundo editorial. Nick se dio cuenta de la relación.

—A su manera, sufre tanto como nosotros —afirmó Molly. Estaba fascinada por la intensidad del cariño que había descubierto en sus palabras—. Tal vez sea aún peor para él. Sus sentimientos no eran correspondidos. Pero eran reales. Todas esas esperanzas, todos esos sueños... desaparecidos. Necesitaba hablar de Robin, pero nosotros no lo escuchábamos.

—¿Lo escuchará el resto del mundo? —preguntó Kathryn. Cuando miró a David, este enarcó una ceja.

—Sabe cómo escribir una historia apasionante.

—¿Qué haría tu familia con esto?

—Nada hasta que la biografía esté completa. Si les gustara, comprarían fragmentos... pero solo si ustedes lo aprueban.

—¿Acaso podemos opinar? —preguntó Kathryn, con un indicio de derrota.

—Por supuesto.

—Yo no tengo ninguna influencia en tu familia.

David sonrió, tranquilizador.

—Yo sí. Puede que mi madre no esté en la nómina corporativa, pero es una fuerza que hay que tener en cuenta. Cualquier cosa que ella vete, queda eliminada. Y vetará cualquier cosa a la que yo me oponga. Sigo siendo su niño. Me aprovecharé de ello, sin pensarlo dos veces, si no les garantizan que la aprobación final de todo aquello que se imprima está en sus manos.

Molly sabía que era demasiado pronto para querer a David. Al haber perdido a Robin y la casa, incluso su amistad con Nick, seguramente era una persona patéticamente necesitada que podría enamorarse de cualquiera. Pero David no se parecía a nadie que hubiera conocido nunca. Era una persona de gran calidad humana, que ya estaba dentro de la familia, y eso significaba mucho para ella. La familia importaba. Hasta Robin se había dado cuenta de ello.

Poco después, Molly y Kathryn volvieron adentro. Iban cogidas del brazo. En esa hora tan sombría, Molly se sentía, realmente, animada.

—Gracias —dijo a su madre—. Has sido buena con él.

—Lo he dicho sinceramente. Nos hizo un regalo. Ha sido una semana llena de regalos.

—Me sorprende que puedas decir esto.

Kathryn le apretó el codo.

—¿Quién insistía e insistía en lo que Robin querría? A ella le encantaba hacer regalos. El propio David es un regalo, por cierto. No solo por lo que hizo, sino por quien es. Ha estado a tu lado cuando yo no estaba.

En aquel momento, Molly no podía culpar a su madre de nada.

—Tenías otras cosas en la cabeza.

—Eso no es excusa. Dependo de ti, Molly. Puede que no lo haya dicho lo suficiente, puede que no me haya dado cuenta. Ahora lo sé.

—Te sientes sola —razonó Molly. Además, era la única hija que le quedaba. «Por defecto» era la frase que le venía a la cabeza, igual que aquella mañana con Marjorie. Primera hija «por defecto».

—¿Porque pierdo a Robin? No. No he sabido valorarte. Siempre has sido mi apoyo en el trabajo. Y con Nana. Estabas allí, a su lado, cuando yo no podía aceptar el dolor.

—Para mí era más fácil. No soy su hija.

—Pero ¿acaso no era egoísmo por mi parte? No tenía nada que ver con Thomas. Era yo, que no me enfrentaba bien a la pérdida. Esta semana he madurado. Tú también.

Molly quería creerlo. Que su madre confiara en ella significaba el mundo entero. Todavía no estaba segura sobre lo de asumir la responsabilidad de Snow Hill; nunca se había visto como líder. Pero si Kathryn pensaba que podía hacerlo, tal vez podría.

—Puede que sea la ropa —insinuó.

—No, Molly. No te rebajes. Es lo que hay dentro. —Con suavidad, Kathryn añadió—: Así que aquí tienes otro regalo de Robin.

—¿Que yo haya madurado?

—Que yo lo haya visto.

—Pero también que haya madurado. Tienes razón. Tenía cuestiones pendientes con Robin.

—Todas las hermanas las tienen.

—Pero la quería.

Kathryn le apretó el brazo. Al mirarla, Molly vio que, aunque tenía los ojos fijos en los números del ascensor, estaban llenos de lágrimas.

Molly siguió con el brazo enlazado al de Kathryn, dando y recibiendo fuerza, incluso después de llegar a la planta de Robin. Su padre, Chris y Erin estaban en el pasillo, cerca de la habitación. Justo cuando Kathryn y Molly llegaban hasta ellos, se abrió la puerta y salió Peter Santorum.

Molly soltó una exclamación.

—Lo llamé yo —explicó Kathryn, con suavidad—. Era lo que había que hacer.

Aquel gesto borró cualquier culpa residual que Molly hubiera sentido al llevarlo allí.

—Gracias —murmuró. No era solo por Peter, sino por todo lo que Kathryn había dicho.

Con un apretón final, Kathryn le soltó el brazo. Fue hasta Peter y lo abrazó; Molly le agradeció también aquello. Él parecía destrozado.

Si Kathryn le dijo algo, no lo oyó, porque ahora le tocaba a ella abrazarlo, ofrecerle consuelo. Que volvieran a verlo o no carecía de importancia. En ese momento, estaba en su vida. Robin estaría contenta.

La habitación estaba en silencio. El monitor del corazón seguía haciendo bip y el respirador emitía sus soplos, pero Molly ya no los oía. Era la calma de su madre lo que percibía. «Queriendo... soltando...» fragmentos de pensamiento, ah, tan válidos. Sin embargo, cuando Kathryn le apartó el pelo a Robin de la frente, la besó en la mejilla y dijo, con muchísima dulzura: «Estamos todos aquí, ángel mío; ya puedes irte... todo está bien», Molly se deshizo en lágrimas. No era la única que lloraba. Pero el ruido del llanto no apagó el clic del interruptor cuando Kathryn lo puso en *OFF*.

Cuando el rumor del aire se paró, médicos y enfermeras se acercaron. Apenas respirando ella misma, Molly observó a Robin atentamente. Le

habían dicho que podía absorber un aliento residual, pero no lo hizo. El corazón continuó latiendo durante un minuto, dibujando unas últimas ondas en el monitor, antes de que la falta de oxígeno se cobrara su precio. Los bips cedieron el paso a un rumor continuo; la línea del monitor se volvió plana.

Ahogando los sollozos, Molly vio cómo su madre se inclinaba y ponía su mejilla junto a la de Robin. Le temblaban los hombros. Charlie fue hasta ella y la abrazó, apartándola de allí, mientras los médicos escuchaban si había algún latido, desconectaban los aparatos y retiraban, con suavidad, el tubo de respiración. Luego, el equipo médico se marchó, dejando a Robin con su familia unos últimos momentos.

Sin el tubo sujeto a la boca, parecía más la Robin de siempre; solo que mortalmente inmóvil y, en eso, nada parecida a Robin. De pie al lado de la cama, Molly le cogió la mano. Todavía estaba caliente. No sabía cuánto tiempo la sostuvo, pero Charlie tuvo que soltarle, físicamente, los dedos, antes de que la dejara ir. Se la llevó afuera, dando a Kathryn, sola, unos minutos extra. Luego se acabó.

## Capítulo 22

La noticia se extendió rápidamente. Para cuando Kathryn y Charlie llegaron a casa, ya había un pequeño cortejo de coches esperando. Después de una semana de casi absoluta soledad, Kathryn agradeció la compañía. Le impedía pensar en lo que estaba sucediendo en ese momento en el quirófano. Resultaba más fácil compartir recuerdos de su primogénita.

A Robin le habría entusiasmado la reunión. Había abundante comida y más que suficiente ayuda en la cocina, así que podría haber disfrutado alegremente de la fiesta. Kathryn iba, gentilmente, de amigo a vecino a empleado de Snow Hill. Alguien le llenó de nuevo la taza de café, algún otro le dio una magdalena. Normalmente se encargaba de servir, ahora permitió que la sirvieran.

La presencia de Peter era reconfortante, completando la familia de Robin, aunque solo fuera en el fuero interno de Kathryn. Lo presentó a los demás como un viejo amigo, y su gesto de asentimiento dijo que le gustaba esa presentación. Sin historias que contar de Robin, parecía satisfecho con escuchar. Con tantas personas que necesitaban la catarsis de hablar, daba buen resultado.

Chris y Erin habían pasado por su casa para recoger a Chloe, y Kathryn la sostuvo en brazos un rato mientras iba de una habitación a otra. Chloe encarnaba la inocencia y la esperanza. Era demasiado joven para acordarse de ese día; pero cuando creciera, Kathryn le hablaría de su tía Robin. Le contaría algunas de las historias que se contaron entonces, le enseñaría fotos, incluso le leería en voz alta: «Corrió su primera carrera a los cinco años, su primer maratón a los quince y en los años entre las dos fechas y después, luchó para hacerlo bien. A veces, estaba tan nerviosa antes de una carrera que se sentía físicamente enferma; otras, tan mermada por una lesión física que lo único que la hacía seguir adelante era el puro coraje. Afirmaba que no era la mejor corredora, solo la más resuelta. La historia la respalda en esto».

Diarios escritos, archivos de ordenador, una biografía autorizada... había medios de mantener a Robin con vida. Kathryn estaba empezando a darse cuenta.

Cuando la pequeña empezó a rebullir inquieta, se la devolvió a Chris. Fue entonces cuando vio a David. Molly lo estaba presentando a un grupo de Snow Hill, pero Kathryn tenía una presentación más importante que hacer. Cogíéndolo de la mano, lo llevó hasta Charlie.

¿Cómo presentarlo: David Harris, Buen Samaritano, amigo de Molly, nuestro futuro yerno? Dejó de lado lo último, aunque era una idea ya arraigada en su mente. Molly acababa de conocerlo, pero Kathryn estaba tan segura de David como lo había estado de Charlie treinta y tres años atrás. Los dos habían aparecido muy pronto y en momentos de prueba. Por añadidura, al haber llegado Charlie al principio mismo de la vida de Robin y David al final del todo, había una cierta simetría.

Mientras Charlie hablaba con David, vio entrar a Nick, completamente deshecho de dolor. Rápidamente, Kathryn apoyó la mano en el brazo de Charlie.

Charlie siguió la dirección de su mirada.

—¿Quieres que me ocupe yo?

No. Tenía que hacerlo ella. Mientras iba pasando entre los grupos, pensaba en cómo Nick había utilizado a la familia. Pero ahora, allí de pie, mirándola con unos ojos desbordantes de dolor, no tenía aspecto de alguien manipulador, sino de un hombre que ha perdido a un ser cercano y querido. Lo dejó ir. ¿No era esta la lección de la semana? La ira no lograba nada. La negación era una muleta. Puede que Nick no fuera el hombre que Kathryn habría deseado para Robin; además Robin no lo quería, pero él la amaba a ella.

Se detuvo delante de él solo un instante, sonriendo con tristeza, antes de abrirle los brazos. Nick sufría. Molly tenía razón en eso. Y la labor de una madre es consolar.

Nick era complicado, claramente ambicioso. Pero ¿acaso Robin no lo había sido, también? Quizá vomitara antes de las carreras, pero corría, ganaba y volvía a por más. Quería ser la mejor. Eso no la convertía en una mala persona.

Lo mismo pasaba con Nick.

—Lo siento —dijo él, en voz baja.

Sus disculpas iban mucho más allá de la muerte de Robin, por ello Kathryn decidió creerlo.

—He visto parte de lo que has escrito sobre Robin, Nick. Es muy hermoso. Necesitaremos un obituario. ¿Podrías ayudarnos a escribirlo?

No fue necesario que dijera nada. La gratitud que apareció en su cara fue suficiente respuesta.

Sonó el teléfono. Respondiendo al gesto de Charlie, Kathryn lo cogió en el cuarto de estar. Era del hospital para decir que ya habían recogido los órganos, que ya iban de camino a los receptores y que Robin estaba a su disposición.

Fue un momento agridulce. Pero, al colgar el teléfono, se le vino encima la realidad del siguiente paso. Por la tarde, habría una reunión en la funeraria, para decidir los planes de los siguientes días. A Kathryn le aterraba todo aquello. No podía soportar la idea de enterrar a Robin. ¿Y un futuro sin ella? Difícil de aceptar. Pero había que hacerlo.

Solo tuvo que mirar a Charlie, bendito sea, y él supo lo que estaba pensando. Llamándola con un gesto, sacó un sobre de un cajón del escritorio.

—Esto llegó el viernes. Es el momento de renovar la cuenta de ahorros de Robin. Siempre llamo al banco para conseguirle el mejor interés, así que el total ha crecido. Aquí hay una parte de sus ganancias de los últimos cinco años. Echa una mirada.

Kathryn cogió el estado de cuentas y se quedó asombrada.

—¿Tanto?

—Hay más en acciones y valores.

Kathryn cayó en la cuenta de otra realidad.

—Nunca lo usará.

—No directamente. Una beca de atletismo a su nombre podría estar bien. Quizá incluso una casa.

Pasó un minuto antes de que Kathryn lo comprendiera. Sonrió.

—A Robin le gustaría.

Pidiéndole que lo esperara allí, Charlie salió del cuarto. Volvió con Molly. Kathryn le tendió el estado de cuentas del banco. Molly lo leyó. Parecía desconcertada, lo cual hizo que las palabras de Kathryn fueran todavía más dulces.

—¿Verdad que Dorie McKay está en el salón? —Molly permaneció con aire confuso, así que Kathryn le acarició la cara. Dulcemente ingenua, modesta en exceso, pero firme y fuerte... su hija pequeña se merecía esto—. Un regalo de tu hermana —dijo, con suavidad, pensando con más claridad



que nunca en toda su vida—. Durante esta semana, has dicho con mucha frecuencia que querías a Robin. Bueno, hay algo que Robin ya no puede decirte, pero que yo sé. Recuerdo la primera vez que te vio. Tú y yo estábamos en el hospital, tú solo tenías unas pocas horas y estabas envuelta en una manta del hospital, pero Robin dijo que quería verte. Cuando empecé a despertarte, me apartó la mano e insistió en hacerlo ella misma. La admiración de su cara era algo digno de verse. Estaba abriendo un regalo especial, el mejor que le habían hecho nunca... su hermanita pequeña. —Kathryn cogió a Molly por la barbilla—. Te quería, Molly. Querría que tuvieras vuestra casa.

Los ojos de Molly se llenaron de alegría, tristeza, lágrimas. Mientras la abrazaba con fuerza, Kathryn sonreía. Allí estaba un vislumbre del futuro, un regalo tangible que vería, cada día de la semana, en el placer de su hija. A Robin no solo le gustaría. Le entusiasmaría.

Igual que a Kathryn.

Molly se quedó en el cuarto de estar un rato. Algunos de los amigos de Robin, en las otras habitaciones, tenían los ojos llenos de lágrimas, pero ella no podía dominar sus emociones. Kathryn se quedó con ella hasta que Charlie volvió, después de hablar con la agente inmobiliaria.

—No me ha prometido nada —dijo—, pero conoce su trabajo. Hará los cálculos y le presentará una oferta justa a Terrance Field. Si alguien puede conseguir que esto sea realidad, esa es Doris. Es una mujer muy persuasiva.

Molly se sentía abrumada.

—Están pasando tantas cosas.

—Hay quien dice que la vida es como una montaña rusa. Yo la veo como cabalgar en una ola. Estás ahí fuera, encima de tu tabla, y todo está en calma...

—Perdona —lo interrumpió Molly—, pero si tú nunca has hecho surf.

—Sí que hice —insistió Charlie, con aire inocente—. Bueno, lo intenté. Nunca fui demasiado bueno, pero entendí de qué iba. Estás ahí fuera, en medio del enorme mar, sentado a horcajadas en la tabla. El agua está tranquila, pero es engañosa. Sabes que las olas se mueven, y vigilas y esperas; de repente sientes ese pequeño cambio debajo. Te pones de pie. Te tambaleas, pero recuperas el equilibrio y luego te entregas a algo mucho más grande que tú. No tienes ningún control. Solo estás allí, llevado por el agua tan rápido que pierdes el aliento. Luego, se acabó. El agua está tranquila de nuevo.

Molly seguía sin estar segura de que Charlie hubiera hecho surf alguna vez, pero la analogía le aclaró las ideas. El mar, como la tierra, era sosegador.

Lo abrazó.

—Te quiero. —Los brazos de su padre respondieron a sus palabras. Cuando se soltó, respiró hondo—. Me... me voy afuera —dijo señalando con la barbilla hacia la puerta que daba al jardín de atrás.

—¿Quieres que te acompañe?

Molly negó con la cabeza y le dio un beso en la mejilla. Luego salió afuera. No tuvo que ir demasiado lejos. También allí, sus padres tenían una gran extensión de terreno, pero la parte con césped no era demasiado grande. La hierba había crecido en las cicatrices dejadas por el columpio, pero vio los balancines, contra el fondo del enorme arce de azúcar que habían sangrado de niñas. Recordaba a Robin removiendo la lastimosa cantidad de savia que habían recogido, mientras la hervían para convertirla en sirope. Robin no debía de tener más de diez años, Chris, siete y Molly, cinco. Molly siempre era la primera en probar el líquido, dulce y espeso, lamiéndolo de la gran cuchara de madera que su hermana le ofrecía, orgullosa.

¿Y el columpio? Robin empujándola, en el asiento pequeño, antes de que fuera lo bastante mayor para el columpio grande. Robin sosteniéndole las piernas mientras cruzaba por las barras. Robin, con los brazos extendidos al pie del tobogán, esperando para cogerla.

Sirope, columpios y toboganes. Macetones, sujetadores del pelo, suéteres. Seguridad en sí misma. Una casa. Robin la quería. Al comprenderlo, Molly se sintió humilde.

Como necesitaba estar donde se sentía más fuerte, sacó las llaves del bolsillo.

—¿Adónde vas? —preguntó una voz desde atrás.

Sin volverse, sonrió. David.

—Necesito tocar tierra.

—Aclarámelo, por favor.

Molly se volvió.

—Hoy no he estado en el invernadero. Estoy segura de que todo está bien; otras personas lo han regado. Pero necesito mis plantas.

—¿Puedo llevarte?

Ella le mostró las llaves.

—Tengo mi propio coche.

Pero él negó con la cabeza, rápido y seguro.

—No debes estar sola.

No estaría sola. Sus plantas estarían allí. Igual que sus gatos.

Pero bien mirado, si el invernadero era lo que la mantenía cuerda, David tenía que verlo.

Todo estaba en silencio. El horario de domingo había acabado y el personal lo había cerrado todo. Molly abrió una puerta lateral y llevó a David dentro. El aire era ya más fresco. Dentro de pocas semanas, al amanecer habría escarcha en las ventanas. Se fundiría con el sol, pero volvería, en una capa más gruesa, según se acortaran los días y el aire se volviera más frío. Pero los cambios iban mucho más allá de las hojas marchitas y la fruta recogida. El final de una estación traía la promesa de otra.

Igual que su padre en su ola, Molly estaba dispuesta, sin más.

*Frena un poco*, exclamó una vocecita asustada. Así que cogió un saco del rincón de los suministros y metió las manos dentro. No dijo nada, sencillamente removi6 la tierra fresca con los dedos. No importaba lo que el futuro le deparara; tanto si Molly se hacía cargo de Snow Hill como si decidía hacer algo completamente diferente, siempre tendría esto.

Sintiéndose mejor, por fin, levantó la mirada.

—Demasiado, demasiado rápido. Necesitaba esto. —Cuando sacó las manos, tenía todas las uñas llenas de tierra—. Si esperabas algo bonito, te habré decepcionado.

—No estoy decepcionado.

Tampoco lo estaba Molly. El carácter de David encajaba bien ahí. Lo percibió en cuanto entraron. Nada en él cambiaba el aura de aquel lugar.

Animada, se sacudió las manos y lo acompañó a verlo todo. Su aphelandra estaba desbordada de luminosas flores amarillas, su vincapervinca de Madagascar, de rosa y blanco. Siguió adelante y le mostró con un gesto una intensa floración naranja.

—Hibisco —informó—. Controlando el aire y dándole montones de amor, haremos que siga floreciendo otro mes, más o menos. —Le enseñó su jardín de cactus, situado donde le daba la mayor cantidad de sol. Y, por supuesto, sus plantas de sombra—. Mis niñas —dijo, con una sonrisa llena de afecto.

Se oyó un ruido sordo, seguido de un miau quejumbroso y el rumor de patas cuando unos cuerpos peludos pasaron disparados. Volviendo al rincón, Molly encontró el saco volcado, en medio de la tierra esparcida. Solo quedaba un gato. Era Cyrus, un macho de Maine, negro y artrítico, que seguramente calculó que no podría moverse lo bastante rápido para escapar. Molly lo cogió

y lo llevó a un banco; se lo puso sobre el regazo y le acarició la parte suave entre las orejas. Era viejo y había estado en el vivero desde que ella era adolescente. No lo tendría mucho más tiempo. Pero era muy cariñoso y, de repente, hacer que estuviera cómodo era importante. Podía arreglárselas con menos espacio, incluso era lo bastante dócil en su vejez para tolerar a una gatita asustadiza. El *cottage* podría irle bien de verdad. Su *cottage*. Una vez que el dolor de los próximos días pasara, una vez que las cosas de Robin estuvieran en casa de sus padres, con Kathryn, donde tenían que estar, Molly sentiría entusiasmo. Desembalaría sus propias cosas, recolocaría los muebles, incluso haría algunas de las mejoras que Terrance Field había planeado. Saber que el recuerdo de Robin siempre estaría allí le daba una profunda sensación de calidez.

Un nuevo sonido interrumpió sus pensamientos. David había encontrado una escoba y estaba recogiendo la tierra esparcida.

Emocionada, dijo rápidamente:

—No tienes por qué hacer eso.

Él se limitó a sonreír y continuó barriendo.



BARBARA DELINSKY (Boston, Massachusetts, 1945). Nació y se crio en Newton, un barrio de Boston, Massachusetts; en 1967 se licenció en psicología y dos años después terminó un máster en sociología. Antes de comenzar su carrera de escritora, trabajaba como investigadora para la Sociedad de Prevención de la Crueldad con los Niños, también fue fotógrafa y reportera del *Boston Herald*.

Su carrera de escritora empezó a raíz de que leyera un artículo en un periódico que hablaba sobre las novelas románticas. Barbara investigó el tema, leyó 40 o 50 novelas y se dispuso a crear la suya. Pronto se dio cuenta de que su formación como psicóloga le era muy útil para trazar los enredos emocionales de sus personajes y afirma haber utilizado «prácticamente todo lo que ha estudiado y vivido personalmente» en sus obras.

En 2001, escribió un libro de no ficción, *Uplift: Secrets from the Sisterhood of Breast Cancer Survivors*. Ella misma era una superviviente del cáncer de mama, y donó las ganancias de ese libro de su segunda obra de no ficción a la caridad. Con esos fondos puso en marcha una unidad de oncología en el Hospital General de Massachusetts donde se forman cirujanos de mama.

## **Notas**

<sup>[1]</sup> *Robin*, en castellano es petirrojo. (*N. edición digital*). <<